



# LAS MATANZAS DE PARÍS

Jean Cassou



Lectulandia

Una evocación de París durante la guerra francoprusiana. El París que no quería rendirse a los alemanes y el Versalles de Thiers. No es una novela histórica, es la crónica de una circunstancia histórica vivida apasionadamente por seres de carne y hueso y, iluminando la escena, una preciosa historia de amor.

**Lectulandia**

Jean Cassou

# **Las matanzas de París**

ePub r1.0

Titivillus 28.04.2019

Título original: *Les massacres de Paris*  
Jean Cassou, 1936  
Traducción: Julio Gómez de la Serna

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---



*Y libre sea este infortunio*

ARTHUR RIMBAUD, 1872

## PRÓLOGO

### JEAN CASSOU Y LAS MATANZAS DE PARÍS

Una ventana alta

En realidad, se trata de dos ventanas. Muchos, muchísimos kilómetros las separan. No obstante, tras sus cristales el hombre es uno y solo y siempre el mismo. Con y por su presencia, convierte las dos ventanas en una sola.

(Hay que precisar, destacándola, la acotación: una sola ventana; un hombre solo. Dos soledades que se corresponden, se funden en una, aislándola del mundo plural).

El hombre es ya maduro —en Asturias dirían «pachucho»—, pero no viejo. Se niega u serlo, no por grotesca coquetería de badulaque: porque la vejez, más que la muerte, le da miedo. Morir, rápido salto a la nada, no tiene importancia. Lo terrible, lo espantoso, lo verdaderamente trágico es la lentitud con que se envejece. La vejez llega lentamente, andando en silencio con pasos de terciopelo, al hombro el saco de trapero con los dones recogidos en los montones de basura de las madrugadas lívidas y frías: los achaques, los alifafes, el régimen prohibitivo —se prohíbe comer, se prohíbe beber, se prohíbe fumar, se prohíbe leer, se prohíbe amar—, los arañazos de las arrugas, el cansancio inmenso del reposo, el tedio inmenso de la vida inútil. Afortunadamente, a los doctos, a los beneméritos inquisidores de la Santa Prohibición se les olvidó prohibir el libro, gran compañero en las horas de la soledad.

Afortunadamente, el hombre que nos ocupa sabe que la senectud o la juventud no siempre tienen que ver con los años, esa giba que no podemos rehuir y que sólo acepta con resignación la gente bruta y plural. La juventud de Azorín, que no supo ser joven como se debe: con entusiasmo, con imprudencia, con apasionamiento, fue breve, leve, fugaz: la devoción a Larra —mucho más hondamente sentida por Ramón Gómez de la Serna—, las

*Confesiones de un pequeño filósofo*, *La Voluntad*, Antonio Azorín, *Los pueblos*, *Lecturas españolas*, y acabó con el R.I.P. de *Un Discurso de La Cierva* y *Rivas y Larra*. Don Francisco Giner fue un viejo de los más jóvenes de España. Y joven fue Ortega, joven de rica madurez, incluso en sus años postreros. Como lo son hoy don Ramón Menéndez Pidal<sup>[1]</sup>, Pablo Casals y Pablo Picasso.

Ser joven, ciencia muy difícil en la que pocos, poquísimos logran doctorarse, consiste en no dejar apagar la llama del entusiasmo —que da luz y calor—, en comprender y estimar, en no olvidar el bien y el mal que nos hacen, en no preferir la injusticia al desorden, en saber reírse de todo o de casi todo porque, antes, uno supo reírse de sí mismo. La mejor terapéutica, la de mayor eficacia para poder sentirse joven a pesar de los años y contra los años, es la risa, cuando hay en ella nobleza, bondad, generosidad y no hiel de envidia, roña de maldad, acidez de pedantería. Desconfiad de los hombres graves, de los que no se ríen nunca o se ríen a regañadientes. El mulo no se ríe, pero suelta coces. El hombre que sabe reírse es casi siempre un sabio. El hombre demasiado grave es casi siempre una calamidad.

En las tabernas cantadas por el querido Nicolás Guillén, los hombres ríen de buena gana. En las academias, que tan poca gracia le hacían al querido Montaigne, no se ríe nunca.

Una sola ventana. Ventana para que enmarque, desnuda, el lienzo del paisaje y al enmarcarlo nos haga entrega de él, hijo de la mirada del hombre, que lo recrea a cada instante y, como en el teatro, se convierte en decorado que cambia a cada instante. Teatro de Montaigne, de Pero Mexía, de La Bruyère, de Feijoo. Y de Claudio de Lorena, de Goya, de Monet, del cretense o del florentino. Gran decorado para el pequeño *guignol* de nuestra vida.

Ventana y no balcón. Balcón, lo correría el viento, se llenaría de voces y ruidos, se tenderían en él la luna y el sol, viviría a la intemperie —vida exterior y gárrula de la calle de todos— separado de nosotros y, belvedere, mirador, sólo nos permitiría asomarnos a él, a título de invitados, para contemplar el paso de la procesión de los días. El balcón, más que a la casa, pertenece a la calle y, como los zapatos de los niños en la noche de Reyes —que en España la cursilería ha sustituido por el advenedizo, por el meteco Papá Noel—, recoge todos los regalos y todas las inmundicias de la calle. El balcón, bullanguero y jaranero, es escaparate para ser contemplado, como todos los escaparates, desde la calle.

La ventana, más íntima, más hogareña, es para contemplar el cielo por donde transcurren las nubes, las grandes nubes blancas y barrocas imitadas



del Tiépolo, para contemplar en las ventanas de enfrente la miseria o la dicha, la pena o la esperanza de los hombres, vecinos tan lejanos.

Ésta a que me refiero es una ventana que, como queda dicho, se convierte en dos: una en tierra francesa, otra en tierra catalana, pero que la presencia de un hombre que es siempre el mismo —viejo que no quiere serlo, trabajador que halla reposo en el trabajo— ve en una sola.

Al pie de las dos ventanas corre un río —obligada, casi tópica evocación de Pascal y Jorge Manrique—, y la presencia del río colabora con el hombre en la fantástica aventura de convertir en una sola las dos ventanas.

En tierra francesa el río es ancho, profundo, silencioso, siniestro, de aguas turbias y curso lento. Agua mansa de la que no hay que fiarse. Río para los suicidas, que en Francia, país de todas las virtudes, la Divina Providencia puso al servicio exclusivo de los extranjeros. (El francés medio, sensato y prudente, abomina del suicidio, herencia de los románticos y por lo tanto cosa nada seria. El francés medio, cuando se mata, lo hace alegremente en tierra firme y desdeñando el camino andante de Pascal: por carretera y corriendo a ciento cincuenta o doscientos por hora, aprovechando el fin de semana).

En tierra catalana el río, de cauce poco profundo y aguas límpidas que permiten ver su lecho de piedras y arenas movedizas, es más bien torrente. Torrente de aguas tumultuosas que saltan y cantan broncamente con barbas y cabellera de blanca espuma, imitación bastante aceptable de las olas marinas. En primavera, con el deshielo, la canción del río catalán es un *allegro* triunfal en tono mayor. Las truchas —pues se trata de un río de truchas y no de suicidas—, al oír el cántico de resurrección saltan alborozadas fuera del agua con agilidad de funámbulo, para que el sol y la luna las pinten de oro y plata, que es como las pintaría Chagall.

En tierra francesa el río se desliza manso, cauto, modoso, al pie de unas dunas históricas de la histórica ciudad, que semeja un Toledo traducido al francés. En lo alto de las dunas se halla la casa señera con su ventana alerta y el hombre alerta que nos ocupa y que, en la casa francesa, en la catalana y vaya donde vaya, tiene el don de estar siempre en su casa. No por grosería, desaprensión o ganas de aprovecharse —no ha sido nunca, afortunadamente, un aprovechado—, sino por don de simpatía y amistad.

La ventana pertenece a una casa solitaria, empinada en un roquedo de prestigio histórico —todo es histórico en la vieja ciudad—, desde el que el almirante Coligny bombardeaba la catedral. Tiempos insurrectos y melodramáticos, en constante ebullición, creados sin duda alguna para que, unos siglos después, Alejandro Dumas —el padre, claro está, el de Artagnan y

Montecristo, pues el hijo, versallés con el siniestro Thiers y rematadamente cursi con la Dama de las Camelias, no cuenta— pudiera novelarlos. Idílicos tiempos de Catalina de Médicis, Carlos IX, los Guisa, Enrique el Bearnés, Coligny con sus hugonotes, el veneno y el puñal a la orden del día, el arcabuz del Louvre, la noche de San Bartolomé.

En el jardín de la casa francesa hay tilos y pinzones, cerezos y mirlos, manzanos y pajareles. Abajo, al pie del roquedo y orillando el ancho río, unos álamos de hojas temblorosas que los vientos otoñales arrojan al río: lunares amarillos en las aguas fangosas. En la otra orilla, la vieja ciudad con sus jardines interiores y umbríos, sus tejados de pizarra, las torres de sus iglesias, las espadañas de sus conventos. Y el cielo inmenso, desnudo, gris.

El decorado de la habitación difiere mucho en la ciudad francesa y en el pueblo catalán, pero la presencia del hombre, que es el mismo en una y otra, la presencia del personaje, les da, personalizándolas, aire familiar.

En la habitación francesa hay una chimenea, una mesa siempre llena de papeles, un sillón, dos sillas, unos pocos cuadros. Y, en estanterías que casi ocultan las paredes pintadas de un rojo prócer, libros, muchos libros, muchísimos libros. Tantos, que, además de en las estanterías, los hay encima de la mesa, en las sillas, en el suelo. Apoyados en el lomo de los libros, fotos de ciudades, retratos de familiares y amigos: Salzburgo, París, Florencia, Heiligenstadt, Viena, Praga, Barcelona, Soria, Alcañiz, Andorra; la madre, la esposa, un hermano, una muchacha muy guapa que sonríe desde el Paseo de los Ingleses en Niza, Beethoven, Pablo Casáis, Emili Vendrell, Jean Cassou, Paul Éluard, Francis Jourdain, Miguel Ángel Asturias...

En la mesa, abierto, anotado casi en cada página, otro libro: *Les massacres de Paris*, de Jean Cassou, editado por Gallimard.

La casa catalana se halla situada en la falda de una colina, rodeada de altas montañas de sabia y teatral perspectiva. Montañas hirsutas de pinos, robles, hayas, encinas, fresnos. En las cumbres blanquean pellas de nieve del pasado invierno. En la carretera hay un nogal enorme y unos chopos que aquí, con expresión graciosa, llaman *trémols*. La casa es una masía con vacas, cerdos y mulo en el establo, gallo, gallinas y conejos en el corral y dos o tres perros que por dar fe de vida o por miedo a los fantasmas le ladran a la luna. Y gato, misterioso y bastante salvaje gracias a Dios, que lo mira todo sin asombrarse de nada.

Arroyos, fuentes, torrentes —agua de nieve que desciende saltando de las cimas— mantienen verdes los prados en los que se achaparran unos manzanos de pomas encendidas. A media noche y a la madrugada, el cielo está cuajado

de estrellas —el Padre Feijóo calificaría de «ilustre espectáculo» el que a tales horas ofrece el cielo campesino— y cantan los gallos. Por las tardes, a prima hora de la tarde, el sol, ya un tanto fatigado del pasado ajeteo veraniego, se tiende a echar la siesta ante el portal de la casona. El aire, en estos días de otoño, es fresco, casi frío, ácido, tonificante y huele a pino, a cantueso, a tomillo y a sudor de la tierra cansada. Hay un silencio maravilloso, que se acentúa al llegar la noche.

La habitación es, pues, otra que en la ciudad francesa, pero tiene también, como la de la ciudad francesa, una ventana que se asoma al río. Y en la habitación hallamos al hombre que vimos anteriormente en la ciudad francesa. Su indumentaria ha cambiado con el decorado: en vez del traje de calle, los zapatos y la corbata —o la bata y las zapatillas de interior— unas alpargatas, una «pescadora» o un jersey de lana.

En la habitación, de paredes recias y blancas de cal, hay también, junto a la ventana, una mesa. Y en la mesa, papeles, pipas, un bote para conservar fresco el tabaco, un frasco de tinta, una estilográfica, libros. No tantos como en la ciudad francesa, pues no sería nada cómodo viajar con un camión de libros.

Entre ellos hay uno, abierto junto a unas cuartillas en las que, con su letra endemoniada, poco menos que indescifrable, el hombre anota sus impresiones de lectura. Es una edición rarísima, impresa en el Brasil «en las prensas de Tipografía Alba —buen nombre, henchido de promesas y esperanzas— 60, rúa do Lavradío, Río de Janeiro». Edición pobrísima y preciosa, impresa en un amarillento papel de ínfima calidad, fechada en noviembre de 1942, obra de un grupo de franceses emigrados, en fervoroso homenaje a un gran novelista. Lleva un prólogo digno y valiente de Jean Bazin.

Es la edición más pobre —y la más rica— de *Les massacres de París*, de mi amigo Jean Cassou.

## UN HOMBRE Y SU QUEHACER DE HOMBRE

### Un escritor y su obra de escritor

Jean Cassou es, físicamente, un hombre ni muy alto ni muy bajo, aunque más bien alto que bajo, es decir: un hombre de mediana estatura, lo único que de mediano hay en él. Fácil al entusiasmo, es de carácter llano, sencillo, acogedor, sin empaque alguno.

(Hay que desconfiar, por higiene intelectual y moral, de los tiparracos de mucho empaque; de los que hablan con engolada voz y tono doctoral de las cosas más fútiles; de los que se hacen retratar adoptando una expresión y una pose más o menos cesárea y se creen el ombligo del mundo; de los que, a pesar de su continente soberbio —soberbia de pacotilla, que siempre resulta un tanto cómica— no vacilan, por alcanzar dineros y honores, en humillarse a todos los Segismundos, en el fondo tan infelices como el de Calderón, aunque sin arrestos para soñar la vida como el de Calderón. Pero no hay que enfadarse con ellos; no hay que hacerles caso; no hay que tomarlos en serio. Tras la fachada de su inconmensurable vanidad —la vanidad es la calderilla del orgullo— sólo hay, en el mejor de los casos, pedantería. Y algunas veces mezquina, pestilente mala intención de arrivista de la peor laya. El pedante, puesto en solfa con tanta gracia por Antonio Machado, que supo no arrastrarse y vivir y morir como un hombre de pro, es siempre un hombre deshabitado).

Cuando le recuerdo a Jean Cassou le veo, sin que pueda explicarme el porqué, en gris, en toda la gama de los grises más maravillosos, que son los de Goya, Vermeer de Delft y Sisley; en la maravillosa *grisaille* de su París, que cuando llega el atardecer se tiñe de rosa, azul y oro. (Aplicado al hombre, al hombre sin nombre, a Don Cualquiera, al señor Como todo el mundo, el gris es etiqueta y sambenito de mediocridad, de impersonalidad, de vulgaridad y, por lo tanto, no reza con Jean Cassou, hombre entero y cabal, escritor de recia y singular personalidad; hombre y escritor de mucho perfil, entendiendo por perfil lo que Federico llamaba *duende*, que es amalgama de gracia en la expresión y fuego en la creación: el fuego entrañable que en las de Abel Sánchez, *La tía Tula*, *El hermano Juan*, encendía Unamuno, gran amigo de Cassou; el de Valle-Inclán al crear los monstruos de las *Comedias bárbaras* y los *Esperpentos*).

No podría decir, yo, que tantas horas buenas y malas conviví con él, de qué color son los ojos del novelista de estas *Massacres de París* que hoy, traducidas por Julio Gómez de la Serna, aparecen en castellano. No podría precisar, en este retrato escrito a distancia, si los ojos de Cassou son negros, pardos o azules. Pero si tras la gris cortina del tiempo pasado se oculta el color de los ojos, no se oculta la mirada, que es lúcida, directa, recta y leal; mirada que sabe mirar cara a cara a los hombres y al destino; mirada clara, que sabe decirlo todo: el asco, la indignación, el desprecio, la ira, el fervor, la admiración, la amistad; mirada inteligente y buena, limpia y sin máscara, de

hombre y no de comediante; mirada que sabe fulminar y sabe sonreír con sonrisa suave, amiga, cálida.

El rostro es pálido, de una amarillenta palidez. La boca, de labios gruesos, delata al hombre bueno, al sensitivo, al sensual que supo, como aconsejan los sabios, hincarle el diente a la carne blanca y tibia de la vida. La voz es, seguramente por elegancia, por instintiva repulsión a la plebeyez del grito, un tanto apagada, en medio tono, que es el más adecuado para no caer en la horrible vocinglería; voz para convencer más que para vencer.

En este hombre de trato afable, en este hombre sabio y bueno que no se disfraza de intelectual y sabe hablarle al hombre de la azada, al de la máquina y al de la pluma, en este hombre sin empaque y sin pose, todo es sencillez, cortesía, corrección.

A Jean Cassou le conocí hace años —años del pretérito que siguen formando parte de mi presente— en Barcelona. Le acompañaban Jean Richard Bloch, autor de *Le dernier empereur*, y Andrée Viollis, periodista de los grandes reportajes. Era una tarde borrascosa, fosca, de cielo lívido en el que se atropellaban los truenos y el rayo incendiaba; una tarde melodramática y espectacular. Jean Richard Bloch hablaba. Andrée Viollis tiraba unas fotos. Jean Cassou, silencioso, nos miraba a los que habíamos acudido a recibirle. Yo me daba ya cuenta en aquella primera entrevista, a la que seguirían tantas otras, de que el autor de *Felipe II* y *Panorama de la literatura española*, únicas obras que de él conocía por aquel entonces, sabía lo que no saben la mayoría de los hombres que miran y no ven: mirar y ver.

Al despedirnos, Jean Cassou era ya amigo mío.

Unos meses más tarde, en noviembre, volví a verle. Fue en París, cuando todavía vivía la esperanza, en la Librería Rieder del bulevar Saint-Germain, editora de la gran revista *Europe*, fundada nada menos que por Romain Rolland. Le vi otras veces, en viajes consecutivos a un París que estaba viviendo horas de inquietud y zozobra. Cassou llevaba una vida de febril, de intensa actividad: además de la dirección de *Europe*, colaboraba en muchas otras publicaciones, era conservador del Museo de Arte Moderno y *chef de cabinet* de Jean Zay, uno de los mejores ministros de Instrucción Pública que ha tenido Francia, asesinado, pocos años después, por los alemanes. Y publicaba, editada por Gallimard, esta gran novela de *Les massacres de Paris*, que hoy, lector, tienes en la mano.

Después de haber aguantado como mejor supe una tormenta tremendamente seria, tremendamente larga —treinta y tres meses— tuve que trasladarme a Francia. Lo había perdido todo menos la vergüenza. A un

policía que se empeñó en querer saber los motivos del viaje, le dije, gravemente: —He venido a veranear.

El policía se me quedó mirando, pasmado. Pasmado perfectamente lógico, pues la obligatoria entrevista tenía lugar en febrero del 39, había nieve en las montañas y estábamos a doce grados bajo cero<sup>[2]</sup>.

A los pocos días de mi instalación en Toulouse —después de una breve estancia en Perpignan, ciudad muy simpática, con sol, cielo azul y gitanos—. Cassou, desolado, me escribía para decirme la muerte en Collioure de nuestro Antonio Machado, muerto a orillas del mar, como presintiera muchos años antes en la Castilla que «no puede ver el mar»:

Y cuando llegue el día del último viaje  
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar...

A la carta seguía un artículo publicado por Cassou en «Les Nouvelles Littéraires», *La littérature espagnole en exil*, en el cual, por cortesía de amigo, junto a los grandes nombres de artistas y escritores catalanes, figuraba el mío, tan pequeño. Cosa que indignó cómicamente a los más pequeños que yo.

*La douce France*, incauta y confiada, reía, comía, bebía, se derretía de gusto con los films de Fernandel y las canciones de Tino Rossi y aplaudía la inteligentísima y patriótica política de unos grandes franceses llamados Daladier, Chautemps y Bonnet. A los pobres españoles que nos habíamos pasado tanto tiempo sin reír ni comer, aquella alegría nos hacía daño.

Pero por lo visto también en casa de los ricos la alegría dura poco. Francia era una nación fuerte y rica en la que todo abundaba: soldados, jefes, armamento, uniformes, comida, bebida, y podía hacer frente sin temor alguno a las más adversas circunstancias. Cuando los españoles que veraneábamos en Francia empezábamos a acostumbrarnos a comer de nuevo, aunque no a reír —en el destierro no tiene entrada la risa—, estallaba la guerra con Alemania, guerra que tuvo un prólogo letárgico de muchos meses y un desenlace rápido y brutal de cincuenta y dos días. Y como las calamidades nunca vienen solas, a la guerra sucedió el catastrófico estado francés de Pétain, Laval, Darían, Philippe Henriot, etc. Remiendo en el que colaboraron las manos del rencor, el miedo y la cursilería.

En Londres clarineaba la voz del general De Gaulle ordenando la lucha contra el invasor.

Jean Cassou, fugitivo de París, que ocupaban los alemanes, se instaló en Toulouse. El gobierno de Vichy dábale a Francia ambiente sombrío y

grotesco de tragicomedia harapienta. Afortunadamente, nacía la Resistencia, nacían las guerrillas de los improvisados combatientes que salvarían el honor de Francia, como en 1808 los guerrilleros salvaron el de España.

A Jean Cassou le vi muchas veces, conviví con él las horas amargas, la circunstancia desfavorable, que enraizaban, que acendrabán nuestra amistad. Y puesto que, según mi teoría, amistad es admiración, admiré al hombre que había en él como admiraba al escritor. Le veía en su casa que, como la mía, era sala de espera; en casa del profesor Camille Soula, bueno y sabio, de tan grata memoria; en la librería de Silvio Trentin; en una tabernita muy pintoresca, la de Manolo —alto, cenceño, apergaminado y doctoral que, con el francés, el castellano y su catalán ampurdanés, se había inventado un lenguaje muy complicado y de mucha gracia— en la calle des Trois Piliers, del barrio de Saint-Sernin; en otra tabernita de la calle Des Potiers, la de Joan Clot, catalán de muchos arrestos, donde se reunían los jefes de la Resistencia, que se jugaban la vida a cada instante; en el pisito de Fernand Bernard, hombre de muchos redaños, que moriría heroicamente.

Después dejé de verle durante un largo espacio de tiempo. Cassou, que ya era, en la clandestinidad, Comisario de la República en la región de Toulouse, había desaparecido. Cassou, francés delatado por franceses, estaba preso. Cassou pasó días y meses encerrado en un inmundo calabozo de melodrama. En el calabozo, incomunicado, sin pluma ni papel, compuso los famosos *Sonetos* que editarían las ya famosas «Editions de minuit». Juzgado por un tribunal militar francés, fue puesto en libertad. Y recobrada la libertad, volví a verle. A pesar de que se le vigilaba estrechamente, con la libertad se incorporaba de nuevo a su puesto en el combate, cada vez más cruento.

—Tú siempre en tu puesto.

—Y tú en el tuyo.

Los alemanes habían perdido la partida y se batían desesperadamente en retirada. Los combatientes de las F.F.I., en las que abundaban los españoles, reconquistaban palmo a palmo el Ariège, la Saboya, el Limousin, donde actuaba André Malraux, el Garona, el Tarn... Con los alemanes, huían las gentes de Vichy. El día en que se tomó Toulouse, un grupo de la Whermacht hirió mortalmente a Jean Cassou, que se dirigía a ocupar, en la Prefectura, su puesto de Comisario de la República. En vez del despacho oficial en la Prefectura, muy mal herido, casi agonizante, ocupó una cama en el hospital.

Y al hospital fui a verle. El médico que le asistía, Ducoing, uno de los médicos franceses de prestigio internacional, me dijo:

—No tema usted. A pesar de que parece imposible, le salvaremos.

Y le salvó.

Habían caído Italia y Alemania, Mussolini y Hitler. Las F.F.I. y las legiones de Leclerc, en las que tan numerosos eran los españoles —pequeño detalle que han pasado por alto muchos historiadores de la Liberación—, entraban en París. A la tragedia sucedía la *kermesse*. De golpe y porrazo, por arte de birlibirloque, que es arte característico del día siguiente en todas las revoluciones, los colaboradores y turiferarios del difunto gobierno de Vichy habían desaparecido. De la noche a la mañana, todo el mundo, incluso los delatores, se convirtió en «resistente», cuando la resistencia ya no ofrecía peligro porque no había enemigo. Francia, con portentosa falta de memoria, olvidaba y, con portentosa generosidad, perdonaba. Lo peligroso de las *kermesses* —y lo más humano— es la falta de memoria. Cassou estudiaría donosamente el fenómeno en su ensayo *La mémoire courte*.

Apenas restablecido, Jean Cassou hizo acto de presencia organizando y presidiendo —febrero de 1945— el gran homenaje al gran Antonio Machado, que tuvo lugar en Perpignan y en Collioure. En él tomamos parte Tristan Tzara, Corpus Barga, Mario Aguilar, Francisco de Troya, José Fontbernat y yo. Poco después se celebraba en la Sala Pleyel de París el *Congrés de la Pensée Française* —también presidido por Cassou y en el que también tuvimos representación los españoles— con Jean Richard Bloch, Paul Eluard, François Mauriac, Louis Aragón, Roger Caillois, Claude Morgan, y muchos otros que no recuerdo en este momento.

Cumplida su misión civil, Jean Cassou, que por dignidad y pulcritud no quiso explotar su acción en la Resistencia ni comerciar con ella —eso se deja para la morralla de los arrivistas— volvió a sus funciones vocacionales: la dirección de la revista *Europe*, su Museo de Arte Moderno, sus novelas, sus ensayos, sus poemas.

Vida rica, noble, limpia, generosa. Vida siempre joven, henchida de savia, que un hombre, siempre el mismo, evoca ante la ventana de la casa montañesa y catalana —y ante la ventana de la casa francesa— por obra y gracia de un libro abierto sobre la mesa: *Les massacres de Paris*. El hombre y el libro hacen de las dos casas una sola casa, de las dos ventanas una sola ventana por la que entra el sol dorado y maduro de un otoño precoz.

La obra

En el calendario han transcurrido muchos veranos. Entre ellos el que para mí, que le hago poco caso al calendario, comenzó una madrugada de febrero con



nieve en las cumbres más borrascosas del mundo: las de mi tierra, tan fecunda en borrascas que nos sacuden fuerte pero no nos abaten. Sin embargo, Francia es país tan extraordinario que mi veraneo en ella continúa. Como los pobrecitos de pedir, que siempre fueron mis amigos, diría: Dios se lo pague.

Han pasado los años, pero Jean Cassou sigue siendo, en su obra y por su obra, joven. Los años no siempre tienen que ver con la juventud. Se es joven contra los años. Lo fueron Francis Jourdain, el escritor octogenario más joven de Francia, cuya amistad debo a Cassou; lo fue Romain Rolland, el incorruptible, siempre enfermo, solitario en su Vezelay; lo fue don Miguel de Unamuno, insurrecto genial que no quería morir —y lo ha conseguido— muriendo con arrestos y trenos de joven en su dorada Salamanca; lo fue don Benito, ya cargado de años y casi ciego, al escribir su *Santa Juana de Castilla*; lo fue Valle-Inclán con el ímpetu bravío y magnífico de sus *Esperpentos*. Lo son hoy el apocalíptico y viril León Felipe<sup>[3]</sup>, siempre en pie, tonante y con el rayo en la mano; Pablo Casals, en su voluntario destierro; Jorge Guillén y Vicente Aleixandre, más jóvenes que nunca; Pablo Picasso, buscándole siempre, con travesura genial, tres pies al gato; Don Ramón Menéndez Pidal, sabio auténtico sin dársele de sabio entre tantísimo pedantón.

Y lo es Jean Cassou, que no sé, ni quiero saberlo, cuántos años tiene. Ser joven es un arte que no está al alcance de todo el mundo. Saber ser joven es algo más que pasar el tiempo —o perderlo— pasivamente: es enriquecerlo con la inquietud creadora; saber ser joven a pesar de los años es capacidad de amar, de admirar, de trabajar —«nuestro trabajo de cada día dánosle hoy»—, de saber mirar limpiamente y cara a cara y sin miedo al destino. Para esa raza de jóvenes singulares el invierno no existe y en ellos, hasta su día postrero, sólo hay otoño. Otoño áureo, cálido, en sazón —Ticiano, Turner—, vino nuevo en el odre viejo, mesa succulenta, noche tranquila, maternidad. (Maternidad y no paternidad, por lo que hay siempre de femenino en el artista).

Jean Cassou debió empezar muy joven su obra. No me interesa conocer la fecha exacta. Lo que me interesa es la obra en sí, no tan cuantiosa como quisiéramos, pero de alta calidad. Se puede ser prolífico —y grande— como Balzac. O ser el autor de un solo libro, como Alain Fournier o el Sénancour, que tan apasionadamente admiraba Unamuno. El número no cuenta.

Cassou pertenece a una generación que no tuvo necesidad del reclamo publicitario, descarado y exacerbado que hoy reina todopoderoso en el mundillo del arte y la literatura. Pero sin alharacas de plazuela, sin atenerse a

consignas ni a modas seguidas por los que sólo saben eso: seguir —el surrealismo de André Bretón y el cubismo de Juan Gris fueron algo más que modas—, sin *engagement* más circunstancial que hondamente sentido, sin grito ni extravagancia de bazar, aparecían el Sinclair Lewis de *Babbit*, el Thomas Mann de *La montaña mágica*, el Heinrich Mann de *El súbdito* y *El burgués*, el O'Neill de *El simio velludo*, el Lenormand de *Les ratés*, el Roger Martin du Gard de *Les Thibault*, el André Gide de *Les nourritures terrestres*, el Romain Rolland de *Jean Christophe*, el Jakob Wassermann de *Das Gansmenchen*, que tuve el gran honor de prologar, y el gran honor de ver suprimido dicho prólogo en posteriores ediciones.

Y el Jean Cassou de *Mémoires de logre*, *Les harmonies viennoises* —bella y sagaz evocación de la Viena de Beethoven, Schubert y Antón Diabelli—. *Vie de Philippe II*, *Cervantes*, *La clef des songes* —otra gran novela que, con *Le centre du monde*, habría que traducir al español—, *48*, *Légion*, *Bayonne*, *Trois Poetes*, etcétera.

El mejor, por más justo, elogio de Jean Cassou podría hacerse con sólo tres palabras: Nunca es vulgar.

*Les massacres de París* no es, como tampoco lo es el tercer panel de *Jacques Vingtras* que Jules Valles escribió en su destierro londinense, una novela histórica, género muy en boga en el siglo XIX; no es la petrificación de una determinada circunstancia histórica. Es una evocación del París de la guerra franco-prusiana, del París del 1870-71. Del París de un puñado de ilusos heroicos que no querían rendirse a los alemanes y al Versalles de Thiers, el enano siniestro tan soberbiamente vapuleado por Barbey D'Aurevilly, que malvendía Francia a Bismarck. Muchos años después —la Historia se repite— Versalles sería Vichy.

No; *Les massacres de París* no es, ni pretende serlo, una novela histórica, género por el que se dejaron tentar el gran Flaubert de *L'éducation sentimentale* con *Salammbó*, el Blasco Ibáñez de *Cañas y barro* con *Sónnica la cortesana* y el Dickens de *David Copperfield* con *Historia en dos ciudades*; género convencional y momificado, en el que todo: los personajes, el vestuario, el mobiliario, la intriga queda siempre en historia vista en el barracón de las figuras de cera y que sólo supo hacer tragadero la sandunga del insurrecto y liberal Alejandro Dumas de *Los tres mosqueteros*, *El conde de Montecristo* y *Los garibaldinos*, y al que dieron pujanza y categoría de obra de arte el Anatole France de *Les dieux ont soif* y el Alejo Carpentier de *El siglo de las luces*.

El género, con sus muchas trampas —la mayor de las cuales es dividir los personajes en *buenos* y *malos* —se presta a la facilona demagogia, al latiguillo que «hacía llorar a Margot», al exabrupto mitinesco.

Jean Cassou, artista tan exigente consigo mismo, ha sabido evitar el escollo. *Les massacres de París* es, por fortuna, la crónica de una circunstancia histórica vivida apasionadamente por unos seres de carne y hueso y no de papel: Quiche, Siffrelin, Marie Rose, *madame* Havelotte y el botarate de su marido, el tío Josephin y sus dos hijas, Fregert, Barbuchet, Jules de Renaud, situados en el heroico, en el trágico decorado del París en guerra. No son personajes de ficción, inventados por necesidades del relato: son personas mortales, con sus dudas, su fe, sus debilidades y su grandeza, su amor y su dolor. Porque se trata, *además y sobre todo* de una novela de amor; de una de las más bellas novelas de amor que se han escrito en lo que va de siglo.

Como es norma en todos los grandes, Cassou convive con sus personajes. Más como personaje que como autor, Cassou se llama Quiche en *Les massacres de París*, Flaubert se llama Moreau en *L'éducation sentimentale*, Stendhal se llama Fabricio en *La chartreuse de Parme* y nuestro Cervantes se llamó Don Quijote en su gran libro. Don Quijote y no Alonso Quijano.

Los personajes históricos sólo aparecen —justo castigo a su historicidad — en tercer término, sombras borrosas del telón de fondo, comparsas anquilosados por la Historia: Napoleón, al que Hugo llamara «el pequeño» y el pueblo de París «Badinguet», Eugenia de Montijo, Gallifet, Thiers, cuyo recuerdo perpetúan las calles de muchas ciudades francesas.

Pío Baroja, en *Los últimos románticos*, trató el mismo tema, pero la novela de Baroja, escrita en tono acedo y pesimista, deja un sabor amargo de fracaso y descalabro. En la de Cassou, tejida también sobre el escenario de un París en llamas, la hecatombe deja abierta la puerta al mañana. Los versalleses han entrado victoriosos en París, arrollando a sus defensores. La represión ha sido atroz, inmisericorde. Han caído Siffrelin, María Rosa.

Pero Quiche vive. Y espera.

Vivir es esperar.

LUIS CAPDEVILA  
*Septiembre de 1968.*

# **PRIMERA PARTE**

## I

EL PRIMERO DE ENERO DE MIL OCHOCIENTOS SETENTA, me paseaba por París con Siffrelin. Fui a buscarle a su casa, en el barrio de San Antonio; bordeamos el Sena. Ahora recorríamos las avenidas de los Campos Elíseos; y a los burgueses endomingados les extrañaba la pareja que formábamos, yo con gabán y sombrero de copa y él con su blusa que asomaba por debajo del carric raído que llevaba puesto. A veces, posaba su pesada mano sobre mi hombro y con la otra se acariciaba la barba con uno de esos gestos solemnes que tienen los obreros viejos. Luego, pese al frío se quitaba su gabina de media copa y dejaba flotar sus largos cabellos blancos. Era un día tranquilo y plomizo. Alcé el cuello de terciopelo de mi gabán.

—Tío Siffrelin —le dije—, estas gentes no nos quieren.

Se encogió de hombros y escupió majestuosamente. Parecíame estar al lado del jefe de una tribu extranjera, entre bárbaros hostiles: aquella compañía me proporcionaba no sé qué placer áspero y despreciativo. Y pensaba yo en las mujeres de las que estaba enamorado y en las poesías que escribía en secreto. Pensaba también en Siffrelin y en sus dos hijas, Fernanda y María Rosa, una afeada o, al menos, endurecida, recocida por la labor y la maternidad, y la otra virgen todavía y magnífica.

—María Rosa —murmuré—. Va usted a casarla uno de estos días.

—Es siempre lo bastante pronto para hacer una desgraciada.

Vi en su cara contraída de pronto que pensaba en la otra, en Fernanda, aunque ésta no fuese desgraciada en su matrimonio. Se había casado con un cerrajero de las cercanías, un mozo apuesto y bueno, pero su hija... Se produjo un accidente en el parto: y nació una niña con la columna vertebral desviada y que no sería después más que una solterona jorobada.

—Y de veras ¿no se puede hacer nada por esa pobre pequeña? Uno de estos días les traeré un amigo mío médico.

—Como sabes —me dijo— han intentado escayolarla, en los primeros años, y no hay nada que hacer. Así está, y así se quedará.

Resultaba atroz pensar en aquello. A nuestro alrededor, entre los hermosos árboles, desnudos y rectos, de los Campos Elíseos, no había más que familias felices. Un niño, disfrazado de zuavo, a quien perseguían sus

compañeros, vino a enredarse en mis piernas; y luego, desaparecieron con fuertes gritos.

—¿Sufre mucho Fernanda? —proseguí.

—Sí, y el padre no se siente orgulloso... Y el abuelo tampoco —añadió muy quedo, al cabo de un instante de silencio.

—Estas desgracias no suceden más que una vez —le dije—. María Rosa tendrá más suerte.

Me dediqué a pensar tan sólo en María Rosa, en su aspecto saludable, en el gozo grande y violento que me inspiraban su estatura, su voz sorda, sus brazos desnudos, su carne adivinada bajo la chambra blanca y la ropa gruesa. ¡Qué bellas son las mujeres —me dije— qué bellas son! Toda mi alma se sintió de pronto en fiesta. Cogí el brazo del viejo Siffrelin y apresuré el paso. Desde el bajo vientre me subía al cerebro una embriaguez aguda, casi dolorosa. No todo estaba perdido en este mundo puesto que había las mujeres y yo podía y quería consagrarles mi vida. Luego, vi una niñita jorobada que juega sola en un rincón, y que levanta hacia nosotros unos ojos fijos en donde no pasa nada todavía, en donde nada habla ni nada interroga.

—Y ella ¿se da ya cuenta? —pregunté—. ¿Sabe que no es como todos los niños? ¿Tiene amiguitos que se hayan burlado de ella?

—No lo sé —dijo Siffrelin, en tono brusco. Y volvió a ponerse el sombrero lanzando un gran suspiro.

En la calzada, el golpeteo de los cascos de los caballos, sus cascabeles, el rodar algodonoso de las ruedas producían un rumor que ascendía, en el aire sombrío, hacia la Estrella y la avenida de la Emperatriz. Caracoleaban unos jinetes, dirigiendo señas a las calesas. Torcimos a la derecha y recorrimos unas calles desiertas, con las tiendas cerradas y luego, los bulevares donde hormigueaba la multitud. Señalando en dirección a Saint-Lazare y a la Puerta de Saint-Denis, Siffrelin rezongó:

—Eso me recuerda el mes de junio del 48. La cosa ardía por aquí.

Me contó sus batallas mientras volvíamos sobre nuestros pasos. Le habían detenido junto al cuartel Poissonnière, y le llevaron a los panteones de las Tullerías. Y me lo describía: mil quinientas personas amontonadas allí dentro, las mujeres que aullaban; algunas se volvieron locas. De cuando en cuando, los guardias móviles disparaban al azar por los tragaluces. Y luego, en el curso de la noche, el redoble de los tambores y las hogueras del pelotón. Al día siguiente vinieron a llevarse una parte de los detenidos para cambiarlos de prisión, y él se fugó por los almacenes de madera del Louvre. Un verdadero milagro. Hubo también el 2 de diciembre. Aquella vez peleó en el barrio

mismo, ante su taller, de la calle de Aligre. Mientras me refería todo aquello, anocheció y se encendieron las farolas. Vimos de nuevo el Sena, y la multitud se adensó más aún. Empezaron a vocear los diarios de la noche. Propuse a mi compañero que volviésemos por la otra orilla, para variar, y cruzamos el puente de Solferino.

En la esquina de la calle del Bac con el malecón la gente se agitaba. El ómnibus Grenelle-Puerta Saint-Martin desembocó con su imperial atestada de viajeros, con un gran jaleo. Pero no era el vehículo el causante de aquel movimiento de la multitud. Aparecieron unos *jockeys* precediendo la carretela a la daumont del Emperador y de la Emperatriz. Nos encontramos, Siffrelin y yo, al borde de la acera, en la primera fila de los curiosos. Cerca de mí, una dama bien vestida, graciosamente apoyada en el brazo de su marido, agitó su pañuelo. Sus dos niñas, rojas de emoción, gritaron: «¡Viva el Emperador!». Las miraron. El marido pareció azorado. Hubo otro grito, tímido, de «¡Viva el Emperador!». Le vi pasar, pálido bajo su bicornio de general, con la perilla demasiado negra, y a su lado, la Emperatriz con un manto de piel. Brilló un diamante. Unos dragones cerraban el cortejo, que desapareció en dirección a las Tullerías. La multitud se dispersó.

—¿Les has visto? —me dijo Siffrelin.

Cruzamos de nuevo el Sena y nos detuvimos largo rato ante el pretil, al pie de la estatua del rey Enrique. Estaba todo oscuro. El río proyectaba su largo curso espejeante, animado por los reflejos del gas, e iba a perderse en las profundidades de París. A nuestra derecha, el Louvre y las Tullerías extendían su masa fúnebre. Dije a Siffrelin, erguido a mi lado, con su rostro hosco entre la selva de cabellos blancos:

—Tío Siffrelin, el verdadero emperador de París es usted.

—Un raro emperador —replicó— y quizá tan reventado como el otro. Porque, como sabes, debe estar muy reventado.

—¡Por menos lo estaría uno! —exclamé. Y continué: —Hablemos de cosas serias, tío Siffrelin. No me ha contado usted nada de sus negocios. ¿Cómo marcha la ebanistería?

—Pronto me faltará la goma laca —me respondió—. Ven a verme uno de estos días.

—Iré a tomar café con usted y con María Rosa, y charlaremos. ¡Sepa usted, tío Siffrelin, que no hay que tomarme por un Juan Lanas! No me olvido de las cosas serias. Pregunte usted a mi familia...

Se echó a reír, inclinándose sobre el pretil. Permanecimos callados contemplando los reflejos del Sena. Pensaba yo en la jornada concluida, en el

trabajo que tendría que reanudar al día siguiente, en la duplicidad de mi existencia, en salidas imposibles, en mis poesías, en María Rosa. A nuestra espalda los transeúntes circulaban, apretadamente. Sentíame helado, pero me parecía que aquel frío resultaría por completo intolerable si hacía yo el menor movimiento. A nuestros pies, bajo el arco del puente, brilló un reflejo más vivo, como de un repentino incendio. Una barcaza se deslizaba ante nuestros ojos, en cuya popa, cerca del timonel, ardía un gran brasero. Aquel fuego se alejó poco a poco, se perdió bajo el puente próximo, fue disminuyendo en la lejanía; pero me había dejado una imagen llameante y azarosa, y cuando levanté la cabeza sentí los ojos deslumbrados y el corazón vacilante. Proseguimos nuestro camino. Apreté mis puños helados dentro de los bolsillos del gabán, y contemplé a Siffrelin, enorme a mi lado, y tan ridículo con su carric raído, su sombrero deslucido, su barba blanca, su aire de hombre enterado. Y me sobrecogió un inmenso desaliento.

—¡Ah! —pensé— ¿qué voy a hacer con mi pobre persona? ¡Si, al menos, alguien pudiese decírmelo! Y si me lo dijera, se expresaría en parábolas y yo no lo entendería. ¿Qué puede uno entender de lo que dicen las gentes? Esas, que hace un rato han gritado: «¡Viva el Emperador!» ¿qué querían decir? Y ese barco, como inflamado, que acaba de pasar ante mí ¿qué significaba? Indudablemente, nada tampoco.

Sin embargo, mis ojos conservaban el fulgor de aquel fuego sobre el agua, junto al hombre negro y a su timón. No podía haber aparecido ante mí por nada, mientras cruzaba París de parte a parte.



## II

MI ABUELO, AGENOR QUICHE, ERA DUEÑO DE UNA PEQUEÑA industria en la calle del Hotel-de-Ville, en el barrio judío. Era una fábrica de barnices para muebles, que ocupaba una tienda, un taller con horno y una cueva que servía de almacén. Empleaba allí un solo obrero, y en los buenos momentos, tomaba un ayudante suplementario para la maceración de las resinas o para algunas compras urgentes. En general, él y el obrero se bastaban para la faena. Ayudaba al obrero a levantar, cogiendo cada uno un asa, los pesados matraces de cobre que hacía colocar sobre la caldera; y era su propio contable y su propio corredor. Cuando el obrero marchaba a entregar la mercancía en un carretón de mano, él ocupaba su puesto junto al horno, las retortas y el refrigerador de serpentín, o ante los morteros de fundición en cuyo hueco sonoro, armado de un grueso mazo, trituraba juntas las resinas y las gomas lacas.

A su muerte, sus dos hijos se asociaron. Mi padre no tenía talento comercial. Mi tío Joséphin se separó de él y fue a establecer en el Marais una industria del mismo género, que fructificó. Acabó por invadir todo un viejo hotel de la calle Vieille-du-Temple, encendió siete u ocho hornos, contrató una decena de obreros, amplió su actividad a los barnices para coches y mermó grandemente la clientela de mi padre. Cuando éste murió tenía yo dieciocho años. Había hecho malos estudios, guiado sin cesar por la grata idea de que no tendría que sufrir las preocupaciones de escoger una carrera y de presentarme a oposiciones ya que mi porvenir estaba trazado: en espera de suceder a mi padre trabajaría con él y me iniciaría en su comercio. Yo no tenía ninguna ambición más que la de trabajar poco y soñar mucho.

Y mis deseos se cumplieron: acabados los estudios, mi padre me hizo llevar sus libros de contabilidad y acompañarle en sus jiras a los clientes. Recorrí con él el barrio de Saint-Antoine, visité a los ebanistas, aprendí cómo se charla con ellos, con sus aprendices, con sus familias. Mi padre, aunque tuviera una cultura un tanto superior, se encontraba a gusto entre aquellas gentes. Les hablaba de política, que era lo que más le interesaba. Yo compartía sus opiniones sin haber reflexionado nunca a fondo sobre ellas y sin concederlas gran importancia. Había yo leído todos los libros de su

biblioteca, donde se mezclaban los espíritus más libres del siglo anterior y los más generosos del actual, cuyas estremecidas conclusiones él, con su imaginación siempre en movimiento, prolongaba y confundía. Descubrí en sus cajones cintas cubiertas de inscripciones raras y de signos, cartas, papeles con emblemas. Aquellas lecturas y aquellos descubrimientos habían excitado en mi mente una vaga curiosidad, sentimientos de espera y de esperanza que no esclarecía aún, y que dejaba para más adelante el definir exactamente. Lo que por el momento me impresionaba, era la diversidad de los lugares que recorríamos, los talleres ruidosos, los patios oliendo a tablas, la densa calma que reinaba en aquellas calles y que ocultaba tanta actividad, y el regreso, de noche, al lado de mi padre. Un gozo secreto se concentraba entonces en mí, que acababa de consumarse gustoso cuando volvía a nuestra calle, aquella fresca y sórdida calle del Hotel-de-Ville, que cobijaba su sinuosidad detrás de las torrecillas del vetusto Palacio de Sens, calle también gótica, increíble, sepultada en el pasado, semejante a una muerta. Viejas judías de pelucas rojas se interpelaban de puerta a puerta en su lengua ronca y chillona. Pasaba el rabino, acolchado en su levita, dirigiéndose a la mezquita. Chiquillos andrajosos jugaban en el arroyo. Mi corazón se estremecía viendo aparecer, en el umbral de una puerta oscura, como una rosa de aquel estercolero, alguna muchacha, de tez olivácea, cabellos rizados y grandes ojos que me miraban con una tranquila y lejana audacia. Finalmente, entrábamos en nuestra casa y encontraba de nuevo la tienda llena de cajones y de frascos, el taller claro, al fondo, dando al patio y, al mismo tiempo que a mi madre, aquel inolvidable olor de mi casa, en que se mezclaban la resina, el alcanfor, la trementina, el copal y la sandáraca.

Al morir mi padre me puse valientemente a la obra, de acuerdo con mi madre. Pero ella tenía el cerebro más embrollado aún que su difunto marido. En cuanto a mí, abandonaba el negocio para pasar largas horas en los gabinetes de lectura. Luego, lleno de remordimiento, corría a visitar a los ebanistas. Pero la competencia que nos hacía el tío Joséphin desde años antes daba entonces todos sus frutos. Aparte de escasos clientes, ya no me conocían. Cuando me presentaba en nombre de la casa Quiche, Teodoro Quiche hijo y sucesor, me corregían: «Querrá usted decir Joséphin Quiche, la gran casa de barnices de todas clases de la calle Vieille-du-Temple». Mi madre y yo pasamos horas muy sombrías. Pero ella conservaba su carácter fantástico, recorría la tienda y el taller hablando sola, y yo soñaba con novelas. Sin embargo, en ciertos momentos de buen sentido, mi madre me aconsejaba que vendiese la fábrica de la cual, por baja que hubiera caído se

sacaría de todas maneras una pequeña renta, y que me hiciese empleado de oficina o comisionista de almacén. Así conseguiríamos vivir tan medianamente como al presente, pero cuando menos sin aquella preocupación del mañana y aquellas angustias perpetuas que nos ocasionaban las vicisitudes del comercio. Los vencimientos nos abrumaban así como las letras y los pagarés protestados, sin contar las visitas del propietario, un bruto apellidado Moitrier que terminaba invariablemente sus discursos con estas palabras:

—Vamos, señora Quiche, consiento en aplazar esto hasta el quince en memoria de su marido, pero no vuelva a hacerlo.

—Hasta el veinte, señor Moitrier. El veinte será usted pagado, se lo juro. El veinte, por la mañana, mi hijo le llevará el dinero a su casa. ¿Verdad, Teo?

Cuando nos vimos acorralados hasta el último extremo, mi madre, sin decirme nada, tomó una suprema resolución. Estábamos a unos días de la quiebra. Desde la víspera no nos alimentábamos más que con un poco de arroz con leche. Nuestro único obrero, cansado de no cobrar sus jornales, se había marchado. Acababa yo de volver de un recorrido estéril por el barrio, cuando mi madre me dijo:

—Adivina lo que he hecho esta mañana.

—¿Qué has hecho?

—He estado en casa de Joséphin.

Me quedé consternado. Pero ella tenía razón: no podíamos hacer otra cosa que entregarnos en manos del enemigo.

—Hace diez años que no nos veíamos —prosiguió mi madre—. Me ha encontrado muy envejecida, pero él tampoco es joven.

—¿Y qué te ha dicho?

—Nada decisivo. Sin embargo, creo que quiere realmente ayudarnos. Ante todo desea verte, hablar contigo. Tienes que ir allí, Teo.

Fui a la calle Vieille-du-Temple, entré en el amplio patio donde unos obreros cargaban un camión tirado por dos caballos y permanecí un instante contemplando la fachada de aquel hermoso hotel Luis XIV, en cuyo frontón una diosa vaciaba su cuerno de la abundancia. Examiné la puerta acristalada, enmarcada por pilastras corintias y coronada por un rótulo en donde aparecía el glorioso nombre de Joséphin Quiche. Por último, con el corazón palpitante, subí los tres escalones y abrí la puerta. Después de un vestíbulo enlosado, se penetraba en un amplio salón, cuyo entarimado de dibujos estaba desgastado, blanco de polvo, cubierto de briznas de paja y de trozos de papel y que unas tablas dividían en cinco o seis despachitos. Había rastros de pintura, azules y rosados en el techo y sobre las paredes, revestimientos deslustrados. En uno

de los despachitos estaba mi tío Joséphin, un hombre grueso, colorado, con bigote y perilla amarillentos, muy aseado en su persona, vestido con una levita color avellana y un impecable pantalón de casimir blanco. No dejaba de parecerse a mi padre, y la mano que me tendió era fina y carnosa como la de mi padre. Él también reconoció mi aire de familia, porque su primera palabra fue que yo tenía más de mi padre que de mi madre.

—Pero esto no vale mucho más —añadió bruscamente—. Ni él ni ella estaban preparados para la vida. No sé cuál de los dos ha hecho más daño al otro. En fin, tu padre ha muerto, no hablemos más de él. En cuanto a mi cuñada...

—Señor —dije con un leve gesto de malhumor del que me sentí muy orgulloso—, no he venido aquí para oír sus juicios.

—Oirás lo que yo te diga. Tu padre os ha llevado bonitamente a la miseria, y tu madre y tú habéis rematado su obra con una obcecación y una perseverancia que hubierais podido emplear mejor. Lo hecho, hecho está. ¿Es la quiebra, verdad? Tu madre me lo ha explicado. De una manera no muy clara, sin duda, porque la pobre mujer no tiene nociones comerciales concretas, pero en fin, cuando se trata de quiebra todo el mundo está de acuerdo y es una cosa que no podría llamarse de otro modo. He aquí lo que te propongo.

Hizo una pausa, y yo también respiré a fondo. Luego, me rogó que me sentase, ya que se había olvidado de hacerlo.

—Yo —continuó— tengo el sentido de la familia. Es una virtud que va acompañada, generalmente, por el sentido comercial. Sí, sí, mocito. Cuando se interesa uno por un negocio creado por uno mismo, y se le ve crecer y desarrollarse ante nuestros ojos, es que se posee la fibra paternal y que está uno hecho para querer a la mujer y al hijo de su hermano. De tu padre y de mí, tú has pensado siempre que el bárbaro era yo y tu padre el grande hombre. Naturalmente, tú también, eres una especie de artista, me desprecias, te reservas el monopolio de los bellos sentimientos. Cuando me hayas visto vivir en medio de los míos, cuando compartas mi vida y hayas agrandado el círculo cuyo centro soy yo... Porque vas a compartir mi vida, sí, y a reingresar en el seno de una familia a la que no has debido nunca... En fin, no anticipemos, voy a llegar a lo que quería decirte.

Le sofocaban su elocuencia y su júbilo. No lograba terminar sus frases pero se mostraba tan satisfecho como si las hubiese llevado a buen término para deslumbrar a un público arrobado. Sacó un pañuelo de seda de su bolsillo, se secó la boca y la frente, acarició su perilla y prosiguió:

—¡Es que tengo tantas cosas que decirte! Y que hubiera preferido, créelo, decir a tu padre en vez de a ti. ¡Tenía tantas cosas que decirle! Bueno, puesto que el destino lo ha decidido así, eres tú quien las escucharás. ¡Paciencia! Cada una vendrá en su momento. He reflexionado sobre vuestro caso y he aquí lo que he decidido. Primeramente, os libro de la quiebra. Déjame seguir, ya me darás las gracias después. Lo que hago, no es por ti, y menos aún por tu madre, puesto que... Piensas evidentemente que es por el apellido. ¡El apellido de los Quiche! Y esto te hace sonreír. Tú estás por encima de estas cosas, ¿verdad? Pongamos que sea por el apellido, aunque no sea por eso enteramente... Estimo más exactamente que... En fin, ¿habéis venido aquí, tu madre y tú, para que os saque de la quiebra, sí o no? ¿Sí, verdad? ¡Es, por tanto, que no os hace gracia sufrir la quiebra! ¿Entonces, qué? Pues bien, entendido, no sufriréis la quiebra. Yo pago todo.

—No le doy a usted las gracias puesto que no quiere que se las dé. Déjeme simplemente decirle, señor...

—Dirás lo que quieras cuando yo haya terminado de hablar. Entre tanto, no vuelvas a llamarme señor. Soy tu tío, este es un hecho contra el cual no puedes hacer nada, pese a todo tu talento. Y estás aquí porque soy tu tío, ¿no es eso? Continúo. Ya estáis libres del apuro, pero no podéis seguir fabricando barnices que no se venden, exponiéndoos a la quiebra al final de cada trimestre. No hay más que una fábrica de barnices, no hay más que una casa Quiche: la mía. Por consiguiente, no sufriréis la quiebra, pero liquidaréis todo.

—¿Y qué será de nosotros?

—Puedes estar tranquilo: no seréis desgraciados. Viviréis aquí, tu madre y tú, sencillamente. Hay una habitación muy limpia para tu madre y un sobradillo muy suficiente para ti. Trabajarás en mis oficinas. Tu madre se entenderá perfectamente con mi mujer, tu tía, que tiene corazón, entérate, al menos tanto como vosotros y además algo que se llama sesera. Te entenderás con mis hijas, pero no te casarás con ninguna de ellas, te lo prevengo. Están más o menos prometidas, y yo dejaré la fábrica a uno de mis yernos. Pero tal vez si te portas bien, habrá manera de pensar para el porvenir en un modo cualquiera de asociación. Por el momento no tienes que pensar en el porvenir. Eres un náufrago y te contentarás con decir: ¡uf! Yo te salvo la vida y te doy un empleo en mi casa. Vas a empezar por trabajar en las cuentas para terminar tu aprendizaje, y luego te asomará a los talleres. Dentro de un mes, te mandaré a recorrer la plaza. Conoces ya el barrio, y eso te será fácil. Y es de suponer que conoces más o menos los barnices para ebanistería. Pero lo ignoras todo de los barnices para coches: tendrás que aprenderlo poco a poco.

Y mis condiciones son éstas: un tanto por ciento a discutir sobre los pedidos que traigas, más un sueldo fijo mensual de doscientos francos sobre el cual...

Volvió a resoplar, se secó de nuevo y dijo:

—Sobre el cual te retendré veinticinco francos de pensión por tu madre y setenta y cinco francos que servirán para enjugar, hasta un total a destajo de cinco mil francos, la deuda que vas a contraer conmigo por la liquidación de tu fábrica. Como verás no te pido la devolución. Una simple indemnización de cinco mil francos. Peor para mí si esto me cuesta el doble. E incluso si quieres liberarte antes, podrás hacerlo. No quiero mantenerte en esclavitud. No, eres de la familia y lo seguirás siendo. Tu madre y tú, comeréis en nuestra mesa y viviréis bajo nuestro techo. Ahora, ya puedes darme las gracias. Y yo quisiera que tu padre se encontrase en este momento en algún rinconcito.

Yo sólo podía darle las gracias. Mi tío se levantó y le tendí la mano.

—Mañana por la mañana —me dijo— iré a vuestra casucha. Me enseñarás los libros y lo arreglaremos todo.

Aquel día fue para mi madre y para mí el último día del régimen de arroz. A la mañana siguiente, Joséphin apareció, con los bolsillos de su redingote atestados de billetes de banco. Se mostró enternecido al ver de nuevo el almacén paterno, el taller abandonado y, en el piso primero, el cuartito cuyo mobiliaje reconoció en su mayor parte. Besó la mano de mi madre, y le dijo: «Vamos, vamos, querida...». Finalmente, se instaló detrás del mostrador polvoriento después de haberlo limpiado con su pañuelo de seda cuidando de no ensuciar su pantalón de casimir. Le trajimos nuestros libros de contabilidad y todos nuestros papeles que él se puso a revisar poniéndose sus quevedos de concha, con sonrisas indulgentes y movimientos de cabeza.

—¿Y qué tenéis en almacén? —preguntó—. Poca cosa ¿verdad? ¿Has hecho un inventario? Espero, sin embargo, que podremos hinchar un pequeño activo. Sino...

Le dejé una blusa para que bajase a la cueva conmigo. Se entraba por una trampilla que, al fondo del taller, se abría sobre una escalera de piedra mohosa y resbaladiza. Le precedía con una linterna, mientras él gruñía:

—Realmente, no habéis hecho progresos desde el otro Napoleón. ¡Ya verás lo moderno que es todo en mi casa!

Yo, por última vez, aspiraba a pleno pulmón la sombra y la humedad en que había transcurrido mi niñez, aquel aire de fondo de jardín donde, entre las piedras musgosas y el perfume otoñal de las esencias, había yo visto las tinieblas estrellarse a veces con una larga mirada de gacela. Después de que estuvo todo arreglado, con el inventario de la cueva y la liquidación de

cuentas, y hube recibido en buenos billetes el precio de mi ingreso en la familia de mi tío, le acompañé hasta la puerta y, mientras él se enternece y se indignaba al mismo tiempo ante el aspecto siniestro y ruinoso de las cosas, yo contemplé la estrecha y serpeante calle, la densa sombra, las fachadas ventrudas y los muros esponjosos, acariciados aquí y allá por una mancha de sol, lo mismo que la linfa del arroyo se encendía de trecho en trecho con un temblor dorado. Dieron las doce en Saint-Gervais. Una suave tibieza envolvía el bullicio de las buenas mujeres y hacía relucir, en el escaparate de una frutería vecina, las epidermis barnizadas de un cesto de pimientos.

—Pues bien —dijo Joséphin—, vais a salir de vuestra caverna. No os sentará mal.

—Pretende que no quiere tenerme en esclavitud —dije a mi madre cuando estuve a solas con ella—, pero en realidad somos sus prisioneros. Nos hemos vendido. Tenías razón: mejor hubiéramos hecho en desprendernos de la fábrica antes de la catástrofe. Yo habría encontrado un puesto cualquiera. Al menos seríamos libres.

—Ya te lo dije.

—La catástrofe ha llegado antes de lo que yo creía. Y además ¿qué puesto hubiese yo encontrado?

—¡Quién sabe!

Removíamos lamentaciones e hipótesis. Todo aquello era completamente inútil. A fin de cuentas, el fatalismo que nos unía, a mi madre y a mí, dominaba todas las suposiciones y resolvía todas las alternativas. Durante aquellos últimos días acabamos de arreglar nuestros asuntos, vendimos nuestros muebles; sólo conservé algunos libros. Finalmente, dimos nuestro adiós a la calle del Hotel-de-Ville, y fuimos a instalarnos en casa de mi tío.

Las habitaciones de él y de su familia ocupaban el piso primero de la fachada. El piso bajo, como ya hemos dicho, estaba dedicado a las oficinas. Habían dispuesto allí también algunos talleres. Estos se prolongaban por el piso bajo del ala izquierda, un gran edificio nuevo que iba a unirse, en la entrada, con el pabellón donde el portero tenía su cuarto. En el piso primero de aquel cuerpo de edificio había almacenes, depósitos de paja y de vidriería y una reducida habitación abohardillada, atestada de archivadores, donde dispusieron mi aposento. Desde mi ventana veía el patio, y enfrente, el otro ala, la de la derecha, ocupada por el cobertizo de los camiones y las cuadras. Simétrico al cuarto del portero habían instalado un tenderete acristalado, con techumbre de tejas, donde un hombre con blusa, sentado sobre un alto

taburete, escribía en un gran registro. Cerca de su tenderete, había una báscula, y era él quien vigilaba la entrada y la salida de las mercancías.

Estaba yo, pues, confinado entre las bombonas y la contabilidad, en el corazón mismo de la casa Quiche, como si no tuviera que olvidar que debía dedicarme por entero, noche y día, al comercio y a la industria. Mi madre, por su parte, estaba alojada, lejos de mí, en una habitación bastante agradable, al extremo del apartamento familiar. Nos veíamos en las comidas y nos dirigíamos miradas lastimeras e irónicas a la vez. Por la noche, después de la cena, obtenía yo de cuando en cuando permiso para salir solo con ella y llegábamos hasta la plazuela del Temple, cambiando impresiones sobre nuestro nuevo ambiente. A ella se le ocurrían sobre todas aquellas gentes chuscadas inocentes que me hacían reír. Luego, hacía que me contase cosas del tiempo en que apenas despertaba yo a mi consciencia, relatos sobre mi padre, nuestros paseos, nuestras vacaciones, las vacaciones más remotas que hubiese pasado, las que no podían haberme dejado más que un recuerdo puramente verbal y que ahora ella henchía de carne y de sangre. Me hablaba también de las gentes que había conocido y que formaban, en mi vida anterior, una sociedad escogida y poderosa. Refugiada junto a aquéllas y yo junto a ella, se me aparecía entonces como una soberana que no tenía nada que temer y que podía protegerme. Ella misma se dejaba llevar a embellecer aquellos tiempos lejanos con todos los recursos de su fecunda y melancólica imaginación. Pero cuando me la encontraba en la mesa o en el salón, tan endeble y tan dulce bajo su chal negro, obligada a suspender los vagabundeos de su fantasía para seguir dócilmente la conversación de su cuñado y de su cuñada, sentía hacia ella una gran compasión, que confirmaba y acrecía la que, no sin complacencia, experimentaba yo por mi propio destino.

Delante de su familia, mi tío Joséphin peroraba con aquella facundia en la que reconocí un odio largo tiempo acumulado contra su hermano y que, no habiendo podido expresarse metódicamente en presencia de éste, se volcaba sobre mí con una precipitación torrencial y caótica. Hablaba, en pie, con la mano izquierda abierta sobre la cadera, en la postura que mostraba el Emperador en sus retratos, y que él le había visto en una velada de la Opera en que pudo contemplarle largamente en persona, de pie, en su palco, al lado de la Emperatriz y de las más lindas damas de su corte. Comprendí enseguida que, también por imitar al Emperador, llevaba él aquel redingote color avellana y aquel pantalón blanco, que fueron uno de los primeros atuendos de Napoleón III, el que usaba en sus comienzos presidenciales, cuando el cariño



que le consagraban se hallaba en su viveza juvenil, todo compuesto de esperanza y lozanía.

Puesto que mi tío Joséphin se consideraba como un Emperador de poca monta, era natural que mi tía Valeria dedicase todos sus afanes a recordar a la Emperatriz. Primeramente hizo el esfuerzo de nacer, si no en España, al menos más al sur que los Quiche, todos puros parisienses. Ella había nacido en Blois. Pero tenía el cabello castaño obscuro, los ojos negros, lo contrario de los Quiche que tendían al rubio, y hasta, como el tío Joséphin, al rojo; y ella afectaba una exuberancia totalmente meridional. De piernas cortas, un busto extraordinariamente opulento, las nalgas salientes, los brazos redondos, corría por todas partes como una locuela embriagada, daba órdenes contradictorias, cantaba romanzas; pero bajo aquella apariencia de princesa exótica, era realmente la mujer más calculadora y más sensata. El capricho de que hacía gala no recaía nunca más que sobre detalles insignificantes. Para la dirección general de la casa ella sabía, por el contrario, muy claramente todo lo que decía y todo lo que quería. Entonces se expresaba en un tono breve y gangoso que no admitía réplica. Testimonió a mi madre un cariño aturdidor, a favor del cual la impuso su entera voluntad, la indicó la silla en que debía sentarse y los sillones que era preciso respetar, las labores de costura y las pequeñas funciones a las que se dedicaría en lo sucesivo para ganarse un poco su pan y demostrar su agradecimiento. Uno de los primeros días siguientes a nuestra llegada, entró a toda prisa en la habitación de mi madre, con un montón de pingos en los brazos.

—¡Ah, mi buena amiga —la dijo— el trabajo que me tomo por usted! He rebuscado en todos mis armarios y he encontrado estos vestidos viejos, no tan viejos sin embargo, que puede usted utilizar. Sin duda no tenemos la misma talla, usted es muy flaca, pero con algunos tijeretazos y la ayuda de sus dedos de hada, estoy segura de que reanimará todas estas prendas. Y así ocupará sus ratos de ocio.

En sus dos hijas encontré la diferencia de rasgos que caracterizaba al padre y a la madre. La pequeña era una Montijo, la mayor una Bonaparte. Ésta, Clemencia, tenía un temperamento reservado, altivo, y me pareció profundamente aburrida. Nos había acogido a mi madre y a mí, con una indiferencia manifiesta. En nuestra primera comida familiar nos besó sin mirarnos, y luego se puso a hablar con su padre de los asuntos de la fábrica. Estaba al corriente de todo lo que allí sucedía. Cómo se las arreglaba, es un problema que no he resuelto nunca. Porque no ponía jamás los pies en los talleres ni en las oficinas y se contentaba con mirar el patio desde su ventana.

Sin duda aquella mañana pudo ella observar que habían descargado allí tres toneladas de resina y unos fardos de vidrio majado. Pero sabía también que el correo había traído un importante pedido de Burdeos. Y añadió:

—¿Y Flageot? Debía estar todavía borracho esta mañana cuando no ha venido.

—¿Ha faltado, Flageot? —replicó el señor Quiche—. Pues no lo he notado.

Flageot, como supe después, era, entre los obreros, la cabeza rebelde, el que bebía y blasfemaba, y cuyo ejemplo resultaba pernicioso para sus compañeros. Pero hacía años que estaba en la casa y no se había presentado una ocasión seria para despedirle. Y además, si se marchaba, habría faltado algo pavoroso, un motivo para temer y defenderse sin lo cual la existencia sería demasiado insulsa. Clemencia, sobre todo, necesitaba vigilar a Flageot, señalar sus fechorías a su padre, sentirse por ello perpetuamente amenazada.

Clemencia era, pues, rubia y orgullosa; su hermana, Adelaida, morena como su madre, tenía también los ojos negros, y era aún más meridional, más llena de viveza. Como su madre desempeñaba el papel de la aturdida seductora, le daba la réplica, corría a remolque de aquélla y la acompañaba en sus visitas a los pobres. Porque mi tía Valeria, para completar su parecido con la Emperatriz, se mostraba devota y bienhechora. Cuando el Imperio se declaró liberal, quiso ella marcar aquella transformación conciliando su piedad con un audaz descoco en sus palabras y costumbres. Se vieron en las habitaciones de sus hijas retratos de Hortensia Schneider y hasta de Cora Pearl, sobre el atril de su piano canciones de «café-concert»; y las llevaba a bailes y teatros. Joséphin Quiche no aprobaba en absoluto aquellos caprichos, ni tampoco el Imperio liberal. Clemencia era de su opinión, sin duda, y seguía a su madre y a su hermana con un aire indulgente y frío. Pero nadie podía resistir el torbellino que suscitaban a su paso mi vivaracha tía y mi amable prima Adelaida.

—Los tiempos han cambiado —afirmaba mi tía—. No se puede ya educar a las muchachas como se hacía en mi juventud.

Además, y esto tranquilizaba a Joséphin, aquella manía de la diversión conservaba un tono inocente e iba unida a las prácticas más santas. Era realmente una frivolidad a la española, como aquella de que la Emperatriz venía sin cesar, desde hacía años, dando ejemplo. Era, en suma, una manera más vigorosa, más alegre, más ruidosa de mostrarse buena cristiana y de desafiar al diablo.

Mi madre no resistió mucho tiempo aquella vida de familia. Murió al cabo de un año, y los veinticinco francos mensuales descontados de mi sueldo por su pensión vinieron a acrecer la suma que pagaba yo por mi redención. Así desapareció aquella criatura ligera, insignificante y deliciosa a quien aquella nueva existencia había venido a oponerse a sus sueños y que, por consiguiente, no tenía más que desaparecer. En realidad, falleció de una dolencia de corazón, como sucedía, al parecer, en su familia. Su propia madre había muerto muy joven del mismo mal. Es esta una vicisitud bastante corriente y que no tiene nada de singularmente patético; pero me complacía imaginar a mi madre muriendo de languidez entre aquellas gentes groseras después de haber luchado, a mi lado, desesperadamente para defender nuestro pasado y mi infancia. No sé ya muy bien lo que debo pensar de mis padres. Se esfuman a lo lejos, en esas nubes que me han dejado de herencia y que siguen flotando en mi corazón. Sin duda no eran más que gentes insignificantes como tantas otras y que, como tantas otras también, han ocupado con justeza el lugar que les correspondía en el mundo. Pero se complace uno en conceder a sus ascendientes el prejuicio favorable de una injusticia social, en soñar que estaban hechos para un destino mejor y que a causa de tal error conservan en nuestra memoria esa figura vaga y aérea. ¿Cómo explicar de otro modo todo lo que nuestra infancia tuvo de singular, de único, de secretamente regio? Porque ¿no hemos tenido todos una infancia oculta de príncipe? Así pues, mi madre desapareció, y me quedé solo, ligado por un contrato riguroso a mi tío Joséphin, a su familia y a su fábrica. Tuve por un momento la esperanza de que me darían la habitación de mi madre; pero estimaron que sería más viril para mí y mejor para mi formación moral el quedarme donde estaba. Se la dieron a una de las dos hermanas: hasta entonces ellas habían compartido la misma habitación.

### III

POR LO DEMÁS, ESTABA SATISFECHO EN MI SOBRADILLO, aunque sólo fuese por el aislamiento de que gozaba allí. Mi moblaje consistía en una cama de hierro, una mesa, dos sillas, un lavabo y un armario. La pieza era triangular y el rincón de ángulo estaba ocupado por unas tablas transversales sobre las cuales habían amontonado litros de contabilidad antiguos, carpetas de borradores, clasificadores de copias de cartas, todos los archivos de la casa. Como aquel rincón era muy hondo, escondí allí, detrás de los registros, los libros que conservaba de la biblioteca de mi padre. Así lo que tenía yo de más personal se disimulaba detrás de aquella fachada negra y comercial. Oculté allí también los cuadernos en los cuales bosquejaba versos, cartas a corresponsales imaginarios, dibujos.

Desde mi ventana, veía el patio. No lo veía nunca en actividad, puesto que, en aquellos momentos, no estaba yo nunca en mi habitación, desierta y tranquila, salvo por la mañana cuando terminaba mi aseo, mientras el portero abría el portalón, llegaban los obreros y los carreteros enganchaban los caballos a los coches de reparto. Pero por la noche estaba vacía. Sólo el piafar de los caballos invisibles, encerrados en sus cuadras, turbaban de cuando en cuando su silencio; y aquel ruido sordo me traía como un eco pueblerino. Me complacía, sobre todo, durante las noches de verano, cuando había aún claridad, quedarme en mi ventana y contemplar, enfrente de mí, el tejado del tenderete donde estaba Barbuchet, el hombre que controlaba la entrada y la salida de las mercancías. No sé adonde habían ido a buscar las tejas que recubrían aquella techumbre y que estaban recortadas en redondo como en ciertas campiñas, formando una especie de vestido de pétalos, un pequeño océano de olas movedizas. Los tintes eran de una delicadeza y de una variedad infinitas, amarillo, rosa, malva, y contrastaban con el gris y el negro de la fachada, y que tenían también su nobleza, pero sobre todo con el yeso deslucido y con los cristales sucios del edificio contra el cual se apoyaba el tenderete. Aquella techumbre poseía un alma prismática y femenina, imprevista y extraña. Temblaba yo pensando que Joséphin tomase la determinación de sustituirlas con pizarra. Pero él jamás había visto aquel tejado, ni siquiera para percibir lo insólito e impropio de éste.

A medida que caía la noche, los matices del tejado se ensombrecían. Las manchas de musgo que lo aterciopelaban, aquí y allá, adquirían mayor relieve, dando consistencia a la sombra y dominando la claridad. Pronto, no quedaba ya nada de los tintes exquisitos, fundidos todos bajo la máscara de la noche. Pero, disfrazada así, el alma del tejado no por eso era menos dilecto para mí. En apariencia no era ya más que su parigual de la ridícula fachada Luis XIV y de todos los tejados cualesquiera, cuyo batallón de chimeneas bostezaba en la noche. Yo bien sabía que aquella alma no tomaba parte alguna en aquellos diálogos vulgares en que todo el mundo estaba obligado a rebajarse, hasta la rimbombante diosa del frontón. Se libraba del sueño universalmente nivelador y me murmuraba muy quedo que ella no cesaba de ser para mí un parterre florido, un ala cálida y estremecida, mi jardín, mi secreto.

En invierno, ocurría, que al llegar los negocios a su apogeo, Barbuchet estaba obligado a permanecer en su tenderete un cuarto de hora o veinte minutos después de acabarse la jornada. Le veía en su jaula de cristal, toda rojiza con la luz de la lámpara y la del chubesqui que la caldeaba y cuya tubería, allá arriba, se desprendía no sin gracia del asalto embrujador de mis queridas y pequeñas tejas rosadas. Aquellas claridades iluminaban el cráneo calvo de Barbuchet, su barbita gris, su emocionante silueta de viejo empleado embrutecido. No había ya más, en medio del silencio y de las tinieblas del patio que aquel pobre hombre mecánico, tejiendo a su alrededor su tela de cifras y de rúbricas. Me recordaba una imagen análoga que me acompañó con frecuencia en la calle del Hotel-de-Ville. Desde las ventanas de nuestro cuarto, en el piso primero, había yo contemplado a menudo en una ventana de enfrente, y tan cerca que me parecía que hubiese podido tocarlo con la mano, un viejo zapatero, de rostro peludo y desfigurado, eternamente inclinado sobre los zapatos. El ruido seco del martillo sobre las suelas de cuero resonaba todavía dentro de mí. Escribí entonces un poema sobre aquel zapatero en que le comparaba a un cuervo. Y aquella identificación hacía surgir enseguida todo un amplio recuerdo de landas nocturnas y de largas selvas lejanas; y me sentía dichoso y como consolado de poder extender así sobre la frente de una calleja tan estrecha. Me parecía que el zapatero debía bendecirme por haber hecho de él un cuervo libre. Pero él no levantaba los ojos de su trabajo, golpeaba sobre sus hormas y sus cueros con una rabia redoblada y seguía siendo un zapatero, un miserable zapatero en el marco de su ventana, lo mismo que yo permanecía en la mía, encima de mi fábrica de barnices.

En Barbuchet volví a encontrar otro cuervo, un cuervo con blusa blanca recogido durante el invierno en un pequeño invernadero caldeado y al que sus ejercicios monótonos debían impulsar poco a poco a componer inmensos paisajes imaginarios. Las columnas se alargaban ante sus ojos, luego erigían templos, troncos de abetos, tubos de órganos. Creí que acabaría, alzando la cabeza, por lanzar un grito salvaje en el lenguaje de las aves, y, haciendo venirse abajo a su alrededor los cristales sucios, abriendo un desgarrón sangriento en el tejado, se echaría a volar, con sus alas blancas extendidas, y trazaría en la noche un camino irresistible en el que, volando a mi vez desde mi ventana, no podía dejar de reunirme con él. Pero Barbuchet cerraba su grueso registro con un gesto seco, se quitaba su blusa y se ponía su redingote, su paleta, su bufanda, bostezaba, se estiraba, apagaba su lámpara y se iba, con la espalda encorvada, andando a pasitos. Entre tanto, en la fachada Luis XIV, las altas ventanas del cuarto habían sido encendidas. Yo me volvía: mi habitación estaba a oscuras. Por los almacenes solados con ladrillos desunidos, tropezando en los cajones, me dirigía hacia el comedor.

Allí estaban todos, bajo la lámpara de contrapeso, mi tío Joséphin, mi tía Valeria, mis primas Clemencia y Adelaida. No sentía hacia ellos aún el odio sistemático e integral que me inspiraron más adelante. Eran para mí simplemente unos extraños como lo era el universo entero, aquel universo en el cual tendría que insertarme. Pero yo no sabía aún por qué ni cómo aquel problema había comenzado a serme tan difícil. No razonaba todavía sobre mi destino; lo sufría en esa obscuridad de la infancia donde mis raíces seguían embrolladas. Y me interesaba demasiado por mí mismo, estaba yo harto deslumbrado por mi propia singularidad para saber por qué fisura aquel nudo enorme y radiante de mi persona lograría introducirse en la desconocida e incierta realidad. Me contentaba con medir las distancias que me separaban de ella y con gozar de mi ventaja. Me creía diferente de Joséphin, como los niños saben que son diferentes de las personas mayores. Esta diferencia me proporcionaba, entre otros efectos, unos placeres secretos como los de componer versos o amar mi techumbre de tejas, y no había más que mantenerse así. No me preguntaba por qué ocurría aquello, ni si era yo el que tenía razón, ni si aquellos dos conceptos filosóficos, el de mi tío Joséphin en el que faltaba la techumbre de tejas, y el mío, que implicaba la amistad de aquel tejado, iban a entablar la lucha el uno contra el otro y si uno iba a dominar al otro. Me parecía muy natural verme relegado a mi sobrado. Además, allí encontraba el tejadillo, el cuervo blanco, los libros de mi padre, el retrato de mi madre; y nada de todo esto hubiera podido figurar en el cuarto

de Joséphin. Yo no estaba todavía en el mundo y ni siquiera deseaba ingresar en él.

Sin duda había yo visto, desde nuestro primer contacto, que Joséphin era ofensivo y estúpido. Pero después de transcurrido cierto tiempo junto a él admití que no podía ser de otro modo. E incluso pensé que si alguna vez yo medraba y perdía mis quimeras, me volvería más o menos parecido a él. En el curso de mi trabajo, escribiendo cartas comerciales o yendo a visitar a los clientes me sorprendía haciendo los mismos gestos que él y sentía enseguida cierta consideración por mí mismo. Lamentaba no tener perilla que acariciar, ni bigote que aguzar. «Hago mal en afeitarme, pensé. El negocio me interesaría mucho más si tuviese yo un aspecto más serio. Pero el tejado ya no me reconocería. ¿Y entonces?... Sin embargo ¿no podía, sin dejar de ser yo mismo, vivir imitando a Joséphin, como él vivía imitando al Emperador?». Pero el «dejar de ser yo mismo» me parecía una catástrofe demasiado temible para exponerme a ella.

A veces salíamos juntos a hacer alguna gestión en un Banco o a la casa de un proveedor o de un cliente. Iba yo a su lado, llevando su cartera o su caja de muestras. Adaptaba mi paso al suyo. Él no hablaba, o de cuando en cuando hacía una observación sobre una cuestión de precio de coste. Parecía lleno de preocupaciones y de sabios tejemanejes. Un día, sin embargo, al salir de casa de un cliente con quien acababa de sostener una discusión muy porfiada, me dijo sonriendo:

—Es divertido este señor Godron, con su plastrón de lunares.

Tuve un sobresalto de sorpresa. ¿Cómo? ¿Se había él fijado en la corbata del señor Godron? En medio de aquella conversación de negocios ¿una parte de su mente había flotado en torno al aspecto humano del señor Godron y, no menos caprichosamente, se había posado como una mosca, sobre la corbata de lunares del señor Godron? Miré a mi tío: seguía sonriendo. Luego el relámpago se disipó y hablamos de otras cosas. Estuve a punto de decir:

—¡Eh!, ¡eh, tío! Acaba usted de hablar de una corbata. Eso es una usurpación de mis dominios. Sé sobre las corbatas tantas maravillas como usted sobre la contabilidad por partida doble. Usted no tiene la menor idea de lo que encierran las corbatas de sus clientes.

En efecto, yo las conocía todas. Conocía los trajes de todas aquellas gentes, sus leontinas, sus tics. Cuando iba a verlos yo solo, era eso lo que observaba. Olvidaba el objeto de mi visita. Que ésta fuera fructuosa o no tuviese éxito, yo sentía, al salir, la misma satisfacción, la de haber estado en contacto con un ser, haber encontrado su mirada, intercambiado mis palabras

con las suyas, y mi apretón de mano con el suyo. ¡Todo aquello había ocurrido tan bien! No me habían echado, me habían recibido, admitiendo que estuviera yo allí, hablando en nombre de la casa Quiche sin duda ¡pero en fin era yo, el insignificante, quien había hablado! Y luego, después de haber soltado, en tono convencido y desenvuelto, mi pequeño discurso, me habían contestado unas cosas justas, sensatas y precisas, a las cuales sin duda Joséphin hubiese podido, a su vez, replicar con argumentos más justos aún, pero que a mí me parecían irrefutables... ¡Y era ya hermoso que se hubieran tomado la molestia de responderme así! Me marchaba, llevándome el sonido de la voz cordial que me había saludado al salir y todo el estremecimiento de aquel encuentro. Sólo al cabo de unos pasos me daba cuenta de que volvía con las manos vacías, sin haber conseguido nada. ¡Pardiez! Había yo entrado allí sin la firme y clara voluntad de la batalla que ganar, no había seguido la discusión, no había discutido ni defendido nada. Había contemplado la corbata del hombre, o su nariz, o sus orejas. ¡Estuve todo el tiempo obsesionado por un terrible deseo de arrojarme a su cuello y pedirle perdón!

Hoy, no puedo pensar sin sonrojarme en aquel período de mi juventud y todo cuanto podía revelar de inmóvil, de necio y de enternecedor: aquello carecía de vida verdadera y podía reducirse a un cuento de hadas. Mi tío desempeñaba realmente en aquel cuento el papel de los tíos. Pero ¿no esperaba yo de aquella pequeña comedia, simplificada hasta el sumo, una peripecia más violenta? ¿No tenía yo esperanza? El tejadillo ¿no me aconsejaba nunca la impaciencia? Me revelaba una comarca consoladora, en los confines del término de la jornada: pero ¿no sentía yo nunca el deseo de embarcarme para un viaje tan lleno de atractivos? Y mis solitarios ensueños ¿no me conferían unos poderes y una extraña dignidad que necesitaría yo, al final, hacer resplandecer a plena luz? Y cuando hubiese acabado de pagar mi diezmo a Joséphin ¿no sentiría el ansia de exigirle una parte cada vez mayor, mi parte? Toda mi parte, mi parte entera ¿no acabaría yo por sentir el deber de reclamarla al mundo? ¡Hum!, pensé, ¿por qué no llegar a ser un gran negociante como Joséphin Quiche? Su fortuna, se la ha hecho él solo, a fuerza de trabajo y de voluntad. Ha partido de nada, puesto que había roto su asociación con mi padre para construir algo, él solo. Ahora, es rico y libre. Podrá serme posible hacer otro tanto. Pero ¿me será posible? ¿Cómo saberlo? ¿Soy de los que obran así? ¡Ay! Soy de los que buscan el amparo de las techumbres de tejas. Al menos, no estamos solos. Porque es imposible que haya otras gentes en mi caso. No las he encontrado nunca, pero deben existir en alguna parte. ¡Ah! Si somos varios compañeros de infortunio, así, podemos



buscarnos a tientas y oírnos entre nosotros, pero creo que no entraremos jamás en la Tierra Prometida. Y, sin embargo de nuestro propio infortunio y de nuestra incapacidad ¿no podríamos hacer surgir un no sé qué muy confuso, agitado y extraordinario que sustituyera bien que mal a nuestra carencia de facultades y que, no obstante, nos consiguiera una especie de salvación y de auténtica felicidad? Anticipo el orden de estas reflexiones; no se me presentó sino mucho después. Sin embargo, una sombra inquieta aparecía ya en aquella existencia pretenciosa y humillada que era la mía en casa de Joséphin y de la que yo no presentía aún sino muy vagamente que necesitaría liberarme.

Continuaba entre tanto mis visitas a los clientes: me proporcionaban el placer de vagabundear por las calles, de ver caras diversas y, a veces, de hacer una breve parada en un salón de lectura. Entre aquellos clientes había varios, excepcionales, a cuya casa iba yo con una alegría completa: eran los artesanos del barrio de Saint-Antoine. Algunos habían sido clientes míos, en la época de la calle del Hôtel-de-Ville e incluso, como el tío Siffrelin, clientes de mi padre. Me parecía aún, algunas veces, que iba a verles por mi propia cuenta. Luego, al recordar bruscamente que yo no era más que un empleado de mi tío, me felicitaba de la leve herida que este pensamiento acababa de causarme. «¡Bravo! —me decía. Este es un sentimiento comercial. ¡Ah, llegas a esto, llegas a esto!... Vamos, entra en la piel del comerciante que ha sido despojado y que quiere rehacer su casa y su honorabilidad. ¡Entra en tu piel, te digo! ¡Defiéndete! ¡Saca las garras!». Mis antiguos clientes me mantenían en aquella disposición.

—Don Teodoro —me decían— nos sentiremos satisfechos cuando ocupe usted de nuevo la dirección de sus negocios. Ese Joséphin es un roñoso.

Tenía yo afecto, sobre todo, al tío Siffrelin. Me hablaba de mi padre con quien había charlado a menudo de política. Su taller de ebanista no marchaba ya muy boyante, porque él se hacía viejo y no poseía su destreza de otro tiempo; y además hablaba demasiado con sus aprendices. Su hija menor, María Rosa, le censuraba por ello. Cuando iba yo a verle, me llevaba al comedor. Nos acodábamos sobre el hule de la mesa, ante una botella de vino blanco. A veces, encontraba allí a su otra hija, Fernanda, la mujer del cerrajero, y a su hija, la jorobadita. La niña montaba sobre mis rodillas y yo le contaba cuentos. Luego, vacilante, me detenía, diciendo en mi interior:

—¿Es que este cuento de Barba Azul o del Gato con botas conviene a una jorobadita? Estos cuentos han sido inventados para las niñas muy tiesas y que entran completamente armadas en su vida normal de pequeñas fieras humanas. Pero a esta pobre pequeña ¿no debería yo hacerle comprender que

el Gato con botas o el marqués de Carabás padecían una leve deformidad y que, sin embargo, o precisamente a causa de ello, han triunfado de todas sus desdichas? Según parece los misioneros en África aseguran a los pobres negros que el Salvador era negro. Sino ¿cómo iban a poner su confianza en Él?

La niña me miraba con sus ojos puros y me pedía el final del cuento.

—Lo sabrás más adelante —la decía yo, dejándola en el suelo—. ¡Sabrás tantas cosas más adelante!

Se estrechaba contra mí y yo la rechazaba con brusquedad. Entonces la gritaban que me dejase en paz.

—¡Estás molestando a don Teodoro! ¡Vete!

Yo la gritaba también que se fuese, con tanta mayor rabia cuanto que me contenía para no cogerla en mis brazos, taparle los ojos, romper todos los espejos a nuestro alrededor, y llevarla a un país en donde ella no viera ni su imagen ni ninguna imagen humana. Y yo pensaba: «¿Quizá es precisamente de ese país del que me hablan mis tejas rosadas?». Entonces, como a punto de llorar, se refugiaba la niña debajo de la mesa; yo volvía a montarla en mis rodillas y la hablaba en voz baja de aquel país adonde la llevaría algún día cuando fuese mayor. Inmensas praderas verdes suben en ondulaciones suaves hasta unas selvas de abetos. Y en el hueco de los valles, se vislumbran techumbres de tejas. Hay gentes que viven allí, sin duda, pero no se las ve nunca. No se ve a nadie.

¿Comprendía ella la ternura especial que yo la demostraba? En todo caso me concedía la suficiente confianza para jugar delante de mí, hablando en voz alta, vistiéndome torpemente su muñeca y situándola en palacios que formaba ella con tablas y virutas. Tenía el rostro más lindo del mundo y que, por su dulzura, la finura consumada de los rasgos, la luminosidad de la mirada y los cabellos de largos bucles, no recordaba el rostro de nadie de su familia. Las dos hermanas Siffrelin tenían, por el contrario, en la fisonomía cierta dureza que, en Fernanda, se había convertido en una sequedad angulosa y curtida. En cuanto al padre, al cerrajero, era un hombre grandullón, con el bigote retorcido, un aire ingenuo, y de mejillas y labios como pintarrajeados. Repetía sin cesar las mismas bromas y las mismas fórmulas, con un buen humor sonoro y una sonrisa estereotipada. Al entrar en el comedor donde nos encontraba reunidos, no dejaba nunca de decir, a la manera de los compañeros:

—¡Buenos días a la pandilla!

—¡Buenos días, montañés!

Luego la mirada del cerrajero se posaba sobre su hija, y de pronto se turbaba. Sus labios se movían como para decir algo, sus mandíbulas se apretaban. Por último, se sentaba junto a nosotros, inclinaba su gorra sobre la oreja y, con un gesto lento y redondo, se llenaba un vaso.

—¡Es realmente una desgracia! —decían en la vecindad—. ¡Que un hombre tan guapote haya producido un engendro!

En pie, detrás de su padre, María Rosa cuidaba de que todos los vasos estuvieran llenos e iba ofreciendo una caja de galletas. Yo la miraba con más respeto que a mis primas. Era para mí más extraña. Excitaba más mi imaginación y mis deseos. Había en mis primas demasiada bobería y demasiado convencionalismo para que su carne me atrajera. Al menos, así ocurrió durante largo tiempo. E incluso, hasta en la época en que algo de sentimiento comenzó a mezclarse en mis relaciones con ellas, no soñaba yo con besarlas, con desnudarlas, sino con azorarlas. Por el contrario, sentía deseos de ver el cuerpo de María Rosa, de tocarlo, de conocerlo, de satisfacer en él una desgarradora nostalgia. La amaba con el amor que el niño siente por su primera criada, cercana e inquietante imagen del misterio que él abordará en el porvenir, cuando haya superado las pruebas y las iniciaciones que le parecen todavía insuperables. O ese amor incisivo que nos embarga al paso de una muchacha con quien nos cruzamos en la calle. En resumen, el amor más imposible y más absurdo. Un amor que me hacía salir de mi naturaleza, que me arrancaba a mi edad, a mi condición, a todo yo y que no podía realizarse más que en forma de raptó. Sí, quizá algún día, en la obscuridad, en circunstancias fantásticas, me atrevería a violar a María Rosa, pero sin que ella pudiese reconocerme. Luego, volvería a estar junto a ella, tranquilo, natural... Pero ella no aceptaría nunca entregarse a mí espontáneamente, por su propio impulso. Pertenece a un universo denso e inaccesible; se desprendía de su carne blanca, de su rostro hermético, de su agilidad animal y resistente un olor elemental como el del mar o el del bosque. Es éste un bien a cuya noción es uno admitido por un favor universal, pero que se os escapa en un segundo para formarse de nuevo, más libre y más potente y del que no podría decirse: «es mío». Cuando María Rosa me miraba o me dirigía la palabra, o cuando al reír mostraba sus dientes, yo bajaba la cabeza como un culpable. Un día me pidió que la diese su toquilla que había dejado sobre una silla: me estremecí al apretar entre mis dedos aquella lana gruesa que había tocado su piel. La apretó alrededor de su cuello con un gesto que casi me estranguló.

A veces la tertulia aumentaba con un antiguo carpintero de la edad de Siffrelín, que llevaba, siguiendo la costumbre de su gremio, aretes de oro en las orejas, y de un furierista de bigotes galos, que había formado parte de la colonia de Tejas con Víctor Considerant. Al final de la reunión entonaba a plena voz la canción de Sofía Ponton o la del Minero de Anzin:

¡Hala, hijo de proletario!  
No tienes oro, da tu sangre...

No menos singular me parecía cierto estudiante alsaciano, apellidado Becker, un tipo chusco con su ceñido redingote, su pantalón a lo húsar, su fieltro negro, y su abultada corbata negra. Tenía el cutis moreno, el rostro largo y huesudo, unos ojos ardientes, y una corta perilla recortada en punta. Cuando María Rosa servía el vino blanco, él sacaba de su bolsillo una salchicha envuelta en un papel y pedía que la asasen sobre el hornillo de la cocina. Y se la comía con su vino blanco; después se ponía a fumar con una pipa de porcelana. Traía con frecuencia algún nuevo amigo: un día fue un desterrado político alemán llamado Linden, que llevaba, por su madre, sangre judía en las venas; en otra ocasión, fue un camarada de estudios, muy rico y muy elegante, que hacía versos, gracias a lo cual me fue enseguida simpático. Llevaba un chaleco de terciopelo, y una camisa del más fino género. Decidimos, el estudiante alsaciano, el joven poeta y yo vernos de nuevo un domingo. Y en aquel día, nos paseamos por el Jardín de Plantas discutiendo sin cesar. Cuando nos encontramos en lo alto del Belvedere, el alsaciano nos habló de sus estudios metafísicos. Creía o fingía creer en la palingenesia. Nos dijo que, según el cálculo de probabilidades, no era imposible que el sistema del que formábamos parte y el planeta en que vivíamos se hallasen casi idénticamente reproducidos en algún otro punto del cosmos, y que nuestro encuentro y nuestra conversación recomenzaban tal vez un encuentro y una conversación análogos que se habían producido en el belvedere del jardín de no sabíamos qué estrella. Creía también que éramos arrastrados en el curso de una acción prodigiosa que, poco a poco, por medio de infusiones de la materia en el espíritu y de encarnaciones del espíritu en la materia, tendía a realizar la Idea y a traer el reinado del Único. Yo estaba deslumbrado. Luego, me preguntaba, en ciertos momentos si no se burlaban un poco de mí. El tono del alsaciano, de grave se hacía sarcástico. Y como, al hablar, apretaba su pipa entre sus dientes, su acento, explosivo y dulzón, adquiría mayor relieve. Después de haber hablado él callábamos los demás, rumiando lo que acababa de decir. Él mordisqueaba su pipa, y yo le notaba lleno de especulaciones

misteriosas y de risotadas. Julio de Renaud, el poeta «dandy», tenía también mucho que enseñarme, pero él afirmaba con menos seguridad. Una suavidad vacilante, inquieta, un poco triste, refrenaba sus palabras. Bosquejaba una idea y la retiraba enseguida, pidiéndonos casi que disculpásemos su descortesía. Lo que le interesaba sobre todo, era la economía política, a cuyas doctrinas todas pasó revista con muchas reticencias y mostrando los puntos flacos de cada una. Le pregunté:

—Pero ¿a cuál de esas doctrinas se adscribirá usted?

—Aún no lo sé —me respondió—. Las examino.

Pensé que tendría, yo también, que decidirme un día por algún principio. Entre tanto, me sentía muy desconcertado. Comimos los tres en una cervecería del Barrio Latino, y acabamos la velada en Glaser, en la calle Saint-Séverin. Era un pequeño local, lleno de humo. Unos individuos, ante una mesa de un rincón, discutían a gritos. Becker fue a estrechar la mano a uno de ellos, un hombre alto y barbudo, vestido de cazador, con una chaqueta de terciopelo gris, y enormes botones de metal. Por el cristal se veía pasar de cuando en cuando una larga silueta, con el cuello del gabán subido. Becker me dio con el codo.

—Los chivatos —me dijo.

—Oye, Becker —le gritó su amigo el barbudo—, ¿y si los invitásemos a tomar algo? ¡Deben helarse afuera!

Todo el mundo soltó la carcajada, hasta el dueño. Reí también, complacido de sentirme envuelto en aquel cálido humo de tabaco y no en la niebla de la calle, y de hallarme entre aquellos hombres cordiales y violentos. Cuando salimos, la calle estaba desierta, los chivatos habían desaparecido. Becker y Julio de Renaud me acompañaron hasta el Sena. No había yo advertido a mi tío de mi ausencia, por no haberla previsto, y a la mañana siguiente me acogió con frialdad. Además, el portero, que no me quería, le informó de que yo me había retirado tarde, en la madrugada.

—¿Es que vas a convertirte en un libertino? —me preguntó Joséphin.

En el almuerzo, la tía Valeria asumió mi defensa, diciendo que la juventud tenía realmente ciertos derechos y Adelaida me miró con interés. A partir de entonces comencé a tomarme libertades con mi familia. Desaparecí los domingos durante todo el día. Y a menudo, por la noche, después de cenar, en lugar de quedarme en el salón para las partidas de dominó, iba al encuentro de mis nuevos amigos en la orilla izquierda, o bien nos reuníamos en un «cabaret» de la Bastilla con el tío Siffrelin. Durante el buen tiempo, permanecíamos detrás del local, bajo un cenador, en un jardincito cercado con

vallas de madera, dominado, al fondo, por unas enormes casas rígidas, recién construidas y cuyas ventanas rojas nos vigilaban. Comparadas con aquellas miradas fúlgidas las estrellas en el alto firmamento parecían pálidas. Pero nosotros no veíamos más que nuestros rostros, en torno a la vela colocada sobre la mesa de madera, el reflejo de nuestros vasos, y el chirriar ardiente de la pipa del alsaciano. Bocanadas de lilas y de madreselvas llegaban hasta nosotros. En invierno, nuestras reuniones se celebraban en la trastienda de aquel vinatero bajo una litografía de Blanqui. Cuando alzaba uno los ojos, encontraba su mirada hundida, su pelo blanco, su cara descompuesta. Se parecía a Barbuchet, en su jaula de cristal y al zapatero iracundo de mi niñez. Era él, también, un cuervo blanco y erizado.

—Mientras éste permanezca encerrado —nos dijo una vez el tío Siffrelin — no podremos sentirnos completamente vivos.

El dueño de la taberna, apoyado en el quicio de la puerta, con los brazos al aire cruzados sobre su pecho, su largo mandil azul tieso, cayendo hasta los pies, como un escudo, asintió con la cabeza y apretó las mandíbulas. No se sabe por qué ciertos aspectos vulgares de la existencia adquieren de pronto un aire singular y que impresiona la imaginación. En aquel momento, el dueño, en su postura familiar, me pareció desmesuradamente agrandado, y me evocó un leñador apoyado contra un árbol o un marinero contra su mástil. Era un hombre lento y pesado; se llamaba Abril y no hablaba nunca. Su oficio de vinatero, su silueta, sus gestos pesados, sus propios pensamientos, que yo juzgaba no menos pesados, todo aquello me pareció de repente extraño y admirable. Y en mi interior, repetí su nombre como una promesa: Abril, Abril, el tío Abril... Buenos días, tío Abril...

Entre tanto, me familiarizaba con María Rosa. Los domingos la llevaba al parque de las Buttes-Chaumont, por entonces en toda la brillantez de su novedad. La ofrecía el brazo y subíamos hasta el templo de la Sibila, o íbamos, bajo las grutas, a que nos mojasen las salpicaduras de la cascada. Ella reía a carcajadas y yo me acostumbraba a su risa, así como a su voz, sorda y sobrecogedora, a su mano posada sobre mi brazo, a su cálida presencia viva y moviéndose muy cerca de mí. Le gustaba la comedia y me contaba las representaciones en el teatro de Belleville; luego, me hablaba de su vida de familia, de su hermana, de su infortunada sobrinita. Pero si ella mezclaba así lo gracioso y lo serio, lo hacía teniendo en cuenta lo uno y lo otro, como mujer que sabe que hay que distraerse, ¡Dios mío! Y al mismo tiempo, aquellos entretenimientos hacían vibrar algo ingenuamente novelesco que ocupaba en ella justamente el sitio conveniente, pero que me habría desolado

no encontrar en ella. Por eso reconocía yo en sus palabras una manera grave y melancólica de considerar la vida, pero también unas salidas donde nos precipitábamos, con el corazón palpitante; y entonces osaba yo entrever, hasta acercarme a aquel mundo hosco, temible, fabuloso que su juventud y su belleza me habían parecido mantener cerrado siempre para mí.

Aquel acercamiento con María Rosa me impulsó a mirar a las mujeres con más valentía y curiosidad. Fue entonces cuando mis propias primas comenzaron a interesarme. Un domingo por la noche, mi tío y mi tía dieron una comida, a la cual, con un aire indiferente y ofendido a la vez, me rogaron que asistiera.

—Si condesciendes a honrarnos con tu presencia —me dijo Joséphin— nos darás una satisfacción. Me gustaría que estuviese toda mi familia esa noche.

—¡Nos dará, sin duda, este gusto! —exclamó tía Valeria, conciliadora.

Asistí a aquella comida. Había allí algunos burgueses del Marais, entre ellos una joven bastante bonita, muy rolliza, de facciones regulares, un porte de cabeza imperioso, pero desmentida por una charla llena de gracia y de promesas. Estaba casada con un enorme negociante de cara romana, enmarcada por unas patillas cortadas a bisel siguiendo la moda del Jockey Club y que, aun siendo un fabricante de cartonajes, aspiraba a la distinción aristocrática y al puro ingenio parisién. Pero sus frases desenvueltas contrastaban un poco con la seriedad de su porte. Percibí enseguida que en realidad él afectaba tanta gracia parisiense solamente para deslumbrar a los de aquel ambiente, un poco inferior desde el punto de vista mundano, en el cual se hallaba en nuestra casa. Su talento estaba en otra parte: en la sagacidad política. Aquel hombre era diputado por la Nièvre, donde tenía una finca y mantenía brillantes relaciones. Contaba anécdotas sobre Momy a quien había prestado dinero y hablaba de las cosas del Estado como de una empresa aneja o como una sucursal de su negocio de cartonaje. ¡Su mujer era de verdad muy atractiva! Estaba yo sentado a su lado; al otro tenía a mi prima Clemencia, que no se ocupó en absoluto de mí, salvo en un momento en que nuestras manos se encontraron sobre el mismo trozo de pan, lo cual la hizo reír. Aquella risa me sorprendió agradablemente. Sin embargo, la señora Havelotte —era éste el apellido de mi gentil vecina— me asediaba con preguntas y cumplidos.

—¡Qué diferente es usted de su familia! —me decía—. ¡Debe usted ser un detestable hombre de negocios! ¿Va usted al teatro? ¿Tiene usted amigos?

Después de la comida, algunos invitados permanecieron en el comedor hablando de política. Seguí a las damas al salón. No podía ya separarme de la señora Havelotte. Mi tía Valeria y Adelaida más aturdidadas que nunca, quisieron que se bailase y se pusieron a arrinconar los sillones y a apartar los cortinajes lanzando grititos de pavas reales. Una señora vieja amable, se sentó al piano. Invité a la señora Havelotte a valsar y no tardaron mucho en notar que era yo un excelente bailarín. Había bailado a menudo con María Rosa, en los merenderos populares de la Courtille, y como ella bailaba con una precisión y una seguridad admirables, me sentía muy a tono. Mis primas quisieron valsar conmigo. Clemencia me miraba con estupor, como si descubriese un pájaro raro en el pichón familiar que se alimentaba bajo su techo. En cuanto a Adelaida, se abandonó amorosamente en mis brazos murmurando con suspiros arrobados:

—¡Pero, primo, bailas como un oficial de húsares! ¿Dónde has aprendido a valsar tan bien?

Sin embargo, yo sentía el máximo placer bailando con la señora Havelotte. No hay que olvidar que los vales de aquel tiempo se componían como una novela, como una historia completa: empezaban por una larga y solemne obertura, cuyo final se esperaba, con el corazón palpitante, apretando los dedos de la pareja, y llevando el compás con el pie. Era como la lenta apertura de una cortina roja con borlas doradas: la pieza, comenzaba al fin, y se lanzaba uno a cuerpo descubierto en el torbellino. Se sabía que la historia sería larga, llena de peripecias y de efectos teatrales y que tendría una ocasión de recorrer toda la gama de los sentimientos posibles, la esperanza, el delirio, la pena, el olvido. Al cabo de unas vueltas, el vals había cambiado de color: no podría explicarse cómo había podido ocurrir aquello. Parecía que era siempre el mismo vals, y, sin embargo, el paisaje era totalmente diferente. Y entonces el movimiento languidecía, nadabais sobre olas de melancolía. Erais transportado lo más lejos posible de las promesas del comienzo, al otro extremo del vals. Ya no había pompas ni charangas: era realmente el piano el que cantaba, no se oía más que su voz líquida, su chapoteo lunar. La gasa, el tul, el tafetán, la faya, y el punto de seda, el raso y el crespón de China que habían girado con una amplitud tan alegre se cerraban de nuevo sobre su tallo inclinado, mecida a merced de un hálito moderado. Después de haberse embriagado hasta el punto de encontrarse inconsciente el alma volvía a encontrar su canto y sus suspiros. En aquel momento, estreché a mi pareja contra mí, en medio de un vuelo casi inmóvil. Y como aquel abrazo era un lenguaje, mi bailarina me respondía: si era la señora Havelotte, sonreía ella



con una vaga malicia y me miraba con el rabillo del ojo; si era Clemencia, semicerraba los ojos y su perfil se endurecía, su mano apretaba salvajemente la mía. Pero en Adelaida vi, en aquellos instantes de éxtasis, sus ojos negros demasiado chispeantes empañarse con una ternura de cierva, sentí su talle doblarse bajo mi mano, ablandarse todo su ser, vencido y halagado a la vez.

Se sorprendían de mis talentos. Ninguno de los jóvenes que estaban allí valsaba como yo, incluyendo los dos mocetones que pasaban por los novios más o menos declarados de mis primas y a los que llamaban los dos Gallos. Era acertado el remoquete porque tenían el aire rústico y presuntuoso del gallo.

Uno, era hijo de un notario de provincia y cursaba en París sus estudios de Derecho; el otro, aspiraba al título de ingeniero. Era este último, sin duda, el que, conforme a la idea de mi tío, debía sucederle al frente de la fábrica. Algunos señores pasaron ante el umbral del salón, con el puro en los labios, el chaleco blanco desabrochado, y entre ellos el importante Havelotte. Mi propio tío parecía satisfecho de mi éxito y sonreía complacido. Quiso valsar él también e invitó a mi tía. Hicieron corro a su alrededor. Comprobé que mi tío no valsaba nada mal y ello me produjo tanta sorpresa como el día en que le oí hacer una observación sobre la corbata del señor Godron. Con las manos metidas debajo de los faldones de su redingote, el importante Havelotte seguía la música meneando la cabeza. De cuando en cuando se inclinaba hacia su vecino y, mientras aprobaba a las parejas bailando, pronunciaba unas palabras que sabían estar relacionadas con las únicas cuestiones sobre las cuales juzgaba decoroso hablar:

—Me atrevo a decir, en suma, que el Emperador sigue siendo en el fondo un demócrata. Esto le perderrá. —Y añadía—: Se comienza por el liberalismo y se acaba fatalmente en el socialismo. Se crean por entero objetos ilusorios que el pueblo no necesita y que ni siquiera reclama. Pero, naturalmente, se apega una a esas ilusiones y, al final, se siente defraudado. Estas son jugarretas de abogados: su misión consiste en tener causas que defender. Si la causa no existe, la inventan. Pero ¿qué es de Francia en todo esto? ¿Qué es del crédito? Si mi casa me produce actualmente el treinta por ciento, ¿qué valdrá dentro de diez años? —Dirigía a las parejas una sonrisa alentadora, reflexionaba y proseguía—: No crean ustedes que yo he aprobado nunca esta campaña de Méjico. Hemos perdido allí dinero, hemos perdido hombres. ¿Y qué sacamos de ello?

—Señor —le dije acercándome a él—, su esposa baila como un ángel.

—Baila bien, baila bien —dijo con modestia, como un profesor satisfecho del comportamiento de su discípulo predilecto. Luego siguió hablando, y fui de nuevo a invitar a su mujer.

—¿Cuál es su nombre de pila? —la pregunté, llevándola a toda velocidad. Y yo mismo me sorprendí de mi audacia. Por lo demás no cesaba de sorprenderme de aquella embriaguez totalmente nueva que me arrebatava. La señora Havelotte echó un poco su cabeza hacia atrás, para mirarme, lo cual la hizo cimbrarse con más fuerza bajo mi mano. Giramos mirándonos así, como dos adversarios, ligados por la cintura a una misma abrazadera. Ella sonrió con gesto desafiante y murmuró:

—¿Para qué quiere usted saberlo?

—Quisiera saberlo todo de usted —la dije—, y creo que cuando sepa su nombre de pila lo sabré ya todo.

—Por eso precisamente no se lo diré. Quiero que haya durante largo tiempo un misterio entre nosotros —añadió con coquetería.

—¡Estúpida criatura! —pensé con admiración—. ¡Adorablemente estúpida! ¡Deliciosamente! ¡Ah, cómo me siento dispuesto a gozar de tanta necedad, de esta falsa sutileza, de esta gracia pueril y ridícula! ¡Su nombre! —proseguí a su oído—. ¡Quiero su nombre! ¡Quiero ver sus labios murmurar la forma de su nombre!

—Me llamo Noemí —dijo ella al fin.

—¡Cómo lo ha dicho usted! Noemí... No puede usted imaginar la manera maravillosa con que lo ha dicho usted...

Pero el vals había terminado. Acompañé a Noemí hasta su sillón, separé su mano de mi brazo, apreté con ardor aquella mano e hice mi mejor reverencia. No sabía yo bien si sentía ganas de reír a carcajadas o de coger de nuevo a Noemí en mis brazos y de besarla delante de todo el mundo. Adelaida me llamó al otro extremo del salón:

—Primo —me dijo—, te permito que hagas la corte a la señora Havelotte. Es nuestra invitada y tu papel, distraerla. Pero no olvides a tus primas. ¡Clemencia!

Clemencia acudió a su llamada, y nos sentamos los tres, detrás de los anchos abanicos de una palmera que nos ocultaba al resto del salón.

—¿Por qué nos has revelado tan tarde tus talentos? —continuó Adelaida.

La interrumpí:

—¿Es realmente demasiado tarde?

—Nunca es demasiado tarde —respondió Adelaida. —¿Verdad, Clemencia?

Clemencia permanecía lejana, pero condescendiente. Me miró de pies a cabeza, las aletas de su nariz vibraron. Era el único movimiento que, de cuando en cuando, modificaba su fisonomía. No me gustaba su piel, demasiado blanca, moteada en lo alto de las mejillas por ligeras pecas. Como he dicho ya, no me hubiera agradado besar aquella mejilla, pero sí clavar en ella las uñas o los dientes. Me hubiese gustado pegar a Clemencia, humillarla, hacerla sufrir. Adelaida me cogió la mano.

—Eres un muchacho singular, Teodoro —me dijo—. ¿Sabes lo que cuenta papá de ti?

—Nada bueno, sin duda.

—Peor aún. Dice que eres un anarquista o un socialista, o no sé qué. Pero no es culpa tuya, tu padre era así, ¿verdad?

—Palabra que no sé muy bien lo que soy —respondió—. Sin embargo, en lo que dices podría haber algo de verdad. Pienso todo lo contrario de cómo piensa vuestro padre, eso es indudable. Y sin embargo —añadí con gesto mimoso—, ¿tengo un aspecto tan temible?

—Me gustaría saber lo que piensas —me dijo Adelaida.

—No es difícil de saber —intervino Clemencia en tono seco—. Teodoro nos detesta, y nada más.

—¿Que os detesto? —exclamé asombrado.

—Sí —continuó Clemencia—, nos detestas, detestas a papá. Y, sin embargo, él te ha sacado de la miseria.

—Clemencia —dije lentamente—, no detesto a vuestro padre.

—¿Entonces?

—Y no os detesto a vosotras —añadí con emoción.

Clemencia bajó la cabeza como si fuese a llorar.

—Entonces —dijo—, ¿por qué te muestras tan raro con nosotras? ¿Por qué no nos hablas nunca? ¿Por qué tienes siempre ese aire solapado?

—¿Solapado yo?

—Vamos —cortó Adelaida—, déjale en paz. Como ves le azoras y va a detestarnos todavía más.

Me cogió de nuevo la mano como para asegurarme que no creía en absoluto que yo la detestase. A la luz de las velas su tez era más pura y más blanca que nunca. Sus ojos brillaron; y luego, vi en ellos aquella humedad que los enterneció durante el vals; y todo su cuerpo se replegó sobre sí mismo, onduló como el de un animal acariciado. Tenía realmente el aspecto de una cierva; y pensé en aquellos grandes ojos que habían seducido mi niñez en la judería de la calle del Hôtel-de-Ville, aunque aquellos eran ojos de animales

salvajes y desterrados; ahora tenía que vérmelas con una cervatilla doméstica, parecida a la que acompañaba a las damas con crinolina y a las niñas con pantalones de encajes en las candorosas y buenas imágenes de hacía diez años.

Entre tanto, la cierva volvía hacia mí sus bellos ojos. Clemencia se había separado de nosotros y miraba la noche por la ventana. Nos acercamos a ella. Dirigí un pensamiento a mi querido tejadillo; luego, Adelaida, señalando el edificio de la derecha, me preguntó:

—¿Te gusta tu covacha de allí abajo?

Entonces las dije riendo:

—Deberíais venir a verme en ella, las dos. —Y añadí—: Os enseñaré mis libros, mis recuerdos... ¿Por qué no venís una noche cuando todo el mundo está acostado? No os oirían. No tenéis más que seguir el corredor. Después, cruzáis los almacenes. Venid mañana: tendré una botella de champaña, y os haré los honores de mi alojamiento.

—¡Iremos! —exclamó Adelaida.

—Estás loca —la dijo Clemencia.

—¡Sí, sí —prosiguió Adelaida—, iremos! ¿Qué mal hay en ello? ¡Qué contenta estoy de haberme reconciliado contigo, Teodoro! Yo nunca he estado enfadada contigo. Es Clemencia la que creía que nos detestabas... Espéranos mañana, a eso de las once. ¡A eso de las once! ¡En plena noche, sí! Será delicioso...

Las hojas de la palmera se apartaron: vimos aparecer las cabezas de los dos Gallos.

—¿Qué hacéis en este rincón? —preguntó uno de ellos—. ¿No queréis ya bailar?

Las dos hermanas desaparecieron. Me quedé solo, en la ventana, con el corazón desbordante de un extraño triunfo, mientras que a mi espalda la fiesta seguía girando. Me volví al fin y me acerqué al grupo de señores. Como si saliera de un sueño oí la voz del señor Havelotte.

—Me dirán ustedes, sin duda, que Méjico nos ha reportado prestigio. Lo cual no es poco. No estábamos acostumbrados a ello con Luis-Felipe: Francia se aburría. Y Francia no debe aburrirse.

—El aburrimiento es un mal consejero —dijo entonces mi tío, en tono sagaz.

—Muy malo —refrendó el señor Havelotte.

¡Aquella voz era tan grave, tan serena! Insistía en ciertas sílabas con una distinción muy parisiense. A través de una bruma, vi la boca de donde surgía,

una boca delgada, clara, dibujada en la parte baja de un rostro huesudo, potente y liso. Así como el aspecto de mi tío era, pese a sus imitaciones del Emperador, el de un burgués colorado y ordinario, el del señor Havelotte era afinado y podía ilusionar sobre sus orígenes. Había incluso algo de envejecido y de cansado en sus ojos, que brillaban en el fondo de una órbita bien modelada: unos ojos metálicos y que dejaban caer miradas implacables. Y con todo ello, una alta estatura, bien ceñida en el redingote, un pecho ancho, unos gestos tranquilos; y aquella bella mano blanca que acariciaba las patillas con un aire tan pensativo y tan firme... Sentí vergüenza de mí mismo ante la idea de que me había dejado dominar por mi tío Joséphin cuando existían por encima de él hombres tan importantes, verdaderos jefes, hechos para despreciar y para mandar y que, como aquél, parecían estar en el secreto, con la familiaridad de los que mandan.

Al día siguiente, bajo el efecto de un impulso irresistible, fui, después del almuerzo, a vagar alrededor de la casa en donde vivían el señor y la señora Havelotte, en la calle de Rivoli. Al cabo de una media hora vi salir al señor Havelotte. Mandó parar un «fiacre» y tomó la dirección del Marais donde tenía sus negocios. Inmediatamente me precipité hacia el portal y llamé en el cuarto que la portera me indicó. Abrió una sirvienta. La dije que deseaba ver a la señora Havelotte para quien tenía un encargo de parte de la señora Quiche. La sirvienta me hizo esperar y luego me hizo pasar a un pequeño gabinete que olía a pachulí. La señora Havelotte, sentada en un canapé, y luciendo un vestido de casa de cachemir azul ribeteado de piel blanca, me miraba con ojos sorprendidos.

—¡He pensado en usted toda la noche! —la dije con pasión—. Necesitaba verla otra vez lo antes posible... Noemí...

—¡Pero es usted un niño! —exclamó—. ¿Quiere usted marcharse?

Me arrojé a sus plantas, le cogí las manos y las cubrí de besos convulsivos. Me acarició el pelo repitiendo que era yo un niño.

—¿Y si mi marido estuviese aquí? —añadió.

—Le he visto salir.

—¿Le ha estado usted acechando?

—Hace una hora que estoy bajo las ventanas de su casa.

Sonrió complacida. Lo cual aproveché para deslizarme junto a ella en el canapé.

—Tiene usted que marcharse —suspiró.

—¿Cuándo volveré a verla? Quiero verla de nuevo. ¡Oh! He venido aquí, he acudido hasta usted, no podía dejar de venir, y quiero verla de nuevo,

quiero que me prometa...

Era yo sincero en el desorden de mis palabras y de mis gestos. Pero una inspiración repentina me impulsaba a exagerar aquel desorden. Mis manos temblaban, y yo adivinaba que era preciso que temblasen. Cogí un almohadón e hice el gesto de desgarrarlo con mis uñas. Crujió la seda. Rechinaron mis dientes. La señora Havelotte se mostró un poco asustada. Quiso calmarme, me cogió las manos. Yo decía:

—¿Es usted? ¿Está usted aquí, muy cerca de mí, como anoche? Noemí...

Murmuró mi nombre, lanzó un gemido y se dejó caer en mis brazos. Apreté su seno, levanté su falda, descubrí su pierna ceñida en una media blanca. Ella me rechazó.

—No —dijo con una firmeza que me desconcertó un poco. Pero pensé arrojarme de nuevo sobre el almohadón. Me lo quitó de las manos y repitió mi nombre.

—¡Noemí! —exclamé a mi vez, con furor. Ella empezó a hacerme reflexiones, se levantó y me condujo a la puerta.

—Tiene usted que marcharse —repitió, estrechándome contra ella, y luego rechazándome con fuerza—. Ya ha estado demasiado aquí. Mi doncella se extrañará. Váyase. Le esperaré mañana, a las tres, en el Bois de Boulogne. Estaré en un «fiacre» a la entrada de las Acacias. ¿Sabe usted dónde es? Váyase, Teodoro. ¡Por amor del cielo, váyase! Sí, le amo, criatura... Hasta la vista, caballero —dijo en voz muy alta, cuando cruzábamos el vestíbulo—. ¡No deje, se lo ruego, de dar mis mejores recuerdos a su tía!

Salí, enajenado de entusiasmo. En la esquina de una tienda un espejo me presentó mi imagen. Tenía la cara arrebatada. Pensé de pronto en mis primas, en mis queridas primas. ¿No me habían prometido venir a mi cuarto aquella noche? Entonces respiré profundamente, como un hombre que no puede soportar tantas alegrías diversas. Y exclamé en mi interior:

—¡Ah, quiero amarlas a todas! Quiero hacerlas creer a todas que...

¿Qué quería yo hacerlas creer? Me detuve sin poder terminar mi pensamiento. Sin embargo, sentí obscuramente el deseo de insinuar en el corazón de todas aquellas mujeres, de todas las mujeres, una creencia. Una creencia, una fe ligera y profunda, el sentimiento de mi existencia quizá. Comprendí que tendría que emplear argumentos desconocidos y apremiantes, persuadir, convencer, mentir.

—Ellas no saben —murmuré—. No pueden saber todavía...

Yo empezaba a saber un poco... Una terrible impaciencia me agitaba. Me eché a correr entre los transeúntes, lanzándoles miradas desafiantes. Hacía

uno de esos días de entretiempos tan frecuentes en París en donde las estaciones no son nunca más que un mismo entretiempos, un día húmedo y suave en el aire del cual los olores se propagan con una breve intensidad; y al pasar de un olor a otro se experimenta una especie de excitación, como si se pensara en quemar así todas las etapas de la vida. Corrí a mis asuntos, con el corazón henchido de amor, y sintiendo una satisfacción diabólica en hablar de barnices con unos fastidiosos hombrecillos, mientras que en el fondo de mis sentidos saboreaba el recuerdo enajenador de Noemí Havelotte. Su blanco pecho entrevisto en el rincón del corsé por la abertura de la bata ribeteada de piel, resplandecía en el trasfondo de mi memoria. Aquel día, tuve incluso el valor de ir a proponer precios al *Depósito Central*, donde era siempre mal recibido y donde no entraba nunca sin repugnancia. Era una enorme oficina; todo sucedía allí de una manera anónima y brutal. Pero quise, aquel día, probar la suerte que sentía despertarse atrevidamente en mí. El hombre con quien traté me escuchó fríamente, pero le hice frente. Se parecía un poco al señor Havelotte.

Por la noche, durante la cena, Adelaida me lanzó ojeadas furtivas y cómplices. Estallaba de alegría. Su hermana, por el contrario, no levantó los ojos de su plato.

—¿El señor no sale esta noche? —me preguntó Joséphin.

Terminada la comida, pasé al salón con todos. Mi tía Valeria se sentó al piano e interpretó unos fragmentos de una obertura de Meyerbeer. Mis primas y yo, nos sentamos ante la mesa de juego. Mi tío se plantó a mi espalda en su actitud imperial y siguió nuestra partida de dominó con atención. Dieron las diez. El piano se detuvo. Mi tía dio media vuelta sobre su taburete, y la partida quedó suspendida. Nos dimos las buenas noches y me dirigí a mi sobradillo.

Una vez allí encendí mi lámpara. Su pequeño globo esparció su luz opalina que acariciaba los objetos cercanos, pero que se detenía impotente contra el lomo negro de los libros de contabilidad. Saqué de aquel escondite la botella de champaña que había comprado la víspera y tres copas que Adelaida me hizo llegar de ocultis. Luego, me tendí sobre mi lecho y permanecí esperando. De cuando en cuando, me levantaba, abría la puerta, me arriesgaba a entrar en las tinieblas del almacén contiguo. Por último, creí oír unos pasos ligeros. Me precipité, con mi lámpara en la mano, y me puse a hacer señales. Pero no eran ellas.

Hacía largo rato que habían dado las once cuando llegaron. Palpitaban jadeantes, sonrojadas de emoción. Adelaida reía con ganas; Clemencia

suspiraba, con la mano sobre el corazón. Creyeron que no podrían acudir. Les parecía siempre que sus padres no dormían. Finalmente, oyeron ronquidos. Luego, ya en el almacén tropezaron con cajones, tiraron uno que produjo un estrépito tal... ¿Cómo no había yo oído nada?... Descorché la botella de champaña y las hice beber para confortarlas. Habían conservado sus vestidos del día, pero calzaban chinelas; y Adelaida recogió en largas trenzas su pelo negro, lo cual le daba un aspecto gracioso e infantil. Clemencia lucía sus bandos rubios y su moño más oscuro, recogido en su redecilla, sobre la nuca. Después de haber reído, bebido y recobrado la calma, se acomodaron sobre mi cama y pasearon sus ojos alrededor. Era la primera vez que veían mi aposento.

—¿Es tu madre? —me dijo Adelaida. Y señaló el retrato de mi madre, colocado en la esquina de la mesa.

—Te pareces a ella —añadió—. No me extraña: ¡eres tan poco Quiche!

—Ya mi padre y el vuestro —dije— no se parecían nada, salvo en ser rubios los dos.

—Tú también eres rubio —replicó—. Eres rubio como Clemencia y como papá, pero tienes los rasgos de tu madre.

—¿Y tus libros? —preguntó Clemencia—. ¿Dónde están?

Las mostré mi escondite, detrás de los registros de contabilidad. Luego, saqué de allí algunos cuadernos manuscritos.

—Voy a leeros mis poesías.

Aplaudieron, adoptando un gesto prodigiosamente serio, mientras que yo comenzaba el *Cuervo blanco*.

—¿Un cuervo blanco? —exclamó Adelaida—. ¡Qué raro!

—Ya veréis —dije—. No es por entero un cuervo.

—¿Qué es entonces?

—No sé... Un fantasma.

—Teodoro —exclamó Adelaida— ¡no nos asustes! Ya hemos pasado bastantes sustos al cruzar todos esos almacenes tan oscuros. Me pregunto incluso cómo vamos a volver.

Las leí el *Cuervo blanco*. Cuando terminé, Clemencia, con las aletas de la nariz palpitantes, observó:

—¡Pero esto es prosa!

—Es un poema en prosa —expliqué—. Mi amigo Julio de Renaud también los escribe. Podéis creer que es tan difícil como los versos.

Clemencia bebió un sorbo de champaña. Había recobrado un porte lleno de dignidad como si sólo una parte de ella misma consintiera en nuestra



locura de aquella noche, mientras que la otra parte, la mejor, la más lúcida, siguiera estando al margen. Me dijo:

—¿Y adónde te llevan estos poemas en prosa? ¿Qué piensas hacer más adelante? ¿No crees que podías dejar eso y dedicarte a realizar...?

—¿El qué, prima?

—Pues, por ejemplo, actos heroicos.

La miré con asombro. Entre tanto, Adelaida se había levantado y bebido otra copa de champaña; sin escucharnos ya, se puso a examinar mis libros y a revolver mi escondrijo de arriba abajo.

—¿Actos heroicos? —repetí. Clemencia sostuvo mi mirada y con una violencia contenida declaró:

—Los hombres deben ser soldados. En todo caso deben pensar como soldados. Horacio y Bernardo (eran los nombres de los dos Gallos) están dispuestos a ser unos héroes de la noche a la mañana.

—Mientras tanto —dijo Adelaida, mezclándose en la conversación— no hacen nada más heroico que Teodoro. No digas necedades.

—No son necedades.

Miré mis pobres versos compasivamente, luego a Clemencia y murmuré:

—¿Y por qué quieres, Clemencia, que realice yo actos heroicos?

—¿Por qué? Pues porque es necesario. ¿Por qué? Pues para defender al Emperador, para...

—Ese señor puede muy bien defenderse solo.

—¿Y Francia, Teodoro? —dijo ella en un tono súbitamente muy suave y como para moderar con una gran sencillez lo sublime de sus palabras.

—¿A quién?

—Le digo que a Francia y me responde: ¿a quién? —estalló—. ¿Has oído, Adelaida?

—Pues bien, tiene razón —dijo Adelaida volviendo a sentarse junto a nosotros. —¡Déjale en paz con Francia y bebamos champaña!

—¡No puedo soportar esto! —gritó Clemencia con sollozos en la voz—. ¡No eres un hombre, Teodoro, no eres un hombre!

—¡Pero si llora de verdad! —exclamó Adelaida—. Vamos, hermana, no seas ridícula. Hemos venido al cuarto de Teodoro a divertirnos un poco con él y no a hablar de política. Teo, sírvele otra copa.

Nos afanamos a su alrededor como si estuviera enferma. Quiso apartarnos, pero la hicimos beber a la fuerza. Entonces, se sofocó, tosió y como nos reíamos no pudo contener ella tampoco la risa.

—¡Se ha reído! —gritó Adelaida—. ¡Victoria, victoria! Vamos, Teodoro, bebamos a la salud de Francia, del Emperador, de nuestras glorias militares ¡y por todo lo que quieran!

Me senté entre las dos, sobre la cama, las cogí del talle y nos pusimos a cantar a coro, a media voz: *¡Veamos por la salvación del Imperio!* Luego, Adelaida, prosiguió:

—¿No ves, Clemencia, que Teodoro posee ya la primera cualidad requerida para ser un héroe? Conquista el corazón de todas las mujeres. Ninguna le resistirá. ¡En qué estado puso, anoche, a esa pobrecita Havelotte! ¿Vas a verla de nuevo pronto? Ya nos contarás...

—La he vuelto a ver hoy —dije triunfalmente.

—¿Hoy? ¡Ya! Pero ¿dónde? ¿Cómo? ¿Qué le has dicho? ¡Oh, vamos a sentirnos muy orgullosas de nuestro primo!

Les conté que había estado rondando una hora bajo sus ventanas, que forcé su puerta y que hubo entre ella y yo una escena patética.

—Estoy segura —me dijo Adelaida— que tienes amigas por todas partes, en todas las clases. Papá dice que persigues a las obreritas.

—No son las más feas —respondí—. Así, conozco en el barrio Saint-Antoine, una chica que se llama María Rosa y que es más bella que una princesa.

—¿Tienes, entonces, gustos plebeyos? —dijo Clemencia—. No me extraña.

—Mi querida Clemencia, empiezo a creer que eres tú la que me detestas. Y me apenaría mucho. ¿No, verdad? ¿Sientes un poquito de cariño por mí?

—Vamos —dijo Adelaida— daos un beso.

Cogió mi mano y la puso en la de Clemencia. Acerqué mis labios a la mejilla de ésta, que no se defendió; y sentí al besarla más placer de lo que suponía. Su mejilla desprendía un perfume suave, a fruta.

—A mí también tienes que besarme. Si no, sentiré envidia.

Me volví al otro lado y besé a Adelaida. Aquel beso resbaló a lo largo de la mejilla, y expiró en la comisura de los labios. Adelaida cerró los ojos.

—¿Es verdad —murmuré entonces, muy bajito— que vais a casaros un día con esas dos especies de gallos?

—¿Por qué no? —preguntó Clemencia.

—Ya veremos —dijo Adelaida.

Seguimos charlando hasta las doce y media. Las besé una vez más y las acompañé, con mi lámpara en la mano, a través de los almacenes. Oí el rumor de sus pasos y de sus vestidos alejarse muy suavemente por detrás de los

cajones negros y volví a mi cuarto silencioso. No podía dormir aún. Nuestros sitios habían quedado marcados en hueco sobre mi cama. Terminé de beber el fondo de las copas, paseé de un lado para otro, me senté, puse en orden mis libros y mis papeles, abrí la ventana y contemplé los cristales espejeantes del piso en el fondo del cual mis primas, sin duda, intentaban tan en vano como yo, conciliar el sueño. Las imaginé en sus camisas de noche con lazos, desnudos sus brazos y sus piernas, ocupándose cada una en naderías y tardando en apagar su vela. Aspiré a plenos pulmones el aire fresco del patio. Un ligero viento acariciaba las tejas, sobre la techumbre tan dilecta para mí; y me parecía ver las tejas estremecerse, levantar sus olas a través de la oscuridad, hincharse, subir hasta mí. Y yo tendía mis labios hacia su brebaje de rosa, de espuma y de noche.

## IV

—¿CUÁNDO VOLVERÉIS A MI CUARTO? —pregunté unos días más tarde a Adelaida, al cruzarme con ella furtivamente, entre dos puertas.

—Clemencia ya no quiere ir —me respondió Adelaida—. ¿Por qué? ¡No lo sé! Está de morros.

Interrogué a Clemencia. Me lanzó una mirada furiosa, las aletas de su nariz vibraron. Por último me dijo:

—Has estado bebiendo con Flageot.

—¿Cómo?

Miré el trozo de mejilla, moteado de pecas, que yo había besado.

—Con Flageot —repitió Clemencia. Y pasó por delante de mí.

—¡Ah! —dije, recordando que, en efecto, una noche, a la salida de los talleres me encontré a Flageot, el obrero descarriado, y fui a beber un vaso con él. Sentía yo afecto por Flageot, esto era indudable. Cuando no estaba borracho, su apretón de mano era leal e insistente como para decirme: «Como ve, puede contar conmigo a pesar de las apariencias. Cuando estoy despejado tengo todas las cualidades del hombre lúcido ¡centuplicadas! Las tengo con exageración». Y cuando estaba borracho, tenía otras cualidades que eran para mí no menos gratas. Entonces, con una voz pastosa y tierna, me contaba sus miserias y me hablaba tan mal de Joséphin que mi corazón se henchía de gozo beatífico.

En la primera ocasión llevé a Adelaida aparte y la dije:

—Lo confieso, he bebido con Flageot. Pero ¿no somos, él y yo, dos empleados de la casa Quiche? No hay nada más natural en esto. Mientras que la otra noche, fuisteis vosotras, las hijas del patrón, quienes estuvisteis bebiendo en compañía de un empleado: lo cual es mucho más grave.

—¿Ves, realmente, así las cosas, Teodoro?

—¿Se pueden ver de otro modo?

Sus cejas se fruncieron, su rostro se transformó. Ya no era la amable damisela, la princesita que se permite extravagancias y que os permite familiaridades: recordaba de pronto que era de sangre real; yo la había ofendido. En aquel momento se pareció por completo a su madre, no ya cuando ésta gritaba incoherencias, sino cuando recobrando su dignidad, daba

órdenes precisas y calculaba los intereses de la familia. Sin embargo, me mantuve imperturbable:

—¿Y qué, Adelaida?

—¡Eso no es cierto! —exclamó—. Tú no eres un empleado de papá, y menos aún uno de sus obreros como Flageot. Eres nuestro primo.

—Cobro mi paga a fin de mes, y Flageot a fin de semana. Es la única diferencia. Es más, Flageot, la cobra íntegra. A mí me retienen la mitad.

—¿Cómo la mitad?

La expliqué el contrato que seguía ligándome a Joséphin. Naturalmente, ella ignoraba aquel detalle.

—Mi padre arregla los asuntos como le parece —dijo ella al fin—. Esto no es cosa mía. Para mí, eres mi primo.

—Tu primo abnegado y afectuoso —respondí con una reverencia—. ¿Cuándo volveréis a mi cuarto?

—Pregúntaselo a Clemencia.

—Te lo pregunto a ti.

—Ella es la mayor.

—Pero tú la más fuerte. Tú eres quien la arrastras siempre. Adelaida, mi pequeña Adelaida...

—No te burles de mí. Acabaré por creer, como Clemencia, que nos detestas.

—Os adoro. Sí, os adoro a las dos. Volved esta noche.

—Nunca.

—Nos explicaremos sobre todo esto. Porque, en fin —proseguí en tono súbitamente serio— yo también tengo cosas que deciros, tal vez. Mis opiniones bien valen las de Clemencia, las de mi tío. ¿O es que no tengo más remedio que callarme y aguantar vuestras afrentas?

—¡Nuestras afrentas! —exclamó sonrojándose—. ¡Oh, Teo...!

—He dicho vuestras afrentas —insistí viendo que recobraba mi dominio. Levanté la cabeza y miré a mi prima a los ojos. Estaba toda turbada.

—¿Cómo puedes decir cosas malas! —murmuró.

—¿Tengo o no derecho a ir a beber con Flageot, y con quien me plazca?

—Tienes todos los derechos, pero no digas ya cosas malas.

—¿Vendréis esta noche?

—Intentaré decidir a Clemencia. Pero ¿serás amable? ¡Sé amable, Teo! Te repito que eres mi primo y que no quiero saber nada más. Mira esta cinta que llevo en el cuello: es negra. Si Clemencia accede a ir a tu cuarto, la cambiaré

esta noche, en la cena. Llevaré una cinta verde. Si sigo con esta negra, es que no iremos.

—Pero tú, Adelaida, ¿tienes deseos de venir?

—Sí, los tengo. Y creo que Clemencia también. La hace muy desgraciada enfurruñarse así, pero no puede evitarlo.

Por la noche, en la cena, Adelaida llevaba una cinta verde. Y mostraba una satisfacción que nadie, evidentemente, podía achacar a aquella cinta: yo, sin embargo, sabía que aquella cinta era la que realzaba la brillantez de su tez, el chispear de sus ojos. Se parecía a un gato al que le han puesto una cinta nueva, una cinta con un bonito lazo en forma de col, y hasta un cascabel por añadidura, y que no se da cuenta de que esos son adornos: pero su encanto y la coquetería que le atribuimos se duplican con ello. Por encima de la sopera, me miraba de cuando en cuando y, como para llamar bien mi atención sobre su cinta verde, se engallaba. La miraba a mi vez, pero con una mirada impasible, con los labios apretados y entornando los párpados. Como si le dijera: «Está bien, ya lo he visto. Tomo nota de este acto de buena voluntad, pero dentro de un rato sabremos qué debo pensar de ello». Y fijaba luego la misma mirada en Clemencia, pálida, concentrada y que no conseguía comer. Se veía que los bocados se le atravesaban en la garganta.

—¿Qué tienes? —la preguntó su madre—. ¿Jaqueca? Nos acostaremos temprano.

—Eso debe ser —dijo Adelaida—. Yo también me siento cansada.

Cuando se presentaron en mi cuarto, las acogí con solemnidad. Las hice sentar en mi cama y permanecí en pie ante ellas como si fuese a dirigirles una conferencia. Llevaban el mismo tocado que la otra noche: Clemencia su peinado del día; Adelaida, sus trenzas. Se mantenían sentadas modosamente ante mí. Adelaida un poco impresionada, pero Clemencia estaba sobre aviso, dispuesta a hacerme frente. Me dirigí enseguida a ella:

—Prima Clemencia, me hablaste de heroísmo el otro día. Era una idea singular. Pero tú misma eres una muchacha singular, y no podrías tener otras ideas. Pues bien, dime entonces ¿qué piensas de Blanqui?

—¿Cómo dices? —exclamó horrorizada.

—¿No es un héroe? Ten en cuenta que ese hombre ha pasado veinticinco años de su vida en la cárcel. Veinticinco años son algo enorme. No acaban nunca. ¿Te imaginas lo que representan todos esos años de cárcel?

—Es justo —respondió Clemencia fríamente— que los bandidos se pasen la vida en la cárcel. No veo nada heroico en eso.

Me sentí exasperado. Adelaida, toda trémula, intervino:

—¡Basta de política! —gritó—. No quiero oír hablar más de esas pamplinas.

—No, no —dijo Clemencia, con los labios lívidos—, quiero que nuestro primo nos explique... Tengo curiosidad por conocer el fondo de su pensamiento... Así es que para él, un bandido a quien encierran toda su vida en la cárcel por ser peligroso, ¿es un héroe?

—¡No le contestes, Teo, te lo suplico! —me gritó Adelaida.

—Blanqui<sup>[4]</sup> no es un bandido —repliqué, conteniéndome—. Es un hombre cuya gran culpa es no pensar como mi prima Clemencia y mi tío Joséphin, y esto es todo. Por eso le meten en la cárcel. Por lo demás, es muy natural, lo reconozco, que le metan en la cárcel. El día en que él sea el más fuerte, meterá en la cárcel a sus enemigos. Pero no hay ningún bandidaje en eso; si fueras justa, Clemencia, reconocerías que ese hombre es respetable y valiente.

—Sea —respondió Clemencia—, pero recordaré lo que acabas de decir: cuando sea ese hombre el más fuerte encarcelará a sus enemigos. Es decir a mi padre, es decir a mí misma. Eres, pues, del partido de nuestros enemigos, de los enemigos de tu propia familia. Deseas nuestra pérdida. Como tu amigo Flageot. Tu ilustre amigo Flageot.

Su voz era rechinante. Yo, permanecí inmóvil, con las manos en los bolsillos, clavándome las uñas en las palmas. Hacía esfuerzos terribles para mantenerme tranquilo. Adelaida se desesperaba. Tenía cogida del brazo a su hermana como para impedirle que se arrojase sobre mí. Clemencia prosiguió:

—Ese Flageot con quien te entiendes tan bien... Ese Flageot a quien vas a leerle también tus poesías, sin duda... ¡Ja, ja! Sí, ese Flageot, el día en que se ponga al frente de una huelga y entre en nuestra casa para demolerlo todo ¡te sentirás contento! ¡Estarás a su lado, quizá! Le incitarás contra nosotros...

Vi aparecer en sus ojos, en el fondo de su memoria hereditaria, las imágenes de unas señoronas empujadas contra sus armarios de luna por una turba de patanes. Se estremeció.

—Puedes estar seguro, primo —continuó ella con una voz quebrada— que eso no ocurrirá quizá, como de costumbre. Si entrasen en mi casa yo me defendería. No me dejaría dominar como otros. Y ahora sé que hay personas no menos resueltas. La Emperatriz...

—Es cierto —dijo Adelaida que se animaba a su vez—. Según parece la Emperatriz piensa todo el tiempo en María Antonieta.

—Sí —declaró precipitadamente Clemencia—, pero la desgracia de unas forja la experiencia de otras. Se dice también que está dispuesta a luchar

como una leona. Lleva sangre española en las venas. Y además tiene un hijo. ¡Un hijo que defender y un hijo para defenderla!

—Clemencia —murmuré—, mi amigo Flageot, puesto que le consideras como amigo mío, ¡no quiere haceros daño ni a vosotros, ni a la Emperatriz, que Dios guarde!

—¡Ya lo creo! —gritó Clemencia—. ¿Y las blusas blancas, la otra noche, en el patio de las Tullerías, mientras se celebraba esa recepción? ¡Una recepción! Seguramente era eso lo que les enfurecía: estaban allí, aullando como lobos, de un modo bajo, innoble. ¿Estabas tú, tal vez? ¿Con tu Flageot? Vamos, di ya ¡que te enfurece que haya recepciones en las Tullerías! Suelta ya todo lo que aparece en vuestros diarios: ¡que el Emperador es un Sardanápalo, la Emperatriz una Mesalina, y todo lo demás! Sé todo lo que decís en vuestros diarios. Papá, nos leyó una noche... No quería seguir pero mamá insistió... ¡Era atroz! Y yo sé que tú lees esos periódicos, lo sé...

—¿Yo? No leo nunca periódicos.

—¡Pues eso es todavía peor! —gritó. Luego, se tapó la cara con las manos.

—¡Ah, va a volver a llorar! —exclamó Adelaida—. Es también culpa tuya.

—¿Cómo que es culpa mía?

—Sí, la excitas con tus actitudes insolentes. Y además, no le falta razón, nos tienes malquerencia. Clemencia, vamos, querida, cálmate. ¡Hablemos de otra cosa! Teo, pídelo perdón. Ven aquí a sentarte, entre nosotras. Habéis chillado de tal modo los dos que han debido oírnos. ¡Chist! Vienen...

Clemencia alzó la cabeza, con los ojos enrojecidos y las aletas de la nariz palpitantes.

—Es cierto —murmuré, sentándome entre las dos primas—, me ha parecido oír ruido...

—Hay que apagar la lámpara —musitó Adelaida.

Apagué la luz, y luego, permanecimos enlazados los tres, en la oscuridad. La cabeza de Adelaida se reclinó sobre mi hombro. Del otro lado, sentí que Clemencia se estremecía. Acerqué mis labios al rostro de Adelaida, que se inclinó un poco más sobre mí: la besé en los ojos, y después en los labios. Luego, volviéndome del otro lado, busqué la mejilla de Clemencia, acalorada por el furor y las lágrimas, y la besé en los labios. Ellas se negaron al principio, se entreabrieron para oponerme la resistencia de los dientes apretados, pero yo las apreté; se cerraron y respondieron a mi beso. Después, los labios de Adelaida vinieron a mi encuentro y aquel pequeño juego duró



varios minutos, unos minutos silenciosos, angustiados, eternos. Las tinieblas eran profundas, pero con los ojos del corazón creía yo ver alternativamente a las dos muchachas, como dos flores pesadas, inclinarse y luego erguirse de nuevo lentamente, y sucumbir otra vez al peso del rocío, al peso de la tormenta, inclinarse, desfallecer sobre mis labios, y volver en sí otra vez y recobrar su dominio.

—Nos hemos equivocado —murmuró Clemencia—. No era nada. Hay que encender de nuevo.

—Sí —se apresuró a decir Adelaida—, hay que encender de nuevo.

—¿Ya? —suspiré—. ¿Y si nos quedásemos un momento más, así?

—Entonces —dijo Adelaida desprendiéndose— suéltanos.

Me cogió la mano. Sin embargo, Clemencia permaneció apretada contra mí.

—Quisiera hacerte otro reproche, primo —me dijo.

—¿Otra vez? —protestó Adelaida—. ¡Oh, dejemos eso!

—¡No, no! —exclamó Clemencia con pasión—. ¡Quiero que se llegue hasta el final de lo que se piensa! Quiero que Teodoro nos explique... ¡todo! ¡Absolutamente todo! —Se apretaba contra mí, y luego muy bajito—: ¿Por qué no vienes a misa con nosotras?

Quise volver a besarla. Pero se apartó. Mi beso, aquella vez, resbaló sobre sus cabellos en su redecilla, sus cabellos perfumados, un poco salvajes y sobre su cuello.

—Porque —murmuré— porque... ¡Bah, prima! Prefiero condenarme.

—Pero te condenarás, Teodoro.

—Y cuento realmente con no aburrirme en el infierno.

—Dices cosas graciosas, sin duda —prosiguió ella con dulzura—. Tienes talento, primo, y cuando quieres, eres encantador. Pero yo te hablo de lo más serio que hay en el mundo.

Adelaida lanzó suspiros de impaciencia. Pero Clemencia la reprendió:

—¿No opinas lo mismo, hermana mía?

—Sí, sí, de acuerdo. Pero aquí no estamos en el catecismo.

—Deberíamos vivir como si estuviésemos siempre en el catecismo. Nosotras...

Pero se interrumpió y se separó de mí. Su ángel de la guarda acababa sin duda de hacerle notar que en el catecismo no se aprieta una en los brazos de un joven. Su voz se hizo a la vez imperiosa y celestial:

—Enciende la lámpara.

Tuve que obedecer. Sin embargo la voz pura continuó:

—Repito que no hay nada más serio, es lo único que cuenta. Si amo a mi primo como a mí misma, quiero encontrarle de nuevo en el otro mundo. Amo su alma y quiero que ésta se salve. No te rías, primo...

—No me río —dije con seriedad cogiéndole las manos y besándolas—. No me río ni tengo ganas de reír. Escucho como una música las palabras deliciosas que pronuncias.

—¡No son una música! ¡No son deliciosas!

—No he oído nunca nada más encantador.

—¡No es encantador!

—Van a pelearse otra vez —exclamó Adelaida bostezando—. ¿Veis?, se ha estropeado la velada. No hemos dicho más que tonterías. Vamos a acostarnos.

Tenía razón. La lámpara estaba encendida otra vez, y nosotros volvíamos del fondo de unas tinieblas tan extrañas que la luz nos parecía tristona, y que bajo aquella luz una discusión sobre la existencia de Dios hubiera sido más vana y más estéril todavía que lo son generalmente las discusiones sobre ese tema. Pero Clemencia se obstinaba:

—¿Qué tienes en la cabeza, primo?

—No tiene nada —la dijo Adelaida— y tú tienes demasiadas cosas. Sabía que eras razonadora pero no hasta este punto. ¡Buenas noches! Me caigo de sueño. Mejor hubieses hecho, Teo, en contarnos tus amores con la linda Havelotte. ¿En qué fase estáis?

—Te lo diré la próxima vez —les prometí besándolas.

Clemencia había recobrado su rostro austero, casi maligno. La besé con más ardor quizá que a Adelaida. Cuando me vi solo, sentíame ebrio de besos. Los recordé todos, unos secos, ardientes, otros largos, húmedos y extraviados. Zumbaban alrededor de mis labios, de mis ojos; formaban manchas negras sobre la claridad de mi lámpara. Sin embargo toda nuestra discusión giraba en mi memoria; la recordaba y le daba vueltas con irritación. Pero los besos volvían a apaciguarlo todo.

Luego otra vez la discusión, las voces ásperas. Surgían en mí nuevos argumentos, y palabras crueles con las que hubiera podido herir a mis primas y que me prometía emplear en nuestro próximo encuentro. Al mismo tiempo me formulaba preguntas sobre mí mismo.

—¿Por qué escribo poesías? —me decía—. Sí, ¿por qué? Clemencia tiene tal vez razón: sería preferible que realizase yo hazañas. Y entonces, ¿por qué escribe poesías Julio de Rénaud?

Me prometí preguntárselo, y después me acosté. Pero el sueño tardaba en venir. Y al día siguiente tendría que levantarme al amanecer. Me hundí bajo mis sábanas. Estábamos en octubre: mi sobradillo era bastante frío por la noche. Y hasta comienzo de noviembre no instalaban allí una estufa.

—¿Cuántos años —pensé— he de soportar esta vida miserable? Se acerca un nuevo invierno, con los despertares atroces en plena oscuridad, la escarcha en mi ventana, el agua helada en el jarro, el almacén negro, las oficinas lívidas adonde llegan los empleados refunfuñando; y afuera, las calles apenas despiertas, las calles despeinadas y que bostezan aún, y yo pasando por ellas como un fantasma. ¡No quiero hacer ya versos! —exclamé—. ¡Son un engaño!

Salté de mi cama, encendí la lámpara, eché una manta sobre mis hombros y apartando los pesados libros de contabilidad, me precipité sobre mis cuadernos de versos. Los hojé con manos temblorosas.

—¿Para qué? —dije—. ¿Para qué?

Los arrojé sobre los ladrillos, separé unos muebles, cogí mi caja de cerillas. Una suprema piedad me contuvo.

—Mis pobres versos... Me bastará con decirles adiós. Como he dicho adiós a todo, a la calle del Hôtel-de-Ville, a los ojos negros de la judería, a mi casa... Voy a colocar mis versos en su sitio. No los tocaré más, y esto será todo. ¡Y luego, a trabajar! Un invierno más, dos inviernos, ¡todos los inviernos! Las visitas a los clientes, los papeles de negocios, mi eterno tío, y se acabaron los consuelos. Si, al menos, las mujeres pudiesen comprender... ¡Oh! quiero que me amen, quiero...

Oí dar la una de la madrugada.

—No quedan más que cinco horas de paz —continué—. Y habrá que uncirse de nuevo a la tarea. ¡Ah! ¿cuándo se despertarán los hombres? ¿Cuándo los Joséphins desaparecerán de la tierra? ¿No habrá en ella un día, no sé cuándo, de vacaciones, de vacaciones libres? Entre tanto, se burlan de mí. Doy vueltas como una ardilla en su jaula, y cuando tengo dos minutos de reposo ¡escribo poesías! ¡Poesías! ¡Qué irrisión!

Durante algún tiempo no insistí ya para que mis primas vinieran a visitarme en mi cuarto. Por la tarde, tenía citas con la señora Havelotte que bastaban para mi felicidad. Y por la noche iba en busca de mis amigos de Saint-Antoine. Les llevaba a Flageot que escuchaba respetuosamente nuestras conversaciones y hacía esfuerzos para beber con discreción. Cuando mis miradas chocaban con las de Blanqui, en su litografía, pensaba en mis primas y les decía, dentro de mí mismo:

—¡Bueno, viejo bandido, puesto que lo eres, las he besado mucho en tu honor! ¡Vamos, habrá una hermosa fiesta cuando salgas de la cárcel! Y ellas se morirán de rabia.

—¿Por qué escribe usted versos? —pregunté un día a Julio de Renaud, como me había prometido hacerlo. Fue el estudiante alsaciano el que me contestó en vez de él:

—Por la misma razón que estudio yo metafísica.

—¿Y si la gente no tiene nada que comer durante ese tiempo? —dijo el viejo Siffrelin.

—¡Que hagan lo que yo! Con una salchicha al día es suficiente. Y con este régimen todo el mundo puede ser metafísico.

—Escuchen ustedes —dijo Julio de Renaud, alzando una mano muy fina que salía de un puño muy blanco—. Escuchen, tengo como una cierta idea. Ya me dirán qué les parece. Becker, ¿no podrías hacer metafísica para el pueblo? En todo caso, ¿no se le podría enseñar poesía, invitarle a compartir las fiestas que celebramos en privado, nutrirle con los goces del arte universal? ¿Por qué guardar eso para nosotros? O para unos burgueses que no lo comprenden en absoluto. Tú comes tu salchicha, Becker, y no pides nada a nadie. Pero ¿es que el pueblo no podría recibir unas migajas de tu metafísica? Sueño con ver a las multitudes congregadas en festividades y comuniones donde...

—¡Siffrelin! —exclamó Becker—. ¡Y usted, montañés! —añadió volviéndose hacia el yerno de Siffrelin—. ¿No van ustedes a levantarse indignados y a echar de su mesa a este aristócrata? ¿Le han oído? ¡Cómo tiene que despreciar al pueblo para venir así a abrumarle con suntuosos regalos y a ofrecerle sinfonías, óperas y poemas! El pobre pueblo, ¿verdad? Sólo tiene su ignorancia y sus gustos groseros. Pero nosotros vamos a iniciarle en las bellas cosas, a enseñarle a manejar las preciosas chucherías, a darle algunas nociones de astronomía y de solfeo. ¡Será incluso capaz de saborear los poemas en prosa del señor Julio de Renaud!

—Pero si yo no he querido decir nada de eso —gimió el aludido—. ¡Pero, Becker, tú eres un sofista! Come tu salchicha y déjame hablar.

—Julio —prosiguió el alsaciano— vas a decir que desprecio al pueblo más que tú, pero ni el montañés, ni el dueño que nos escucha desde el umbral de su puerta, ni el amigo Siffrelin se engañarán con ello. Yo estudio mi metafísica como puedo y muriéndome de hambre. Esto no te importa, ¿verdad? Y si pudiera yo, a diario, poner tres kilos de «choucrouc» alrededor de mi salchicha, tampoco te importaría; yo estudiaría mi metafísica, que no le

importa a nadie. Y, ya que no le importa a nadie, la estudiaré sin preocuparme ni del pueblo ni de lo que no es el pueblo. Sería tan sólo una metafísica diferente, una metafísica con «choucroute» como mi metafísica actual es una metafísica sin «choucroute», pero sigue siendo una metafísica. En cuanto al pueblo, tiene la suya, que consiste en no tenerla. ¡Y con razón! No le harás más feliz tocando música para él. Sí, te veo venir: «Pobres parias, he aquí una sinfonía que ha tenido un gran éxito el otro día ante los burgueses de los conciertos espirituales: tenían los ojos llenos de lágrimas. Vosotros también vais a tener la suerte de escucharla. No comprenderéis quizá tan bien —¡los burgueses son gentes muy refinadas! Sobre todo esos señores del jockey que se desgañifan silbando a Wagner— pero en fin gozaréis de un breve minuto de olvido, y durante ese tiempo no pensaréis en la revolución».

—De modo —dijo Julio de Renaud— que tú no quieres ofrecer belleza al pueblo. Quieres dejársela a los burgueses.

—Sí —respondió Becker— ¡y que revienten con ella! —Engulló su último trozo de salchicha y prosiguió más despacio—: La belleza no es ni para los burgueses, ni para el pueblo. Es para el hombre. ¡Pero es preciso que el hombre sea el hombre y que esté ahí! Y como todavía no está ahí, ¡todavía no! —repitió, levantando un dedo augural— pues bien, no es para nadie. Pero no quiero desconsolarte, poeta infortunado, y puesto que necesitas un auditorio, supongamos que tu poesía está hecha para el que la quiera, que encontrará en ella lo que desee encontrar, que, incluso, encontrará en ella veneno y la muerte. ¡Je, je! —agregó con una risita— ¿es que por otra parte tu especie de poesía o la de este joven halcón —añadió, señalándome— es que esas poesías, en lugar de estar hechas para alguien, no estarán hechas más bien contra alguien? ¿Y para volverse contra el que las dé calor en su seno? ¡Ah! ¡esto sería chusco! Pero hasta en ese caso, ¿qué tiene que hacer el pueblo en esta gresca? No tiene más que asistir a ella, frotándose las manos. Se lo digo a usted, Siffrelin: mi metafísica no es tranquilizadora. Cuido pérfidamente de que no lo sea. Sería demasiado largo de explicárselo, y yo tengo la franqueza de decírselo: no comprendería usted ni jota de ello. Pero si esto puede agradarle, le anuncio que habrá llantos y rechinar de dientes. Y para vengarse, querrán privarme de mi salchicha diaria. ¡Pero me defenderé, voto a Judas!

—¡Ah! —exclamó Julio de Renaud, descorazonado— ¡quisiera yo de tal modo hacer algo!

—¿Hacer, el qué?

—Algo por el pueblo —murmuró sonrojándose.

—No digas eso, hijo —intervino entonces el tío Siffrelin, sirviéndole de beber—. Lo primero, nosotros no somos el pueblo —añadió acariciándose la barba—. Somos obreros, somos... aquellos por los cuales no hay nada que hacer. No pedimos nada a nadie. ¿Y tú qué eres? ¿Por qué quieres hacer algo por alguien? ¿Por éste más bien que por aquél?

—Tío Siffrelin —exclamó Julio de Renaud con un ímpetu que me pareció encantador— no puede usted imaginarse lo que es estudiar siempre, sin cesar, y forcejear en medio de esta Babel que nos mete en los oídos los discursos más contradictorios en las lenguas más dispares. Y aquí también, junto a usted, tío Siffrelin, vengo a estudiar, sabiendo muy bien que tengo mucho que aprender. Siento un gran temor a equivocarme, ya lo ve usted, voy y vengo, escucho y duermo mal, ¡ah, si supiera usted lo mal que duermo! Sin embargo, el tiempo pasa y tengo que escoger. Escoger...

Siffrelin iba a responder, pero el metafísico le apartó con un amplio gesto y repitió:

—¡Escoger! ¡Ah, quieres escoger! —prosiguió con su tono enfático—. Y éste —y me señaló otra vez— ¿ha escogido? Y Siffrelin ¿ha escogido? Y su nieta que ha nacido jibosa, ¿ha escogido, la pobrecilla? Lo que es blanco no puede ser negro, pero debe hacer su oficio de blanco y volverse cada vez más blanco, tan blanco, tan blanco... —Blandió su pipa por encima de su cabeza y gritó—: ¡Tan blanco que acabe por ser más negro que el negro!

Julio de Renaud meneó su bella cabeza con obstinación:

—Sé —dijo— que algún día de mi vida será el día de la elección... Escogeré con entera libertad, con absoluta conciencia.

—¿Y la víspera de ese día? —replicó Becker—. ¿Qué serás la víspera de ese día? Y hoy, te lo pregunto como te lo ha preguntado hace un momento Siffrelin, ¿quién eres tú? ¿Una cera blanda sobre la cual nada ha venido a inscribirse? ¿Crees que no vives todavía? ¿Que no eres aún un ser vivo? Pero entonces ¿qué haces aquí? ¿Quién eres tú que estás aquí? ¡Escoger! ¿Pretendes escoger entre lo blanco y lo negro? ¿Y al día siguiente de tu elección, seguirás ateniéndote a lo blanco? O bien ¿un nuevo argumento en favor de lo negro, en el que no te habías fijado, no saltará ante tus ojos como una pulga? «¡Hombre!... ¡No había pensado en eso! ¡Eh! lo negro tiene también cosas buenas...».

—¡Ah! —exclamó Julio de Renaud— si continúas así, Siffrelin va a dudar de tu buena voluntad.

—Eres tú —replicó Becker— quien dudas de tu buena voluntad.

Sin embargo aquella conversación me proporcionaba aclaraciones sobre mí mismo y sobre puntos oscuros de mi destino. Pero apenas había yo creído captar una luz cuando la conversación se reanudaba. Mil ideas se embrollaban en mi cabeza. Julio de Renaud prosiguió:

—Eres un metafísico singular, Becker. No son ni el pensamiento puro, ni la razón los que te guían. Pues sino, comprenderías la alegría austera de la elección.

—En efecto —dijo Becker irguiendo su largo y flaco torso—, soy un metafísico de un género completamente nuevo. Lo que me guía...

—Es tu vientre.

—Tú lo has dicho.

—Eres un metafísico de salchichas. Lo más raro es que tu metafísica es tan extravagante como si naciera de la fantasía más arbitraria.

—El vientre puede tener tanto talento como el cerebro.

—Está bien. Puesto que crees en la palingenesia y como quien dice en la transmigración de las almas, renacerás en una salchicha. Nacida del vientre, tu metafísica, volverá al vientre.

—No pido otra cosa.

—Ya estamos de acuerdo.

—Y tú poeta, tu suerte será sin duda más poética. Porque a ti es el puro espíritu el que te guía, ¿verdad? ¿Es realmente esto lo que quieres que digan de ti? ¿El puro espíritu? ¡Que te aproveche! Patrón, descórchenos otra botella.

El patrón se dirigía hacia su tienda cuando María Rosa apareció, envuelta en un gran chal. Se la acogió con gritos de alegría.

—Ya han bebido y charlado bastante —dijo ella con su voz un poco ronca, o más bien velada. Aquella voz me penetraba en las entrañas. Me extrañaba que se pudieran decir cosas tan triviales con una voz que me parecía dolorosa: toda una existencia cercada, oculta, amargamente cotidiana se revelaba para mí en aquella voz. Sólo, pensé, ciertos destinos marcados, ciertas vidas hechas para singulares infortunios pueden expresarse con tales voces.

—Fernanda te espera —prosiguió María Rosa dirigiéndose al cerrajero—. Y vengo a buscarte a ti, papá.

Julio de Renaud y Becker regresaban al Barrio Latino, y yo al Marais. Debíamos, pues, ir los tres en la misma dirección. Antes de separarse de nosotros, el viejo Siffrelin nos asió del hombro a Julio de Renaud y a mí.

—Todo eso está bien y es bonito —dijo—. Pero, en último caso, ¿se puede contar con vosotros dos el día de la gresca?

Asentimos con la cabeza. Y él murmuró:

—¡Ah, hijos míos, hijos míos!...

La larga silueta de Becker divagaba ya o lo largo de las murallas. Estreché la mano de Siffrelin, la de su yerno; y luego, me acerqué a María Rosa:

—Buenas noches, María Rosa.

—Buenas noches, Teodoro.

Ciñó su chal sobre su pecho y se cogió del brazo de su padre. No era tan alta como él, pero se mantenía igualmente erguida. Hubiese yo querido acariciar con la mano aquel cuerpo sólido, dibujado por el chal y el vestido grueso, aquella muchacha juncal, toda aquella estatura bien plantada en la noche, rematada, sobre el cuello redondo, por una bella cabeza muda, con un casco de cabellos negros. La plaza de la Bastilla se extendía en torno nuestro, amplia y pálida, coronada de luces centelleantes. Mi mirada huyó por las calles tantas veces recorridas, el naciente barrio, la calle de Saint-Antoine, el bulevar en donde los teatros y los cafés apagaban sus últimas luces, la avenida Daumesnil. En el centro, la columna de Julio erguía su fuste de bronce, ¿advertencia o recuerdo? ¿El ángel y el león vivían aún? ¿O bien no los habían fijado allí más que para impedirlos, en una demora sin fin, rugir al uno una vez más, y al otro emprender de nuevo su vuelo? Y empecé a soñar con un acto que no petrificaría ningún monumento.



## V

AQUEL ENSUEÑO ACABABA DE ABRIRME EXTRAÑAS PERSPECTIVAS, cuando Julio de Renaud, envolviéndose en su capa, se colocó entre Becker y yo y nos dijo:

—El tío Siffrelín puede estar seguro de contar conmigo. Cuando llegue el día, me pondré una blusa y un fusil en bandolera. ¿No es esto escoger? ¿Qué dices a esto, filósofo?

Se quitó el sombrero y sacudió su cabeza rizada. Dimos unos pasos en silencio. Becker dijo entonces:

—Confieso que a un hombre como tú y hasta a un hombre como Siffrelín, no es sólo el vientre el que os guía. O mejor dicho no es un vientre completamente vacío. Los pobres hambrientos de los caseríos de mineros del Norte no pueden ya pensar nada. Son como animales, como bestias macizas, apenas capaces de levantarse sobre sus rodillas y de morder al azar. El grito de alarma les llegará de otra parte. De allí —añadió señalando hacia el barrio Saint-Antoine—. O del Barrio Latino —prosiguió volviéndose hacia la orilla izquierda—. Y el día en que los hambrientos inscriban sobre sus banderas: *pan o plomo*, es preciso que hombres como Siffrelín y como tú, Julio, se unan a ellos. Pero también hay que serles fieles y no olvidar ¡el vientre! Es el lema del pacto. Un pacto sólido. Los otros lo saben muy bien: por eso sólo esperan una ocasión para herir en la cabeza. Su Haussmann ha preparado ya el terreno de maniobra. ¡Pero que se apresuren! Y, naturalmente, se apresuran. Un filósofo es un poco profeta. Yo espero...

—¿A qué espera usted? —pregunté.

—Al exterminio. No puede tardar.

—¿Y después?

—Después —murmuró el alsaciano, y su acento se hizo pesado y lento—, después, como dicen los pastores de mi casa, vendrá la abominación de la desolación. Se habrá acabado el ímpetu de todo un siglo. ¡Hop! Roto de un golpe. Después, los burgueses habrán comprendido. No existirán ya Suffrelíns, la especie habrá desaparecido, ni jóvenes del género de ustedes, ni poetas, ni filósofos, ni politécnicos. Todo ello pasará al otro lado de la barricada: los burgueses habrán comprendido, os digo. Y será preciso que el

vientre comience de nuevo a trabajar, a segregar sus fermentos, sus vapores, sus ácidos, a rehacerse un cerebro, un cerebro que razone y que sueñe. Será preciso que los hambrientos se levanten sobre sus rodillas, y aprendan lentamente a ser otra vez bípedos. París —prosiguió blandiendo su pipa— pasará la antorcha de las revoluciones a otros pueblos...

—¿Alemania? —preguntó Julio de Renaud.

—¿Quién sabe? —murmuró Becker—. No, no creo... Mejor será que se lo preguntes a mi amigo Linden.

Cuando llegábamos a la altura de las *Vendimias de Borgoña*, creí ver erguirse, en la sombra, una silueta, como una estatua, con peluca, el bastón bajo el brazo, la sonrisa zumbona, y la pierna adelantada, como dispuesta a andar. Imaginé toda una pandilla nocturna de gentes sardónicas, de aventureros llenos de experiencia, de sabios todopoderosos que se dirigían por encima de las calles y de los tejados, a unas citas invisibles para resolver allí los asuntos del globo. Lo sabrían todo: incluso el paso de una larva no se les escaparía. Cada uno de nosotros podría, en ciertas encrucijadas de su vida, sentir su dedo enorme posarse sobre su hombro.

—¿Y habrá allí una Providencia? —pregunté a Becker.

—Quizá —me respondió como si hubiera seguido mis reflexiones—. Pero lo que se ignora, es su cualidad de mortal. Cada siglo tiene su providencia, y luego...

—¿No puede resucitar otra providencia?

—La nuestra —dijo sin responderme— habrá sido muy generosa, extraña y destructora... Una providencia chusca, pero de la que no se podrá hablar mal. La veo, subterránea, con la mirada ardiente, la boca cantarína. Vamos, haced versos, amigos míos, puesto que así lo quiere vuestro capricho. Haced versos y esperad. Se os pedirá tal vez otra cosa. ¡Y a mí también, pardiez, me pedirán otra cosa! Estemos alerta.

—Becker —murmuré entonces—, tengo que confesarte algo. La otra noche quise quemar mis versos.

—¡Quemar tus versos! —exclamó Julio de Renaud.

—No merece la pena —me dijo Becker cogiéndonos a los dos por el brazo—. Haced versos mientras sea de noche.

Nos separamos delante del Hôtel-de-Ville. Su fachada estaba tan pálida como nuestros rostros, y contemplaba, con sus innumerables ojos, el vacío de la plaza. Mis amigos se fueron hacia el Sena; yo seguí la calle Vieille-du-Temple. Una vez más encontré mi patio, mi sobradillo, el retrato de mi madre. Y al acostarme, monologué:

—No, yo no he escogido. Pero comienzo, ¡ah!, comienzo a comprender lo que me ha sucedido. Yo no podía conservar mi fábrica de la calle del Hôtel-de-Ville, suceder a mi padre, seguir siendo un pequeño artesano, un pequeño industrial, como tantos otros, y vivir feliz con mi situación. Tenía que destruir ese destino con mis propias manos. Fue un suicidio, en suma. Fue mi manera propia de escoger. ¡Vaya, tanto peor, tanto mejor! Sin embargo, debe ser un gran alivio trabajar para uno mismo, y no para los otros. Yo, desgraciadamente...

Todas aquellas teorías que había escuchado en casa de mis amigos del barrio Antoine se embrollaron en mi cabeza; y recordé aquellas cosas que me habían dicho sobre la liberación del trabajo. Luego, miré por la ventana hacia las de mi familia y me dije:

—Ahora, mis relaciones con ellos están bien establecidas. No hay que engañarse sobre eso. Los ojos cerrados. O más bien abiertos. Muy abiertos, y los pies y los puños atados. ¡Ya está! Me las he arreglado de manera a no ser partícipe de la combinación. Porque yo no podía ni debía ser partícipe de la combinación. Así pues...

Vacilé un instante. ¿Así, pues? Sí, el gesto era justo y necesario. Tenía que llevarlo a cabo. Y acercándome a la ventana, la abrí de par en par, y me cuadré en una postura romana. Estaba en camisa; me subí la manga derecha. Y blandí el puño en dirección a las ventanas detrás de las cuales reposaban mi tío, mi tía, mis primas. La imagen de mis primas, tendidas bajo el ala de su lecho virginal, sus caras encantadoras, enmarcadas por las trenzas, no me contuvo. Sin embargo, tuve una sonrisa en su honor, una sonrisa de complicidad, ligeramente triunfante, y mi puño se abrió. Después, estornudé.

Me apresuré a cerrar la ventana, me acosté, apagué mi lámpara. Finalmente, con todo mi cuerpo estirado en las tinieblas, como en el fondo de mi ataúd, pensé:

—¿Estoy solo?

Dirigí un ruego a los Amigos de la Providencia, a los Maestros, a los Guías Secretos. Me arrojé en sus brazos, les supliqué para que interviniesen en mi favor. Comencé un poema en alabanza suya. Les llamé y nadie respondió. Pensé que estaba realmente solo. Había yo llegado, completamente solo, al final de aquel destino que me había impuesto a mí mismo, expulsándome yo mismo, a causa de una incuria y de una ligereza, de mi fábrica del Hôtel-de-Ville, expulsándome de la sombra tibia de la judería, lejos del paraíso de los ojos de gacela. Y si mi tío, harto a su vez de mi pereza y de mi insolencia, me expulsaba también ¿qué iba a ser de mí?

—Estoy tranquilo todavía por algún tiempo —pensé—. Porque no he acabado de pagar mi deuda. Pero cuando lo haya hecho, me echará indudablemente. No jugaré más al dominó en su salón, no bailaré más allí con las lindas amigas de mi tía. ¡Bah! Bailaré en otra parte. Pero no por ello valdrá más mi destino: tengo que encontrar un puesto en otra fábrica del Marais, inscribirme en una oficina de colocación, en casa de un mercader de esclavos.

Esta palabra «mercader de esclavos» me gustó y la repetí varias veces. Luego, mi imaginación tomó otro sesgo.

—Me queda el recurso de llegar a ser un poeta célebre. Las muchachas soñarán conmigo. Clemencia y Adelaida llorarán murmurando mi nombre. Yo las despreciaré. La bella Havelotte, apretada contra mí en el fondo del «fiacre» donde ocultamos nuestras locuras, acercará mucho a mi rostro el suyo extasiado, y veré los labios que...

Entonces se apoderó de mí un júbilo frenético. Porque vi los labios de Noemí Havelotte tenderse, rosados, carnosos, a fin de dar un encanto supremo a las tonterías que acostumbraba a proferir y que estallaban redondas y amorosas, perfectas y deleitables... Y como me había ocurrido con frecuencia durante nuestros paseos en «fiacre», exclamé:

—¡Oh, dime algo! ¡Cualquier cosa! ¡Todo cuanto se te ocurra! ¡Habla pronto! Habla que yo te oiga... ¡Noemí!

En el fondo de la noche me llegó la voz argentina de Noemí Havelotte. Creí oír también los suspiros de mis primas, unos suspiros desolados que jadeaban persiguiéndome mientras yo me sumía en un sueño orgulloso y hosco. Se inició una partida de escondite. Desde detrás de los troncos, entreveía a mis primas, asustadas, sin aliento: Adelaida, con los ojos trastornados, Clemencia con las mejillas ardiendo. Las había ultrajado: no por ello ponían menos ardor en descubrirme. Y yo mismo descubría en mí un segundo fugitivo, más raído aún; me desdoblaba en un amiguito ágil y todopoderoso ¡que tenía más de una flecha envenenada a mano! La tía Valeria, satisfecha y patiocorta, aprobaba nuestros juegos y manejos. Decía: ¡es la juventud! Y se abanicaba con gracia como una española pura sangre. Pero de pronto veía lágrimas en los ojos de sus hijas e inmediatamente yo me convertía en el demonio. ¡El demonio! Recogía las lágrimas en su pañolito de encaje y quería exorcizarme. Las lágrimas llovían sobre mi cabeza como una tibia tormenta estival, pero yo me volvía más perverso aún. Entonces Joséphin se erguía ante mí. Me hablaba de mi padre, exclamaba:

—¡Me voy! ¡Te abandono, te dejo ahí! ¡Arréglatelas tú solo! ¿Oyes? ¡Tú solo! ¡Yo me voy a hacer fortuna! Y cuando volvamos a encontrarnos, seré rico y tú, detestable imbécil, tú...

—Yo —decía entonces volviéndome hacia mis primas— yo también soy rico. Venid a mi cuarto y lo veréis... Os enseñaré mis tesoros. Tengo un candelabro de plata, una lámpara cincelada, un balcón que da al mar, jaurías de perros veloces. ¡Y, sin embargo, si supierais lo pobre que soy! ¡Me compadeceríais! Sentiríais por mí esa piedad que no pido ya a los hombres, ¡oh, no, antes la muerte!, pero sí a las mujeres... Las dulces amadas, sólo ellas saben tener a la vez piedad y admiración. Una manera de quejaros como si dijeseis: «¡Oh, tú! ¡Si tú, el último de los hombres, eres al mismo tiempo tan extraordinario!». Así hablan las mujeres. Así hablan al criado a quien toman por amante, al gañán, al palafrenero cuyas palizas les gustan, al preceptor de sus hijos, que tiene un pelo largo y algo sucio y que anda de lado rozándose contra las paredes. «¡Eres tan extraordinario!», le dicen.

—¿No soy extraordinario? —pregunté a mis primas. —Un pobretón, sin duda, ¡pero realmente extraordinario! Y no es esto todo, debéis saber lo demás: tengo miedo de vuestro padre, sí, de ese temible Joséphin. Tengo miedo del señor Havelotte, tengo miedo de las gentes del *Depósito Central*, tengo miedo de todo el mundo, y cuando estoy en compañía de alguien, tiemblo de pensar que se aburra conmigo y que, por mi causa, juzgue la vida desagradable. Porque soy responsable, ¿comprendéis? Y volviéndose hacia mí ese alguien podría decirme: «¡Es culpa tuya, Teodoro!». Y ¡paf! abofetearme. Hay que temer eso siempre con las gentes. Por eso les hablo con ese tono precipitado y con toda deferencia. Y cuando puedo, les invito al ajeno, a un vaso de vino blanco, a todo cuanto quieren. Ahora, que no siempre llevo dinero. A partir del 25, no puedo ni siquiera tomar el ómnibus, voy a pie. Y si pidiera un anticipo en la caja, mi tío lo sabría. Y entonces... ¡No me atrevo a pensar lo que podría ocurrir!

Oí, entre las ramas, la risa de mis primas y abrí los ojos. Mi lámpara estaba encendida. Adelaida, sentada a los pies de mi cama, reía hasta sofocarse. Clemencia, en pie junto a ella, reía también, pero con más comedimiento.

—Teo —me dijo Adelaida—, tienes un sueño muy agitado.

—¿Qué hacéis aquí? —murmuré frotándome los ojos e incorporándome.

—Hemos querido sorprenderte —respondió Adelaida—. ¡Hace tanto tiempo que no habíamos venido a verte! Esta noche, me entraron ganas de

hacerlo. No podía dormir, me había refugiado en el cuarto de Clemencia y hemos charlado como unas locas. Ella no quería venir, pero la he reñido.

—Debe ser muy tarde —dije entonces.

—Cerca de la una.

—He vuelto a eso de las doce, y acababa sin duda de dormirme...

—Vuelves todas las noches a deshora: debes caerte de sueño. ¿Dónde estabas? ¿En brazos de tus queridas? ¿No es así como se llaman, Clemencia?

—¡Oh! —dijo Clemencia, sofocada.

—Clemencia —pedí—, siéntate aquí, junto a Adelaida. No es correcto que una muchacha esté sentada sola sobre la cama de un joven. Pero si está en compañía de su hermana mayor, no hay nada que decir.

Clemencia se sentó al borde de la cama, al lado de su hermana. Junté sus manos en la mía y les dije:

—Estaba soñando con vosotras, y hete aquí que habéis salido de mi sueño para entrar sencillamente en mi cuarto y venir cerca de mí. Decidme, ¿os acordaréis de todo esto cuando estéis casadas? Porque algún día seréis dos señoras casadas, las esposas de los dos Gallos.

—A menos que... —murmuró Adelaida.

—A menos que no me case con las dos.

—Y de casarte con una, ¿a cuál preferirías? —preguntó Adelaida.

—¡Ah! —dije, fingiendo espanto—. ¡No me plantees un problema tan trágico! ¡Cómo solucionarlo! Me gustaría teneros por esposas alternativamente, seis meses una y seis la otra.

—Teo —dijo Adelaida con una seriedad repentina—, debías casarte con Clemencia. Así, llegarías a ser más adelante el dueño de la fábrica y no tendrías ya preocupaciones.

—¡Decididamente estás loca! —gritó Clemencia, con las aletas de la nariz palpitantes—. ¿Por qué te metes en lo que no te importa? ¿Por qué hablar de esas cosas?

—No quiero —replicó Adelaida— que Teodoro cuente que es un simple empleado de papá. Si la fábrica debe corresponder a alguien, es a él precisamente y no a Bernardo.

La interrumpí para declarar que nunca sabría yo, solo, hacer que marchase la fábrica.

—La llevaría en derechura a la quiebra. Y no lo dudéis: ya sé cómo ocurre eso, he dado pruebas de ello.

Me eché a reír. Adelaida protestó:

—¡No es verdad! Entiendes de negocios, tan bien como otro. Y además, harías esfuerzos, y eso es todo, serías menos holgazán, pondrías más atención. Dejarías a un lado la poesía. ¿Crees que Bernardo vale más que tú?

—Bernardo y Horacio son seguramente personas serias.

—Alicia Dupin dice que te prefiere a ellos.

—Es muy amable. Todas vuestras amigas son, por lo demás, encantadoras y vosotras dos, más encantadoras aún.

—Sí, pero ¿por qué no piensas en tu porvenir? Clemencia y yo hablamos de eso a menudo. ¿Te ríes? ¿Por qué te ríes? Te aseguro que hablamos con frecuencia de ti, de tu porvenir, de tu situación. Escucha, Teo, voy a decirte una cosa: no eres bastante ambicioso.

—Teo —intervino Clemencia—, puesto que la conversación ha recaído en esto, te diré, yo también, lo que pienso. Crees que te detesto y es cierto que muchas veces he sentido en ti un enemigo...

Al decir esto, le apreté la mano y la aseguré con mi voz más suave que se equivocaba. Hizo ella un gesto impaciente y prosiguió:

—Un enemigo, primo, sostengo lo que digo. Y, sin embargo, te juro que deseo tu felicidad. Es un sentimiento que tú no puedes comprender, porque es un sentimiento cristiano, y tú eres un impío. ¡No importa! Sé que soy sincera cuando rezo por ti. Pero el cielo te ayudará si te ayudas un poco a ti mismo; y no parece pensar nada en ello. Y esto me irrita. ¿Qué piensas entonces? ¡Oh, Teo, quisiera verte enérgico y activo! Y entérate de esto: si mi hermana y yo, amamos a Horacio y a Bernardo —porque les amamos—, si estamos orgullosas de llegar a ser algún día las esposas de estos dos perfectos caballeros, es porque se muestran preocupados del porvenir que nos harán compartir. Es preciso que un hombre tenga ambición. La ambición es una virtud que...

—¡Qué bien hablas, Clemencia! —suspiré—. Y cómo me encanta ver el interés que demuestras por mi situación, y saber además que Horacio y Bernardo son unos caballeros y tienen la suerte de ser amados. ¿Y a mí no me amáis un poco?

—Puesto que deseo tu felicidad...

—Pero tú amas a Bernardo y Adelaida ama a Horacio. ¡Ah! ¿qué significado yo en todo esto?

—Eres nuestro Teo —susurró Adelaida, como si hablase a su muñeca—. Nuestro querido y gracioso Teo...

—¿Nada más que eso? —Y añadí—: ¿Qué dirían Horacio y Bernardo si supieran que venís a sorprenderme de noche, en mi sueño?

—¡No hay ningún mal en ello! —exclamaron a coro.

—Ellos lo encontrarían mal. ¡Yo también veo un mal en esto, a Dios gracias!

—¿Cómo? —dijo Adelaida.

Repetí:

—Veo un mal en esto. Está muy mal, lo que hacéis aquí, señoritas. ¿Se lo habéis contado a vuestro confesor?

—¡Nunca! —exclamó Adelaida—. Es una cosa que no le incumbe.

—¿Opinas tú lo mismo, Clemencia?

Y como no respondiera, insistí:

—Respóndeme, prima, mi querida prima. Responde, Clemencia. No te sonrojes, no pellizques tu nariz, mírame de frente, Clemencia...

—¡Oh! —exclamó ella—. ¡Me haces daño en los dedos!

Entonces estallé en risa, en una risa tal, tan sonora y tan fuerte, que mis primas se quedaron aterradas. Y es que realmente sentía yo deseos de reír. Era feliz, no hubiera sabido decir precisamente por qué, pero era feliz. Los ojos de Adelaida me parecían los más bellos del mundo, y era feliz de poseerlos en la semiobscuridad de mi cuarto. Feliz también de ver, como frutos al alcance de mi mano, las mejillas de Clemencia bajo su ligero velo de pecas. Y más allá de tanta felicidad, presentía otras más grandes aún y más nuevas. Reía sin poder contenerme. ¿Cómo iban a comprender las dos pobres criaturas mi alegría cuando no la comprendía yo mismo, pues me superaba, me sacudía como una paja en los remolinos de su irresistible borrasca? Adelaida, cohibida, murmuró:

—¿Qué te pasa?

—¡Es más fuerte que yo! —exclamé—. Sí, comprended bien lo que digo: ¡es más fuerte que yo! No tengáis miedo —añadí llevando sus manos a mis labios—, sois dos adorables criaturas, y con este título vais a iros a acostar. Yo seguiré soñando con vosotras. Estaréis todavía aquí, presentes, estaréis en lo sucesivo aquí, siempre. ¡Ah, qué bonitas sois las dos! Ya os lo han dicho, y os lo volverán a decir. Vamos, vamos, además de Horacio y de Bernardo, otros os lo dirán. No pongáis ojos de asombro y recordad lo que os digo. No puedo casarme con vosotras; no se puede uno casar con dos primas a la vez. Pero cuando estéis casadas, cuando los dos señores Gallos sean dueños de vuestras preciosas personitas, entonces recordad lo que os he dicho esta noche.

—¡Teo! —gritó Adelaida con lágrimas en la voz—. Cuando estemos casadas no querrás ya vernos.



—Otros os verán —respondí—. E incluso quizá... ¡Pero esto es tan raro! No a todas las está concedido.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Id a dormir.

Las atraje hacia mí, ellas se inclinaron, las besé a una tras otra, a una junto a otra. Se volvieron a encontrar en pie cerca de mi cama, y una vez más, torpemente y como si no pudieran abandonarme, se inclinaron sobre mí.

—¡Qué tarde debe ser! —murmuró Clemencia abriendo la puerta.

Y desaparecieron.

No sé si recordaron los consejos que me dieron aquella noche cuando otra de enero de 1870, sobrevino un acontecimiento, que parecía proporcionarme la ocasión de seguirlas. En la comida, me pareció que tanto mi tío como mi tía mostraban una actitud muy importante. Sin duda, para disimular, mi tía empezó por contar el reciente alumbramiento de una joven amiga suya. Los partos que se verificaban a su alrededor constituían uno de sus temas favoritos. Hasta el Imperio liberal, se habría guardado de hacer aquellos relatos en presencia de sus hijas. Pero ahora ya no se reprimía. En cuanto a mí no me he enterado nunca de tantos detalles sobre las diversas maneras con que se puede dar a luz como de labios de mi tía Valeria. Se extendía sobre ellos con una complacencia y una volubilidad infinitas. Parecía como si en su familia y en quienes la rodeaban se pasasen el tiempo dando a luz, o que ella sólo viese partos en el mundo y no pudiera pensar en otra cosa. Creía yo asistir a la evolución del pensamiento de una vaca.

Pero aquella noche el discurso sobre obstetricia no marchaba a buen paso. Se notaba que no surgía allí más que para disimular unas preocupaciones más imprevistas. Finalmente mi tía me dijo:

—He tenido esta tarde la visita de la señora Havelotte. Me ha hablado de ti.

Mis primas se sonrojaron hasta la raíz del pelo, y yo me quedé un poco desconcertado.

—Parece tenerte en gran estima —prosiguió mi tía.

¿Qué significaba todo aquello? Terminada la comida, mi tía y mis primas se dirigieron hacia el salón. Iba yo a seguirlas, cuando Joséphin me detuvo.

—Quedémonos aquí —me dijo—. Tengo que hablarte. Ya quitará usted la mesa dentro de un rato —ordenó a la sirvienta—. Que nos dejen solos.

Nos sentamos en una esquina de la mesa y él comenzó así:

—Sí, Teodoro, tu tía ha recibido la visita de la señora Havelotte. Su marido busca un secretario, y ella ha pensado en ti. Esto es muy amable por

parte de esas personas que te demuestran, sin duda, mucha amistad y no desean más que complacerme. La señora Havelotte ha venido, pues, de parte de su marido, a saber si tú aceptarías. Tu tía y yo no queremos más que verte hacer una carrera brillante, pero eres tú quien decidirá. Vas a abandonar el mundo de los negocios y de la industria, para entrar en esferas más brillantes sin duda, pero donde el menor paso es más inseguro. Si tu padre estuviese aquí, no dejaría de empujarte hacia esos caminos caprichosos y sembrados de obstáculos... Me parece oírle. Yo que soy un hombre razonable te digo: reflexiona. Queda entendido que seguirías viviendo con nosotros. Tendrías aquí siempre alojamiento, comida, carbón y petróleo, y el señor Havelotte te ofrece doscientos francos mensuales. No perderías con el cambio. E incluso, para ayudarte, accedo a reducir a cincuenta francos la suma mensual que te retengo para liquidar tu deuda conmigo y que, una vez saldada, se transformaría en pago de tu pensión en nuestra casa. Pensión módica como ves. Pero mi experiencia me dice que tendrás necesidad, en tu nueva existencia, de hacer un poco más de gastos que actualmente. El mundo de la política tiene exigencias que no requiere el de los negocios, ya lo sé, y estoy de acuerdo contigo en esto. Tendrás que vestirte. (Y al decirlo dirigió una mirada a mi pantalón, lustroso en las rodillas, a mi chaqueta, cuyas mangas empezaban a deshilacliarse). Vas a acercarte a ministros, a personas de la alta sociedad. Tan sólo, permitirás que te dé algunos consejos. Pues, por zafio que sea yo a tus ojos, sí, sí, no protestes, sé lo que tu padre pensaba de mí y tú debes forzosamente pensar lo mismo, aunque sea yo el zafio que haya, si no hecho fortuna, al menos creado una buena pequeña fábrica que... En fin, es mi deber darte unos consejos y allá tú si no los sigues. Todo esto, claro es, suponiendo que aceptes la proposición que te hacen. ¡Porque si prefieres seguir en los barnices, yo encantado! Pero en el caso de que aceptases, te aconsejo, lo primero, que te muestres respetuoso con el señor y la señora Havelotte...

—Esté usted tranquilo.

—Déjame seguir... Que te muestres respetuoso con el señor y la señora Havelotte, y discreto ¿me oyes?, discreto. Que no contradigas sus opiniones, que son respetables y valen tanto como las que tú puedas tener. Abre bien los oídos, aprovecha lo que oigas y guarda las críticas para ti. Vas a encontrarte en una posición honorable, y es preciso que te comportes honorablemente. Por mi parte, me satisfará bastante no verte ya codearte con la chusma, como haces ahora en tus recorridos por el barrio. Entre tu familia y las gentes con quienes entrarás en contacto en casa de los Havelotte, no dejarás de adquirir

buenas maneras. Naturalmente, tendrás que cesar de hacer el papel de hombre descreído: oirás misa.

—¡Que no quede por eso!

—¡Ah! ¿Que no quede por eso? Entonces ¿por qué no has ido nunca, ni una sola vez, desde que estás aquí? Sabías, sin embargo, la pena que eso podía causar a tu tía y a tus primas. Y ahora que te aconsejo que vayas a misa, me respondes: ¡que no quede por eso!

—Bueno, ¿no le agrada lo que he dicho? Me pide usted que vaya a misa. Y yo le contesto que no dejaré de hacerlo. Se lo contesto sin protesta, sin vacilación ¿y no le agrada a usted?

—¿No tienes entonces convicciones? —dijo mi tío con un gesto de desprecio inimitable.

—Señáleme usted cincuenta mil libras de renta y las tendré, ya lo verá —respondí, pensando en mi amigo Julio de Renaud que hacía tantos esfuerzos por tener una convicción. ¡Ya lo creo! —pensé— él puede ofrecerse unas convicciones, muy frescas, muy nuevas, para adornar su bella alma. ¡Porque él tiene un alma! Y vi a Julio de Renaud, irguiendo el cuello, agitando su hermosa cabeza rizosa, ¡dispuesto a hacerse matar por convicción! ¡Por su bella alma!

Ante mi respuesta, Joséphin se quedó un poco pasmado; luego, sonrió, tomándola por la respuesta de un libertino. Su sonrisa se hizo cada vez más maliciosa. Me contempló, moviendo la cabeza:

—¡Hum! —exclamó—. Eres realmente el hijo de tu padre, pero con más listeza. Si él se hubiese atrevido, sí, si se hubiese atrevido en vez de quedarse allí soñando, despierto, puede que... ¡Ah, no era tonto el muy animal! En Charlemagne, era a menudo el primero. Pero la pereza, la indolencia... Vamos, tú irás más lejos. Lo veo desde ahora. Tengo bastante experiencia y conozco lo suficiente el mundo para prever cómo ocurrirán las cosas... Vivimos en un siglo singular... Es una lástima —prosiguió en tono terminante interrumpiendo su ensueño— que te hayas pasado todo este tiempo iniciándote en el asunto de los barnices. Son conocimientos que ya no te servirán.

—Nunca se pierde nada —respondí.

Aprobó de nuevo una frase tan aguda, que le consolaba de aquella inversión a fondo perdido y le aseguraba que yo volvería a encontrar otra, en alguna forma de beneficio. Según él, yo no me había situado en modo alguno bajo aquel ángulo comercial. No había pensado más que en mi vida y en sus

sorpresas de las que empezaba a enamorarme con pasión. Estuve a punto de aclarar aquel equívoco, diciendo:

—No, tío, nada se pierde nunca. Ni nada se gana nunca.

Pero él no hubiera comprendido. No podía imaginar una pérdida que no estuviera equilibrada por una ganancia. Y que la vida fuese una partida en blanco, jugada únicamente por amor; no hubiera yo podido explicarle esto. Me habría tomado por loco. Y no gusta tomar a los hombres por locos. Es una eventualidad a la que uno se niega. Mucho más tranquilizador es tomarlos por pillos. En aquel momento mi tío me tomaba por un pillo y de pronto me engrandecía en su estimación.

—¡Ja! ¡ja! —lanzó—. Llegarás lejos. —Se retorció el bigote, me dirigió una ojeada, me dio con el codo y con el aire más satánico que pudo simular, me dijo: —¿Entonces, aceptas? Sí, en tu lugar yo haría lo mismo... Eres joven... Se ocuparán de ti... Las mujeres... Yo me entiendo. Pero sé prudente, hijo. No vayas a hacer la corte a la señora Havelotte. ¡Es muy bonita, la bribona!

Y empujándome hacia el salón donde las tres mujeres me acogieron con ojos brillantes de curiosidad, gritó:

—¡Os presento a un futuro Consejero de Estado!

La señora Quiche había puesto a sus hijas al corriente. Sentíanse ya orgullosas de mí. Los dos Gallos estaban eclipsados. ¡Con qué gestos de ternura y de admiración, con qué lindas miradas, Adelaida y Clemencia se sentaron frente a mí, ante la mesa de juego y se pusieron a ordenar sus fichas del dominó! Joséphin, con su mano izquierda sobre la cadera y acariciando con la otra su bigote y su perilla, nos dominaba con su estatura, como un general que sigue desde lejos las operaciones en el campo de batalla. Al colocar una ficha, mi mano rozaba furtivamente las de mis primas. Me sonreían. Nuestras piernas se buscaban por debajo de la mesa, nuestras rodillas se acercaban: era al principio una vaga caricia, un estremecimiento envolvente, y luego unas presiones repentinas en las que nuestra pasión se entregaba por entero como si se hubiese concentrado con toda su elocuencia y toda su juventud en aquel punto de nuestros cuerpos, en la tela de los vestidos de Adelaida o de Clemencia, tensa sobre la redondez de sus rodillas. Luego, una ficha se posaba al extremo de la hilera, con un ruidito seco. Yo alzaba los ojos. Sonreía ante las caras de mis amiguitas, la de Adelaida picaresca, la otra atenta. Fruncía yo los labios como para un beso y les dirigía aquella seña imperceptible ante las narices de su padre, plantado en su puesto de observación estratégica. Eran unas niñerías. Pero ¿qué más infantil que el

género de placer que se capta junto a las mujeres? Fue también una mueca de niña, espontánea y audaz la que me hizo a la mañana siguiente Noemí Havelotte cuando me presenté en su piso de la calle de Rivoli; me pasaron al salón y vi, en la puerta entornada, aparecer la cabeza de mi amante, toda cubierta de ricitos. Me sacó la lengua, yo me levanté y me precipité hacia ella. La cabeza desapareció. Cinco minutos después, el señor Havelotte hacía su entrada. Así me presenté en casa de aquel hombre importante, acompañado de un tropel de imágenes impertinentes y solapadas, como un mal alumno enviado a casa de su director y que, en la escalera directoral, lleva todavía a su zaga las risas alentadoras de sus cómplices.

—Venga a mi despacho —me dijo el señor Havelotte, tendiéndome la mano, mientras yo le daba los buenos días.

Me volvió la espalda y le seguí. Cruzamos varias habitaciones y llegamos a una amplia biblioteca, en el centro de la cual había una mesa Imperio de esquinas doradas, cubierta de papeles y de diarios. El señor Havelotte se sentó en su sillón, me señaló con la barbilla una silla al otro lado de la mesa y me dijo:

—Me fijé en usted en casa de mis amigos Quiche. Pertenece usted a una familia honorable, posee seguramente dotes y mi mujer le aprecia. Busco desde hace tiempo un colaborador a quien pudiera poner al corriente de mis negocios y en quien tuviera plena confianza. Su tío le habrá indicado mis condiciones. No trataremos ya de eso. Como usted sabe, tengo una fábrica de cartonajes y soy miembro de varios consejos de administración. Poseo también algunos inmuebles en París. Todo esto me obliga a gestiones y a correspondencias sin nombre para las cuales puede usted serme de gran ayuda. No conoce usted el derecho pero sí el comercio y tiene, según parece, cierto talento literario. Debe usted por tanto redactar con elegancia y claridad. Quiero también que me ayude usted en mi carrera política, sobre todo después de las reformas que el Emperador ha creído que debía introducir en nuestro sistema gubernamental. Hay que estar en contacto con los electores, responder a sus peticiones, concederles audiencias. Son unos cambios que estimo lamentables, pero, en fin, tenemos que acatarlos.

Durante todo el tiempo tenía su mirada fija en mí y viendo que yo le escuchaba con interés, sus miradas se hicieron benévolas. Cogió una plegadera de bronce de su mesa y se puso a jugar con ella, mientras continuaba su arenga. Hablaba con facilidad. Yo admiraba sus labios enérgicos, sus dientes muy blancos, su ancha frente y la majestad de sus patillas que enmarcaban su rostro.

—Quiero ser franco con usted —me dijo—. Por eso estará usted pronto al corriente de todas mis opiniones. No hago de ellas ningún misterio ni las oculto a nadie. Pues bien, no estoy contento. No estoy contento y muy pronto será toda Francia la que mostrará también su descontento. Ahora bien ¿cómo va a mostrarlo? En este momento el país vacila. Doctrinas peligrosas la acucian por todas partes. El día en que su descontento estalle, será demasiado tarde: en vez de serenarse, habrá caído en los medios extremos. Como usted ve, hijo mío, es difícil contener largo tiempo su descontento y mantener a la vez pensamientos elevados. Porque esto es lo que importa: pensar con elevación. Sí, pensar con elevación, guardar el respeto a la propiedad, a la herencia, a la autoridad paterna, a todo lo que es noble y grande. Y seguir manteniendo ese cuidado benévolo y fiel que nosotros, los hombres de bien, aún apartados de toda creencia, debemos mostrar por los intereses de la religión. Ciertamente, la inercia no es cosa que me concierne, no soy adversario de las reformas, pero no quiero que éstas me arrastren a la demagogia y a esos torbellinos formados a la vez por la acritud, la ambición y la popularidad, y en los que la cabeza más sólida se expone a perder su propia dirección. Por eso desapruero las últimas reformas del Emperador, pero esa desaprobación no me llevará a pactar con sus adversarios... A mí nada me hace perder la cabeza y presumo de conservar siempre mi juicio, ya sea aceptando el participar en cierto movimiento, o bien deseando ver que se aminora. El Emperador puede equivocarse: yo conservo mi fe en él porque sigue siendo para mí la suprema garantía de esa elevación de pensamiento que quiero mantener siempre en mí y que es mi honor. El Emperador representa el orden. Esto debe bastarme y no quiero pedirle otras cuentas. Pero, sépalo usted, hijo mío: esto es por mi parte una actitud estoica y a la cual quiero obligarme. Porque, vea usted, en el fondo de mí mismo, sí, cuando me adentro en el fondo de mí mismo, descubro una gran verdad que quiero confiar a usted. ¿Me sigue? Sí, veo lealtad en sus ojos: me sigue usted y me comprende. Pues bien, sépalo, en el fondo de mí mismo no soy bonapartista. Francia... Voy a decirle lo que es. Ella no lo sabe sino de una manera muy oscura. Y, sin embargo, todas sus aspiraciones profundas van en el sentido que quiero decir. Francia es orleanista. Lo ha sido, y cuando ha sabido que lo era, ha lanzado un suspiro de satisfacción. Volverá a serlo. Sí, volverá a serlo. Ahora, ha olvidado, intenta aturdirse, pero la dirección misma de su historia, su vida económica y social, su genio, todo la impulsa al justo medio y a la mejor de las repúblicas. Si le hablo así es por un sentimiento profundo y no porque mi familia deba mucho a la dinastía. Verdad es que no podría olvidar

que mi padre fue uno de sus sostenes, y que, desde el día siguiente de las Tres Gloriosas, Luis-Felipe le nombraba para el Consejo de Estado, en la misma promoción que los señores Thiers y Duchâtel. No he seguido su carrera, pues la señora Havelotte me ha aportado en dote importantes negocios comerciales, entre otros el de los cartonajes, y he tenido que dedicarles todos mis trabajos. Luego, vino el gobierno imperial, que ha tenido ciertas amabilidades conmigo, y me he dejado llevar poco a poco hacia la política. Se lo repito: la situación es tan grave que sería criminal por mi parte no mantenerme como el más fiel servidor de Su Majestad. Y ahora que mis negocios, gracias a la prosperidad con que el régimen ha beneficiado hasta el presente a la nación, son relativamente buenos, quiero consagrarme más enteramente que nunca a mis deberes cívicos. Además, hacia ese lado me ha impulsado siempre mi vocación y los negocios no han sido nunca para mí más que un remedio para salir del paso. Los he considerado siempre desde arriba, y en virtud de los asuntos generales, como una parte de la marcha del bien público. Va usted, pues, amigo mío, a ayudarme en las tareas que me impone mi posición, a aligerarme, a cuidar en diversos puntos de mis múltiples ocupaciones, a convertirse en cierto modo en el suplemento de mis manos y de mis ojos.

Se levantó y, con su plegadera en la mano, se puso a pasear de un lado para otro.

—Le abro a usted mi corazón —prosiguió—. Soy por naturaleza orleanista, verdaderamente orleanista, y hay muchas gentes que presumen de tales y que lo son menos que yo; y sólo procuran pescar en río revuelto. El señor Thiers, que fue colega de mi padre y hoy lo es mío en el Cuerpo legislativo, es sin duda un hombre hábil, pero ¿adónde quiere llevarnos con lo que él llama pomposamente las libertades necesarias? Ahora, ya están esas gentes en el poder. ¿Es una maniobra del Emperador, o bien éste se halla sinceramente dispuesto a dejarse manejar? Admito que hay mucho que criticar en su política exterior. Las guerras nos arruinan, esto es evidente. Y, sin embargo, si el país no tuviera que nutrirse de gloria, se agitaría. Con ello, se plantean para mí muchos problemas de conciencia. Hay otra cosa que me enoja en este régimen: su alegría. ¿Se sorprende usted? Quizá no haya que hablar así a un joven, pero yo también he sido joven, y alegre, sí, yo era alegre ¡pardiez! Pero nunca hasta el punto de que mi alegría pueda hacerme sonrojar hoy. Sígame usted bien: el reinado de Luis-Felipe era alegre, pero con una alegría bonachona y que expresaba una auténtica actividad. Mi padre era realmente un hombre de aquel tiempo: de esto ya le hablaré algún día, y ello le hará comprender un poco mejor los principios que le expongo aquí

*grosso modo*, pero de los cuales, tranquilícese, volveremos a ocuparnos más de una vez. Así, pues, se lo confieso, temo la alegría actual. Suena a hueco. El agio y la especulación pueden ser buenas cosas que ayudan en los negocios, pero ofrecen también grandes peligros. Hablo como negociante, me dirá usted, y no como financiero. Sea. Pero Francia necesita valores seguros y su riqueza debe estar bien cimentada. Hay demasiados riesgos en este momento, demasiados riesgos aceptados en forma ligera. Se derrocha demasiado ingenio. Se reciben demasiados extranjeros. Todo ello no está en nuestro carácter y se adapta mal a nosotros. Ya sé que a ese precio ha alcanzado París su rango de «ciudad-luz» y de capital del mundo civilizado. Sé lo que tanto gusta decir: que la brillantez nos sienta bien, y la coquetería, y hasta un poco de ese espíritu frondista que hizo la gloria de nuestros antepasados. Pero sé también que somos un pueblo serio, reflexivo, enamorado de los pensamientos elevados, y que hay entre nosotros muchas buenas gentes que están hartas de permanecer sobre un volcán. El Emperador ¿sabe todo esto? ¿Qué piensa de ello? Me lo pregunto en vano. ¿Qué quiere? No comprendo a este hombre. En el fondo, y esto es lo que me mantiene alejado de él, pese a todo mi ardor en servirle, en el fondo, sigue siendo un «carbonario». Esto no me agrada. No me gustan las sociedades secretas, las reuniones nocturnas. Todo lo que se esconde así no puede realizar más que mala faena. Mi vida se ha desplegado a la luz del día y no concibo que se pueda vivir de otra manera. Venga usted aquí —dijo entonces llamándome ante una de las ventanas cuyas cortinas descorrió—. Ese es el decorado en el cual va usted a trabajar. ¿Hay bastante luz? ¿Qué le parece? Esta calle de Rivoli, toda recta, es el símbolo de mi carrera. Enfrente, el Louvre, las Tullerías: los tengo siempre ante los ojos, como buen servidor de la nación.

Se quedó ensoñando, con su hermosa frente apoyada en el cristal; luego, volviéndose hacia mí:

—Disculpe que me haya dejado llevar por mi fogosidad. Soy ante todo orador: no hay nada que pueda evitarlo. ¿Conoce usted el adagio latino? Pues bien, es inexacto: no se hace uno orador, se nace orador. Berryer me lo dijo un día: «Es usted un orador nato». Siéntese aquí, vamos a trabajar. Todas las mañanas recorrerá usted los diarios y se servirá hacerme un resumen; luego, abrirá usted mi correspondencia. Le dictaré algunas cartas y le daré indicaciones para las otras. Después iremos a terminar la mañana en mi fábrica del Marais. Por la tarde ya veré en qué ocuparle. Clasificará mis papeles, y le encargaré de algunas misiones. ¿Sabe usted contabilidad?



Tendrá usted que meter la nariz en mis cuentas. Me deben dinero por varios lados, que quisiera recuperar.

En aquel momento llamaron en la puerta. La señora Havelotte apareció, con una bata de mañana.

—¡Oh, perdón! —dijo en tono contrito—. ¿Estabas trabajando?... Os interrumpo. ¡Buenos días, señor Quiche!

Hice una profunda reverencia.

—Amigo mío —dijo ella acercándose a su marido—, quisiera simplemente pedirte el *Fígaro*, si no lo necesitas.

Se puso a mover los papeles sobre la mesa, encontró por fin el *Fígaro*, pasó junto a mí:

—Hasta la vista, señor Quiche —dijo apretándome la mano—. Espero que se entenderá usted bien con mi marido y que quedarán contentos el uno del otro. ¡Hasta la vista, tú! —añadió, rozándose contra el señor Havelotte y tirándole de una de sus patillas. Luego salió dejando una estela de perfume.

## VI

PESE AL CONSEJO DE IOSÉPHIN, mi nueva vida no me impidió seguir frecuentando a mis amigos del barrio Antoine. Si mi nuevo jefe me dejaba durante el día un momento libre —y mi amante, su esposa, no había podido concertar una cita para aquel momento— acudía yo a casa de Siffrelin. Los aprendices cantaban en el taller. María Rosa y Fernanda interrumpían su labor de bonetería. La jorobadita surgía de debajo de la mesa. Invariablemente chocaba contra ella y prorrumplía en llanto. Entonces cogía yo sobre mis rodillas su cuerpecillo deforme y en vez de consolarla la decía:

—¡Anda, llora!... Puedes llorar... No sabes aún por qué lloras, pero algún día lo sabrás. Cada vez que llores será por una doble razón: primera porque te hayas dado un coscorrón o porque hayan sido malos contigo, y luego por otra cosa. Sí, todo te proporcionará ocasión de llorar por esta otra cosa. ¡Vamos, llora, llora!

Me miraba a través de sus lágrimas, sin comprender lo que la decía. Y bruscamente, cesaba de llorar y me pedía un cuento. Así proceden los niños; esta viveza de sentimientos es la que muestran en todo momento. Pero me parecía que ella no tenía derecho a mostrarse, como todos los niños, olvidadiza y agitada.

Un domingo llevé de paseo a María Rosa. Era la primera vez que salía con ella desde que había yo entrado al servicio de Havelotte. «¡Con tal de que no nos encuentre!», pensé. Pero, como por un reto, quise ir a los bulevares. Lucía ella su chal de indiana y una chaqueta de paño grueso color crema. Yo, siguiendo el consejo de mi tío, empecé a cuidar mi vestimenta, y mi redingote era obra de un buen cortador. Llevaba un pantalón a cuadros, zapatos de charol, y un sombrero blando. ¿Qué podían pensar de nosotros? ¿Que yo era un estudiante, un hijo de familia, que había seducido a una obrera? Sí, era eso, sin duda, lo que debían pensar de nosotros. María Rosa lo sospechó, porque me dijo:

—¿Por qué ha querido usted venir aquí? ¿No hubiéramos podido ir hasta una de las puertas y subir hacia Ménilmontant y Bagnolet? No me gusta ir con usted por aquí.

—¿Qué idea más chusca, María Rosa! ¿No quiere que entremos en uno de estos cafés? ¿No? ¿Prefiere usted entonces que bajemos hacia el Sena?

Al cabo de un instante de silencio, la cogí del brazo y le pregunté:

—¿Qué piensa usted de mí, María Rosa?

Volvió hacia mí sus bellos ojos negros, su rostro regular, sus labios carnosos y un poco tristes, y con su voz de timbre velado, me interrogó a su vez:

—Y usted, Teodoro, ¿qué piensa de mí?

Y proseguí:

—¿Es cierto lo que ha contado usted a mi padre el otro día, de que había dejado el comercio para entrar a las órdenes de ese buen hombre? ¡Bah! Es tonto que le pregunte esto. ¿Por qué no iba a ser cierto? Si me cuesta trabajo creerlo, es porque tengo miedo...

—¿De qué tiene usted miedo, María Rosa?

—De que no sea usted ya el mismo.

Ahora me sentía muy a gusto con ella. Le hablaba como a las otras mujeres, formulando preguntas sencillas e insistentes, a fin de forzar en su retiro las palabras deliciosas que tanto me gustaba ver aparecer. Pero así como en las otras mujeres, en mis primas por ejemplo o en Noemí, la futilidad de aquellas palabras me parecía siempre un poco cómica —de una comicidad adorable eso sí— las respuestas de María Rosa no me hacían sonreír nunca y me dejaban por el contrario tímido y sorprendido. Aunque no me sintiera impulsado a tratarla como a las otras mujeres, con los mismos acercamientos y las mismas estratagemas y ese mismo aire de abandono y de solicitud, juntamente, ese mismo movimiento instintivo, irresistible y que me arrastraba a mí mismo a la vez que arrastraba a mi pareja, fuera la que fuese; sin embargo, no llegaba yo a considerar a María Rosa como a cualquier mujer. Seguía siendo para mí un poco extraña siempre. Lo que me enternecía en las otras mujeres, era una pequeña satisfacción presuntuosa y el comprobar que aquella satisfacción me rendía armas. En María Rosa, no veía el menor vestigio de semejante satisfacción. Tenía ella, sin embargo, orgullo. Yo notaba aquel orgullo; me inspiraba estimación. Pero nunca me pareció que María pudiera estar satisfecha de su belleza, de su encanto, de su inteligencia o de lo que fuese que hubiera en ella. Su orgullo no se aplicaba a nada en particular. Sabía yo solamente que ofender aquel orgullo no habría tenido perdón. Y yo no tenía el menor deseo de ofenderla. Por eso, cuando hablaba a María Rosa, lo hacía sin una excesiva dulzura, porque aquella dulzura hubiera sido también una ofensa. Había, en las otras mujeres, algo del animalito al

que se trata tan pronto con golosinas como a puntapiés. No había nada de un animalito en María Rosa. Y sin embargo, la idea de un animal no dejaba de mezclarse a nuestras relaciones y palpitaba, agazapada en el fondo de las tinieblas en que veía yo formarse nuestros amores futuros. Aunque, también, María Rosa me decía la mayoría de las veces palabras insignificantes, bastante parecidas a aquellas cuya necedad me encantaba en las otras mujeres. Pero, a pesar de todo, no era exactamente la misma cosa.

Nos alejamos del bulevar de los Italianos y bajamos hacia la calle de Rivoli y las Tullerías. Tranquilité a María Rosa, jurándola que yo no cambiaría nunca, aunque llegase a ministro.

—Para usted, María Rosa, seré siempre Teodoro. ¿Me cree?

—Quiero creerle.

—¿La interesa a usted que siga siendo el mismo?

—No me gustan los cambios.

—¿Qué es —dije como para mí mismo— ese Teodoro que no quisiera usted que cambiase nunca? ¡Ah! Me gustaría mucho conocerle.

Ella se echó a reír:

—Se lo enseñaré.

—¿Es éste? —reliqué mostrando mi imagen en la luna de un escaparate.

—Es éste y no lo es. Vámonos de aquí pronto.

Cruzamos las Tullerías y llegamos a los malecones. Estaban casi desiertos, nos encontrábamos al fin lejos de la multitud, y María Rosa respiró. Encendían las farolas. Íbamos a atravesar la calzada, a la altura del pabellón de Flora, cuando apareció un caballo al galope. Quise retener a María Rosa. Había resbalado y su cabeza chocó contra el bordillo de la acera. Oí los cascos del caballo, vi sus jarretes tensos, el jinete saltó al suelo. Era un joven oficial, con el portapliegos al costado. Su rostro, con un fino bigote, se inclinó cerca de mí encima de María Rosa, que yacía en tierra, con los ojos cerrados y la boca abierta. El centinela que hacía guardia a la entrada del pabellón se precipitó a su vez. Levantamos a María Rosa, cuyos brazos colgaron. Otro soldado acudió presuroso, recogió su chal y asió de la brida al caballo.

—Por aquí —dijo el joven oficial dirigiéndonos hacia la puerta del pabellón de Flora.

Entramos bajo la bóveda.

—¿Al cuerpo de guardia? —preguntó el centinela.

—No, a la izquierda —dijo el oficial.

Así hice mi entrada en las Tullerías, llevando a María Rosa en mis brazos. Se abrió una puerta acristalada. Una vaharada cálida me dio en la cara.

Atravesamos un vestíbulo enlosado, lleno de plantas verdes y donde hacía un calor de estufa. Luego nos encontramos en un saloncito amueblado con sillas de raso negro bordado con flores de seda, flores gruesas rojas y violetas. Creí que iban a colocar a María Rosa sobre una de las sillas y murmuré:

—Son demasiado endebles.

—¿Cómo? —me dijo el joven oficial volviendo hacia mí su rostro, su fino bigote negro y sus ojos claros. Sostenía a María Rosa del talle, por debajo de los brazos. El centinela la levantaba la cabeza. Yo sostenía las piernas.

—Sobre el canapé —dijo el oficial.

Vimos entonces un enorme canapé azul acolchado. Depositamos sobre él a María Rosa. El oficial tenía sangre en la manga. Dijo:

—¿Han avisado al mayor de guardia? ¿O al doctor Bénézit?

—Ha ido Chuquet, mi teniente —dijo el soldado que había recogido el chal y que entraba en aquel momento.

—Vayan a buscar agua —le ordenó el oficial.

El soldado volvió con un cubo de agua y toallas de tela gruesa, pero muy limpias, con una de las cuales se le hizo a María Rosa un primer vendaje en la nuca. Parecía haber recibido también un golpe con un casco del caballo en la pierna. El oficial le bajó la media. Hice un movimiento de retroceso, que podía ser un movimiento de deseo, no lo sé. Tenía una gran moradura azul sobre la rodilla. En aquel momento entró un hombrecillo, vestido con un redingote negro y un pantalón a cuadros.

—Un accidente, doctor —le dijo el oficial estrechándole la mano—. He derribado bajo mi caballo a esta joven, a esta señora joven —añadió mirándome—. Su cabeza ha chocado contra el bordillo de la acera. Tiene también esta herida. Vea usted.

María Rosa exhaló un gemido y abrió los ojos. Miró a su alrededor, me llamó, y luego, cuando el doctor la palpaba, lanzó un grito. Me incliné:

—¡Chist!... Valor, María Rosa...

Seguía ella mirando a su alrededor con espanto.

—¿Dónde vive esta linda persona? —preguntó el doctor mientras continuaba su reconocimiento.

—En el barrio Saint-Antoine —respondí.

—La voy a hacer dos buenos vendajes —dijo el doctor— y luego, cuando haya reposado un poco, podrá volver a su casa en una ambulancia. La herida de la nuca no es grave. En la rodilla, no veo más que un derrame sinovial. Tendrá usted que estar tumbada muy modosita. Pues bien —prosiguió dándole unos cachetitos en las mejillas de la herida— ¿qué, hemos perdido

nuestros colores? ¡Vamos! —Y volviéndose hacia el teniente—: Su víctima no se encuentra mal. Corro a mi gabinete a coger lo que necesito y vuelvo.

—Caballero —me dijo el teniente acercándose a mí— estoy desolado con lo ocurrido. A decir verdad, no creo que haya sido culpa de mi caballo. La señora ha resbalado e inmediatamente he refrenado mi caballo, como he podido. En todo caso, me pongo a su entera disposición para cuanto pueda ser útil a la curación de la señora. Si trabaja y la debo una indemnización estoy dispuesto a abonarla. El doctor Bénézit irá a verla todos los días, se lo garantizo.

Le di las gracias por sus ofrecimientos y, como María Rosa me llamaba, volví al canapé. María Rosa, lívida, con los labios exangües, me preguntó:

—¿Dónde estamos? ¿Qué ha sucedido? ¿Me he caído, verdad?

—No será nada, pero no debe usted hablar. ¡Chist!... Sí, estoy cerca de usted, no la dejo.

Quiso hacer un gesto y lanzó un gemido. Le acaricié la frente. Ella cerró los ojos. Los míos estaban fijos en el trozo de pierna blanca que aparecía por debajo del lienzo moreno con que habían envuelto la rodilla. Hubiera yo querido besar, cerca de su herida, aquella carne que adivinaba prieta y lozana. Pero volvió el doctor y me apartó. Me retiré junto al oficial.

—Permítame presentarme —me dijo éste—. Me llamo Máximo de Rieuse y soy ayudante de campo de la Emperatriz.

Saludé y me nombré a mi vez. En el momento de decir mi profesión vacilé y luego proferí muy de prisa:

—Secretario del señor Havelotte, del Cuerpo legislativo.

—¿Havelotte? —dijo él—. ¡Ah! creo que le conozco. ¿Un señor alto, verdad? ¿que frecuenta los círculos?... Buen orador...

Asentí sonriendo. Él sonrió a su vez.

—Buen orador, sí —continuó—. Y bastante...

—Y bastante tonto —terminé. Nos echamos a reír los dos. Luego me volví hacia María Rosa.

—¿Qué tal, María Rosa?

—Somos muy valientes —dijo el doctor—. No nos quejamos y sin embargo nos duele mucho. Vamos, no será nada. ¿Han pedido una ambulancia? Esta criatura va a permanecer aquí todavía tranquila una media hora, y luego podrá marcharse.

—Quisiera marcharme lo antes posible —murmuró María Rosa—. Podrían inquietarse en casa.

—Quisiera acompañarla —me dijo el teniente— pero me retiene el servicio. En todo caso, le ruego que me dé su dirección o la de la señora, e iré mañana a saber noticias tuyas.

Entraron al fin dos hombres con una camilla. Tendieron sobre ella a María Rosa y la llevé a su casa. El tío Siffrelin prorrumpió en invectivas contra los jenizaros de César. La jorobadita abrió mucho sus ojos y su mano no se soltó de la de su tía, mientras que con infinitas precauciones colocaron a ésta en su lecho. Me quedé allí toda la velada, cené con ellos y no me marché hasta pasada la medianoche. María Rosa se había adormecido. Pero tenía aún los rasgos tensos, y un pliegue marcaba la comisura de su boca.

Al día siguiente, hacia el comienzo de la tarde, pude quedarme libre. Salté en un «fiacre» y llegué a casa de los Siffrelin. El doctor Bénézit había estado por la mañana y encontrado las cosas en buen estado. Vi a María Rosa. Tenía mejor cara y me recibió con una bella sonrisa.

—¡Qué singular episodio! —me dijo—. ¡No sé ya cómo sucedió! Me veo todavía sobre aquel canapé, con toda aquella gente a mi alrededor... Era como un sueño.

Permanecí poco rato junto a ella a fin de no fatigarla y fui en busca de la familia al comedor. Estaba allí Fernanda, su marido, el carpintero de los aretes en las orejas, y Becker que, mal caldeado su cuarto del Barrio Latino, venía a instalarse todos los días en la cocina de los Siffrelin con sus libros, su pipa y sus salchichas. Hablábamos del accidente, cuando llamaron en la puerta. Apareció Máximo de Rieuse, con su quepis en la mano. Me levanté y fui hacia él.

—Discúlpeme —dijo el teniente—. Venía a saber noticias de la señorita Siffrelin.

—Aquí está su padre, mi teniente —dije señalando al viejo Siffrelin, que se levantó a su vez.

El teniente le miró con atención, luego inclinándose le tendió la mano.

—¿No nos hemos visto ya por casualidad? —murmuró el teniente.

—No creo, caballero —dijo el tío Siffrelin. Entonces el teniente se acercó muy cerca de él y le tocó en el hombro. Siffrelin se irguió con gesto de sorpresa. Cambiaron unas palabras en voz baja que no pude oír; y enseguida el tío Siffrelin se mostró solícito y casi respetuoso.

—¡Hagan sitio! —nos dijo—. ¡Hagan sitio al teniente! Siéntese, mi teniente. Está usted en su casa. ¡Fernanda, saca vasos!

—No puedo expresarle —dijo el militar sentándose entre Siffrelin y yo— cuánto deploro este accidente. ¿Cómo está la muchacha? Quiero que me

tranquilicen.

—Pues tranquilícese —le dijo Siffrelin—. Todo marcha bien.

—Bebo a su salud.

Bebimos. Cuando el teniente chocó su vaso con el de Becker, le preguntó:

—¿Es usted estudiante?

Becker se presentó.

—Yo también —dijo el teniente ruborizándose un poco—. Me gusta la filosofía. Pero apenas tengo tiempo. Tiene usted que enseñarme muchas cosas, si es que voy a tener el gusto de verle nuevamente...

Vaciló un instante y luego volvió a referirse a las heridas de María Rosa, a las circunstancias del accidente. Dieron las tres en el reloj de pared. Me levanté.

—Yo también debo irme —dijo levantándose a su vez—. Señor Siffrelin, ¿se puede ver a la joven enferma? Quisiera solamente darle las buenas tardes desde la puerta. ¿Es posible?

—Voy a llevarle —le dije.

Fui a llamar en la puerta de María Rosa y entramos.

—María Rosa —dije—, aquí está el teniente de Rieuse que viene a saludarla y a saber noticias de usted.

—Y a hacerse perdonar, señorita, el daño que le ha causado involuntariamente —terminó el teniente inclinándose.

María Rosa abrió los ojos, nos miró a los dos y balbució unas tímidas gracias. Me acerqué a ella.

—Va usted a descansar, María Rosa... —E inclinándome hacia ella, añadí—: Piense un poco en mí.

Sonrió, murmurando:

—¿Tiene empeño en ello?

—Muchísimo.

El teniente hizo ademán de retirarse. Besé furtivamente la frente de María Rosa y creí notar un temor en sus ojos. Hizo un gesto con la mano, como para rechazarme. Entonces, la dije:

—Hasta la vista, María Rosa.

—Hasta la vista, Teodoro. —Su voz había adquirido su inflexión más ronca, casi quebrada. Mi nombre acabó en un hálito.

—Hasta la vista, señorita —dijo el teniente al salir andando hacia atrás—. ¿Me permite que vuelva a verla?

—Sí, señor —dijo ella—. Gracias, gracias...



—Esta muchacha es muy bonita —me dijo el teniente, después de despedirnos de todos y estuvimos fuera—. Me da un gran alivio verla en mejor estado. ¿Adónde va usted, caballero? He venido en «fiacre» como un paisano. Y tendré que tomar otro para volver a las Tullerías.

—¿Querrá usted dejarme, de camino, en la calle de Rivoli?

Tomamos un «fiacre» en la Bastilla. Entre tanto el teniente me hizo algunas preguntas discretas sobre el tío Siffrelín y sobre el filósofo Becker. Noté que ardía en deseos de hablarme de María Rosa, y esperé.

—Son unas buenas gentes —le dije—. Hace mucho tiempo que los conozco. Los veía sobre todo cuando me dedicaba a los negocios.

—¿Tenía usted negocios?

—Los tenía con los ebanistas del barrio. Los conocía a todos.

—¡Qué interesante! —exclamó. E hizo más preguntas. Luego bruscamente—: Debo parecerle bastante grosero con mis preguntas. Discúlpeme, pero... Sí, permítame que se lo diga, me es usted simpático. ¿Somos de la misma edad, me parece? ¿Cuándo volverá usted a saber noticias de... esta muchacha?

—Mañana por la noche, después de cenar. Si viene usted también, quizá conozca allí a algunos otros amigos míos. Nos reunimos en una taberna de la vecindad.

—Iré —me dijo. Nos separamos con un fuerte apretón de manos y muchos cumplidos. Yo estaba encantado. Durante todo el día pensé en Máximo de Rieuse. Imaginé que se enamoraba de María Rosa y que éramos, él y yo, atrozmente desdichados. Y quizá María Rosa iba a amarle también. Pero ¿amaba yo a María Rosa?

A la noche siguiente cuando la vi acostada en su lecho, estaba todavía muy pálida bajo la luz del quinqué, colocado junto a ella, sobre la mesilla de noche. Miré a mi alrededor. Había, cerca de la ventana, delante de la máquina de coser, una gran silla de madera blanca y asiento de paja. La cogí y vine a sentarme a la cabecera de su cama.

—¡Me da tanta pena verla enferma, María Rosa! —la dije, muy bajo—. ¿Cómo se siente? ¿Ha venido hoy el doctor?

—Ha vuelto esta mañana. —Y añadió—: Con el teniente.

—¿Con el teniente? Me dijo que vendría esta noche. ¿Y ha entrado aquí?

—No, se ha quedado en el taller, hablando con papá.

—¡Hum! —murmuré—. He aquí un galán muy solícito.

—¿Le molesta a usted? —dijo ella con una coquetería que no le había visto nunca.

—María Rosa, se está burlando de mí. Está mal. ¿Por qué se burla usted de mí? ¿La divierte? —Y reanudé mi sistema de preguntas—: ¿La divierte que esté celoso del teniente?

—¿Con qué derecho iba usted a estar celoso, Teodoro?

—Después de todo, sería muy generoso por parte de usted enamorarse de un señor que ha estado a punto de matarla. Pero así son las mujeres. ¡Hay que atemorizarlas, que tirarlas por los suelos, que romperlas los huesos!

—No me ha contestado usted, Teodoro: ¿con qué derecho iba usted a estar celoso?

—¿Y si la amase, María Rosa, no tendría derecho a estar celoso?

—Si me amase, quizá. Pero...

Era aquella una de esas conversaciones ligeras, como había yo sostenido con otras mujeres. Da uno vueltas alrededor del fuego, sin quemarse. Yo, al menos, no me había quemado nunca. Pero, en el caso presente, pronunciaba todas aquellas naderías con el corazón palpitante. No sabía qué decir más que naderías, no sabía yo jugar más que aquel juego; pero todo aquello que, para mí, se había hecho mecánico, se aplicaba bruscamente a una situación nueva, agitada y que me dejaba secretamente confuso. Me levanté:

—No debe usted fatigarse, María Rosa. Descanse bien. Cierre los ojos, estire los brazos, así, así... ¿Puedo besarla en la frente... como ayer? ¡Chist! No diga nada.

Le besé la frente y me retiré como un ladrón. En la cocina, encontré al tío Siffrelín, a Becker y al teniente de Rieuse, vestido de paisano, y no menos apuesto con el redingote que con el dormán. Me chocaron ciertos detalles de su fisonomía que habían escapado hasta entonces a mi atención al distraerse ésta con el uniforme que tiende a reducir lo que es personal, a un tipo común. Observé el azul de sus ojos, impenetrable y acariciador, y bajo su bigote reciente, la boca finamente dibujada, pequeña, un poco zumbona, con el labio inferior ligeramente saliente: una boca hecha para articular las palabras con esa claridad excesiva y burlona que da tanto encanto al acento parisién y que se presta tan fácilmente a las comedias mundanas y a las imitaciones irónicas.

—¿Cómo está? —me preguntó solícito. Le tranquilicé con un gesto. Él añadió—: ¿Se puede verla?

Tuve la crueldad de retenerle por el brazo. María Rosa se sentía cansada e iba a dormirse.

—No insisto —dijo él—. Por lo demás he tenido ya buenas noticias esta tarde cuando he acompañado a Bénézit. Está encantado de su enferma.

—Fernanda y el montañés van a quedarse aquí, junto a ella —dijo Siffrelin—. Nosotros iremos a ver a los amigos. ¿De acuerdo?

Durante el trayecto, Máximo de Rieuse me cogió del brazo:

—¿Y su Havelotte? ¿Cómo está? He oído decir que tenía una mujer encantadora.

—Encantadora, sí.

—¡Diablo! —exclamó levantando el cuello de su gabán—. ¡Qué frío hace en el barrio de Saint-Antoine!

Llegamos a la taberna del tío Abril y pasamos a la trastienda. Julio de Renaud y Linden, el desterrado alemán, estaban ya allí, así como el carpintero de los aretes de oro.

—No tema nada —murmuró Siffrelin empujando al teniente delante de él—. Es de los nuestros.

Nos hicieron sitio en los bancos, alrededor de la mesa. El dueño, con su grueso brazo saliendo de la camisa arremangada, puso una botella en medio de nosotros y vasos. Becker encendió su pipa y cambió algunas palabras en alemán con Linden.

Examiné a éste. Tenía un rostro delgado, oval, la barbilla puntiaguda y un poco larga, unos ojos negros hermosos, una boca espiritual. Su corbata negra, de lazo hecho con descuido, hacía resaltar la palidez de su tez. A las últimas palabras dichas en alemán por Becker, se alzó de hombros y después de un *jach!*, murmuró en francés, en un francés excelente, pero sarcástico y recalcado:

—¿Sé, acaso, a fin de cuentas, lo que soy?

Luego apoyó la cabeza sobre su brazo acodado y se quedó inmóvil con una mueca hastiada. Después volvió lentamente los ojos hacia Máximo de Rieuse.

—Me ha parecido oír, cuando nos han presentado, que es usted oficial. ¿Es así, señor recién venido? Pues bien, prepárese a cortarse el cuello con mis queridos compatriotas. Si al menos mis compatriotas son realmente mis compatriotas, lo que me gustaría mucho saber...

Dijo otra cosa en alemán a Becker y soltó la carcajada. Máximo de Rieuse le miró fríamente y no respondió nada. Siffrelin se volvió hacia él:

—¿Se habla realmente de guerra, en donde usted está?

El teniente asintió con la cabeza.

—¿Y dónde no se habla de ello? —exclamó Linden—. ¡Sólo deseo que se hable de ello entre ustedes tanto como en Alemania! ¡Y que se hable en serio!

Sí, por una vez, procuren, pues, ponerse serios, ¡queridos franceses de mi corazón!

Y bebió un gran vaso de vino.

—¿Qué quiere usted decir? —le preguntó Julio de Renaud alzando la cabeza. Máximo la levantó también. Los dos miraban fijamente al alemán.

—Quiero decir —prosiguió éste— que si se entabla la guerra hay que hacerla a fondo y no como un desfile militar. Se lo advierto: en Alemania no se bromea.

—Es, ciertamente —dijo alguien—, un país de guerreros.

—Es un país de patriotas —respondió Linden.

—¡Bah! ¿Y nosotros —exclamó, con el puño en su barba— no somos patriotas?

—¿Ustedes? —dijo Linden echándose a reír—. Ustedes, los franceses, cuando hacen la guerra, quieren tener razón. Y eso no es patriotismo. A menos que no sean ustedes unos hipócritas, lo cual es muy posible. O unos engañados. Óiganme. No hay más que una manera de amar su país, y es la manera prusiana. Acabará por imponerse al mundo, si dejan ustedes que lo haga. Esto ha comenzado en tiempos de su Napoleón. Cuando yo era niño, todos los oídos resonaban aún con los discursos del Vater Jahn. He visto estudiantes quemar libros delante de su universidad. Y mañana, dejen el campo libre a Bismarck y ya verán. Sabrán ustedes lo que es amar su país, la única manera de amar su país, repito, a la manera prusiana. Y si quieren vivir, ustedes también, amarán Francia a la manera prusiana, sin intentar tener razón. No soñarán ya con difundir la libertad, la igualdad, la fraternidad por Europa, a bayonetazos. No harán ya el papel de campeones del principio de las nacionalidades. Harán ustedes la guerra por hacerla. Porque, puesto que son ustedes franceses, no deben admitir más franceses en el mundo y perseguir sólo un objetivo: el exterminio de los otros pueblos. He aquí el verdadero, el único patriotismo. Los alemanes no conocen otro. ¡Lo sé yo, que llevo todavía un jirón de Alemania en mí! Sí, porque a veces me invade de nuevo la fiebre, aunque ellos me hayan expulsado, la fiebre, la nostalgia y un deseo frenético de comer bellotas. ¡Las bellotas de las selvas alemanas! ¡Ah, amigos míos! Cuando uno se ha alimentado con ellas, es muy difícil perder las ganas de andar a cuatro patas. Y ustedes también, los franceses, ¿por qué no andan a cuatro patas, puesto que el vecino les invita a ello, y que da vueltas y más vueltas gruñendo al otro lado de las fronteras de ustedes? ¿Qué pretensión es esa de ir a la cabeza del progreso, de la civilización y de todas las sandeces, puesto que a fin de cuenta tendrán ustedes que pelear? Se

lo pregunto una vez más: ¿son ustedes hipócritas o engañados? ¿Saben, que pensándolo bien, me inclino por la hipocresía? Sí, en Europa se dice que son ustedes una nación de mentirosos. Esto es lo que han ganado ustedes con sus concesiones al ideal. Porque no se puede servir a dos amos. Y cuando cada nación haya llegado al grado más frenético de nacionalismo, entonces las mentiras de ustedes asquearán al mundo entero, que se tapaná la nariz cuando se hable de Francia. Porque se mostrarán ustedes tan rabiosos como los otros, naturalmente, a pesar de sus discursos sobre la razón, la libertad y la justicia. Y cuando, con los cascos y las botas puestos, vengan a hablar todavía de razón, de libertad y de justicia, todos se apartarán escupiendo. Pero nosotros, los alemanes, queremos desde ahora pasar por lo que somos: gentes honradas, sencillas y veraces. Para nosotros no hay más que una verdad: la selva germánica, las cabañas en la selva, un pueblo de salvajes que bruñe el martillo de Thor. Todo lo demás y todo lo que aman ustedes en nosotros, nuestros poetas, nuestros músicos, todo el resto es nada. Nada, les digo. No admitimos más progresos que los que pueden aplicarse a la técnica de la guerra. La patria no necesita ni filósofos ni novedades. ¿Novedades? Para nosotros, los alemanes, no pueden ser más que la señal de la decadencia extranjera, una influencia detestable que nos enerva y de la que hay que preservar a nuestras antiguas virtudes germánicas. Para ustedes deben ser vapores deletéreos que les envía Prusia a fin de corromperles. No, la patria debe seguir estando aferrada a su pasado y no tender más que a destruir todo lo que no sea ella. En cuanto a ustedes, los franceses, procuren comprenderlo: Prusia no les odia, quiere simplemente pelear con ustedes. Pero, se lo ruego, si consienten ustedes en ello, vayan de todo corazón a la lucha y no ya en nombre de la libertad, o de Polonia, o de no sé qué otras cosas. Hagan la guerra por hacerla. ¡Por puro patriotismo! Ustedes son también una raza homicida. Ustedes también saben combatir. ¿Y entonces? Les aseguro que los generales prusianos están dispuestos a estimar a los generales franceses, a reconocer en ellos sus iguales o sus maestros. Y si su Napoleón no se hubiera atiborrado de ideas revolucionarias, no habría nada que decir. Habría sido una alegría para los alemanes que él los hubiera derrotado. A reserva de tomar su desquite, a lo cual se disponen. ¡Pero sean ustedes francos! Acepten la ocasión que se les presenta. ¡Qué sencillo es! ¡No más dudas, ni más inquietudes, ni más escrúpulos! Francia es una nación guerrera, Alemania lo es también. La historia no puede consistir más que en una guerra eterna entre estas dos grandes, nobles, heroicas y sagradas tribus. Si se les antoja a ustedes desarrollar los caminos de hierro, háganlo audazmente: los ferrocarriles

pueden servir para el transporte de tropas. Y si vamos al fondo de las cosas, ¿creen ustedes sinceramente que han hecho siempre la guerra por una causa sublime? ¿Han ido por una causa sublime a Méjico? Ya lo ven. Dejen este jacobinismo a un lado. Sean ustedes buenos franceses a lo prusiano, antiguos franceses. Poseen todo lo que es preciso para ello, ustedes también; una moral, tradiciones, arcos de triunfo, leyendas. Tienen ustedes también sus reitres, sus húsares de la muerte, sus coraceros blancos. Dejen la literatura, la física, la metafísica, todo lo que aparta de la guerra. Todo lo que aparta de la patria. O bien no entonen más que himnos que exalten la valentía de los guerreros. Quemem los libros, ustedes también. Yo no quiero oír ya esas *Marsellesas de la paz*, ni esas elegías ridículas que no sientan bien u un pueblo tan esencialmente belicoso. Todo eso son engaños, les digo, o crímenes de alta traición. Si tuvieran ustedes el sentido de su honor, si fuesen patriotas ilustrados, habrían ahorcado a Lamartine. ¡Vamos, confiesen que aman la guerra! Por tanto, aman ustedes a Alemania, el querido, el indispensable adversario. No piensen más que en Alemania. Detéstena, imítena. ¿Por qué no tienen ustedes tampoco antisemitismo? ¿Por qué no se les ocurre también la idea de exterminar a los judíos? ¿Por qué, se lo pregunto, malos patriotas, franceses ligeros e imprudentes?

—Quizás se haga —dijo Siffrelin—. Lo pensaremos.

—¡Les deseo que lo piensen! —gritó Linden, con la boca espumeante y golpeándose el pecho—. No es conveniente que se olviden ustedes hasta el punto de acoger aquí a extranjeros de mi género y de abrir los brazos al universo. Francia debe romper todas las relaciones con el universo. No debe conocer más que a Francia. ¡Francia y Alemania! ¡Ah, yo les enseñaré lo que es la patria! Una diosa celosa, una diosa cartaginesa ¡a la que hay que llenar constantemente la panza ardiente! En fin, ¿es sangre lo que tienen ustedes en las venas, o bien claro de luna o axiomas de geometría? Pero no me engaño: aman ustedes la guerra, lo han demostrado, saben tan bien como los otros asolar una provincia y arrasarse una ciudad a sangre y fuego. ¡Aman ustedes la sangre! Son ustedes un gran pueblo y los grandes pueblos aman la sangre. ¡Vayan, hagan la guerra y háganla bien! Miren —terminó con un acceso de tos llevándose el pañuelo a su boca—, yo también amo la sangre.

Nos mostró su pañuelo manchado con un pequeño coágulo rosado y se sirvió un vaso de vino. Bajábamos todos la cabeza. Becker encendió de nuevo su pipa y habló:

—Me avergüenza, Linden, todo lo que acaba usted de decir y en lo que hay tanta verdad. Sí, da vergüenza a menudo ser hombre. Quiero solamente

asumir la defensa de Francia y de los franceses aquí presentes. ¡Pardiez! Se han dejado a veces arrastrar a la guerra... Redoblaba el tambor, cantaban la *Marsellesa*, no la de la paz ¡ay! sino la otra. Ya saben cómo ha sucedido todo eso. Yo persisto en amar a Francia. Mis abuelos me han contado muchas veces la entrada de los republicanos en nuestra casa. Sin duda, llegaban con bayonetas... Es, sin embargo, una bella raza, Linden. Pero usted lo sabe muy bien, predico a un convencido. No estaría usted aquí si no. No llevaría usted encima un retrato de Napoleón, porque lleva usted en su cartera un retrato de Napoleón.

—Ahora ya no. Lo he roto.

—Bueno, pero lo ha llevado usted. Sin él no habría en Alemania tanta gente que pensase lo que piensa usted hoy.

—¡Pues están arreglados! ¡Pandilla de imbéciles!

—Y además —gritó Becker irguiéndose como un diablo y tirando a Siffrelin de la barba—, mire usted éste. ¡Sólo aquí, en Francia, en París, se encuentran animales de este pelaje! ¡Mírelo, Linden! ¡Ha combatido en Saint-Merry en el 34, ha echado a Luis-Felipe en febrero, ha recibido un balazo en el brazo en junio del 48! ¡Y se hará matar la próxima vez! ¡Firmes, tío Siffrelin, y a su salud!

Cuando la emoción se hubo calmado un poco, Becker prosiguió con mucha suavidad:

—Linden, escuche una suposición... ¿Qué diría usted si Francia, no fuese un general con soldados y cañones detrás, si fuese... si fuéramos nosotros, por ejemplo?

Señaló la litografía en la pared:

—¿Si fuese Blanqui?

—No le creerían a usted —replicó Linden.

—¿Y si fuese Baudelaire? —murmuró tímidamente Julio de Renaud.

—¿Quién es ese? ¿Un poeta? —exclamó Linden—. ¡Eso dígaselo a otros!

—Sin embargo...

Becker quiso intervenir, pero Julio de Renaud, muy sofocado, continuó:

—Sin embargo, un poeta a quien llevan a los tribunales, creo que cuenta... Pues bien ¿si fuese él quien representase a Francia y no sus jueces?

—Ya lo sé —dijo Linden—. También se puede contar que Enrique Heine representa el genio alemán. Esas son bromas que irritan mucho a las gentes de buen sentido. Pero en fin, cuando Francia y Alemania entablan la guerra, no se trata ya de dos poetas perseguidos, sino de quinientos mil hombres que se enfrentan a otros quinientos mil.

Becker habló entonces:

—Les explicaré eso de las guerras... Siffrelin me corregirá si me equivoco. No hay que tomarla con el pueblo francés, si, durante este siglo, ha amado tanto la guerra. Le habían hablado de igualdad, y los gobiernos han comprendido enseguida que la única manera de concederle esa maravillosa igualdad era la guerra. El ejército se ha convertido en el lugar, en el único lugar de todas las esperanzas posibles. Así, los mozos de cuadra podían transformarse en príncipes. Ahí, se ha establecido una promiscuidad jovial y fogosa en donde todo el torrente revolucionario podía desembocar. ¡Ah! ¿querían la democracia? Pues han tenido la guerra democrática, la nación en armas. ¿No es esto la igualdad? Mientras tanto la burguesía, en cuyo beneficio han redundado todas las revoluciones de este siglo, podía seguir enriqueciéndose y el proletariado muriéndose. ¡Viva el Emperador! ¿verdad? Y cuando éste, el segundo, se ha presentado, inmediatamente han vuelto a gritar: ¡viva el Emperador! Las buenas glorias igualitarias iban a retornar, el compañerismo del vivaque, y el bastón de mariscal en la mochila. Y marchaban todavía a difundir la Revolución por Europa, esta vez bajo la mascarada del principio de las nacionalidades, a defender los pueblos oprimidos, a unificar Italia. Y también, agárrense ustedes, a reclamar el crédito del banquero Jecker. ¿Porque espero que ahora lo vemos con claridad? Se acabó ¿verdad?, esta ilustre, esta magnífica broma de las guerras nacionales. La igualdad ¿yo creo que la queremos de otro modo que no sea bajo la forma de un galón más en nuestra manga? ¿Eh, Siffrelin? ¿Y usted, patrón? Lo sabrán ustedes en lo sucesivo: la próxima vez que Francia haga la guerra, ya pueden venir a contarnos que es por este principio o por aquél. ¡Eh! La próxima vez que Francia haga la guerra, es que lo habrá querido.

—¡Que lo diga, entonces! —gritó Linden—. ¡Que tenga el valor de decirlo! Y si se embarcan ustedes en ello ¡aúllen a voz en grito que es porque les gusta! ¡Porque les gusta a ustedes su patria como le agrada a uno respirar un osario! Y no a causa de la justicia, ¡o de no sé qué! Se llaman ustedes razonables porque buscan razones a todo, pero esto es ser completamente irrazonable. Nosotros, los alemanes, no buscamos tan lejos, y somos quienes tenemos la mente lúcida. ¡Intenten ustedes contar a un prusiano que marcha a la guerra que va a luchar por la justicia! Ya sea un hombre del pueblo o ya sea un hidalguelo de la comarca de Brandeburgo, soltará la carcajada ante las narices de ustedes. Luchan por su patria alemana. ¡Luchen ustedes por su patria francesa!

—O por el banquero Jecker —indicó el alsaciano.



—Que el banquero Jecker sirva de pretexto para entrar en guerra o que obtenga beneficios de la sangre vertida, eso no quita nada a la pureza de... ¡Pardiez! Tenemos también entre nosotros banqueros y príncipes y putas que pueden enriquecerse mientras se combate. Pero ¿por qué quieren ustedes que eso pueda turbar el placer de los que luchan? Que la religión haya sido para tal o cual Papa o para tal o cual convento de jesuítas un asunto de dinero, ¿es que eso disminuye el fervor de los que se despojan de todo en el mundo, renuncian a los frutos de la tierra, abandonan todo lo que más puede quererse para no esperar ya más que los bienes de la vida futura y se levantan en plena noche deliberadamente para azotarse las nalgas? Y la patria es una religión, es la religión del mañana, la que las multitudes llaman con todos sus nervios en tensión, para poder al fin anegar el universo entero en sangre.

—¿Dos Napoleones no han bastado entonces? —murmuró Julio de Renaud.

—¿Sus Napoleones? —respondió Linden encogiéndose de hombros—. No hemos visto nada todavía. Habla usted como un francés que, lo repito, ya sea por hipocresía o bien por necedad y por lucimiento, mezcla siempre con la guerra no sé qué humanitarismo, como si la guerra, a fin de cuentas, pudiese servir una causa justa, defender un ideal, asegurar la felicidad, la armonía, el reinado de la razón, la libertad de los pueblos, el equilibrio europeo, ¡la paz, vamos! ¡Como si la guerra fuese una forma accidental de la paz! Sí, piensan ustedes siempre en la civilización: es su coquetería. Y su truco. Cuando hacen ustedes exterminar cien mil hombres, encuentran el medio de probar que esa es una cuestión de civilización. Yo les hablo como alemán. Sé lo que es para ellos, la guerra. He traído a mi destierro la guerra. La tengo aquí, en el vientre. Ya lo verán. Y acabarán en la guerra. ¡Acabarán ustedes en ella! La patria francesa no ha nacido aún. Tendrán ustedes el puro patriotismo prusiano, el que no se contenta con frases, ¡el que es tan sólo una fe ciega, sublime, sanguinaria! Me hacen ustedes reír con sus Napoleones. Ideólogos, incluso el primero, el grande ¡aunque lo negase! ¿Es ese un soldado? ¿Un dios de la guerra? ¡Ha impuesto el Código civil a Europa! ¡Ja! ¡ja! ¿Encuentran ustedes esto caballeroso, acaso? Entonces es actuar como abogados, y como abogados turbios y sospechosos que se meten donde no tienen nada que hacer. Sin embargo ¡si quisieran, ah, si quisieran ser realmente ustedes mismos! No pensar más que en la guerra. Esto sería al fin caballeresco. ¡Y cómo, Alemania, que lo entiende, se sentiría contenta! ¡Cómo les estimaría! ¡Qué enemigo encontraría en ustedes para la eternidad!

Se volvió riendo hacia Máximo de Rieuse que escuchaba con los brazos cruzados.

—¡Vamos, mi teniente, piénselo!

Hubo un momento de silencio.

—He amado mucho a Alemania —murmuró Becker, soñadoramente.

—Yo también la he amado —prosiguió Linden—. He amado, y creo que amo todavía al alemán que hay en mí. Amigo Becker, dice usted a menudo a este joven —y señaló a Julio de Renaud— que no escoge. Pues bien, yo soporto mi fatalidad: soy alemán. Aquí mismo, en este París donde me he despojado de mi piel de alemán, sigo siendo todavía alemán. Y además, mi fatalidad se complica con otra: soy también judío. Y por alemán que me sienta, los alemanes no me quieren como tal. Y porque sus tenderos la toman con los vendedores de gorras y pieles, he tenido, durante toda mi niñez, que estar temblando. Soy judío, no podría olvidarlo ni un instante, judío como un vendedor de gorras. He tenido una abuela materna que confeccionaba ciertas tartas que no se comen en las casas de los cristianos: nada se puede hacer contra eso, debo bajar la cabeza. Yo no he escogido, ¿verdad, Becker? ¡Ah! ¿quieren ustedes cambiar el mundo? Pues yo les digo que hay fatalidades. Hay alemanes y franceses que deben degollarse mutuamente. Hay judíos que deben ser expulsados de todas partes.

Entonces sentí deseo de intervenir, porque algo obscuro vibraba en mí. Extendí la mano y dije:

—No creo que Becker quiera llevar su fatalismo hasta ese punto. Lo que él piensa es que nosotros no debemos actuar por razones orgánicas, profundas y necesarias y aceptando ¿cómo decirlo? todos los datos de nuestro problema personal. ¿No es así, Becker? Pero fíjense bien en que he dicho actuar. Sí, actuar. Sí, señor Linden, queremos cambiar el mundo, y usted también quiere cambiarlo partiendo de sus datos, aceptando ser alemán y ser judío. Y luego, tiene usted que renunciar a esos datos, salir de Alemania, olvidar su obsesión y su esclavitud judías. Porque es también una manera de aceptar sus fatalidades el mirárlas de frente para combatir las. Y negarlas, unas tras otras, y abolirías hasta llegar a su fatalidad más secreta y más desnuda. Desprenderse de todas las pieles de serpiente.

Un súbito ardor me impulsaba. Hablaba yo como si tuviera entre mis brazos mi destino, adivinando el lado adonde quería empujarme, y enseguida tensando mis fuerzas del otro lado. Y cuanto más le conocía, más le resistía.

—Así, tú —grité, volviéndome furioso hacia Julio de Renaud—, sí, tú, ¿qué vienes a hacer entre nosotros, más que a revelar tu inquietud? ¡Tu

inquietud! ¡Cómo la amas, cómo la mimas! Aquí, nadie siente inquietud. Cada cual conoce su dolencia, cada cual la ha removido en todos sentidos como una cosa material, como una cantera en la que se cava. No hay duda sobre esto: el uno es pobre, el otro enfermo, éste artesano, aquél judío alemán, y este otro lo que puede. ¡Lo que puede! ¡Y de esto, partimos! ¿No es así, Becker? ¿He comprendido bien? Y tal vez mañana todo habrá cambiado: el uno estará curado, el otro no será ya judío alemán. Se habrá disipado la pesadilla. Porque nos han impuesto una pesadilla que intentamos deshacer con fuertes golpes de cabeza y de puños. Han hecho ya de nosotros, a nuestro nacimiento, algo que no es todavía nosotros mismos.

—¡Pero eso es justamente lo que busco! —me gritó Julio de Renaud—. Voy en busca de esto. ¿Qué soy yo? ¡díganmelo si lo saben! Sólo espero esto de ustedes. ¿Lo sabes tú?

—Búscate a ti mismo. Arranca, quita, cava: verás lo que queda. Porque en fin —exclamé volviéndome hacia Linden —en fin y al final del fin, ¿es tan necesario y tan inevitable, hasta diré, es tan cierto que haya franceses y alemanes y judíos? ¿Quién desea que sea así?

—Dios —dijo Becker con gravedad.

—Nada de bromas —repliqué.

—Bueno —siguió Becker—. Lo que he dicho no era tan necio. Pero si les parece demasiado metafísico, diríjense a Linden, que es un irónico pero también un alemán: como tal no podría bromear. Sin embargo, como le encuentro un poco fatigado, voy a contestarles por él. ¿Se quiere saber quién desea que haya eternamente franceses, alemanes y judíos? Pues bien, son los franceses, los alemanes y los judíos. Los franceses y los alemanes porque quieren guerrear, y los judíos porque quieren ser vencidos. ¿No es verdad, Linden?

Linden asintió con una risotada. Becker prosiguió:

—Pero tú, Teodoro, comienzas a sentir que si rompes en ti los falsos dioses, si rompes el falso dios que eres tú mismo, si destrozas tu calidad de francés, de alemán o de judío, estás próximo a llegar a unas terribles verdades. Y descubres tus verdaderas determinaciones: estás en un mundo de dinero y de hambre. Era ella la que barnizaba. Se pasaba las noches en la faena.

Julio de Renaud se levantó muy pálido:

—Amigos —dijo—, he soñado con estar entre ustedes. Pero es imposible, lo veo esta noche más claramente que nunca.

Creí que iba a llorar. Su rostro se había contraído, el sudor adhería sus rizos a su frente. Meneó la cabeza y dijo:

—Yo soy rico.

—Ya lo sé —le contestó Becker—. Eso es muy difícil para ti. Eres rico, tienes corazón, te avergüenzas. Haz lo que te ha dicho Teodoro: arranca. Tienes que arrancar más hondamente que los otros. Quizá acabes por encontrar la herida bienhechora que te lanzará entre nosotros de modo diferente al de una elección intelectual. Al pueblo no le agrada que se tome partido por él como se coge un libro en una biblioteca. Sólo el amor te guiará: busca la herida, encuentra el infortunio.

—¡Eh! —grité—, ¿no eres poeta?

—A fe mía —observó Becker— es una tara suficiente el ser poeta. Es una gran contradicción. Sé, pues, poeta, desesperadamente. Te lo dije la otra noche: ¡haz versos! Y luego, arranca. Puedes arrancarlo todo, destruir en ti el francés, el alemán, el rico, el pobre, el obrero, el burgués. Y entonces verás cómo todo eso desaparece. Porque es un mal que exista todo eso.

—En cuanto a nosotros —dijo el viejo Siffrelin— sabemos el medio de hacerlo desaparecer. Cuando suene la hora, seremos los primeros en oírla.

—Yo habré muerto —dijo Linden tosiendo.

## VII

AFUERA, NOS DIJIMOS ADIÓS UNOS A OTROS. Seguí el mismo camino que Becker, Julio de Renaud, Linden y el teniente. Luego, los tres primeros nos dejaron. Me quedé solo con el teniente a quien acompañé en dirección a las Tullerías.

—¡Cómo forcejea este alemán! —me dijo—. ¡Cómo forcejea consigo mismo!

—¿Y usted? —pregunté un poco atolondradamente.

—¿Cómo, yo?

—Quiero decir ¿qué piensa usted de todo esto? ¿Por qué no ha dicho usted nada? Quisiera saber también cómo es que... Pero soy indiscreto.

—En absoluto.

—En fin, está usted al servicio de la Emperatriz...

—Y usted al servicio del señor Havelotte, candidato oficial del Emperador.

Me quedé desconcertado.

—Es cierto —murmuré—. Pero quiero que sepa usted cómo sucedió la cosa.

—Basta con que haya sucedido para que tenga usted razón. Está uno siempre al servicio de lo que se presenta. A menos de ser rico como el señor Julio de Renaud y tener la oportunidad de esperar su vocación. Si no llega enseguida y como hay que presentarse de todas maneras se encarga una opinión cortada a medida. Y se ve venir. Y a la temporada siguiente, se cambia de moda.

—Esto es casi un ataque. Le aseguro que Julio de Renaud, a quien conozco hace mucho tiempo, es un muchacho sincero y lleno de buena voluntad.

—Sincero... ¿Qué es la sinceridad? ¿Y la buena voluntad? Yo no soy sincero. Soy ayudante de campo de la Emperatriz y vengo de pasar mi velada entre... llamémosles aprendices de revolucionarios. ¿Esto es lo que le sorprende, verdad? En efecto, yo debería denunciar a Siffrelin, y a usted también... Aunque no merece la pena. La policía les conoce.

—¿La policía me conoce a mí?

—Seguramente.

—¿Y por qué no actúa contra mí?

—Porque no vale usted la pena. Pero sabe que pasa usted la mitad de sus noches en una taberna, en compañía de gentes sospechosas y que se relame de gusto con unas teorías subversivas.

—¿Y por qué no se lo comunica al señor Havelotte?

—Se guardaría mucho de ello.

—¿Y conocen también las... relaciones de usted?

—Sí, he leído incluso uno de los informes que tiene sobre mí. ¡Bah! Para ella es más cómodo que siga yo alojado en las Tullerías. Me vigila a su antojo, si es que hay algo que vigilar. Y el día en que quiera que me mude a la cárcel de Mazas, sabrá dónde encontrarme. ¡Oh! Pero hace mucho frío...

Sacó una bufanda de seda de su bolsillo y se la anudó al cuello. Luegoladeó sobre la oreja su sombrero de copa. Con su gesto zumbón, su acento insistente y cierto levantamiento de las cejas que acentuaba la ironía de sus palabras y de su fisonomía, se me aparecía como el ser más singular, y el más atractivo que hubiera yo visto nunca.

—¡Pero entonces estoy haciendo un papel ridículo! —exclamé.

—¿Un papel? Creo que no tiene usted la ambición de desempeñar un papel.

—No tengo ninguna ambición.

—Me parece usted demasiado inteligente para ser ambicioso.

—Gracias —dije en tono burlón. Pero me sentía muy halagado. Y proseguí—: Pongo mi orgullo en no tener ninguna ambición y me jacto de carecer de vanidad. Esto no es quizá inteligencia, como usted ha querido decir, pero me divierte. Al principio...

—¿Al principio, de qué?

—Al principio de... lo que me ha sucedido, es decir en mi adolescencia, no sabía yo que me divertía. No se sabe nada a esa edad. Pero ahora, me doy cuenta de ello: me divierto.

—¿Mucho?

—Mucho.

—¿Y qué le divierte más? —dijo en tono confidencial y cogiéndome del brazo—. Apostaría a que son las...

—Lo ha adivinado.

—Evidentemente son lo más divertido que hay.

—¡Ah! —exclamé fogosamente—, ¡son encantadoras!

—Estoy de acuerdo.

—Y además —proseguí sonrojándome— cuando está uno solo, es pobre, no tiene amigos, es decir amigos de la misma condición que uno, y que pasen por las mismas dificultades y puedan comprenderlas, cuando está uno completamente aislado, casi forzosamente vencido de antemano y se vive en una constante humillación, sin ver ninguna salida por delante, y tiene un miedo...

—¿Miedo de qué?

—De todo, de los hombres más que nada: son todos muy poderosos. No tiene uno más que jefes a su alrededor, por encima de uno. Entonces se siente perpetuamente miedo de ser mal recibido, herido, castigado, condenado, de llegar con retraso, de perder lo poco que se ha conseguido ¡y a costa de qué trabajo!

—¿Y entonces, las mujeres?

—Entonces, las mujeres... Seguramente, no es necesario revelarles todo esto, no, no es preciso que nos compadezcan. Basta con que estén ahí, y que quieran dejarse atrapar en la pequeña comedia que representa uno ante ellas. Y entonces ¿cómo diría yo? No es que nos consuelen, puesto que no les contamos nada de nosotros mismos. Pero le dan a uno confianza, nos restituyen un poco de nuestra dignidad. Nos hacen creer que somos fuertes, que existimos, que existimos sobre todo, porque nos ayudan a imaginar el porvenir, nos aportan el sabor a la boca. Ellas...

—Veo que no son crueles con usted. Le felicito.

—No vaya usted a creer que presumo de don Juan con usted. No pienso acumular los éxitos. Pero me complace pensar que las mujeres están ahí, presentes. Espere, no he terminado su elogio. Acababa de encontrar el mayor servicio que nos hacen: nos vuelven a poner en pie de igualdad con la vida. ¿Comprende usted? Para mí, ese es el beneficio que me proporcionan. ¡Mi existencia es de una mediocridad lamentable! Pues bien, gracias a las mujeres, subo de nuevo a la superficie y respiro. Entonces descubro que no hay sólo jefes y servidores en el mundo: hay también flores, danza, motivos para sonreír, y veo con asombro que dispongo pese a todo de cierto poder.

—Yo también lo he sentido...

—¡Oh! ¡usted! —exclamé—. Y lo mejor de todo ¡un uniforme! ¡Un uniforme es algo formidable!

—¡Bah! No se engañe usted con ello. Me he visto embarcado con esto como usted en otra parte. En realidad, mi balance es mísero: pequeña nobleza, sin fortuna, un padre jugador y aventurero que se casó, para desgracia de ella, con una modista francesa de las señoritas de Montijo, en Madrid. Más tarde,

se acordaron de mí. Mi madre, que había enviudado, encontró empleo en París, sufrí exámenes. Como usted sabe la Emperatriz es muy bondadosa... ¡Oh! Lo digo sin ironía.

Sin embargo reía con amargura. Habíamos llegado al Louvre y bordeábamos las altas murallas de la Galería al borde del agua.

—¿Y qué hace usted ahí dentro? —pregunté.

Se detuvo, me miró fijamente y respondió:

—Espío.

—¿Cómo?

—Usted también espía. Usted también está alojado en casa del adversario. Come usted a su mesa, le ve usted moverse, escucha su charla. Esto es espionaje.

—¿Por cuenta de quién?

No me contestó y me dediqué a soñar con lo que él acababa de decir. Bruscamente mi propia situación se aclaró a mis ojos. Entonces hablé de los Guías Secretos a quienes me ocurría dirigir ruegos y que, yo no lo dudaba, velaban sobre mi destino. Arrastrado por mi discurso, me di cuenta de que habíamos dejado atrás el Pabellón de Flora. Bruscamente, exclamé:

—¡Pero hemos ido muy lejos!

—No importa —dijo él—. ¡Tenemos tantas cosas que decirnos! Le pediré solamente que avive un poco el paso, porque tengo un frío de perros.

Bordeamos las Tullerías, recorrimos el Cours-la-Reine, volvimos al Pabellón de Flora, y vagamos por los malecones. No podíamos separarnos. Ciertamente hacía frío, pero era, sin embargo, una noche hermosa, seca y toda refulgente.

Me dijo:

—Yo también he creído en los Guías Secretos. He conocido, en mi infancia, un tío, hermano de mi padre, tan loco como él, pero más culto y mejor persona, que me ha enseñado muchas cosas sobre eso. Por él también he sido impulsado a las opiniones que profeso actualmente, de tal manera, que, entre los amigos de usted esta noche, me he sentido de nuevo en mi casa. Déjeme confesarle esto. Los Guías Secretos, como usted los llama, ya no existen. Han transmitido el poder a los Testigos Desconocidos. Y al decir el poder, hablo con inexactitud. Porque los Testigos no tienen ya poder. Miran y eso es todo. Y luego...

—¿Luego?

—Deberán los hombres arreglárselas solos, sin guías y sin testigos.



Le acucí a preguntas. Pero, sin duda, por el momento, no tenía más que comunicarme. Le interrogué sobre la Emperatriz, sobre el Emperador, sobre el tío Siffrelin.

—¿Había usted visto ya a Siffrelin, verdad?

—Sí, en otra reunión de ese género.

Me interrogó a su vez sobre María Rosa.

—¿Es una de esas mujeres —me preguntó con su tono burlón— que mitigan las espinas de la existencia de usted? Me alegraría por usted, pues es muy bonita.

—No —dije simplemente. Y añadí—: No lo sé. Ella es otra cosa.

—En todo caso, a ella le debo haberle conocido a usted. Le guardaré una gran gratitud.

Le miré para asegurarme de que no bromeaba. Pero él me cogió del brazo, deslizó mi mano en el bolsillo de su gabán y la estrechó afectuosamente.

—¿No vamos a ser amigos? —murmuró.

—¡Sí, seamos amigos! —exclamé—. Todo nos acerca y nos une. Siento cerca de nosotros, en la noche, uno de los testigos que quiere que seamos amigos.

—Llámame Máximo.

—Y tú, Teodoro. ¡Nos veremos a menudo!

—Me hablarás de María Rosa, y yo te confiaré todos mis secretos. ¿Sabes que me siento esta noche locamente feliz? Y que, cuando vuelva a encontrarme solo, en el zaquizamí que ocupo allí, pues vivo en un palacio, Teodoro, pero en ese palacio ocupo un zaquizamí que no querrías para ti...

—¡Pero si yo estoy en el mismo caso! —grité—. ¡Oh, es muy chusco! ¡Oh, nos parecemos en todo!

—¿Es posible? Pues bien, cuando vuelva a mi sotabanco, pensaré en ti, ¿sabes?, y me diré que esta noche es una de las más extrañas de mi vida.

—Dime, Máximo...

—¿Qué?

—¿No vas a amar a María Rosa?

—Sería comenzar nuestra amistad de una manera un poco excesiva. No, te contaré quién es la que amo, si es que amo.

—Lo he adivinado.

—¿A quién?

—A la Emperatriz.

Nos echamos a reír. Esto nos llevó de nuevo al tema de las mujeres sobre el cual fuimos inagotables.

—Todo lo que has dicho hace un rato, Teodoro, lo pienso hace mucho tiempo. Ellas son maravillosas, ¿verdad?

—Lo son, Máximo.

—¿Has hecho esta observación, Teodoro? Cuando vuelvas a ver al filósofo alsaciano, se la comunicarás. Quisiera saber qué piensa de esto. Las mujeres son conservadoras, ¿estamos de acuerdo?

—¿Qué quieres decir?

—Que son ellas el elemento conservador, ¿no te parece? Defienden la sociedad, la familia, mantienen al hombre en el hogar, le unen al pasado. La patria de que hablaba ese alemán hace un rato, ¿no es una mujer?

—Es incluso una madre.

—Y, sin embargo, gracias a la fiebre que ellas transmiten y que las invade a ellas mismas los hombres crean, es decir cambian, destruyen y arruinan. Son atraídas, esas sacerdotisas del deber, por el hombre que infrinje las leyes y viola los juramentos. Ellas inspiran sus gestos, les dan sus filtros. No sueñan más que con seducir al hombre que está fuera de las normas y con dejarse trastornar por ellas.

—A ellas también —dije— les gusta merodear en casa del enemigo. Ellas también espían.

—No, ellas traicionan. Y es delicioso verlas traicionar.

—¡Ah! —exclamé— ¡qué divertido es todo esto! ¡Cómo nos hemos divertido esta noche! Máximo —continué en un tono más tranquilo—, ¿me equivoco al decir que nos divertimos? ¿Está mal divertirse? ¿No es obrar como Julio de Renaud que se divierte con una teoría y, luego, con otra?

Le hablé un poco de Julio de Renaud.

—Pensé por un momento, en ser amigo suyo. Pero algo me detuvo siempre. Por ti, Máximo, he sentido afecto desde el primer momento, en cuanto vi tu rostro inclinado cerca del mío, sobre María Rosa.

—Y yo, Teodoro, sentía el corazón palpitante. No sabía si era de emoción, de miedo o de haberme apeado tan bruscamente del caballo. Ahora, lo sé; en medio de tanta confusión, presentí que algo nuevo acababa de surgir ahí, en mi vida. Oh, amigo mío, no creo que el señor de Renaud se divierta, ¿sabes? No es lo suficientemente profundo para eso. Tú, cuando dices que te diviertes y lo dices con este aire infantil, quiere ello decir que amas.

Él también tenía un aire infantil con su boca ansiosa y sus ojos claros.

—¡Vamos a divertirnos mucho! —exclamé—. Vamos a amar mucho, a querernos mucho. ¡Qué felicidad, Máximo! ¡Y cuántas noches hermosas vamos a vivir aún!

Nos separamos en la esquina de la Columnata después de abrazarnos largamente. Y al cabo de unos pasos los dos nos volvimos y nos dirigimos mutuamente amplias señas. No dormí en toda la noche.

Al día siguiente el señor Havelotte me concedió asueto por unos días. Marchaba a su distrito y mi trabajo se limitaría, durante ese tiempo, a abrir el correo y a atender a los asuntos urgentes. El frío aumentaba, el lago del Bosque de Bolonia estaba helado. Llevé allí a patinar a mis primas, pese a su liberalismo, Valeria nos acompañó. Pero para contrarrestar aquel rasgo de severidad, se mostró más loca que sus hijas, cayó tres veces sobre el hielo, con las piernas al aire y lanzando grandes gritos.

Clemencia y Adelaida estaban encantadoras con sus cofias de terciopelo con pluma de cigüeña y cubiertas todas de pieles como unas polacas. Desde que había yo entrado al servicio del señor Havelotte, su interés por mí había acrecido con una estimación semejante al que experimentaban por los dos Gallos. ¡Volvía yo a la sensatez y de qué brillante manera! Su primo no era ya el bandido tenebroso y mimado: me colocaba a su altura, las honraba.

—Irás al baile de la corte —me dijo Adelaida—. Y nos contarás...

Me cedían un poco de su gracia y me enviaban como delegado cerca de las damas de la corte. Todo lo que mi persona había dejado traslucir de ilegal y de inquietante se rehabilitaba. Las caricias que me habían hecho encontraban su justificación. En lo sucesivo, si les complacían mis besos, no habría ya pecado en ello: no harían más que besar a un guapo primo que iba para ministro. Sus besos serían simplemente transmitidos, por la vía jerárquica, a la mano de Su Majestad nuestra graciosa soberana, en lugar de figurar en las cuencas del infierno.

Yo, naturalmente, no dejaba de añorar el tiempo en que los favores de mis primas me aportaban aquella compensación que había yo descrito con tanta fogosidad a Máximo de Rieuse. Y por la noche, en mi sobradillo, contemplaba yo con un punzante remordimiento la techumbre de tejas, el humilde pabellón acristalado de Barbuchet, las ventanas de las oficinas y de los talleres, toda aquella existencia de áspera labor que había yo dejado por una esclavitud más indolente y más vana.

Y decía yo a las tejas: «¿Me reconocéis todavía?». A la diosa del frontón: «No he sentido nunca mucho cariño por ti, pero ahora quisiera sentirlo, y tú me desprecias».

Y a la poesía que hacía ademán de abandonarme: «No te vayas. Soy siempre el mismo, siempre pobre y solo. Siempre un niño hundido aún a mil pies de profundidad bajo el reinado de las personas mayores». Sin embargo,

los ogros de mi niñez, el propietario Moitrier, mi tío Joséphin, las gentes del *Depósito Central*, todos aquellos gigantes opacos se alejaban achicándose como figuras de libros infantiles, que pierden autoridad a medida que el canto de las páginas se desdora y el estampado de la encuadernación se desluce. Las sustituían unas figuras más temibles, tanto más temibles cuanto que eran más abstractas y la extensión de su poder no se limitaba únicamente a mi persona y a mi destino sino que me arrastraba dentro del cuento. Me parecía que comenzaba a acercarme a los engranajes del mundo: oía el chirriar del mecanismo central. Y me sobrecogía un supremo terror al mismo tiempo que perdía la sensación de mí mismo, de mi querida pequeña flaqueza, de mi enternecedora y dulce mediocridad.

Era un hermoso día sobre el lago. Llevaba de la mano a mis primas y trazábamos amplias curvas cuyo viento soplaba en mis oídos y, bajo las faldas hinchadas, descubría las botas altas y las pantorrillas blancas de Clemencia y de Adelaida. Sus risas tintineaban en el aire helado. Valeria nos gritaba incoherencias que aumentaban nuestra alegría. Me veía semejante a los jóvenes que pasaban a nuestro lado, iba vestido a la misma moda, tenía el mismo rostro y los mismos modales. Ellos también hacían su carrera. ¿Hacía yo la mía? Ante esta idea me sentí enrojecer de horror. ¿Una carrera, yo? Y, sin embargo, tenía que reconocer que no me faltaba habilidad en mis relaciones con mi nuevo jefe. Sabía yo halagarle, animarle a que desplegase ante mí sus más secretos pensamientos políticos. Me llamaba su querido hijo. Le había seducido.

—Sí —me decía yo en mi propio descargo—. Le he seducido, pero nada más. Un poco lo que hago con las mujeres. A fin de sentirme, aunque sólo sea por un instante, un ser. Un ser que existe o que se ejercita en la vida. Porque lo que temo siempre es que me echen, que desaparezca y que no esté ya ahí. Pero si seduzco a todas estas gentes, me permitirán permanecer ahí un breve momento, y me forjaré la ilusión de que formo parte de su especie de sociedad. Es todo lo que pido. Quizá, en efecto, posea yo un pequeño don de agradar. Otros lo aprovecharán para lo que ellos llaman llegar. ¡Llegar! ¡Ni hablar de eso!

Revolvía estos pensamientos en mi cabeza con amargura, con complacencia. Luego, los olvidaba para entregarme tan sólo a la embriaguez de correr sobre el hielo al lado de mis primas. Íbamos cogidos de nuestras manos enguantadas, o sino, enlazados por la cintura, ejecutábamos unos «ochos» deslumbrantes. El pensamiento de mi amistad con Máximo reaparecía también de cuando en cuando. «¡Tengo un amigo!», me decía. Él

surgía y se divertía con nosotros. ¿A cuál de mis primas iba él a preferir? A Adelaida sin duda, que era más ligera. Me dejaría a Clemencia, más difícil y más apasionada. ¡Qué buena pareja haría con Adelaida! ¿Y por qué no iba a ocurrir así? ¿Por qué no íbamos a casarnos, él con Adelaida, yo con Clemencia, mientras que los dos Gallos se irían a paseo con sus rentas y sus títulos? Así acabaría yo de doblegar a mis primas, y sobre todo a Clemencia, la lejana, a Clemencia la recalcitrante, bajo el yugo de todo lo que, Máximo y yo, representábamos de libre y de insensato. «Decididamente —me diría Clemencia, domeñada— traiciono. Se acabó, traiciono. Me embriago con mi propia traición. He caído, estoy condenada. ¡Triunfas tú, bribón, mendigo, impío, demonio!». Ante este discurso imaginario, me eché a reír. Clemencia me miró sorprendida. La enlacé, puse mi mano bajo su axila, la forcé a correr conmigo, como una flecha.

—¡Teodoro! —gritó—. ¡Vas a hacerme caer! ¡Suéltame! ¡Pero qué loco! ¡Teodoro!

—¡Más de prisa, más de prisa! —exclamé—. ¡Y a callar! —dije para mí mismo soltándola y volviéndola la espalda. ¡Vete a casarte con quien te parezca! ¡Y al diablo la casa Quiche y compañía! No te amo, Clemencia. Creo que amo a María Rosa. ¡Peor para mí!

Pensé que me mostraría poco orgulloso cuando anunciase al señor Havelotte que quería casarme con la señorita Siffrelin, hija de un ebanista del barrio de Saint-Antoine. En cuanto a Joséphin y a Valeria me pondrían en la puerta de su casa. ¿Cómo? La hija de un... ¡Habiendo, en el Marais, tantas hijas de tantos honorables negociantes! ¡Cuando mis funciones en casa del señor Havelotte iban a permitirme pretender las mejores empresas! ¡Cuando iban a invitarme a los bailes de la corte!

En espera de aquella invitación asistí al baile de la Opera. Valeria llevó allí por primera vez a sus hijas. Bailé con ellas; les presenté a Máximo de Rieuse. Ellas se estremecieron ante los Cien-Guardias alineados a lo largo de la escalera, con la antorcha en la mano e inmóviles como estatuas. Máximo y su uniforme las encantaron. De pronto un dominó me arrastró; por su estatura y sus andares la reconocí: era Noemí.

—¿Qué te parece mi vestido? —me preguntó quedamente al oído.

Separó su dominó y vi un deslumbrador modelo blanco cuya doble falda estaba recogida por gruesas guirnaldas de rosas abiertas.

—¡Una maravilla! —suspiré apretándome contra ella.

—¿Y mi peinado?

Admiré también sus cabellos, sueltos sobre sus hombros y salpicados de ramas de coral, de hierbas y de flores acuáticas. Luego, me puse nuevamente el antifaz y fuimos a un palco con rejilla. Allí nos besamos furiosamente. Con el rabillo del ojo entreveía yo, al mismo tiempo, un gran trozo de sala en fusión. Apareció el Emperador al borde dorado de un proscenio. Llevaba el cordón de la Legión de Honor y se atusaba el bigote en punta. De cuando en cuando se inclinaba riendo sobre unos hombros níveos.

—¿No está ahí la Emperatriz? —pregunté a Noemí.

—No. Se quedó en Saint-Cloud. Según parece en estos momentos hay tormenta en el matrimonio.

—¿Es cierto que el Emperador y la Emperatriz están en situación tirante? —pregunté a Máximo a quien me encontré un poco después.

—Sí —me contestó—, y mañana por la mañana tengo que volver a Saint-Cloud.

Nos sentamos ante una mesa del ambigú y pese a las carantoñas que no cesaron de hacernos dos muchachas disfrazadas de descargadores, permanecimos allí una hora, charlando. Un inmenso vals bordaba a nuestro alrededor sus corolas. Los rumores, las risas, los frufús nos azotaban al paso. Máximo bebía mucho. Le hice hablar del Emperador.

—¿Sabe realmente que es el Emperador? —pregunté.

—Está obligado a saberlo. Y antes de serlo sabía que tendría que subir al trono. Era el único candidato. Así es que cumple sus funciones como puede.

—¡Yo en su lugar, habría encontrado todo eso demasiado razonable, demasiado fatal! ¡Debe estar pensando todo el tiempo en el otro, para quien las cosas han sido tan maravillosas!

—También él intenta tener su estrella. Pero no logra creer en ella lo suficiente. No ha habido nada bastante fantástico en su vida. ¡Además, ahora está tan cansado! Cuando le apuntan su papel, muestra un aire tan fatigado, tan desolado, como diciendo: «Dejadme en paz...».

Hubiera yo dado no sé qué por verle de cerca, por oírle, por cogerle de los hombros y gritarle: «¡Napoleón!». Asedié a Máximo de preguntas.

—Ya ves, me parece tan extraño —le dije—, ¡tan extraño eso de estar obligado a tomarse en serio hasta el punto de decirse que es uno el Emperador! Aunque... bigote en punta. De cuando en cuando se inclinaba riendo sobre unos hombros niveos.

—¿No está ahí la Emperatriz? —pregunté a Noemí.

—No. Se quedó en Saint-Cloud. Según parece en estos momentos hay tormenta en el matrimonio.

—¿Es cierto que el Emperador y la Emperatriz están en situación tirante?  
—pregunté a Máximo a quien me encontré un poco después.

—Sí —me contestó—, y mañana por la mañana tengo que volver a Saint-Cloud.

Nos sentamos ante una mesa del ambigú y pese a las carantoñas que no cesaron de hacernos dos muchachas disfrazadas de descargadores, permanecimos allí una hora, charlando. Un inmenso vals bordaba a nuestro alrededor sus corolas. Los rumores, las risas, los frufús nos azotaban al paso. Máximo bebía mucho. Le hice hablar del Emperador.

—¿Sabe realmente que es el Emperador? —pregunté.

—Está obligado a saberlo. Y antes de serlo sabía que tendría que subir al trono. Era el único candidato. Así es que cumple sus funciones como puede.

—¡Yo en su lugar, habría encontrado todo eso demasiado razonable, demasiado fatal! ¡Debe estar pensando todo el tiempo en el otro, para quien las cosas han sido tan maravillosas!

—También él intenta tener su estrella. Pero no logra creer en ella lo suficiente. No ha habido nada bastante fantástico en su vida. ¡Además, ahora está tan cansado! Cuando le apuntan su papel, muestra un aire tan fatigado, tan desolado, como diciendo: «Dejadme en paz...».

Hubiera yo dado no sé qué por verle de cerca, por oírle, por cogerle de los hombros y gritarle: «¡Napoleón!». Asedié a Máximo de preguntas.

—Ya ves, me parece tan extraño —le dije—, ¡tan extraño eso de estar obligado a tomarse en serio hasta el punto de decirse que es uno el Emperador! Aunque...

Y yo veía. Todo se me aparecía en su clara extrañeza. Sentía hasta el fondo de mí ser la atracción vertiginosa de un espejismo, oía las aclamaciones de los regimientos. Y, luego, una lamentable fatiga me abrumó. —En efecto —murmuré como para mí mismo—, en efecto, esto no se ha producido de una manera bastante fantástica. Era preciso que hubiera un emperador, y este emperador no podía ser más que un Bonaparte; y él era el Bonaparte disponible: y entonces vuelve a empezar, como un espectro, algo que se ha producido ya. ¡Ah, pero si hubiera sido el primero, si hubiese tenido que producir algo que no se hubiera producido nunca! Es como para perder la cabeza.

—Le falta seguridad, pero no pierde la cabeza. No hay nada por qué perder la cabeza, precisamente. No, el segundo César no puede perder la cabeza. Sólo el primero. Pienso a menudo en todo esto, en las Tullerías, mientras vivo entre cosas que no existen. Es una sensación singular. ¿Por qué

estoy ahí, en ese nuevo comienzo y esta imitación cuando podía yo haber conocido el acontecimiento en toda su lozanía? Porque los acontecimientos se producen siempre en dos ejemplares, ellos y su sombra. El primer César era un dios. Era ese hombre para quien la historia estaba dispuesta de una manera tan fabulosa que era como para perder la cabeza. Y un dios es un hombre que ha perdido la cabeza. Imagínate: ¡no equivocarse nunca, no poder equivocarse, no tener siquiera necesidad de reflexionar antes de tomar una decisión! Porque la decisión que se toma es siempre la única posible, puesto que es una decisión divina. No es ya uno mismo, es uno el padre, la imagen de cada uno de los que forman el pueblo que se mira en ti. Puede uno decir a cada cual su palabra, su palabra a todo: será siempre la palabra necesaria. Hace uno el Código, reglamenta la Comedia Francesa, es uno historia, la historia misma, infalible. Después llega el segundo César, ¡ay! y éste no es más que un cómico. Y un cómico que no sabe muy bien adonde le lleva la comedia.

—El autor se ha olvidado de explicársela bien —repliqué, prolongando la comparación.

—A veces —dijo Máximo— me da mucha lástima. Dime, Teodoro, si los Guías Secretos volvieran y al aparecer ante mí me mandasen asesinarle, ¿qué se debería hacer?

Habíamos bebido ya una botella de *champagne*.

—Espero, Máximo —repose gravemente— que me permitirías compartir contigo una misión tan terrible. Si los Guías lo mandasen, habría que obedecer. ¡Le mataríamos!

Luego, proseguí:

—¡Oh! quisiera saber... ¿Qué piensa él? ¿Qué dice? ¿Qué se hace en la corte por la noche?

—Se juega a las charadas...

—¿Y él se ríe?

—Con toda su alma.

—¿Tiene ingenio?

—Es muy afable. Posee cierto encanto, le gustan las mujeres, y cuando la Emperatriz tiene una salida atolondrada, se burla de ella con mucha ternura y tranquilidad.

—¿Dice ella cosas atolondradas?

—No hace otra cosa.

—¿Asiste ella siempre a los Consejos de Ministros?



—Ahora ya no. ¿Es que no lees los diarios? Se esfuerza con mucho ahinco, sin embargo, y procura comprender.

—¿Es bella, verdad?

—Ha sido divina. Y aún hoy es imposible no adorarla. Hasta la exasperación.

—¿A tal extremo?

—Es demasiado pura. De una pureza inhumana, que llega al sumo. ¡Y con eso una piel tan bella! Quisiera que comprendieses lo que es vivir cerca de una mujer que tiene una piel semejante y que parece inaccesible. ¿Cómo explicártelo? Sabe que es bella, pero no sabe ni puede saber que es deseable.

—¿Tú la deseas?

—Nadie podría hacer otra cosa. Tiene las coqueterías de un caballo, sí, de una soberbia yegua blanca. ¿Tú querrías domar una yegua blanca, verdad? Pero haciendo comprender a esa yegua que la has domado, que eres su amo. Pues bien, trabajo perdido, puesto que no es más que una yegua.

—Máximo —le dije cogiéndole la mano— no estaba yo equivocado la otra noche, al adivinar que estabas enamorado de la Emperatriz.

—No, Teodoro, no estoy enamorado de ella. A decir verdad, no estoy enamorado de ninguna mujer, tengo algunas queridas, no deseo nada. Lo único que sucede es que esa mujer está ahí, cerca de mí, como un sufrimiento siempre posible. Y creo que la mayor desgracia de mi vida es estar a su servicio.

—¿Ama al Emperador?

—No ama más que a su hijo y la gloria de su hijo. No tiene más que sentimientos animales, te digo. Es una criatura hecha aparentemente para la pasión y que no siente ninguna pasión. Su agitación, sus arrebatos, sus cabezonadas; nada de eso es pasión sino algo vano y obstinado. Las cabras son también así. O las aves. O todo lo que quieras, salvo las mujeres. Comprendo que el Emperador la haya deseado, le haya dado el trono para tenerla, y que luego, ahora, la deje por unas horizontales.

—Pero ¿ella es buena?

—Es buena, piadosa, casta, espiritual y solícita. Posee todas las virtudes. No conozco nada más irritante.

—Y cuando galopas junto a su calesa ¿en qué piensas?

—Quisiera que me matasen delante de ella.

—Pero entonces, Máximo, ¿estás enamorado de ella!

—No lo estoy. Estoy exasperado. Exasperado, te repito. Es un sentimiento nuevo que no han analizado nunca. ¿Qué me cuenta usted, caballero? ¿Es una

declaración? ¿Está usted enamorado de mí? No, señora, exasperado solamente.

—Y en este caso, ¿qué hace uno? ¿Cómo se las arregla con las mujeres que nos exasperan?

—Se las mata o se mata uno. O sino, espera uno el hada que tocará al exasperante objeto con su varita mágica y las transformará al fin en mujer. Quizá Eugenia ha sido mujer antaño. Nosotros, como ves, estamos hechos para enamorarnos de mujeres, de mujeres, sensibles, reales, aprehensibles y cuya radiante belleza responde a un sentimiento íntimo que sea posible lograr. Una mujer es algo que se toca. Se le coge la mano, y esta mano se estremece; se la mira y su mirada se abre a su vez. Y aunque se niegue sabe uno por qué y cómo. Pero ¿te imaginas enamorado de una yegua, de una virtuosa yegua blanca?

—¡Eres muy irrespetuoso! —exclamé riendo—. Sin embargo yo también he imaginado a menudo que las mujeres no son enteramente mujeres. Mi prima Adelaida es a veces una cierva.

—Sí, pero te conozco, Teodoro: a ti no te detiene mucho tiempo esa impresión. La dominas, te divierte, te afecta, no te hace sufrir. Y además bajo tu caricia, la cierva vuelve a ser enseguida una mujer; no ha habido más que una fugaz metamorfosis. Pero si te acercases a esa criatura, lo reconocerías: no es nunca una mujer. La metamorfosis se ha realizado. Imposible volverse atrás.

—¿Qué hay, mis jóvenes amigos? —dijo una voz grave, a nuestra espalda.

Era el señor Havelotte, con el sombrero de copa echado hacia atrás, sus patillas ostentosas, un gran dominó morado puesto sobre el frac. Me tiró de la oreja con benevolencia, y le presenté el teniente de Rieuse a quien conocía un poco. Iba acompañado de un pisaverde envejecido y ceceante que, con su monóculo en la mano, examinó la etiqueta del champaña que habíamos bebido.

—No entienden nada estos pollos —dijo el pisaverde—. Voy a hacerles saborear canela fina. ¡Mozo! Una de la Viuda... Carta Blanca, claro. Y no se confunda, ¿eh?

Antes de sentarse a nuestra mesa, los dos señores permanecieron un instante de pie, rígidos, congestionados, con sus junquillos en la mano, nombrando a algunas de las mujeres ilustres que pasaban cerca de nosotros y a las que ellas reconocían bajo sus disfraces. Luego se sentaron pesadamente. El pisaverde empujó el ala de su sombrero, que resbaló sobre su nariz. Luego

hizo saltar su monóculo en su palma como un aldeano su portamonedas, y bruscamente recordé un paseo que había yo dado con María Rosa por un pueblo de las cercanías de París, un día de mercado; y los aldeanos que vimos allí lanzando miradas maliciosas hacia las vacas que pasaban a su alrededor y sentándose en la taberna con reflexiones sentenciosas y aires importantes. «¡Ah! —pensé— todo el mundo es importante. Adonde vaya, no hay más que gentes importantes y que señalan su importancia de la misma manera». Miré a Máximo, mi cómplice: sus gestos eran, por el contrario, sencillos, desenvueltos, parecidos a los de un ausente. Él poseía la verdadera elegancia, la de los seres sin importancia. Yo deseaba ardientemente parecerme a él. «Y, sin duda, me parezco a él —pensé— puesto que soy, como él, un ser sin importancia». No teníamos más remedio que escuchar a los dos señores hablar de la próxima guerra. Que fue lo que hicimos y lo que hicieron ellos.

No dejaba de sorprenderme la frivolidad con que el señor Havelotte se expresaba sobre aquel tema. Y me sorprendió más aún cuando le vi, él que había hecho alarde ante mí de no querer nada a los extranjeros, acoger con un entusiasmo más impetuoso todavía que el del pisaverde, a dos amigos suyos, un portugués llamado Thadeu Ribeiro, negro, crespo, ruidoso, y al conde Langenbach, un joven austríaco que hablaba un francés impecable. Este se deshacía en elogios sobre los méritos del ejército francés, su organización, sus probabilidades de victoria.

—Conozco bien el ejército de ustedes —dijo al señor Havelotte, que pareció halagado con aquella opinión—. He combatido contra ustedes en Solferino. Sus servicios de avituallamientos eran admirables y yo tenía el estómago vacío, desde hacía dos días. Por fortuna aquella noche tuvimos algo que devorar —añadió en tono fino.

—¿El qué?

—Nuestras lágrimas.

—¡Bravo, conde! —gritó el señor Havelotte—. ¡Esa es una frase muy francesa!

—Muy francesa, sí —insistió el pisaverde—. Es puro parisién. Se la transmitiré a Wolff. La encajará en el *Fígaro* que, como ya se sabe, es *el más parisién de los diarios*.

—¡Qué ciudad más asombrosa París! —exclamó el portugués riendo.

—¿No es cierto, Rib? —le dijo el pisaverde.

Aquel portugués tenía un acento espantoso, pero no carecía de humor. Le miré con simpatía: notó él enseguida aquella simpatía y me lanzó una mirada brillante y felina.

—¡Bueno! —prosiguió—. Los austríacos son galantes con los franceses y hacen patriotismo... al revés.

—¡Oh! —exclamó el pisaverde—. ¡Oh, Rib! esto es bonito...

—Un inglés jamás nos hubiera proporcionado este placer —continuó—. ¿Conocen ustedes una frase de James Hearst, ya saben, el rey del cotillón, el preparador titulado de la embajada de Inglaterra?

Y con el deleite de un extranjero que ha entendido un retruécano francés:

—Pasaba ante el cartel del Palais-Royal que anunciaba: *El más feliz de los tres*. «¡Oh! —dijo James— el más feliz de los tres, es el de Gibraltar, puesto que es inglés<sup>[5]</sup>».

—Vamos —dijo el portugués para consolarle— tienen ustedes algo mejor que todos los estrechos del mundo: tienen París... y Haussmann.

- siguió alabando París con ternura. Y así como el conde austríaco había donado al señor Havelotte el ejército francés, él le ofrecía París, con cumplidos exquisitos e hiperbólicos. El pisaverde, entre tanto, criticaba a Haussmann. El señor Havelotte le defendió. Habló como un gran político que ve las cosas desde lo alto.

—Deje eso, querido —dijo al pisaverde—. Haussmann ¿ha entrampado el presupuesto de la ciudad? Ya lo sé. ¿Qué más va usted a decirme? ¿Que ha cometido ilegalidades? ¿Ha ido demasiado de prisa? Yo concedo una ley indemnizadora a los medios que han permitido la realización de su obra. Rib tiene razón: el parisién vive de aquí en adelante en un paraíso. Un hombre del pueblo en París es hoy más feliz que un gentilhomme del antiguo régimen. Repito: un hombre del pueblo.

—¡Pardiez! —exclamó el pisaverde—. Por quince céntimos puede uno recorrer en ómnibus distancias enormes.

—Y pasearse gratis por plazoletas —intervino el señor Havelotte—. ¡Cuántos gastos hechos para él, sólo para él! Pero él lo sabe. Sin duda Gugusse y Dodore<sup>[6]</sup>, del bulevar de los Almendros, no le reconocen, ni el «Chourineur», ese asesino a navajazos: pero esos no son el verdadero pueblo. El verdadero pueblo, mi querido conde, y usted también Rib, fíjese bien, no hay que buscarle entre los que levantan barricadas y fomentan motines. Díganlo así en sus países respectivos.

—Escuche, Havelotte —dijo el pisaverde con un tono repentinamente solemne— no es sólo en el extranjero donde habría que combatir contra los equívocos, sino en provincias. Yo lo sé, puesto que tengo allí tierras: la

provincia se inquieta. Censura todos estos trastornos que paralizan los negocios. Le parece que en París...

—¿Qué?

—Le parece que en París somos muy ligeros. Sí, que tomamos todo esto con ligereza. Un motín más o menos en los barrios bajos: y al día siguiente ya no pensamos en ello. Mientras se lucha en Belleville, no se bebe menos champaña en casa de Brévant. Pues tanto mejor, me dirán ustedes. Esto prueba el poco alcance del suceso. Sí, pero la provincia que no sabe, que no ve, ¿qué puede pensar? En cuanto a nuestros buenos tenderos de los barrios céntricos, para ellos la política no comienza más que en el saqueo. El resto es cosa de la policía. ¡Pero en provincias! La provincia, una vez más, ante tanta indiferencia, acaba por creer que todo París está gangrenado, que no hay resistencia alguna, que uno de estos días el populacho va a invadir las Tullerías; y se siente totalmente desmoralizada. La plaga, como ven, es la desmoralización.

—Habría que tranquilizar la provincia —dijo el señor Havelotte en tono reflexivo.

—Para eso —replicó el pisaverde— habría que mostrarle que quedan todavía gentes honradas en París, y, de cuando en cuando, hacer un recorrido por los barrios, con el garrote en la mano.

—¡Vamos! —dijo el señor Havelotte— no son sus «jomadas» las que detengan el progreso de la verdadera Francia. Los pilluelos vuelcan «fiacres»: después de lo cual retoman a sus antros, Demóstenes vuelve a su pirulí, y Bruto a su puesto de colillas. No ha cambiado nada: París no es todavía Charonne.

—Sí, pero hay que proclamarlo muy alto y repetirlo.

—Entonces hay que decir también —intervino el señor Havelotte— que los estudiantes no están todos contaminados. El otro día unos alumnos de Farmacia se han negado a firmar no sé qué memorial en Rochefort, ¡en donde permanece, tumbado a la bartola, el querido mártir! Rib, amigo mío, la juventud de nuestras escuelas tiene más sensatez de lo que se cree. Cruza Bullier pero se detiene en la Sorbona.

—Y todo lo demás —dijo en conclusión el pisaverde— no sirve más que para excitar a Víctor Hugo en su roca aurífera. Óigame, conde, le he descubierto un trotón bayo oscuro que le convendría a usted. Es alemán.

Y después, se habló de caballos. Luego, al pasar cerca de nosotros una linda mujer, muy asediada, volvieron a los últimos chismes del mundo cocotesco.

—¡Hombre! Pero si es Odette —exclamó el señor Havelotte en tono de hombre enterado—. Una de nuestras más encantadoras impuras —añadió volviéndose hacia mí. Decididamente tenía empeño en hacer mi educación perfecta bajo todos los aspectos.

—Es bonita —dije—. ¿Verdad, Máximo? —añadí dirigiéndome a Máximo que bebía sin decir nada. Me miró y su fisonomía recelosa y distraída se iluminó con una sonrisa.

—¿Saben ustedes —dijo el pisaverde— lo que decía ella a una de sus compañeras? Escuche esto, conde. Es otra ocurrencia para Wolff o para usted. Su madre acababa de morir y ella no llevaba apenas luto. Su compañera se sorprendió. «¿Qué quieres?, la dijo Odette. Como pertenezco al *demi-monde* no me he puesto más que de medio luto».

—Eso es muy fuerte —dijo el portugués.

—Sí, es fuerte, mi pequeño Rib... Es fuerte, es fuerte... —y canturreó unos compases de la opereta de moda, *Los Patos del Tirol*.

—¿Ha vuelto usted a ver a la Moscoff? —preguntó el señor Havelotte.

—Está engordando —respondió el pisaverde— y sus asuntos no marchan. Se ha visto obligada a poner su tarjeta en los «fiacres». ¡Sí! —añadió, viendo que el señor Havelotte abría mucho los ojos— esto se hace ahora corrientemente. Se mete usted en un fiacre y encuentra sobre el asiento, como por casualidad, la tarjeta de una de esas damas, una tarjeta perfumada con una dirección exacta y, si es preciso, con algunos datos. ¿Adonde va a situarse la publicidad?

—No había visto eso todavía —dijo ingenuamente el señor Havelotte.

Eran cerca de las cinco de la madrugada cuando salimos del baile, Máximo y yo. Máximo tenía que ir a ocupar su puesto en Saint-Cloud a las ocho.

—Acompáñame a las Tullerías —me dijo—. Voy a mudarme de ropa y a coger mi caballo.

París, en la sombra, estaba desierto y resultaba siniestro. La musiquilla de *Los Patos del Tirol* se me había quedado en la memoria y nuestras pisadas resonaban sobre el empedrado. En el cuerpo de guardia de las Tullerías, unos tiradores argelinos jugaban a las cartas. Un quinqué iluminaba sus pieles relucientes y sus dientes muy blancos. Vi de nuevo el saloncito donde tendimos a María Rosa, lesionada. Luego seguí a Máximo por los corredores y cruzamos otro cuerpo de guardia. Al pie de una escalera, un corredor con raíles se hundía en las tinieblas. Subimos aquella escalera y luego otra: y, por último, llegamos a los desvanes. Los corredores están solados con ladrillos

desunidos. Máximo abrió con su llave una puerta desvencijada y chirriante y me encontré en un sobradillo que se asemejaba bastante al mío. Una cama de hierro, una mesa cubierta de papeles, una alacena desbordante de ropa blanca revuelta. Unas tarjetas de visita estaban metidas en el marco del espejo.

—¿Quieres asearte un poco? —me dijo—. ¿Sabes afeitarte con agua fría?

Tiré mi capa y mi sombrero sobre la cama, me quité el frac y luego la camisa de pechera arrugada y metí la cabeza en el agua.

—Dentro de un momento —me dijo Máximo con el torso desnudo, él también— voy a pasar un buen rato a caballo, en la carretera.

—¿Y además, vas a verla de nuevo?

—¿A quién?

—¡A Eugenia, pardiez!

—Sí, ¡tendrá un gesto glacial y se guardará de preguntarme ninguna noticia del baile! Además, sus mejores amigos no estaban allí, se han quedado en Saint-Cloud, como muestra de simpatía. No he visto ni a la embajadora de Italia ni a la princesa de Metternich.

—¿Es celosa? ¿Sufre?

—Sí, es celosa y sufre sin amar.

—Pero ¿sufre? ¿Siente sufrimiento?

—Ella no, su orgullo. Su amor materno. La esposa y la soberana que hay en ella.

—¡Oh! —exclamé—. ¡Cómo me gustaría verla, verlos a los dos!

Máximo se acercó misteriosamente a mí:

—Te los enseñaré quizá...

—¿Por el agujero de la cerradura?

—Mejor que eso.

No quiso decirme más. Estábamos ya preparados. Un soldado le trajo su caballo al patio. Nos estrechamos la mano y le miré largamente. No he conocido nunca a nadie que tuviera la fisonomía más cambiante que Máximo. En aquel momento había recobrado su serenidad un poco burlona. El rostro aparecía pálido por la noche sin dormir, pero sus ojos brillaban, grises y vivos, y su boca sonreía con su aire de ternura desenvuelta y espontánea. No sé por qué me sentí emocionado. Quería decir algo a Máximo, que expresara mi amistad, mi placer, mi angustia. Balbucí solamente:

—Hasta la vista, Máximo... Hasta la vista... Y ánimo...

Se alzó de hombros. Minutos después, le vi alejarse al galope, a lo largo de los malecones, con sus portapliegos volando a su costado, como una gran mariposa, y rebrillando su sable bajo los primeros rayos matutinos.

## VIII

MIENTRAS LA CORTE ESTUVO EN SAINT-CLOUD, tuve varias ocasiones de ver de nuevo a Máximo. Luego, en primavera, la corte se trasladó a Compiégne. Me encontré un poco solo. Entre tanto, el señor Havelotte consiguió una audiencia del Emperador con motivo de un hospital que hacía él construir en su distrito, fue a pasar una mañana en Compiégne y me llevó con él. Lo cual aproveché para avisar a Máximo. Durante la audiencia, pude pasearme con él por la selva.

Iba con uniforme de diario y sin sable. Le encontré así más esbelto y más encantador que nunca, un poco triste sin embargo; a mí mismo, me inquietaba una solapada melancolía. Durante el trayecto, en el tren, el señor Havelotte me dictó unos borradores de cartas y luego se dedicó a perorar sobre los acontecimientos del día hasta el punto de producirme jaqueca. La proximidad de la guerra, que se decía fatal y que excitaba todas las conversaciones, me llenaba de angustia. Pregunté a Máximo qué pensaba de todo aquello. Hizo un gesto vago.

Caminábamos en silencio. El follaje no era todavía frondoso y flotaba un olor a hojas muertas y a madera húmeda. Pero salió el sol, caldeó aquel olor y reanimó el verde lustroso de las hojas. Nos adentramos por estrechos senderos cuyas revueltas nos ocultaban su huida, dándonos la ilusión de la espesura. En cada recodo esperaba yo encontrar una sorpresa. Máximo, me hacía admirar, de cuando en cuando, un paraje. Pero mi espera contenía mi admiración. Hubo un momento en que me pregunté si lo que yo deseaba encontrar así no era algún paisaje semejante a uno de los que había visto en mi niñez. Porque si tenía yo escasos recuerdos de un bosque e incluso de la naturaleza, cada uno de aquellos habíame dejado una honda impresión. Y al encontrarme otra vez en aquella selva los evocaba todos; eran recuerdos de breves vacaciones pasadas, hacía ya mucho tiempo, con mi padre y mi madre, en alguna campiña normanda, o unos paseos en *break* por las cercanías de París, con una parada en una granja y el tazón de leche cremosa. Algunos paseos también, del brazo de María Rosa. Aquellos recuerdos se superponían en mi corazón, pero acompañados siempre de una extraña insatisfacción, la misma insatisfacción que sentía en aquel momento, bajo el toldo frescamente



verdeante de los árboles de Compiègne y al lado de Máximo, soñador y angustiado como yo. Pero su ensoñar y su ansiedad debían diferir de los míos y ser tan incomunicables como ellos. Por eso era preferible no decir nada. Me sentía solamente contento de que él estuviese allí, y de que se sintiera contento a su vez, de hallarme junto a él. Y después volvía a meditar más profundamente sobre mi propio infortunio.

Aquellos senderos, aquellos claros, aquella selva donde me adentraba hoy, como aquellos en que me había adentrado en otro tiempo, conservaban con respecto a mí una reserva casi ofensiva. O bien, era yo el que no lograba conmoverme a su contacto. No podía admirarlos por entero, entregarles por completo mi entusiasmo y mi confianza. Sabía yo cual hubiera sido mi deber. Era el de exclamar: «¡Oh, qué hermoso es! ¡Qué bella es la naturaleza! ¡Mi alma entera pertenece a la selva, al cielo, a los elementos, a este olor a primavera en que quiero disolverme!». Pero el pensamiento de mi condición resurgía en mí, como resurgía, en mi infancia, el pensamiento de que era yo un niño, con su padre y su madre, lo cual es ridículo y extraordinariamente miserable. Ahora también me sentía extraordinariamente miserable. Y mirando de reojo a mi compañero, le veía disfrazado como un niño en una fiesta familiar. «Valemos tanto el uno como el otro —pensé—. Y aquí, entre los insectos que frecuentan estos bosques, pasamos como personas extrañas. Para que la selva me gustase, tendría yo que ser igual a ella». Sentía que éramos, ella demasiado extensa, yo demasiado indigno.

«Pues bien —me respondía la selva, ¿qué falsa vergüenza es ésta? ¿No estoy aquí justamente para consolarte? Los hombres son malos, pero yo... A mí precisamente es a quien hay que acudir, diciéndote que estoy hecha para mecer tu alma incomprendida». Solté la carcajada. ¡Mi alma! ¡Mi alma incomprendida! ¡Se trataba realmente de mi alma! «Está bien —repliqué—. Me encuentro quizá todavía en los límites de un niño. Un niño regañado, humillado. Pero es el único punto que tengo de común con los niños. Y no se me puede hablar ya como a los niños, a quienes se entretiene con cuentos. A quienes se hace creer que, aun siendo muy pequeños, su corazón es grande, su alma generosa, su bondad gigantesca...».

Entonces, aferrándome de nuevo a los senderos y a los claros, les decía: «Tenéis otra cosa que decirme. Que decirme a mí, Teodoro Quiche, a mí en particular. Algo preciso y que me interesa. No me extenderé en absoluto hasta vosotros, sois vosotros los que os adaptaréis a mi lenguaje y le encontraréis su más secreta expresión. No os pido que seáis la bella naturaleza, inmensa, maternal y todo lo demás. Os pido, sí, que toméis ese pequeño aspecto

misterioso, familiar, confidencial y que me mostréis esa peña, esa brizna de hierba, esas colas de caballo antiguas y ese trecho de camino blanco a cuyo final voy a entrever la revelación de mi porvenir. Porque decidme, más adelante ¿voy a vivir? Sí, ¿es esto lo que me anunciáis? Voy a ser... ¿El qué? ¿Cómo se llama eso? ¿Rico? Sí, rico. Cuando un miserable sueña que llega a rico, los ricos no pueden imaginar lo que eso representa. Es como un instante de locura, una canción que se eleva, venida de no se sabe dónde, el vino de la juventud, una brizna de hierba en los labios, y una dulce, dulce criatura que avanza por entre las ramas y que abre de par en par las puertas de la casa... Puedo, por tanto, llegar a ser rico. A algo mejor aún: libre. Sí, he hecho bien en venir a pasar esta mañana en los bosques para enterarme en ellos de que puedo llegar a ser libre. Esta es una inolvidable revelación. Rico, libre ¿qué más? ¿Feliz? No, esto no significa nada. Pero la libertad, sí, esta palabra hace hervir la sangre en las venas».

Y entonces me negaba a contemplar la selva y a perderme en ella, pero tendía todos mis sentidos hacia la romanza que empezaba ella a cantarme y que se desvanecía como un fantasma y luego continuaba, insidiosa, henchida de esperanza. ¡Extraña manera de utilizar las selvas!

—¿De qué te ríes? —me preguntó Máximo.

—Estoy muy ocupado.

—¡Ah! ¿sí?

—Estoy dudando entre la vida y la muerte.

Él repitió: «¡Ah! ¿sí?». Y yo proseguí mi meditación. «En efecto —pensé — emocionarse universalmente, sumirse en brazos de la naturaleza, extasiarse sobre su seno, y muy quedamente, pedirle esa confortación balbuciente, ese murmullo maternal e idiota que reclaman los niñitos llorones, es buscar la muerte. Todo lo que atrae aquí, esas ramas temblorosas, esa ráfaga acariciadora, esta promesa de sol y de calor y esas aguas dormidas, allá lejos, es la muerte. ¡No lo quiero! ¡Sería demasiado fácil! Otra cosa me habla, otra cosa me llama...».

Entonces así la mano de Máximo y le dije:

—Los hombres quieren morir, ¿verdad?

Esta pregunta coincidió sin duda con una de las vías de su propia meditación, porque me respondió sin sorpresa y con una profunda y amarga convicción:

—Es lo más sensato que pueden hacer. Una vez que han comprendido cuál es su fin, lo mejor para ellos es conformarse con ello alegremente y prepararse a ello lo antes posible.

—Máximo —le dije—, me hablas así porque te encuentras en un día de desaliento. Estás deprimido, un veneno se infiltra en ti. Pero te he hallado en reuniones nocturnas, te he visto hacer el signo de la vida, sé que no piensas lo que acabas de decir. Los hombres quieren morir, es seguro: aman el aniquilamiento del que no pueden librarse, lo adornan con maravillosas seducciones. Lo buscan por todas partes, en todos los momentos de su existencia, en la mesa, en el lecho, en el concierto, en la guerra y en el amor. Lo hacen tan amplio como el universo y hacen del universo una tumba. Pero tú, y nosotros...

Entonces Máximo levantó la cabeza, sus ojos brillaron. Mostró su leve mueca burlona, pero en la que yo leía un afecto trémulo y desmesurado. Me dijo:

—¿Tú sabes eso?

—Nadie me lo ha enseñado. Pero eso estaba seguramente en mí, desde mi nacimiento y no ha hecho más que crecer. Ahora, quiero escucharlo de tu propia boca.

—¡Ah! —exclamó, apretándome la mano—. ¡Estábamos realmente hechos el uno para el otro!

—¿Es que lo has dudado alguna vez, Máximo?

—No te enfades —dijo él, abrazándome—. Pero ¡estoy tan solo! Es como si unos buenos padres, esos de que hablas ¿sabes? y que conocen todo lo del porvenir de los hombres, se hubiesen marchado al final de la fiesta, dejándome solo con mi pobre uniforme de teniente y con unos secretos demasiado pesados de llevar. Pero has llegado tú, Teodoro, y basta con que demos unos pasos emparejados para que se despierten en nosotros los mismos pensamientos. Empiezo a creer que hemos recorrido todos estos años hasta aquí solamente para reunirnos en un punto fijado de antemano y no separarnos ya nunca.

—¡Oh, Máximo! —repliqué con lágrimas en los ojos—. Si tú y yo no nos separamos ya, sabiendo además lo que sabemos, será demasiado hermoso...

—Sí, no será posible —dijo él, moviendo la cabeza.

Y al cabo de un momento de silencio, prosiguió:

—Entonces, Teodoro, ¿has visto que quieren todos morir, hasta los que no lo saben, hasta los que no han reflexionado en esta terrible obsesión que los lleva al extremo de la espiral? Les importa tan poco vivir que sus religiones han rechazado la vida más allá de la muerte. ¡La muerte! Ahí es adonde vienen siempre a parar. Todas sus imágenes, sus satisfacciones, sus grupos son abras de muerte. Pero tú ¿no piensas ya en la muerte, verdad?

—Nunca más.

—¿Bajo ningún aspecto?

—Ya ni bajo el de estos árboles, estas savias y estos follajes. Hace un rato me has preguntado por qué sonreía: es que me negaba, una vez más, a pensar en ella.

—Bien —dijo Máximo—. Bien... Lo que deberíamos enseñar a los hombres, pero es muy difícil y no se puede llegar a ello más que por lentas aproximaciones, sería a pensar en otra cosa. En lo que han hecho una vez y que no quieren ya recomenzar jamás...

—¡A nacer! —exclamé.

—Sí, a nacer —repitió Máximo—, a nacer por segunda vez. No ya a morir. Sino a renacer.

Permanecemos silenciosos, entre la columnata de gruesos troncos, en el olor del suelo oscuro y del musgo, los dos estremecidos y semejantes, bajo la bóveda de los follajes, a dos hermanos gemelos en el hueco del hueco que van a romper. Sentía yo la mano de Máximo temblar en la mía, le miraba, él me miraba también: nos reconocíamos el uno en el otro. Pensaba yo que él sabía mi porvenir, que yo llevaba el suyo en mí. No había ninguna de sus angustias que no me sintiera dispuesto a adivinar y a sufrir. Al mismo tiempo, yo le cargaba con el cuidado de resolver todo mi pasado. Volvimos lentamente, hacia el palacio.

—Ahora —murmuró él— somos dos.

Mis ojos buscaban alrededor algo que compartir, una rama ganchuda, unas flores que fuesen parecidas. Hacía poco había yo visto junquillos. Pero en aquel lugar no había flores.

—¿Cuánto llevas encima? —le pregunté.

Abrió su bolsa, que contenía treinta y ocho francos.

—Ganas tú —le dije— pero no por mucho. Yo tengo cerca de cincuenta. Toma mi bolsa.

—¿Cómo?

—Tómala, te digo, y dame tu dinero. Lo que es del uno es del otro. ¿Y qué mejor podríamos intercambiar que nuestro dinero? Es la sangre de nuestra sangre, la de nosotros, los pobres.

Salimos de la selva. Un inmenso tapiz de césped se extendía ante nosotros.

—Sí —dije—, ahora somos dos: es para cada uno de nosotros una primera manera de renacer. Hay otras que abordaremos juntos. Adiós, Máximo.

¿Vuelves a palacio? Yo estoy citado en la estación con mi buen Havelotte.  
¿Nos volveremos a ver pronto?

—Me sentía atrozmente desdichado hace un rato, Teodoro. Ahora, me siento transfigurado. Gracias. Sí, nos volveremos a ver pronto.

Le miré, y en efecto su rostro respiraba valentía y serenidad. Repitió:

—Gracias, Teodoro.

—Sé qué horas te esperan, qué días. Pensaré en ti durante mis horas y mis días. Hasta la vista, amigo mío.

Nos estrechamos fuertemente las manos. De regreso a París, volví a encontrar allí la primavera. Aquella primavera que había visto iniciarse apenas en Compiégne, estallaba en París, iluminaba los castaños de las avenidas, llenaba con su perfume las terrazas de los cafés. Fui a ver a María Rosa, sentada, vestida del todo, en su lecho, con la pierna rígida. Se encontraba mejor, pero la inmovilidad la empalidecía. Los gorros en que trabajaba estaban esparcidos a su alrededor.

—Tenía que haber entregado tres docenas ayer —me dijo—. No había hecho más que una veintena. Este accidente me ha ocasionado un gran retraso.

—Estará usted curada muy pronto, María Rosa, y saldremos juntos. ¿No sabe usted que la primavera está ahí? No puede usted sospecharlo, desde esta ventana que da a un patio tan triste. Pero el taller de su padre está lleno de sol.

—¡Oh, cómo quisiera salir! —suspiró.

Una semana después empezó a salir, apoyándose en mi brazo. La llevé a dar un paseo en «fiacre». Ella miraba a su alrededor y respiraba con avidez. Al domingo siguiente fuimos a la barrera del Trono y nos sentamos en un merendero, donde había música. Había tanta gente y tanto calor en torno nuestro, que todo se me aparecía posible. Estábamos sentados en un cenador. Rodas de sol resbalaban sobre el cuello y los brazos desnudos de María Rosa. La miré con atención: sus mejillas habían recobrado sus colores, sus ojos brillaban. Me sonrió y, luego, con su voz sorda, me preguntó:

—¿Por qué me mira usted así, Teodoro?

—María Rosa —dije, asiéndole la mano—. María Rosa...

No pude seguir: una oleada de exaltación me sofocó. Pero apreté la mano de María Rosa, acaricié la palma, la yema de los dedos donde las agujas habían dejado una redecilla de pequeños pinchazos. Contemplé aquella mano un poco gruesa, de uñas cuadradas y cuidadas, de dedos largos, y atrayéndola hacia mí por encima de la mesa, la mordí en el pulgar. María Rosa lanzó un gritito y quiso retirar su mano.

—¿Qué edad tiene usted, María Rosa?

—Diecinueve años.

—María Rosa, si la pidiese que fuera mi esposa, ¿qué diría usted?

—Diría que está loco —respondió ella con tristeza—. ¿Qué puedo yo hacer en su vida?

—¡María Rosa! —exclamé—. No sé lo que será esta vida. Pero si usted no quiere entrar en ella y acompañarme hasta el final, la viviré completamente solo, ¿oye usted? Déjeme hacer, espere, no sabemos lo que puede ocurrir, pero se lo suplico, tenga confianza. La amo, María Rosa. No se lo he dicho nunca, pero usted lo sabía y yo también.

—Teodoro —balbució ella—, todo nos separa, sobre todo ahora que está usted a punto de triunfar... Antes, tal vez...

—¿De triunfar? ¿De triunfar en qué? No sé en absoluto adonde voy.

—Va usted a obtener sin duda un empleo: ignoro cómo se hacen estas cosas...

—Si obtengo un empleo que me permita vivir con usted, será mi esposa.

—¿Y qué diría la gente? ¿Su familia? No, Teodoro, no hay que pensar en eso.

—Voy a hacerle una pregunta, María Rosa... ¿Contestará usted?... Dígame, María Rosa, ¿ha amado usted ya?

Denegó con la cabeza. Proseguí:

—¡Qué bonita es usted, María Rosa! ¡Cómo me gustan sus ojos! ¿Me ama usted un poco?

—No quiero —murmuró ella.

—¿Qué es lo que no quiere?

—Amarle... Sin embargo —añadió con torpeza— es usted a quien prefiero... Sí, de todos los que vienen a casa, es usted el preferido.

—¿Me prefiere usted incluso a Máximo?

—¿Quién es Máximo?

—El teniente. Como usted sabe es ya mi mejor amigo.

—Me parece muy amable, aunque haya estado a punto de matarme —dijo ella sonriendo—. Pero no le quiero. Con amor al menos.

—¿Y a mí, María Rosa, y a mí?

Le apretaba la mano, acariciaba su muñeca y su antebrazo. Estuvimos a punto de tirar la botella colocada entre nosotros y eso nos hizo reír. Entonces, cambié de sitio y fui a sentarme junto a María Rosa, en su banco. Volvió la cabeza hacia mí y vi sus ojos llenos de lágrimas y sus labios tensos y trémulos.

Regresamos lentamente, por entre la multitud, cogidos de la cintura. Yo hablé del porvenir. La expliqué que el porvenir, si no era loco, no era el porvenir. Para aceptar el vivir había que tener ante sí un porvenir absolutamente increíble.

—Conozco el porvenir —me respondía ella con obstinación—. No seré su esposa, Teodoro, pero seré lo que usted quiera. Seguramente es mejor así.

—¡No quiero saber nada de su porvenir! No, por adorable que sea para mí, lo que usted dice, no lo quiero. Quiero un porvenir en que usted sea mi mujer. Este será un verdadero porvenir, difícil, sí, y digno de nosotros.

—Quiere usted destruir su vida, Teodoro.

—¿Qué vida? La que quieren hacerme, no la mía. La mía está con usted, María Rosa.

—Tengo miedo —dijo ella.

Los días siguientes los dediqué por entero a la primavera y a mis fantasías del futuro. Los rumores de guerra que aumentaban sólo servían para acrecer mi gozo. Me sentía apremiado para cumplir un acto singular. Las cosas menos risibles me hacían reír. Cuando el señor Havelotte me dirigía sus frases habituales me daban deseos de darle unos golpecitos en el vientre. Su mujer, cuando nos cruzábamos en un recodo del piso me miraba con sus ojos brillantes y me lanzaba:

—¿Cuándo? ¿Hoy?... ¿No?

Yo la besaba apresuradamente y la decía:

—Hoy, imposible. Tu marido me retiene todo el día.

—Teo, ya no me amas.

—¡Te adoro! —le decía escabulléndome. Pero ya no quería verla, ni tampoco a mis primas, cuyas niñerías me irritaban, pero con una irritación que explotaba enseguida en júbilo. Parecíame estar en una pajarera y que me tapaba los oídos riendo, pero los gorjeos aumentaban y ya no sabía si deseaba librarme de ellos u oírlos estallar, por el contrario, con mayor violencia... Y entre tanto se hablaba de la guerra y esto también me regocijaba. «Puesto que quieren hacer la guerra, ¡que la hagan! ¡Y que el mundo entero se vuelva loco!». Escribía a Máximo cartas interminables. Él me respondía en el mismo tono. Yo le llamaba: «¡Máximo, amigo queridísimo! ¿Cuándo vuelves? ¡Tienes que estar aquí para todo lo que vamos a vivir!». Era una fiebre deliciosa.

La corte regresó a París unos días antes de marchar de nuevo a Saint-Cloud. Vi otra vez a Máximo, pasé con él una hora muy agradable y luego, la acompañé a las Tullerías. Teníamos todavía muchas cosas que decirnos.

—Ven a mi cuarto —me dijo—. Voy a cambiar de traje.

Estábamos entonces en el vestíbulo, al pie de una estrecha escalera de mármol. Sonó un golpe de gong.

—¿Oyes? —me dijo Máximo, inmóvil, con el dedo levantado.

—¿Y qué?

—Es ella.

Y en voz muy baja:

—Está en su habitación y le llama. Quiere verle a solas. Él está sin duda en su gabinete, que da al jardín. Va a pasar por aquí. Ven.

Abrió una puerta y me empujó dentro de un reducido aposento donde varios ujieres, sentados en unas sillas charlaban entre ellos. Cruzamos aquella habitación y nos encontramos en un largo y oscuro corredor, iluminado de trecho en trecho por un tragaluz y que descendía en pendiente. En el suelo, se alargaban unos raíles e iban a confundirse en las tinieblas. Recordé haber entrevisto ya aquel corredor.

—Teodoro —me dijo Máximo, cogiéndome del brazo— ¿quieres verles?

—¡Oh! —exclamé. Y mi corazón latió precipitadamente.

—Voy a comunicarte un secreto... Ahora, soy el único que lo conoce... Ven.

Dimos unos pasos por el corredor, luego ante un tragaluz, Máximo se detuvo y pareció orientarse. Su mano tanteó el muro. Una puertecita se abrió ante nosotros.

—¿Tienes cerillas? —me preguntó.

Rasqué una cerilla y seguimos una estrecha y oscura galería; luego, mis pies tropezaron en un peldaño.

—Subamos —me dijo Máximo.

Y mientras subíamos aquella escalera:

—Hubo un chambelán de Luis-Felipe que conocía este camino. Era amigo de mi tío. Ahora, nadie sabe ya nada de esto.

Añadió riendo:

—¡Eh, eh, Teodoro! Vamos a ser los últimos testigos.

—Pero ¿adonde lleva esta escalera? —pregunté.

—Hay, en un rincón del gabinete de la Emperatriz, un cuartito. Ahí celebran sus conciliábulos. Vas a ver...

Empujó una puerta y salimos a la luz. Estábamos en una especie de alcoba, amueblada con tres sillas Luis XVI de maderas doradas, de rasos descoloridos y desgarrados. Ante nosotros, por el vano de aquella alcoba,



entreví el rincón de un saloncito deslumbrante, plantas verdes, dos hermosos sillones mullidos.

—Aquí —me dijo Máximo— no nos ve nadie. Acerca tu mano: lo que te parece vacío lo ocupa un espejo de luna con pie, transparente para nosotros, pero que sirve de espejo por el otro lado. ¿Lo sospechabas? Van a venir aquí, van a hablar delante de nosotros. Siéntate: estás presenciando una comedia.

Mis piernas temblaban. Me desplomé sobre una de las sillas Luis XVI. Y empecé a darme cuenta de aquel lugar. Delante de mí había un cuartito o más bien la otra parte de la alcoba en donde nos encontrábamos, la parte de la que nos separaba el falso espejo. Aquella parte estaba amueblada sencillamente con los dos sillones que había yo visto; y lo que divisaba por la puerta, era una esquina del amplio gabinete de trabajo de la Emperatriz al fondo del cual, junto a una alta ventana, habían acondicionado un jardincito de invierno. De allí venía aquella luz que me había deslumbrado. En una pared de la alcoba, sobre un estante, brillaba un relicario dorado, con un cristal, de estilo español y que encerraba sobre un pequeño cojín de raso rojo, unos huesos. Máximo, vino a sentarse a mi lado.

—Aquí es —musitó— donde aparecía siempre el hombre de rojo, ya sabes, el que predecía las catástrofes, el que surgió ante María Antonieta...

—¡Hace mucho calor! —balbucí, secándome el sudor que corría desde mi frente. Luego, me estremecí: acababan de sonar unos pasos. Una voz bien timbrada dijo:

—Qué, Luisa, ¿no está ya aquí la Emperatriz?

—Su Majestad acaba de pasar a su habitación, Señor —respondió una voz femenina— pero vuelve enseguida.

—Nos dejará usted solos —añadió el Emperador.

Entonces, frente a mí, como si nada nos separase, vi llegar al César. Tiró de la puerta tras él sin cerrarla del todo y su mirada se cruzó con la mía. Me levanté. Máximo me cogió del brazo y me obligó a sentarme de nuevo. Comprendí que el Emperador no me había visto: se había mirado al espejo. Así permaneció un momento, inmóvil, como contemplándose en mí; se llevó la mano a sus ojos, acarició las arrugas de sus párpados, retorció las puntas de su bigote, teñido de negro. Estaba muy pálido, con una blancura de yeso, realzada, en los pómulos, por dos rosetas de maquillaje rojo. Me quedé aterrorizado ante aquella mirada desesperada que me dirigía. Así la mano de Máximo como para agradecerle el privilegio monstruoso que me hacía compartir allí y gracias al cual podía yo interceptar traidoramente el mensaje de un hombre a solas consigo mismo.

El Emperador vestía el uniforme de diario de general, con el dormán de alamares negros y la placa de la Legión de Honor en el costado. «¡Pardiez! — pensé—. Él puede ponerse cualquier vestimenta, hasta la más sencilla. Pero, en estas condiciones ¿le divierte acaso lucir trajes? Tiene toda clase de ellos y no tiene ninguno. Ninguno que pueda él considerar como suyo, el que ha ganado, el que le conviene y le define. No es más que un maniquí a quien sientan bien todos los uniformes. ¿Por qué no está vestido de zuavo, o de bombero, o de obispo, o de académico? Puede ser todo eso si quiere, y no ser nada de eso, al propio tiempo». Llegaban hasta aquí mis reflexiones cuando la puerta se entreabrió de nuevo, rápida, y apareció la Emperatriz. No vi al principio más que una mancha roja, y en un relámpago de blancor, unos ojos negros que pasaron abrasadores, mientras Máximo clavaba las uñas en mi mano.

Llevaba ella una de aquellas blusas de franela roja que llamaban «garibaldis», y una falda de raso negro. Bajo aquel vestido interior, íntimo, que hacía resaltar su pecho y sus caderas, encontraba yo un no sé qué provocativo que no dejaba de recordarme la excitación que producía en mí María Rosa, sobre todo cuando estábamos entre una multitud popular. Olfateando con ansia me pareció respirar el olor de aquella mujer, el olor de su transpiración; creí que tocaba sus hombros prietos, sus senos duros, el vello negro de sus axilas, la parte de su cuerpo más cuadrada, la que mejor se adapta en el abrazo. Su cuello sobresalía grácilmente de su blusa y su cabeza era pequeña y ágil. Su boca fina, entreabierta, parecía pronta a expresar vivos sentimientos; sus cejas estaban ennegrecidas con un trazo de lápiz y su rostro empolvado. Quizá había un poco de pintura en sus pómulos. La cabellera estaba apretada en ondulaciones leonadas, densas, en las que parecía reconocerse el trazo de pulgar vivificante de un escultor genial. Permaneció en pie, en el marco de la puerta, con la cabeza un poco levantada y la mirada burlona. Napoleón se volvió, apartó uno de los sillones, se inclinó hacia ella y la besó en el cuello, con un beso incisivo y salvaje. Luego dijo con su voz cálida, y como complacido:

—Buenos días, princesa de Trebisonda.

—Buenos días, príncipe Negro.

Había respondido ella en voz baja, rápidamente, como si cumpliera un rito, y luego, con la misma rapidez, añadió:

—Buenos días, guapo criollo...

Sentóse él en uno de los sillones. El fulgor que había parecido brillar un instante en sus ojos, se extinguió. Ella tomó asiento frente a él, y en un tono

de compasión y de desprecio, murmuró:

—¡Mi pobre Luis!

—¿Qué hay? —dijo él alzando la cabeza.

—¡Cómo estás! ¡Contempla tu cara! ¿Cuándo vas a tener juicio?

Sonrió él con un gesto a la vez un poco fatuo y un poco triste; después, moviendo la cabeza y en tono de melopea, murmuró:

—Princesa de Trebisonda, reina de Saba, Jimena, Jimena... ¿Qué otra cosa quieres de mí? ¿Por qué atormentarme tanto y atormentarte tú misma? ¿A qué vienen tantos reproches? ¿No te he dado ya un reino?

—El más bello reino bajo el sol.

—Tienes a Francia en tus manos.

—Ahora, es ella la que me tiene en las tuyas. No me atrevo ya a mover un dedo. ¡Bonita es su libertad! Heme aquí en estas Tullerías como en una ratonera.

Él se atusó su bigote y no contestó nada. Era algo prodigioso aquella habitación en que estábamos los cuatro, sentados unos enfrente de otros, pero donde dos de los presentes se creían solos, invisibles y hablaban entre ellos. Yo contenía la respiración, como si pudiesen oírla. Apretaba la mano de Máximo, toda ardorosa en la mía. A veces cambiábamos una mirada sobrecogida. La emperatriz prosiguió, y su tono se hizo vehemente y como espinoso:

—Lo que te digo, Luis, como sabes muy bien, no es ya por mí. Mi tiempo ha pasado, y ya no pido nada. Pero es por el niño. Sí, tú me has dado mi reino. Había yo soñado con grandes alegrías y grandes fiestas. Ellos no han querido o quizá yo no he sabido. Tú también ¡te hiciste a ti mismo tan bellas promesas! Les hemos construido asilos, les hemos... ¡Oh, me hubiera gustado tanto ser amada! Creo que no tienen sangre en las venas, no saben amar. ¡Qué le haremos! No nos hemos entendido. Asunto terminado. ¿No es cierto, Luis?

Él alzó la cabeza y en tono de protesta:

—¡Jimena, Jimena! Eres injusta.

—El amor es injusto. Hay que creer que he seguido siendo española, y que tienen ellos razón en llamarme siempre la Española. En mi patria, se sabe amar.

Miré a Máximo que se alzó de hombros. La Emperatriz continuó:

—Ahora, se acabó. Pero yo quiero, ¿lo oyes, Luis?, yo quiero que el niño sea más feliz que nosotros. Quiero que tenga un bello reinado y un bello pueblo, que despierte de su sopor, que olvide su odio, realmente amoroso. Si

renuncias a ocuparte de él, yo sabré defender mi reino. ¡Por el pequeño! ¡Por el nuevo Príncipe Negro!

El Emperador levantó sus pesados párpados y vi entonces su mirada vaga y desolada. Miró largo rato a la Emperatriz y murmuró:

—¿Todo esto significa que tendremos la guerra?

—Todo eso significa que yo no busco ya la gloria ni la aventura, como tú me lo has reprochado tantas veces, y como ellos también me lo han reprochado en tantas ocasiones. A mí, Luis, te lo repito, todo me es igual, sí, más aún que a ti mismo. Pero quiero defender el porvenir del niño.

—Yo les he dado, sin embargo, una linda emperatriz —dijo él soñadoramente.

—Has querido hacer nuestra felicidad, la mía y la de ellos, esto es cierto. ¡Bah! Tengo mi propia conciencia, que se consolará en el otro mundo. ¡Oh, Luis! —exclamó ella bruscamente, bajando la cabeza— no quiero ya pensar más que en nuestro hijo. ¡Si tú supieras cómo, en Port-Said, pensaba en él, en ti y en todo lo que vamos a hacer por él...!

Se llevó el pañuelo a los ojos. El emperador tendió la mano hacia ella y, con mucha dulzura, la dijo:

—Pues bien, tú eras realmente entonces mi reina de Saba...

—Eran tan hermosos, aquel viaje, aquel sol, Luis, y ese pensamiento en mi corazón que ya no me abandonaba... Ve uno tan claro cuando se está lejos... Se olvida todo lo feo. No pensaba ya en Persigny, te lo aseguro, ni en Napoleón, ni en todas esas gentes que me detestan. ¡Ah, yo no era ya, entonces, Badinguette!

—Mi pequeña reina... Eres siempre mi pequeña reina, demasiado sensible, demasiado orgullosa.

—No hay que dudarle, Luis —dijo ella levantando la cabeza—. Te pido por segunda vez mi reino, no ya para mí, sino para el niño. Un trono, no una picota. Hay que volver a ocuparse de todo esto, Luis, destruir Prusia, reconquistar el pueblo. Olvida lo que te he dicho: yo no les guardo rencor, les amo más de lo que ellos piensan. Pero no quiero que el niño sepa lo que he pasado. Metternich y Nigra están de nuestra parte, me lo han prometido. Tu señor Ollivier no admite ya mi presencia en el Consejo, pero no puede impedirme trabajar ¿verdad? Y yo trabajo. Tú te has dejado arrastrar a una aventura de la que ya no puedes salir, con tus republicanos: cuantas más libertades les das, más nos insultan. La victoria nos permitirá volver atrás. Los malos días quedarán borrados, acabará por fin la pesadilla. ¿Me oyes, Luis? No puedes dejar de querer esto.

Él inclinó la cabeza. Guiñó un ojo en la hinchazón de la carne lívida.

—Nigra se burla de ti.

—¿Que Nigra se burla de mí? —repitió ella como en sueños.

—No se burlará más cuando nos hayamos separado de Roma.

—¿Roma? —repitió ella de nuevo—. ¡Oh, Luis! No consiste todo en poner a Europa de nuestra parte. Se puede también poner de nuestra parte al cielo.

—¡Dios mío! —suspiró él—. ¡Qué extraña conversación entre un hombre y una mujer!

—Alemania del Sur...

—¿Alemania del Sur, qué?

Él retorció su bigote, y añadió sonriente:

—¿Estás tan segura de Alemania del Sur como del cielo?

—Luis —respondió ella mirándole fijamente— estoy segura de todo menos de ti.

—Querida —prosiguió él, siempre sonriente—, yo no estoy seguro de nada, excepto de ti... Feuillet debería oírnos, y nos haría figurar en sus proverbios. A fuerza de ver comedias, no decimos más que bagatelas. Y podemos darnos por contentos sabiendo que son bagatelas. Pero en resumidas cuentas, no sabemos siquiera lo que decimos.

—Si tú no lo sabes ya, yo lo sé por ti.

Hubo un silencio muy pesado, y luego el Emperador continuó lentamente:

—¿Por qué no quieres admitir que estoy enfermo, Eugenia? No tanto como dicen, sin duda. Corvisart exagera. Exageran todos. Pero en fin, estoy enfermo. Necesito reposo, lo mismo que Francia. ¿Qué importa que nos insulten? ¿Qué importa que sean ingratos con nosotros si, de todas maneras, gracias a nosotros goza este pobre pueblo de la libertad que necesita? Gobernar es, con frecuencia, prever, aceptar y dejar hacer.

—Pero ¿y tu hijo, Luis? ¿Tu hijo? Tienes un hijo.

—Heredará un imperio apacible, próspero, en que los periódicos publicarán su caricatura.

—¿Su caricatura? Pero ¿estás loco, Luis? ¡Yo no podría soportarlo!

—¿Qué quieres? No se da dos veces seguidas un golpe de Estado. He aquí al menos una operación que le habré evitado.

—Tú no lo sabes. Se verá quizá obligado a darlo él.

—No se lo deseo.

—Y entonces le llamarán tirano. Las cárceles rebosarán de víctimas, hará fusilar, deportar. ¡Luis, nosotros podemos evitarle eso! ¡Podemos evitárselo

todavía! ¡Lo podemos todo en este momento, podemos asumir todas las cargas por él, y todas las responsabilidades!

—El Consejo —dijo él fríamente, mientras un reloj daba unas horas—. Adiós, Jimena. ¿Marchas hoy a Saint-Cloud? Iré a reunirme contigo mañana.

—¿Qué decides?

—Nada urge. Espera al plebiscito: será un triunfo aplastante para nosotros, para tu hijo. Tendrá así el poder de su pueblo, bajo un régimen liberal y culto. Estas son cosas que tú no puedes comprender; eres demasiado de Trebisonda para eso. Pero, créeme, Eugenia, créeme.

—Deberías hablar con Nigra<sup>[7]</sup>.

—Sí, ya lo sé. Hubiésemos podido aprovechar la ocasión en Sadowa, Bismarck es un peligro público. Vaya, adiós, Jimena. Has sido divinamente bella. Me sorprende que lo hagas tan mal en escena. Porque realmente —dijo recobrando su sonrisa burlona— en escena resultas detestable.

—Yo no sé desempeñar más que los papeles que siento —replicó uilln— y ya no hay más que uno que sienta.

—¿Nada más que uno? —dijo él con coquetería, asiéndole la mano—. ¿Sólo uno, de verdad? ¿Están olvidados los otros papeles?

Ella suspiró. El Emperador le besó la mano, y la frente.

—Vete, querido —dijo ella muy bajo— te amo, sí... Ollivier te espera, vete.

Lanzó él un último vistazo al espejo, y capté otra vez su mirada vaga. Pareció a punto de hablar, luego se contuvo, sonrió de nuevo; aquella sonrisa acabó en un rictus amargo que despegó los labios, e hizo temblar la perilla. Y volvió la espalda. Ella salió tras él, dejó la puerta abierta y pudimos ver la rosa roja de su «gari baldi» destacarse sobre el follaje verde del salón caldeado excesivamente. Sonó una campanilla. Oímos la voz:

—Los *poneys*.

Luego los pasos ligeros y vivos que se alejaban, y un portazo. Nos quedamos solos, Máximo y yo, sentados uno al lado del otro ante la escena vacía.

## IX

LOS ACONTECIMIENTOS SE PRECIPITABAN: EL PLEBISCITO, el 1.530.000 votos negativos, el tercer proceso de la Internacional, la candidatura Hohenzollern. Vivía yo entre la angustia y el torbellino. La noche del 14 de julio, en la comida, anuncié que la guerra estaba declarada o a punto de serlo al día siguiente. Lo sabía yo por Havelotte, a quien vi en su casa, a su vuelta de una sesión del Cuerpo Legislativo. Tía Valeria se enjugó los ojos. Adelaida tiró su vaso. Clemencia la regañó:

—¡Calma! Nosotras, las mujeres, debemos dar ejemplo de calma y de sangre fría.

Vi cómo vibraban las aletas de su linda nariz. Su cara estaba muy pálida.

—¡Pero es la guerra! —la gritó Adelaida—. ¿Cómo va una a tener calma cuando hay guerra?

—Esta noche, he pasado por delante de un café del Palais-Royal —dijo Joséphin con gravedad—. Una mujer, de pie sobre una mesa, cantaba *El Rhin alemán*. Era sublime. Luego, ha bajado de allí y ha besado a un tirador argelino.

—¿No dices nada, primo? —me gritó Adelaida—. Sí, tú también estás emocionado, ¿verdad? Tienes los labios muy blancos. ¡Vaya, bebamos por la victoria!

Pese a toda su sangre fría, Clemencia se echó también a llorar. Joséphin hizo subir de la cueva una botella de champaña. Llamaron: eran unos amigos con la cabeza destocada y unos diarios en la mano. Para anunciar una noticia más y que nadie sabía aún, dije:

—Según parece el Emperador va a ponerse al frente de las tropas y a dirigir las operaciones en persona.

—¡Bravo! —exclamó Joséphin levantándose, con la mano sobre la cadera. Llamaron de nuevo: un recadero había traído una carta para mí.

—¿Havelotte, sin duda? —inquirió Joséphin.

Era una carta de Siffrelin, pidiéndome que fuese a verle aquella noche.

—Sí —dije—, es Havelotte. Me espera enseguida.

Me miraron con admiración, y salí, cargado de buenos deseos y de alientos.

Tomé un «fiacre» cuyo cochero estaba borracho y a quien la multitud, borracha también, detenía en cada esquina para hacernos gritar: «¡A Berlín!». Cerca de la Bastilla intentó formarse un grupo a los gritos de «¡Viva la paz!». La multitud lo dispersó vociferando a coro: «¡Tienen canguelo!». Mi cochero se retorció de risa en el pescante. Al fin llegué a casa de Siffrelin.

—¡No despidas el coche! —me gritó—. Linden se está muriendo. No pasará de esta noche. Vamos a verle.

Dio al cochero la dirección de Linden, en una calleja del Barrio Latino y emprendimos de nuevo la marcha.

—Este infeliz está abandonado —me dijo Siffrelin—. No quisiera dejarle acabar así. ¡Ah! Ya puede jactarse de morir en el buen momento. ¿Qué te parece lo que pasa?

—No sé bien qué pensar de ello.

—Si dijéramos algo, nos quedaríamos solos —murmuró Siffrelin—. Lo mejor es callarse.

Le conté que había presenciado un conato de contramanifestación. Él se encogió de hombros.

—No hay nada que hacer —dijo riéndose—. Han roto los cristales de la casa de Thiers. Su Thiers... Sí, sí, Thiers es el único que ha visto claro, hay que reconocerlo. Ahora le motejan de prusiano. ¡Es un traidor! ¡Si le cogieran le desollarían vivo!

Linden, con la cara terrosa, la respiración sibilante, agonizaba en un miserable zaquizamí, bajo el tejado de un séptimo piso, con un calor sofocante. Su querida, una mujer gruesa en chambrá, vulgar y despelujada, se agitaba alrededor de él, removía las pociones, abría la ventana, volvía a cerrarla, bajaba una persiana de madera verde, toda desteñida y desencajada. Linden gemía:

—No tanto ruido, Ninette, te lo ruego.

Ella resoplaba, y sus lágrimas se mezclaban con su sudor, en su rostro colorado. Al entrar nosotros, se deshizo en lamentaciones y en amabilidades, quitó los libros que ocupaban dos sillas, y luego desapareció en la cocina contigua. Así la mano de Linden.

—¿Qué le había yo dicho? —fueron sus primeras palabras.

Siffrelin echó sobre su cama dos rosas rojas.

—Tenga —dijo—, mi hija las ha cogido para usted.

Los ojos del moribundo, inmensos en su cara demacrada, se animaron. Con su mano transparente acarició los pétalos rojos.



—No las veré florecer —dijo con una triste sonrisa—. ¡Bah! Hay otras cosas que no veré tampoco y que van a ser atroces... Lo sabía. Quería partir hace mucho tiempo, pero Ninette me retenía, y luego la enfermedad... Pues bien, así no necesitarán expulsarme de Francia.

Se abrió la puerta. La alta silueta de Becker apareció. Se acercó al lecho, con la cabeza inclinada hacia un lado; luego, tosió para aclararse la voz, y refunfuñó:

—¡Hum! *Nuri... nun... Was denn?*

—*Das Lied ist aus* —le dijo Linden.

Mientras, Becker nos estrechó la mano y permanecimos un momento en silencio. No se oyó más que un ruido de cacerolas y de sollozos que venía de la cocina.

—Sí —prosiguió Linden— quería yo partir, ir a reunirme con unos amigos en Suiza... o con Karl. en Londres. Van a tener una buena labor que hacer. Pero entre tanto, se divertirán de lo lindo. ¡Ah, menuda la han hecho! ¿Qué les dije? Los Welches y los Borusses empezarán a hacerse el amor... A buenos zarpazos. Esto puede durar siglos y siglos... ¡Todo lo que quieran! Hasta que...

Empezó a jadear y quiso incorporarse sobre su cama. Oí, a través de su acceso de tos, algunas palabras:

—Hasta que los proletarios... los proletarios...

Luego, levantó el dedo y dijo:

—Entre naciones, las guerras son amor... Un juego... Pero cuando se entable la guerra entre las clases, entonces se verá todo lo que puede el odio. El odio activo, fecundo, el que procede...

—El que procede del vientre —dijo Becker.

—*Richtig, Becker!* —exclamó el moribundo tan fuerte como pudo—. *Ganz richtig!*

Pronunció todavía algunas palabras en alemán y tuvo una risita sarcástica, pero prudente y contenida, como si temiera, al reírse, provocar su tos.

—No será ya una broma —continuó—, una broma entre tribus guerreras y que se enfrentan lealmente. Será... la guerra de los hombres y los dioses.

Volvió la cabeza sobre su almohada:

—Quizá lo vean ustedes...

Y luego murmuró, cerrando los ojos:

—Prometeo...

La mujer gruesa reapareció, siempre lloriqueando, y acercándose a nosotros:

—Señores —dijo—, señores... Discúlpeme... Es tan triste para mí... Hace cinco años que...

Recogió un poco la persiana. Sombras y reflejos pasaron sobre el rostro del agonizante. Luego, ella se desplomó sobre un taburete.

—Vean ustedes —dijo Linden, repitiendo su breve risita—, vean a Venus llorando. No debes llorar, tesoro mío. Has sido una buena compañera, buena, muy buena... Mira las flores que me han traído. Quédate con una, Ninette, y mete la otra conmigo en la caja.

Redoblaron los sollozos de la mujer. Miré a Siffrelin:

—Vamos a retirarnos —dijo éste—. Hasta la vista, amigo Linden. Cállese. Volveremos a verle.

—Dense ustedes prisa —dijo Linden.

—Yo me quedaré un rato todavía —declaró Becker—. Vivo muy cerca de aquí.

Salí con Siffrelin. En el bulevar Saint-Michel, unas bandas, con linternas al frente, pasaban cantando. Una mujer me cogió por la cintura y me besó. Sentí la blandura de su seno contra mi pecho, su grupa bajo mi mano. Un joven elegante dio con el puño de su bastón en el hombro de Siffrelin y le gritó: «¡Viva Francia, abuelo!». Fuimos arrastrados por la oleada vociferante y nos encontramos ante la fuente de Saint-Michel, cubierta de banderas, y de golfos. Estos trepaban por todas partes. Colgaban linternas en los árboles, y estandartes en las farolas. Siffrelin y yo intentamos cruzar el Sena, cuando alguien se arrojó sobre nosotros. Era Julio de Renaud, con el rostro convulso.

—¡Ah, amigos míos! —exclamó—. ¡Qué horas! ¡Qué magníficas horas estamos viviendo! ¡Ah, amigos míos!...

—¿Estás contento? —le dije.

—¿Que si estoy contento? Yo no busco nada, ¿sabes? Teodoro. Me dejo llevar, vibro. Es maravilloso. Todo es muy sencillo: es el pueblo quien tiene razón, y no puedo más que pensar como él.

—¡Vaya, tanto mejor! —dijo Siffrelin, irguiendo toda su talla para desprenderse. Un remolino nos arrastró. Julio de Renaud había desaparecido. Otros de su especie le sustituían, rugiendo a nuestro alrededor, con la boca abierta, el sombrero encasquetado, la corbata torcida. Se oía: «¡A Berlín! ¡A Berlín! ¡A Berlín!». Retazos de la *Marsellesa* explotaban. El océano se los tragaba, y volvían a resonar más lejos. Todas las ventanas estaban empavesadas y anchas y pesadas banderas se inflaban en la noche. Pasó un landó, guiado por un «clubman», con guantes blancos y una enorme escarapela en el ojal; unos obreros con blusa se amontonaban allí, agitando

linternas y entonando el *Canto de Despedida*. El «clubman» reía. Uno de los obreros le quitó el sombrero de copa y se lo puso. Hubo después un desfile de mozos panaderos que se metían entre las piernas, empujaban a todo el mundo, formaban una farándula, y luego lograban agruparse en columna de a cuatro y se hundían en la multitud, con el gorro blanco sobre la oreja, la boca espumeante, las mejillas encendidas. Los aplaudieron, y unas mujeres los besaron. «¡Son demasiado guapos!», exclamaban ellas. En las terrazas de los cafés, ofrecían ajenjos a los oficiales. Se brindaba a la salud del Emperador y del Príncipe Imperial. Una ramera, en pie sobre un banco, con el pelo suelto, gritaba golpeándose los muslos: «¡Esta noche, gratis!». Un soldado se la echó a horcajadas sobre sus hombros y la llevó al hotel de enfrente. Ante aquella escena, un señor de edad que me había cogido del brazo se retorció de risa, y afortunadamente, me soltó el brazo para limpiar sus lentes.

—Este es realmente el espíritu galo —le dije.

—Hijo mío —me declaró el señor Havelotte, cuando a la mañana siguiente entré en su despacho—, la lección que hay que inferir de estos sucesos, es que no se debe desesperar nunca de Francia. Nos tachan de ligeros y de escépticos. Basta con ver el ímpetu que nos anima en este momento, la profundidad de los sentimientos que muestran todas las clases, esta unanimidad con la que vibra la nación entera para juzgar nuestra ligereza y nuestro escepticismo. La Francia auténtica, ahí está, y los extranjeros que en ella residen en este momento pueden aprovecharlo y rectificar sus juicios. Por lo demás, tenemos que acusarnos nosotros mismos de esta falsa reputación, somos nosotros los que hemos encontrado no sé qué impuro placer en crearla de arriba abajo. Y esto, gracias a la complacencia que no cesamos de mostrar hacia nuestras novelas pornográficas y hacia nuestros hombres cultos inventores de paradojas. Sin duda hay entre nosotros ovejas negras, energúmenos como Proudhon, bromistas irritados como Renán, pintores de basuras como ese señor Courbet. Los extranjeros no quieren ya ver más que esas manchas y se olvidan del sol. Pero, mira, no bien el viento de la historia comienza a soplar, todas las doctrinas volterianas o socialistas se disipan. No queda ya nada de esos juguetes ingeniosos. Francia vuelve a encontrarse tal como es en su realidad íntima: una nación espiritualista, una tierra que no podría renegar de su fe. Los antiguos adversarios del régimen se agrupan bruscamente en torno a su representante. Se ha gritado mucho: «¡Viva el Emperador!» anoche. ¿No sabe usted que el Príncipe Imperial va a acompañar a su padre en la campaña y a recibir el bautismo de fuego? Un gesto semejante no puede menos de emocionar al país. Bien, las pequeñas riñas de

familia quedan olvidadas. Francia es unánime. He visto espectáculos muy conmovedores: han aclamado a guardias municipales, y unos golfillos se agarraban a las botas de los gendarmes. Y al pasar por delante del jockey, he visto esos señores, algunos de los cuales ostentan los nombres más ilustres de Francia, fraternizando con las gentes de la calle, los porteros, las camareras de restaurante, los obreros. Como usted ve, somos un pueblo sentimental. El menor choque despierta los corazones. Lo que queremos, pese a nuestras luchas aparentes, es entendernos entre nosotros, entre franceses. Se acabó la contienda entre el obrero y el patrono, el sacerdote y el descreído, el bonapartista y el republicano, de la granja y el castillo: ¿no estamos entre franceses, y entre buenos franceses? Ea, cuando vengan de nuevo a contarnos pamplinas, recuerde usted lo que haya visto en estos días memorables. Diga usted que lo ha visto con sus propios ojos. No lo olvide nunca. Recuérdele sin cesar. Tíreselo a la cara a los que vengan de nuevo a intentar sembrar entre nosotros el desorden y la disensión.

Afuera la exaltación continuaba. La multitud había engrosado hasta un punto increíble: al mismo tiempo se mostraba más gesticulante que los días anteriores. Se preguntaba uno cómo podía cada cual encontrar, en aquella masa apretada, sitio para agitar los brazos, girar, bailar, saltar. ¡La guerra! La guerra estallaba en todos los rostros, en todos los ojos. Los padres cogían a sus hijos sobre sus hombros, las madres en sus brazos, y todos los tendían hacia la guerra que cantaba en las ventanas y en el cielo. Crispadas a fuerza de aclamar la guerra, las caras enrojecidas lloraban. Y todos se abrazaban vociferando: ¡la guerra!, sin poder cerrar las mandíbulas distendidas por la palabra divina. Unos bromistas blandían escobas viejas para rechazar, gritando, a Guillermo y a Bismarck. Mi recorrido me llevó ante el Palacio de Justicia. En los escalones, en el patio, la multitud hacía calle. Se abrió la verja. Unos guardias municipales, con el bicornio en la mano, lograron apartar a todo el mundo para dejar paso a un extraño cortejo formado por abogados con la toga y por magistrados de patillas erizadas. Llevaban a un hombre tendido: vi su cara tumefacta, la boca babeante. Una señora muy elegante, con las manos alargadas, iba detrás. Hicieron arrimar un «fiacre» y colocaron dentro al hombre. Era un joven magistrado sustituto, de un gran porvenir, según decían. Se había vuelto loco. «¡Figúrense! —explicó la señora volviéndose hacia la multitud—. Hace tres días que viene trabajando con exceso: ha roto los cristales de la casa de Thiers y los de la embajada de Prusia; ha destrozado la imprenta de la *Marsellesa*. ¡Pobrecito mío!». Le secó la frente. Los personajes de toga agitaban sus mangas, se interpelaban...

Luego se reanudó el delirio. Gritaban: «¡Mueran los prusianos! —Y tal vez —vociferó un grandullón mal encarado— tal vez aquí mismo, entre esta multitud, ¡los hay! —¿Dónde? —aulló otro apretando los puños—. ¡Dónde, y lo agarraremos!».

Hacia las seis de la tarde, cuando regresaba yo a la calle Vieille-du-Temple y me dirigía a mi cuarto cruzando los almacenes, vi de pronto una forma blanca salir de detrás de un cajón. Era Clemencia.

—Teo, tengo que hablarte —me dijo con una voz trágica.

Me siguió hasta mi habitación y allí, apoyada contra la puerta que acababa de cerrar tras ella, muy pálida, me dijo:

—¿Vas a marcharte, verdad?

La respondí:

—¿Marcharme adonde?

—A la guerra.

—Si me mandan allí, iré. No habrá más remedio.

Llevaba ella un vestido de cretona de anchas mangas japonesas y se me aparecía así toda ligera y rumorosa. El verano había hecho brotar sobre su piel brillante nuevas pecas. De cuando en cuando sacudía la cabeza con un gesto convulsivo y las aletas de su nariz vibraban.

—¡Espero que no vas a portarte como un cobarde! —exclamó.

—Me portaré como pueda, y todo el mundo hará lo mismo.

—Ahora ya no hay malos franceses. No queda ni uno. Las fantasías no son ya admisibles.

—¡Oh! En eso soy de tu opinión. Las circunstancias son poco propicias para fantasías.

—¡Teo! —gritó—. ¡Me sacas de quicio! Pero ¿qué tienes en la sangre? ¿Qué piensas hacer, qué quieres hacer?

—No pienso nada ni quiero hacer nada. Ya no hay nada que pensar ni que querer.

—Sí, hay que querer más que nunca, querer con todas nuestras fuerzas.

—¿Querer el qué?

—La victoria.

—No pido otra cosa.

Me había sentado en el borde de la mesa, con las manos en los bolsillos y miraba las puntas de mis zapatos silbando. Ella se acercó a mí, y tendiendo su rostro hacia el mío, con el cuerpo estremecido y las manos temblorosas, suspiró:

—Teo... Ahora soy yo la que te detesto.

La cogí del talle. Estaba rígida, con los ojos cerrados. Sus brazos salieron de las mangas japonesas, se enlazaron a mi cuello. Entreabrió la boca, acerqué mis labios que ella mordió.

—Así, querida prima —la dije—, así te entiendo mejor.

Se arrancó bruscamente de mis brazos y gritó:

—¡Oh, te detesto! Eres un ser innoble, eres...

Esta vez me sentí exasperado.

—¡Lo innoble —grité— son todas esas muecas y el ponerse en un estado semejante a causa de Bismarck! Pero mira hacia fuera, sí, hacia fuera...

Y al decirlo abrí de par en par la ventana: aquel final del día era espléndido.

—Mira: hay sol, estamos en julio. En este momento, podría pasearme por la selva de Compiègne, del brazo de mi mejor amigo. ¡Esto es lo que importa! Mira lo bello que es este patio, aunque sea el patio de la fábrica del granuja de tu padre, sí, mira la casucha de Barbuchet, esos cristales que brillan y esa techumbre de tejas que ha sido mi único compañero durante unos años y que va a desaparecer ahora, a no ser nada en absoluto, puesto que ya sólo se va a pensar en la guerra, en esta porquería de guerra... ¡Mira esas tejas rosadas! ¡Pero míralas, prima! ¡Tú no las has visto nunca!

Me cogió la mano y me arrastró al fondo del cuarto.

—Calla, te lo suplico, van a oírnos... Cierra la ventana, ven aquí, ya no diré nada. Ven, cerca de mí.

Cerré la ventana y ella me obligó a sentarme sobre mi cama, y ella lo hizo junto a mí.

—Eres demasiado malo, Teo, demasiado malo —gimió—. Yo sólo quiero comprender. Pero hay cosas que no comprenderé jamás.

—Lo que tú quieres —le dije en tono implacable— yo lo sé. Quieres que te peguen. Y te voy a dar una azotaina.

—¡Teo! —exclamó ella con los ojos desorbitados.

—¡Chist! Si gritas, vendrán.

Forcejeó con unos gestos tan aterrorizados y tan risibles que mi cólera se calmó. La cubrí el rostro de besos. Ella me arañó.

—¡Pero si eres muy fuerte, Clemencia! —le dije—. ¡Una verdadera tigresa!

—Te prohíbo que vuelvas a besarme.

Un beso le cerró los labios. Y ya no resistió.

Entonces alcé suavemente su falda, sus volantes, bajé su pantalón. Acabé por sentir en mis dedos la piel fresca y prieta.

—¿Teo, qué haces? ¡Teo!

—Esta es una fecha histórica —respondí—. Tendrás que recordar, prima, que el día de la declaración de guerra tu primo te ha dado una azotaina. ¡Ten, este azote por Bismarck! ¡Este por el rey de Prusia! ¡Y este, el mejor, por Su Majestad el Emperador! Y ahora, bésame y desaparece.

Salió, roja de rabia. Me estiré con una sensación extraña y feroz de placer. Luego, esperé la hora de la comida.

La sopa humeaba en los platos cuando entré en el comedor. Joséphin peroraba. Uno de los Gallos, el de Adelaida, estaba invitado aquella noche. Mientras tomábamos la sopa explicó la superioridad del «chassepot<sup>[8]</sup>» sobre el mauser. Adelaida le escuchaba extasiada, preguntaba nuevos detalles técnicos. Clemencia, sonrojada toda, con la vista clavada en su plato, intentaba comer. El humo de su sopa parecía salir por su nariz de aletas vibrantes. Valeria, con el pecho saliente, se afanaba, reñía a la sirvienta, y luego lanzaba enormes suspiros.

—Una vez cruzado el Rhin —declaró el Gallo— la campaña resultará fácil. Es cuestión de ocho días.

Entonces Clemencia alzó la cabeza y mirándome fijamente, exclamó:

—¡Sí, se pasará el Rhin! ¡Se pasará!

—Pues perfectamente —dije—, se pasará el Rhin.

—¿Sabe usted —continuó el Gallo— cuánto tiempo se necesita para embarcar un batallón nuestro? Once minutos. En Prusia, tardan de quince a veinte minutos. Para desembarcarlo, quince minutos. Para embarcar un escuadrón...

Adelaida suministró a su vez su lote de informes:

—He leído en el *Fígaro* que los tiempos de Juana de Arco y de Juana Hachette iban a volver. La marquesa de G... que está en Trouville, se adiestra desde hace varios días en el tiro con carabina. Al saber la declaración de guerra, saltó a Telégrafos y encargó un «chassepot» a la casa Devisme.

—Nosotras vamos a ponernos a hacer hilas —declaró la tía Valeria, impetuosamente—. Según parece se trabaja ya a fondo en todos los salones. La Emperatriz ha dado el ejemplo. Vamos, señoritas —añadió cubriendo a sus hijas con una mirada enternecida— ¡todos los lindos dedos a trabajar!

—Los prusianos tiemblan de miedo —prosiguió Adelaida—. La semana última, en Berlín, doscientos once individuos han muerto de diarrea. Es la cifra exacta dada por las estadísticas.

El Gallo asintió con la cabeza:

—¡Y, sin embargo, quieren ellos la guerra! ¡Es disparatado, es un verdadero suicidio! La quieren y nos obligan a ella. Porque nosotros no tenemos nada que ganar con la guerra. Mientras que Prusia busca el camino de Amberes, de Amsterdam y de Venecia y se figura que encontrará en París la llave de esos tres puertos.

—No —dijo Joséphin—. Francia no quiere la guerra, pero no la teme. Es pacífica y fuerte.

—¡Qué hermoso ejemplo da al mundo en este momento! —exclamó el Gallo.

—¡Pero pensar —gritó Joséphin— pensar que mientras tanto nuestros abogados charlan! Pensar que Thiers y Favre pronuncian discursos, hablan, hablan... ¡Qué partida de doctrinarios bizantinos!

—Para mí —dijo el Gallo— esas gentes están de acuerdo con el enemigo. He leído que la Internacional quería provocar una especie de congreso de la paz en Basilea. ¡Bonita pandilla! Ahí figuran el italiano Mazzini, el ruso Bakú... no sé quiénes más, y algunos compadres de aquí, Edgar Quinet, Blanqui también sin duda, si no estuviera en la cárcel ¡a Dios gracias! Y probablemente, Gambetta...

—¡Y tú, primo! —lanzó Clemencia mirándome con una alegría furiosa y como si acabase de asestarme un golpe directo y fulminante.

—¿Eh? —dije.

—Sí —continuó ella en medio de la estupefacción general—. ¡Hay aquí alguien que no piensa como nosotros! ¡Alguien que desea la derrota de Francia, la victoria de Prusia! Alguien que...

Le tiré mi servilleta a la cara.

—¡Esta niña ha perdido el sentido! —grité.

Hubo una agitación. Valeria iba a desmayarse. Adelaida gritaba:

—¡Clemencia, hermana mía, no le traiciones! ¡No le denuncies! ¡Podrían fusilarle! Es nuestro primo...

—¡Soy primo de dos criaturas idiotas!

—¡Teodoro!

—¡Detesta a Francia!

—Detesto los ataques de nervios y las tragedias. En cuanto a lo demás...

Bruscamente, Valeria dio muestras de autoridad.

—Estamos todos sobreexcitados —dijo—. Se comprende... ¡Unas circunstancias tan patéticas! Pero debemos hacer un esfuerzo sobre nosotros mismos, para conservar la calma. Tú misma lo has dicho la otra noche, Clemencia: a las mujeres les corresponde dar ejemplo de sangre fría. No sé lo



que tienes contra tu primo desde hace algún tiempo. Puede que haya él profesado hasta ahora opiniones un poco audaces: son cosas de la juventud. Pero hoy, sólo piensa en cumplir su deber como cada cual. Le conozco: es un buen muchacho. Sin duda él también está muy excitado en este momento. Todos esos asuntos a los cuales está mezclado... ¿Verdad, Teodoro?

—Es cierto —intervino Joséphin—, ahora ve las cosas de cerca. Es una gran responsabilidad para él. Y creo que la toma a pecho. Sin duda ha heredado de su padre un cerebro un poco ardoroso. Pero en circunstancias como éstas su propio padre se mostraría como un buen francés. ¡Bah! ¿Cuánto apostáis a que se habría enrolado? ¡Era lo bastante loco para ello, mi pobre hermano!

—Tía, tío —dije entonces levantándome—, les pido permiso para irme a tomar un poco el aire.

—Pero ¿y tu comida? —continuó Joséphin—. Ya sabes que hoy tenemos champaña.

Había ahora champaña constantemente.

—Quizá tiene razón —dijo Valeria—. Anda, Teo, ve a pasearte un poco. Esto te servirá para poner en orden las ideas.

Bajé la escalera a toda velocidad. Ante el cuarto del portero, me tropecé con Máximo.

—¡Oh, Máximo! —murmuré abrazándole—. El mundo se ha vuelto loco. Tenía mi amigo el ceño fruncido y la mandíbula saliente.

—¡Es horroroso! —me dijo.

Salimos y enseguida la calle enloquecida nos atrapó.

—¿Adónde quieres ir? —le dije—. Por todas partes es igual. No hay un sitio donde se pueda hablar.

Acabamos por encontrar un rincón tranquilo en la trastienda de un estanco. Hasta allí llegaban todavía los clamores de la calle.

—He venido a galope tendido para decirte adiós —murmuró Máximo— y a arreglar algunos asuntos. Mañana por la mañana volveré a Saint-Cloud y desde allí sabe Dios adonde. Se acabó —añadió con gesto de extravío— todo se acabó...

Y prosiguió:

—Hace diez o veinte años, se habría intentado con nuestros amigos y algunos otros, una conspiración. Se habría secuestrado al Emperador, y luego, desde lo alto de una ventana, un puñado de hombres decididos hubiese proclamado la República, declarado la paz al mundo. El tiempo de las novelas ha pasado. ¿Ha existido realmente alguna vez?

—Máximo —dije, moviendo la cabeza—, creo que no ha existido nunca. Nunca. La generosidad, el misterio, la conspiración, no han desempeñado jamás ningún papel en la historia. No ha habido nunca más que la fuerza.

—Entonces...

—Entonces —dije— hay que esperar. Esperar lo que Linden va a esperar desde el fondo de su tumba.

Le conté que Linden estaba muriéndose, que había encontrado yo a Julio de Renaud, ebrio de entusiasmo.

—En cuanto a nosotros... —añadí.

—No, se acabó. ¿Recuerdas en Compiégne? Queríamos renacer. En contra de todo, a pesar de todo. Íbamos a partir tú y yo cogidos de la mano. De cuando en cuando hubiera ido a verte en tu rincón. ¿Qué te parece? Sí, ¿y tú? Y, luego a tu vez hubieras venido a mi pozo de mina. ¿Y tu filón? ¿Avanza la cosa? Nos hubiéramos mirado con caras negras de sudor y de tierra, pero riendo. Y un buen día, uno de nosotros habría gritado: ¡Ya está! ¡Ya lo tengo! ¡Esta vez es cierto! Sí, lo es... ¡Un poco de oro!

—Amigo mío...

—Estamos deshechos. Se acabó, Teodoro, se acabó...

Se tapó la cara con sus manos y lloró suavemente con sollozos breves y sofocados.

—No lloro por mí —dijo— sino por nosotros, por nuestra amistad perdida, y por lo que hubiésemos podido hacer de esta juventud que se nos había dado. Todo está saqueado. No hay ya nada en nosotros, no hay ya esperanza, nos han quitado la vida. Estamos muertos, Teodoro. Mírame: somos dos muertos.

El aspecto de su rostro, hinchado por las lágrimas, me desgarró el corazón. Me invadieron diversos sentimientos, de los cuales el más terrible de soportar era la vergüenza, la vergüenza ante mi impotencia, una vergüenza que llegaba hasta la náusea. Me levanté.

—No sigamos aquí —dije—. Salgamos.

—Sí, pero afuera, los veremos.

Volví a sentarme. Entonces entraron unos obreros en la trastienda, y al ver a Máximo, se precipitaron sobre él con aclamaciones.

—¡Vivan los lanceros! —gritó uno de ellos.

—No, hombre, no —dijo otro con gesto perentorio— es un cazador de África.

—Es un oficial de la Emperatriz —declaró tajante el más enterado—. ¡Viva la Emperatriz!

—Ya ves... —murmuré a Máximo, con gesto desolado.

—Gracias, señores —dijo él.

Nos arrancamos de sus abrazos y salimos. La calle Vieille-du-Temple rebosaba de gentes y de gritos. Torcimos por una estrecha calleja transversal, que me recordó mi judería de la calle del Hôtel-de-Ville, y que estaba más tranquila. Al levantar los ojos, divisé, en la faja de cielo que respiraba entre los tejados de las casas, algunas estrellas. Se las señalé a Máximo.

—Estamos muertos —me dijo—. Pero quizá la vida que llevábamos en nosotros se ha esparcido en esas estrellas. O en el porvenir que se nutre de nosotros para vengarnos.

—Máximo —le pregunté— ¿debe creerse que no hay nunca nada perdido? Nada, incluso lo que está destruido hasta el último átomo de su ser...

Los clamores nos perseguían. Volvimos a oírlos al final de la calleja. Después unos pasos, entre la multitud, nos llevaron a la calle de Rivoli. Allí el camino resultaba completamente impracticable.

—Inútil insistir —me dijo Máximo—. Vuelve a tu casa, yo regreso a las Tullerías. Porque ya no tenemos nada que decirnos. Los muertos no hablan. Adiós, Teodoro.

—¡Máximo! —exclamé arrojándome en sus brazos—. Máximo, amigo mío...

No volvería ya a verle nunca. Le mataron tres semanas después, en Froeschwiller.

## **SEGUNDA PARTE**

## I

1° ENERO 1871. — LA INTERMINABLE NOCHE DE GUARDIA EN LA PUERTA DE VAUGIRARD, frente a unos bosques de Meudon. La interminable noche despavorida, la tierra blanca y sucia, y yo, un bloque helado, con el peso de mi piel de carnero, de mi capote, de los periódicos que me enrollé en los pies, en las piernas, sobre el pecho. Con un gesto antiguo, he levantado la cabeza hacia la noche y suspirado: «¡Dios mío!». ¡Dios mío! Es increíble tanto horror físico. ¿Va a surgir algo de ese punto del horizonte en que clavo mis ojos a través de un sueño de cementerio? O bien ¿es ese punto el que me mira eternamente y que espera? ¿Que espera el qué? En el silencio denso un cañonazo se amortigua. Aprieto mi bufanda con los dientes. Mis orejas arden. No pienso más que en mis orejas. Y luego en la sopa con vino que he tragado hace un rato, en el baluarte, y que estaba tan caliente. No la siento ya ahora. No siento más que mis orejas.

5 ENERO. — Jornada negra, quieta. Pasaba muy de mañana por la calle Saint-Antoine, cuando sonaron unas detonaciones. La calle, bruscamente, fue un hormiguero. He seguido a la multitud hacia el Sena, y allí hemos comprendido: bombardean la ciudad. Ha pasado un carricoche, con un colchón a cuadros, un armario y unos niños que chillaban. El hombre que lo guiaba vociferaba: «¡El Panteón ha estallado! —¿Cómo? le preguntaban. ¿Qué quiere decir eso?— ¡Les digo que ha estallado!», repetía el individuo.

15 ENERO — Se habla de una salida, pero nadie cree ya en ello. La cosa se haría, si se hace, por el lado de la Bergerie y de las defensas que cubren Versalles. Durante ese tiempo, se penetraría por las catacumbas hasta debajo de la planicie de Chatillon, que sería minado y que se volaría. Pero, antes, habría que atraer allí al mayor número posible de prusianos. Barbuchet está muy excitado. ¡Ah, si pudiera transmitir su fe a Trochu, obligarle a creer en él, Barbuchet, más que en Santa Genoveva!

Porque Barbuchet es ahora mi compañero. Pertenece a mi batallón. Le veo a diario, así como al portero, mi enemigo en otro tiempo, que sirve también en la guardia nacional. Nos hemos hecho grandes amigos. No estamos más que

nosotros dos en el vetusto hotel de la calle Vieille-du-Temple. Todo lo demás se ha disipado: Joséphin, Valeria, mis primas. Todos han huido a provincia. La manufactura de barnices está cerrada. En cuanto a los Havelotte, se han escondido en su posesión de la Nièvre.

Me han dejado la llave del sobradillo. Por la noche, cuando no estamos de guardia, encuentro al portero en su cuchitril. Barbuchet viene a vernos. Contempla el patio desierto, el cobertizo y las cuadras silenciosas, y el pequeño cobijo acristalado donde ha pasado tantos años estériles. Le crece la barba, sus cabellos grises cubren el cuello desteñido de su chaquetón. Es más cuervo blanco que nunca. Un solo cambio: en otro tiempo no decía nada. Ahora habla de algo: de la salida. La salida, la brecha, el plan... Trochu tan pronto es un traidor como un héroe, que ha estado a punto de ser eliminado en una inspección de los puestos de vanguardia. Pero detesta sin remisión a Schmitz, a quien llama Smit o Schitz. Dice que Trochu tiene alrededor unos curas bávaros disfrazados de oficiales y que unos espías han visto al exemperador pasearse en el coche de Bismarck.

Yo también contemplo el patio. Lo contemplo desde mi ventana, por la noche. Miro de nuevo la techumbre de tejas, ahora enteramente cubierta de una pesada masa de nieve. Hay unos reflejos negros sobre la diosa del frontón. Me acuesto tiritando bajo las mantas que he podido acumular. Y extendiendo todavía, por encima, mi capote tieso. Pero Clemencia y Adelaida no vienen ya a sentarse a mi cabecera.

¡Qué vacío, Dios Santo, qué vacío! Es como si un huracán se hubiese llevado todo. Ahora, la nieve, la nieve vertiginosa en la que mis zapatones se hunden y luego se despegan con un crujido tétrico. A veces tengo que cerrar los ojos para no sucumbir al aturdimiento que me produce la nieve, como no sea el frío, el hambre, la fatiga, el sueño. Paso, como un perro, a lo largo de la fila de mujeres que hacen cola al amanecer, ante el cierre de hierro de las carnicerías. Aparto los ojos, tengo miedo de ver aparecer allí, entre ellas, a María Rosa, flaca, con las mejillas moradas, los párpados hinchados por las lágrimas, y esperando como las otras. Así, a cada momento, me tapo los ojos, hundo mis miradas en mí mismo. Sí, desde el fondo de estas tinieblas y de este entumecimiento se atreve a surgir un pensamiento, un pensamiento colérico. Me han quitado mi amigo. Me lo han matado porque queríamos vivir. Era una pretensión insensata sin duda, criminal. Julio de Renaud ha muerto también. Se ha hecho matar en Tionville. La víspera de la batalla, tuvo él como un presentimiento de su final y me escribió su última carta: me recomendaba sus papeles, que había dejado en manos de un amigo cuya

dirección me indicaba y con quien me pedía que me pusiera en contacto. No he ido todavía a ver a ese hombre. Vive en la plaza de los Vosgos. Pero ¿se habrá quedado en París? Iré cualquier día. Si es que en este mundo agonizante donde los vivos son ya fantasmas, el postrer pensamiento de un muerto puede tener todavía el menor peso.

Siffrelin y Becker frecuentan los clubs. Hay que verles con su uniforme de guardias nacionales. Siffrelin, enorme, barbudo, con los ojos hundidos, y el otro más flaco que nunca, con unas mangas y unos pantalones demasiado cortos. Por fin percibe ochenta céntimos diarios y no se ha visto nunca gozando de tan buena vida. Desgraciadamente no puede hacer nada con ellos. Se contenta con vaciar los últimos tonelillos del tío Abril y sus palabras cobran un giro exaltado, indigno de un filósofo. Ha estado a punto de comparecer ante un consejo de guerra por haber empujado en la calle a un oficial de infantería. Un remolino de la multitud le permitió huir; el oficial, que ponía cara de enojado, fue abucheado y tuvo que desaparecer a su vez.

19 ENERO — Se ha efectuado la salida. Durante toda la noche, he permanecido tendido sobre el barro y bajo la lluvia, en el monte Valeriano. Después, no sé ya lo que ha sucedido. Hemos escalado una pendiente de tierra gredosa, bajo la metralla. He oído gritar que los prusianos flaqueaban, que se había tomado el parque de Buzenval. Y luego, la orden de evacuación. Rochebrune, el comandante del 19°, murió en Montretout. Le habían traicionado. Barbuchet se ha agarrado a mi brazo, aullando: «¡Mueran los traidores!». No ha cesado de aullar eso hasta nuestro regreso a París.

23 ENERO — Ayer mañana, Siffrelin ha venido a sacarme de la cama. «¡Ya está, hijo mío, esta vez ya está!». Sus ojos brillaban. Repetía: «Esta vez la cosa está hecha. No ocurrirá lo del 31 de octubre». Redoblaba el tambor en la calle. En la plaza del Hôtel-de-Ville, la multitud se amontonaba. Por las ventanas, los bretones de la guardia móvil nos miraban. Les gritaban: «¡Eh!». Les apuntaban en broma. Ellos no se movían. Permanecemos allí toda la mañana. Tenía yo en mi zurrón un poco de pan negro, que compartimos. Hacia mediodía, comienza la agitación. El 207° desemboca en la plaza. Unos chiquillos, subidos a las farolas, gritan: «¡Cascados!».

—Ven —me dice Siffrelin.

Nos situamos delante del café de la Guardia Nacional, con el fusil al brazo. De pronto, Siffrelin se irguió y con voz trémula:

—¡Ahí están los pantalones rojos!

En efecto, unos soldados de infantería se dirigían hacia el Hôtel-de-Ville y se apiñaban ante la fachada, pese a unas mujeres, en chambra, que se abalanzaban sobre ellos, gritándoles: «¿Qué, buenos mozos, no vais a disparar contra los amigos? ¡Viva la infantería!». Bruscamente sonaron unos disparos en una ventana de la avenida Victoria, y luego en la plaza. Cayó un hombre entre mis piernas. Otros nos empujaron. Me encontré acorralado contra el cristal del café. El griterío era ensordecedor. Por encima de las cabezas, vi aparecer unos gendarmes a caballo, sus quepis azules con rayas blancas; me sentí oprimido, arrastrado, arrojado en medio de la plaza. En las ventanas del Hôtel-de-Ville los bretones habían empezado a disparar. El aire olía a pólvora. A través de las nubecillas de humo blanco, vi que un balazo había partido una de las agujas del reloj, en la fachada del Hôtel-de-Ville. Por fin, he podido llegar a la calle Vieille-du-Temple. El portero que se ha reunido conmigo unos minutos más tarde, me ha dicho que había muertos y que Vinoy había reconquistado el Hôtel-de-Ville. Su cara estaba toda negra. Hoy, he corrido a casa de Siffrelin. María Rosa lloraba. La niña, debajo de la mesa, chupaba trozos de carbón.

—¡Le han detenido! —me gritó María Rosa.

La policía había estado allí para detener al tío Siffrelin, y luego había efectuado un registro. Todos los armarios estaban vacíos, y las camas revueltas.

—Becker también está detenido —me dijo María Rosa—. Se encuentran en Vincennes, con Delescluze.

Movió su hombro con un gesto de dolor, y añadió, entre lágrimas:

—Uno de esos brutos me ha dado un golpe aquí, sobre el hombro. Nos han llamado prusianos.

Han entrado Fernanda y el cerrajero. Este, lívido.

—No llores —dijo—. No se ha acabado esto.

Nos sentamos alrededor de la mesa. Fernanda se echó a llorar con su hermana. El cerrajero levantaba su quepis y se lo encasquetaba más, hasta la nuca.

—Ahora —murmuró—, ahora que ya no se les molesta, van a poder capitular.

—¿Y entonces? —exclamó María Rosa—. ¿Y entonces, papá?

—No —dijo él moviendo la cabeza—. Esto no se ha acabado. No puede acabar así.

Y añadió:



—Le sacaremos de Vincennes como hemos sacado a Flourens, de Mazas, el otro día.

—Pero ¿y si el gobierno capitula? —repitió María Rosa.

25 ENERO — No me separo ya de María Rosa. En cuanto puedo, acudo a la calle de Aligre. Llego allí lo antes posible para verla a solas, porque su hermana, su cuñado, unos vecinos y vecinas se reúnen en su casa, en el comedor, trayendo para su estufa la poca leña de que pueden disponer, leña verde que produce mucho humo. Por los cristales helados se ve el taller abandonado, parecido a un invernadero maldito. Hace mucho tiempo que han quemado todo lo que allí había de tablas y de virutas. Hoy, después del almuerzo, me he encontrado solo con María Rosa, ante la estufa humeante. Contemplaba sus cabellos negros que no han cambiado, donde se ha concentrado el resto de esta vida densa y tupida que tanto me turbaba en ella, en otro tiempo, y que ha desaparecido de su cuerpo, de sus manos, de su talle. No es ya más que una muchacha flaca que llora; está enferma y apagada, como cuando cayó bajo los cascos del caballo de Máximo y hubo que llevarla a su casa, acostarla en su pobre lecho, e iba yo a verla en su habitación. Pero entonces, sin embargo, tenía aún su cuerpo deseable; vi, bajo el vendaje un poco de su pierna desnuda. Tirita bajo su chal. Y Máximo ha muerto. No tengo ya aquella presencia de Máximo que me transmitía tanto ardor, tal curiosidad de vivir. No merece ya la pena amar a María Rosa.

—¿Recuerda usted, María Rosa, lo que la dije un día, en aquel cenador de la barrera del Trono?

Puesto que no merece la pena amarla, ¿por qué voy a hablarla de amor? ¿Por qué voy a coger sus manos lamentables, a acariciarlas, a calentarlas sobre mi chaquetón tieso? Entonces, ella va a dejarse coger las manos y a levantar hacia mí sus ojos enrojecidos y a preguntarme por centésima vez, como si yo pudiera saberlo, qué van a hacer con su padre.

—Si capitulan, van a poder volverse contra nosotros, ¿verdad, Teodoro? Serán libres, serán los amos, ¿no es cierto?

Tengo la sensación de que ahora todo se ha acabado más que cuando fue declarada la guerra y Máximo, al despedirse de mí, sólo sabía decir: «Se acabó».

—¿Van a fusilarle, verdad, Teodoro?

Alzo los hombros sin decir nada y acaricio sus manos diáfanas, los huesos de sus manos, el hueso de su muñeca, el hueso de su frente y de sus pómulos. Beso los labios blandos y pálidos que descubren sus dientes y que no tienen ya fuerza para cerrarse. Ella se deja hacer, con la mirada vacía.

3 MARZO — Los prusianos están en los Campos Elíseos. Han soltado a Becker y a Siffrelin. Cuánto tiempo ha transcurrido, un siglo, me parece, sin que yo haya anotado nada en estos cuadernos. He vivido en una rara agitación, con una especie de esperanza que comenzaba a resurgir muy quedamente. París recibe avituallamiento; ha habido algunos días de sol, un sol viejo casi cálido, que volvía desde muy lejos y que nos sorprendía mucho reconocer.

Las elecciones, los clubs. La entrada de los prusianos. Las banderas negras en las ventanas. Sí, todo esto, lo he visto agitado, y como desposeído de mí mismo. He gesticulado, he gritado, no comprendo adonde me llevan. Sin embargo, he vuelto a comer, y esto es una cosa segura. He descubierto de nuevo el sabor del pan blanco. He visto las mejillas de María Rosa colorearse con una promesa de aurora, reanimarse su sonrisa. He oído su voz sorda resonar en un aire más suave y como más respirable. Ahora ya no tengo más que a María Rosa, no tengo más que a María Rosa y la belleza que debe recobrar. No será ya la María Rosa que conocí, en el tiempo en que Máximo era mi amigo. No será ya aquella lozana María Rosa, sino otra más salvaje aún, la que espero. La otra había dejado de parecerme salvaje, no era más que una fresca y tierna muchacha que no quería ni amarme ni creer que podía yo amarla... Y, sin embargo, la amaba, estoy seguro de ello. La amaba a ella, y no a Clemencia, ni a Noemí ni a cualquiera otra mujer. A la María Rosa que vendrá la amaré todavía más, seguramente. ¡Habría sufrido tanto!

Puesto que París está liberado, liberado después de haber estado tan solo, quizá va a inventar algo prodigioso. Pese a sus ruinas, pese a sus heridas, pese a estos prusianos clavados en su carne y que no se atreven a aventurarse más adelante, pero que están ahí, en la larga avenida desnuda, estrechados entre las barricadas que los observan.

Hoy me han conferido el cargo de delegado de mi batallón en el Vauxhall. ¿Por qué me han elegido? ¿No ven hasta qué punto estoy apagado, transparente? ¿Qué quieren de mí? ¿Por qué han pronunciado mi nombre, por qué me han empujado, como empujaron a Trochu durante el asedio, como si unas sombras pudieran henchirse de carne, sólo porque uno quiera? ¿Es esto querer? ¿Es así cómo se hacen las cosas? Se quiere, se golpea con el pie, se sopla sobre unos peles inanimados, sobre unos cuerpos que resisten. Después, ocurre el suceso, un suceso chusco. Está bien, he ido al Vauxhall. Estaba lleno de guardias nacionales, la mayoría con la bayoneta calada. Becker y Siffrelin sentados en la oficina, sobre el estrado. De pie, encima de la mesa, un jefe de legión leía a grito pelado un papel. Todos vociferaban. Un

mocetón barbudo y de pelo largo me soplabá en el cuello su aliento que olía a cuero, a churre, a vinazo. Al cabo de un momento he sentido ese aturdimiento que padezco desde mis guardias en la nieve: el cuerpo y el espíritu se vacían, todo parece incoherente. Yo me preguntaba: «¿Cómo estas gentes se atreven a hablar? ¿Cómo, después de haber hablado, no se desmayan de vergüenza? Porque una vez pronunciadas, se acabó, sus palabras quedan suspendidas en el aire, no se las pueden tragar de nuevo como no se podría tragar un pichón libertado o esos globos de luz que alumbran la sala y que son tan blancos y tan duros». Entre tanto, un orador, desde el estrado, chillaba:

—¡Somos jacobinos! ¡Como nuestros padres! Acordaos: nuestros padres han inscrito en la *Declaración de los Derechos del Hombre* que la propiedad constituye un derecho imprescriptible y sagrado. Así lo han inscrito nuestros padres...

—¡Pero no se trata de eso! —gritó un alfeñique, cerca de mí—. ¡Vaya una inutilidad! ¿De dónde ha salido?

Me invadió una rabia repentina. Erguí todo mi cuerpo y aullé:

—¿Es que nos han reunido aquí para defender la propiedad?

—¡Bravo, ciudadano Quiche! —me gritó Siffrelin—. Ven aquí, Teodoro, sube al estrado. ¡Tiene la palabra el ciudadano Quiche!

- empezó a toser. Tosía desde su estancia en Vincennes donde le habían hacinado con sus compañeros en una estrecha sala del torreón llena de fango y por cuya ventana caía la nieve. De allí le arrastraron a Pelagia, donde no estuvo más favorecido.

—Lo que yo decía —prosiguió sin embargo el orador— es para no romper los lazos con la Asamblea Nacional. Creedme, ciudadanos, no sería prudente asustar a la Asamblea...

—¡Una asamblea de monárquicos! —exclamó Siffrelin—. Buena para entenderse con unos hidalgueros pomeranos...

—¡Y para injuriar a Garibaldi y a Víctor Hugo! —gritó una voz.

Entre tanto, me abrí paso entre la multitud y llegué al estrado.

—¡Habla, Quiche! —me dijo Siffrelin.

Vi ante mí toda aquella masa de quepis y de bayonetas, y mi furor se apaciguó. Pero había que hablar.

—Ciudadanos —grité al azar—, no se trata de prudencia... No se trata más que de la República, el único gobierno de Derecho que puede establecerse. Pero para esto tenemos que alzarnos atrevidamente y sin propósitos ocultos de una posible conciliación frente a una Asamblea de

tratantes en ganado que no sabe ni quiere saber hasta qué punto hemos sufrido.

Y dicho esto creí que había hablado bastante y estallaron unos aplausos. Me senté en el extremo de un banco, cerca de Becker que reía sarcásticamente. Un gigante de barba roja se levantó:

—Ciudadanos —dijo—, a estos sufrimientos que acaban de evocar ante vosotros ¿cómo responde Foutriquet? Amenazando con descapitalizar París y colocando al frente de nosotros un general vencido y deshonorado. ¿Consentiréis...?

Un abucheo le interrumpió. El orador sacó un papel del bolsillo:

—Que se vote la moción siguiente: «Que el departamento del Sena se constituya en República independiente en caso de que la Asamblea descapitalizase París».

—Tengo sed —dije a Becker, mientras que estallaban de nuevo los aullidos. Blandían quepis en la punta de las bayonetas. Tenía yo seca la garganta, y mi corazón brincaba en mi pecho. Entre tanto, Siffrelin se levantaba a su vez y leía él también un papel. Se nombró una comisión ejecutiva. Oí unos nombres: Varlin, Becker, Jacques Durand, el mío, y luego, de nuevo, el de Jacques Durand.

—¡Ya le han nombrado! —gritó uno.

—¿Cómo? —dije—. ¿Por qué yo? ¿Por qué?

Una mano cayó sobre mi hombro. Me volví: un joven, con el pelo adherido a la frente, y una mirada febril, me murmuró con un acento arrabalero tan marcado que parecía forzado:

—Has dicho bien hace un rato. La propiedad... Yo soy, como ves, ciudadano, de la Internacional. Solamente los obreros harán la revolución, y nada más que los obreros. Esto no lo comprenden en la Cordelería. Conozco a periodistas: no comprenden esto tampoco.

—Pero entonces —pregunté— ¿la revolución? ¿Crees que es esto, la revolución?

—Quizá... —murmuró, triturándome el hombro.

Se levantó la sesión. En la calle de la Aduana, unas mujeres cantaban la *Marsellesa*.

13 MARZO — He bebido demasiado matarratas esta noche con Barbuchet. La calle da vueltas a mi alrededor, llevando los gritos de las comadres que se transmiten las noticias: el gobierno va a reclamar los tres alquileres vencidos, los efectos de comercio, suprimir la paga de la guardia nacional. Barbuchet me agarra:

—Vamos, ciudadano... Vamos...

Me ha traído a mi cuarto, acostado en mi cama. Luego, ha corrido las cortinas, y me ha dejado solo. He soñado que se acercaban a mí, una mujer seguramente. La pregunté qué íbamos a hacer, ahora que el invierno había pasado. «¿Quiénes nosotros? —Pues nosotros, Barbuchet, yo, los otros. —¿Tú, los otros? —Los otros y yo. —¿Dónde estás tú?». Estaba allí, tendido en aquel frío agujero, y me despojaba poco a poco de todas mis hojas. «—¡Ah!, decía yo, ¡qué de cosas han pasado!».

18 MARZO — Esta vez es el portero el que me despierta:

—¡El golpe de Estado! ¡Quieren quitarnos nuestros cañones! ¡Y después, Foutriquet hará disparar contra el pueblo!

Corro a la escuela de la calle Basfroi donde el Comité había decidido reunirse. La plaza de la Bastilla estaba ya atestada de gente. Las mujeres, sobre todo, se mostraban agitadas. Soldados de infantería y de la guardia móvil cambiaban sus quepis con los nacionales. «¡Estamos con vosotros!», les gritaban.

Siffrelin se hallaba ante la puerta de la escuela con algunos miembros del Comité. Pronto, María Rosa vino a reunirse con nosotros. Tenía las mejillas enrojecidas, el pelo al viento. Me quitó el fusil de las manos:

—¡Buenos días, ciudadano Teodoro! —me dijo.

—¿Usted, María Rosa? —exclamé—. ¿Qué hace aquí?

—No les dejo —dijo ella riendo—. Si hay que combatir, yo también combatiré.

—¿Usted, María Rosa? —repetí—. María Rosa...

El aire era vivo. Pronto apareció el sol. La multitud se apiñaba a nuestro alrededor. Todo el mundo hablaba a la vez.

—Hay que tocar a rebato en todos los barrios. ¿Y Varlin?

—Varlin acaba de marchar a las Batignolles.

—Parece que el pueblo ha recuperado los cañones del Luxemburgo.

—¡Echemos a Foutriquet del Hôtel-de-Ville! ¡Todos los batallones al Hôtel-de-Ville! ¿Dónde está tu batallón?

—En el distrito III.º

—¡Corre al 111.º y haz que toquen llamada!

Entre tanto María Rosa permanecía junto a mí con una sonrisa singular que yo no la había visto nunca. Le cogí la mano.

—¿Es cierto eso —le pregunté en tono muy bajo— que no me dejará usted?

—Nunca más.

Siffrelin nos empujó dentro de la escuela. El Comité se instaló en una de las aulas. Se sentaron sobre las mesas. María Rosa seguía a mi lado y se echó a reír leyendo los cuadros murales: el sistema métrico decimal, el estéreo, el decaestéreo. Estuvimos allí hasta las once de la mañana. A ratos me asomaba a la calle, donde levantaban una barricada. Pero las noticias eran contradictorias: el general Aurelle de Paladines se había apoderado de los cañones de Montmartre, se combatía en la plaza Pigalle, los gendarmes dominaban la situación en las Buttes-Chaumont. Se oyeron de pronto tres cañonazos. Vi palidecer a Siffrelin, sentado frente a mí. Finalmente, apareció Becker, acompañado de mi amigo el portero que me dijo:

—Ciudadano, nuestro batallón está delante del cuartel del Príncipe Eugenio.

—Vamos allá —repliqué. Y volviéndome hacia María Rosa, añadí—: Esta vez, va en serio. Hasta la vista, María Rosa. Quédese aquí.

—Te la conservamos —me dijo Becker—. Luego, se subió a una mesa y gritó, haciendo grandes gestos tribunicios.

—Ciudadanos, vengo del XVIII.º Vinoy ha fallado el golpe. Y eso que lo había preparado bastante temprano: ¡a las tres de la madrugada! Pero no se escamotean así como así unos cañones. El pueblo ha cortado los tirantes y los ha vuelto a emplazar en la Butte. En el bulevar Ornano los de infantería han gritado: ¡Viva la República! Los propios policías alzan la culata o devuelven sus fusiles. Se dice que Vinoy está detenido. Lo que puedo aseguraros es que la Butte ha sido evacuada y que los cañones son nuestros. ¡Viva la República! ¡Abajo los cobardes que capitulan!

Estallaron unas aclamaciones. Nos trajeron triunfalmente un hombre todo desgreñado, Lullier, exoficial de Marina y le nombraron en el acto general. Me fui con mi amigo el portero. Hacia las doce y media de la mañana, encontramos a nuestros hombres en la calle del Temple, mezclados con soldados del 120.º de línea. Un oficial con el sable al costado, se acercó a mí:

—El ciudadano Quiche, ¿verdad? —me dijo—. Me llamo Brunel. ¿Bajamos hacia el Hôtel-de-Ville?

—¡Como podamos! —confirmé.

En efecto, íbamos a la desbandada y había que abrirse paso por entre una multitud cada vez más compacta. Unos chiquillos harapientos vendían diarios: *La Marsellesa*, *La Nueva República*. Las tiendas estaban cerradas. En las esquinas se leían proclamas: la de Paladines; la del Gobierno, firmada por Thiers, Jules Favre, Jules Simón y los otros. Y la del Comité Central donde figuraba mi nombre al lado de los de Siffrelin y Becker.

—Instalémonos aquí —dije a Brunel— y levantemos una barricada.

Los soldados, ayudados por la multitud, comenzaron a desempedrar la calle. Un «fiacre» que pretendía pasar, fue asaltado, desenganchado y volcado sobre el montón de adoquines donde dejó una brillante mancha amarilla. El caballo fue conducido a una carnicería próxima. Hacia la una, se oyeron, en la lejanía, unos disparos, y el trabajo se hizo más febril. Y más dificultoso también, porque la multitud no cesaba de aumentar. Yo no reconocía ya ninguna cara y había perdido de vista al portero. De cuando en cuando me acercaba a Brunel quien parecía ver con claridad en todo aquel tumulto, daba órdenes, rechazaba a sus gentes hacia las bocacalles laterales, conseguía abrir en la multitud espacios vacíos, alrededor de los cuales los soldados, con el fusil horizontal, cubrían la carrera, lo que permitía a sus camaradas desempedrar aquel extremo de calle, amontonar los adoquines sobre carretillas e ir a engrosar la barricada. De cuando en cuando, se requería a un paisano, a un tendero: «Vamos, ciudadano, trae piedras... Una, no, dos... Una tú y otra tu mujer...». Finalmente, se notó un movimiento. Otros batallones se unían a nosotros. Gritaban:

—¡Avanzad! ¡Avanzad! ¡Se puede avanzar!

Caía la tarde cuando desemboqué en la plaza. Entonces, entre las sombras que se agitaban, volví a encontrar a Brunel que me cogió del brazo:

—Están cercados —me dijo—. ¡Barricadas todo alrededor de la plaza! —gritó—. ¡Barricadas!

Los batallones se reagrupaban en la calle de Rivoli. Se enumeraban, se reconocían, a través de una densa obscuridad, la obscuridad de París sin faroles. La fachada del Hôtel-de-Ville estaba negra. Brunel envió unas patrullas contra las tenencias de alcaldía de los alrededores, la del IV.º, la del Louvre; luego nos llevamos unos cuantos hombres con nosotros y avanzamos por la plaza. Un personaje con galones y botas altas de caballista de circo se acercó a nosotros:

—La madriguera está vacía —nos dijo, señalando la enorme masa del Hôtel-de-Ville.

—Entremos —dijo Brunel.

Se colocaron centinelas en las puertas. Un hombre encendió una linterna y penetramos bajo la bóveda. Me dirigí hacia una escalera y encendí una lámpara de gas. Luego subí en la penumbra y encendí la lámpara siguiente. Me seguían los pasos de mis compañeros. Nos adentramos así, de luz en luz, por una larga galería acristalada. Empujé una puerta: un inmenso salón me lanzó a la cara sus tinieblas frías. Relucían en el techo algunos reflejos de

cristal. Pronto oímos en la plaza un enorme clamor, que saludaba la iluminación de todas las ventanas y la aparición de una bandera roja en uno de los balcones.

Siffrelin, Becker, llegan, todo el Comité Central. Le pregunto a Becker:

—Bueno, ¿qué hacemos aquí?

Alguien murmuró:

—Es cierto, nosotros no somos un gobierno.

Sin embargo, nos sentamos en los sillones, alrededor del tapete verde de la mesa, y de los candelabros encendidos.

—Aquí es donde deliberaba Trochu —dijo una voz tímida.

—Sí, aquí se celebraba el consejo de los traidores.

—¡Eh! —exclamó Siffrelin—. ¡Estamos aquí en nuestro sitio, lo mismo que unos traidores!

—Ciudadanos —dijo un comisario de abastecimientos que se apellidaba Moreau y cuya facilidad de palabra había yo admirado a menudo—, puesto que estamos aquí debemos quedarnos. Nuestra misión no habrá terminado hasta que hayamos devuelto París a él mismo. A nosotros nos corresponde convocar elecciones municipales. Cuando París tenga su comuna, nos retiraremos. ¿Quién pide la palabra?

—¡Yo! —dijo el personaje de los galones—. Haremos las elecciones si Foutriquet nos lo permite. Yo digo que hay que marchar hacia Versalles y disolver a los campesinos.

Hubo un gran alboroto. Los últimos recién llegados nos comunicaron con grandes juramentos que el gobierno resistía aún en París mismo, alrededor de la Bolsa.

—¿Dónde está Jules Favre? —gritó una voz.

—Se ha largado.

—¡Hay que cerrar las puertas! ¡Instalar puestos en todas las barreras! —aulló el personaje de los galones. Saltó a una silla, desde ésta a la mesa y allí, pisando sobre los papeles y aplastando un tintero bajo su bota, chilló:

—¡Partida de mamarrachos! Los días del 93 han vuelto...

Le hicieron bajar:

—¡No te las eches de Gustavo Flourens! Basta ya.

—Sí, pero tiene razón. ¿Por qué Lullier no quiere hacer nada?

—Está borracho.

—¿Quién está borracho?

El hombre escupió en el suelo y salió dando un portazo. Se le oyó aullar por los corredores.



—¡A trabajar! —gritó Moreau.

Bajo la luz de las velas los rostros se inclinaban, hirsutos y lívidos. Se dedicaron a nombrar delegados en los ministerios y en las diversas oficinas. Siffrelín firmaba papeles. Un obeso funcionario, con dos fusiles en bandolera y la cartuchera repleta, abrió la puerta y gritó:

—¡Ciudadanos! ¡Ciudadanos!... Hay un general que pide parlamentar... Un general...

Hicieron subir al general. Era Langlois. Se adelantó muy solemne hacia la mesa, se quitó el quepis, y atusando nerviosamente sus cabellos, muy largos, dijo:

—Señores, soy su general. La Asamblea, en su afán de conciliación, acaba de nombrarme en sustitución del general Aurelle de Paladines. Ya me conocen. Mi nombre significa concordia. Estoy dispuesto a trabajar con ustedes para dar a París sus legítimas libertades y consolidar la República.

Sonó una carcajada.

—Mi general —dijo Moreau con aire azorado— la guardia nacional estima que debe nombrar sus jefes ella misma. ¡Vamos, general! ¿Qué confianza quiere usted que tengamos en una Asamblea que acaba de traicionarnos y atacarnos?

—¡Consolidar la República! ¡Con una Asamblea semejante!

—¡Ciudadanos! —exclamó Langlois con una mueca— no pueden ustedes dudar de mis sentimientos republicanos.

—¡Dudamos de los del señor Adolfo Thiers!

—Escuche —dijo entonces Becker extendiendo su mano larga y huesuda—, escuche, general. Queremos que usted sea nuestro jefe, pero entonces, déjenos hacer las elecciones y reconozca el Comité Central.

—¡Es una locura! —aulló Langlois, todo sofocado.

—¡Entonces, lárguese!

—¡Detenedle como rehén!

—¡Les ofrezco una última carta a jugar! —gritó el general—. No olviden que son un gobierno ilegal...

—¡Dígaselo al pueblo!

—¡Que son ustedes unos desconocidos!

—Eso no es un crimen.

El general lanzó un mugido y luego irguiendo toda su talla:

—¡Oh! —dijo—. En cuanto a crímenes tienen ustedes otros sobre sus conciencias. Mis colegas Clément Thomas y Lecomte, que han sido asesinados esta mañana...

—¡Condenamos ese asesinato!

—¡Asesinato! ¿Quién habla de asesinato?

—¡No condenamos nada! —gritó Brunel—. No condenamos la cólera del pueblo. Pero el Comité declina su responsabilidad.

—Estábamos en la calle Basfroi, detrás de la Bastilla...

—¡Dejad hablar a Moreau!

—Es falso —gritó el interpelado—, es innoble decir que las ejecuciones se han cometido ante nuestros ojos. Pero aceptamos el compartir la responsabilidad de las ejecuciones. No hay que intentar separarnos del pueblo. ¡Estamos y seguimos estando con él!

—¿Y además, qué? ¿Han matado dos generales? Los generales están hechos para eso, ¿lo oyes, ciudadano Langlois?

—¡Tu Lecomte ha ordenado disparar tres veces contra el pueblo!

—¡Thomas disparó contra él en junio del 48!

—¡Estamos en guerra, ciudadano Langlois!

—¡No estamos en guerra! —aulló el general—. ¡Sois unos insurrectos! ¿Por cuenta de quién trabajáis? ¿De los bonapartistas? ¿De los prusianos?

Hubo una rechifla ruidosa. Vi a Becker que agitaba su pipa con el brazo tendido, gritando:

—¡Basta de discusión! Yo pregunto solamente al general Langlois si reconoce al Comité Central.

—¡No, no y no!

—Acompaña al general a la puerta.

Me sentía deshecho de sueño. Dieron las dos de la madrugada en el reloj, sobre la alta chimenea. Me levanté para desentumecerme las piernas y me dirigí hacia una ventana. La plaza estaba atestada de gente, las bayonetas brillaban en la noche. Becker se acercó a mí.

—¡Ah, Becker! —le dije—, ¿qué hago yo aquí, en esta sala del Hôtel-de-Ville?

—¿Eh? —murmuró levantando las cejas.

—¿Qué va a salir de todo esto, Becker?

—Pues bien —respondió— ¿no es esto lo que deseábamos? París está liberado, París respira. ¡Qué noche más extraña, Teodoro! Siento una impaciencia terrible.

Abrió una puerta-balcón y nos asomamos. Al salir de aquel salón lleno de humo, aspiré largamente el frescor de la noche. Debajo de nosotros afluía la marea de las cabezas, de las bayonetas, de las canciones.

—Becker —dije—, no hablas como un filósofo.

—Creo que no lo soy.

—Seguramente no.

—O bien, llegará un día en que todos los hombres sean filósofos de mi género.

Hubo un momento de silencio.

—¿Qué va a hacer Versalles? —le pregunté.

—¿No has oído hace un rato? Lullier no ha querido cerrar las puertas. ¡Valiente borracho! Ahora es demasiado tarde.

—Cuando se mete uno a actuar —dije irritado— hay que triunfar. —Y añadí bostezando—: Actuar... Dormir... Becker ¿sigues ahí? Ya no te veo... Becker, tengo fiebre. Volvamos a casa, hace demasiado frío. ¿Estás ahí, Becker?

Me cogió del brazo y me condujo entre el griterío y el humo del salón.

—Ven por aquí —me dijo cerrando la ventana.

Cruzamos el salón. Abrió una puerta, que daba a un gabinetito oscuro. Rasqué una cerilla y vi una lámpara Cárcel de aceite, sobre la esquina de una mesa dorada, cubierta de papeles. Encendí.

—Échate ahí y duerme un poco —me dijo Becker, indicándome un canapé de cuero, adosado a la pared del fondo.

Sentóse él en un sillón y se puso a fumar su pipa. Su larga y huesuda figura me tapaba la claridad de la lámpara. A través de la puerta y de la pared, los gritos del salón no llegaban más que como un rumor confuso.

Murmuré:

—Becker...

—¿Qué?

—¿No has amado nunca a una mujer?

Se sacó la pipa de la boca y me respondió:

—¿Por qué me lo preguntas?

—No sé. Quisiera conocer lo que piensas esta noche. Yo no sé ya siquiera lo que pienso. ¿Tienes a tus padres?

—Tengo a mi madre, en Alsacia. Vive con su hermano, en Sélestat.

—¿Son viejos?

—Sí, son viejos. Es como un matrimonio de viejecitos. Ellos me han educado.

—Ahora tendrán que ser alemanes.

—Sin duda.

—¿Y tú, Becker?

—¿Yo? ¿Sé acaso lo que va a ser de mí? ¿Lo he sabido nunca?

—¿Vas a volver a Alsacia?

—Pero, Teodoro...

—¿Qué?

Se levantó, se acercó a mí...

—Teodoro...

—¿Qué, dime?

—¿No has comprendido que el mundo, desde hoy, ha cambiado?

Me levanté a mi vez y le cogí del brazo:

—¡Es que, como ves, no puedo creerlo! —dije con voz jadeante—. No me atrevo... ¿Será verdad, Becker, será verdad? ¡Ah!

Me dejé caer de nuevo, tendido, apoyada la mejilla contra el cuero frío del canapé, y me puse la mano sobre los ojos. Oí a Becker dar unos pasos; luego, volvió a sentarse.

—Teodoro —dijo—, no todo es ser filósofo. Y sobre todo cuando uno se llama filósofo del vientre, esto nos lleva lejos. Estoy comprometido, te lo repito, y siento una impaciencia terrible... Una impaciencia terrible por ver lo que va a venir. ¡Eh, eh! Tú también estás comprometido, Teodorito.

—¿Qué tengo yo que perder? —murmuré con la mano sobre los ojos.

—Es cierto, nosotros no tenemos nada que perder. Somos libres. ¡Somos en este momento más libres que nunca! ¿Lo comprendes bien, verdad? Responde, Teodoro.

—Sí, Becker, creo que lo comprendo, que lo siento. Creo que voy a ser prodigiosamente feliz. Sólo que...

Mi mano crispada bajó de mis ojos a mi garganta, y proseguí:

—Sólo que es un arranque muy extraño. Siento en esto como la huella de un secreto perdido. Me parece que me exhiben, que todo el mundo me mira. ¿Por qué hay que estar aquí, hablando, discutiendo? ¡Oh, Becker —grité prorrumpiendo bruscamente en sollozos—, Becker! ¿Por qué han dejado escapar a todos esos canallas? ¿Por qué no han cerrado las puertas? ¿Por qué —aullé con todas mis fuerzas—, por qué no han matado más que a Lecomte y a Thomas? ¡Debían haberlos matado a todos, a todos! Ahora...

Se abrió la puerta. Una cabeza inquieta asomó.

—¡No es nada! —le gritó Becker—. Y a mí cogiéndome de los hombros:

—¿Y por qué no has dicho nada, so palurdo? ¿Por qué no has pensado en eso? Se ha hablado hace un rato, se ha hablado de todo. ¡Debías haber dicho tu opinión! Ahora todo el mundo piensa en voz alta, es una costumbre que habrá que adoptar. Pero en voz alta no quiere decir gritar como un ternero y alborotar a los camaradas. Vamos, acuéstate y procura dormir.

—No quiero dormir. Pero, tranquilízate, no gritaré ya. Hablaré muy bajito, así, ¿ves? Sí, tienes razón, no es ya momento de emplear astucias con las gentes: estoy comprometido...

—¿Ah, sí? —dijo él en tono jovial—. Está hecho, Teodoro: te hallas en la ilegalidad. Ese Langlois lo ha dicho claramente hace un momento: eres un insurrecto. Y tu examigo Havelotte pertenece a la Asamblea Nacional. Todo el mundo está en su sitio. Fíjate, Teodoro: todo el mundo en su sitio, esto es lo que se llama la revolución.

Me quedé callado un instante y continué:

—¿Qué hace tu viejo tío?

—Tiene una pequeña pensión. En otro tiempo era funcionario de Correos. Él y mi madre, los pobres, se han sacrificado para que yo efectuase mis estudios. El pastor les había dicho que eso era necesario, que yo podría ser abogado. Estudié en la Universidad de Estrasburgo. Allí, he dado algunas lecciones para vivir y ayudarles un poco. Y luego, París.

Continué:

—¡Bah! Consiguen ir tirando. Sin embargo, yo no debería haberles engañado. Debía haber estudiado en serio, llegar a ser abogado, y honrarles. En lugar de hacerlo me he lanzado a la metafísica, he seguido una serie de rodeos desde el vientre hasta la palingenesia y desde la palingenesia hasta no sé qué, la conquista del cielo, una explosión del espíritu, la reintegración universal, el reinado de lo humano, la eternidad sobre la tierra. Ellos no esperaban de mí nada de esto... ¡Imagínate! —dijo con una risotada—. No, no me habían educado para eso. Y ese pobre pastor a quien he engañado... ¡Ah! ¿qué quieren que haga el pensamiento si le dan suelta? ¡Tanto peor! Para acabar, formo parte de un Comité ilegal, insurrecto, que el general Langlois se niega a reconocer y que el gobierno del señor Thiers va a hacer saltar. Al menos si puede: no está dicho todo. Pero en cualquier caso, no es esto lo que se esperaba de mí. ¿Qué te parece, Teodoro? ¿No ves a los dos viejecillos, en Sélestat?

—¿Les escribes?

—Les escribía, y luego iba a verlos todos los años.

—¿Y si se enteran de que has sido fusilado?

—No lograrán comprender que pueda tratarse de mí... No comprenderán ya nada en lo sucesivo.

—¿Y si hacemos —pronuncié lentamente— nacer un mundo nuevo, lo comprenderán?

Becker volvió a pasear de un lado para otro.

—Siento —dijo— una curiosidad tan apasionada... ¡Ah! Teodoro, cuando se haya vuelto al punto cero y todos los hombres estén liberados, hayan caído las caretas, no haya ya ni mitos ni dioses, ni ningún compromiso posible entre los que creen en los dioses y los que ya no creen en ellos, cuando todos los hombres sean semejantes a estos últimos, puesto que, te lo repito, no habrá ya dioses en absoluto, Teodoro, ¿qué es lo que vamos a ver, qué vamos a hacer? ¿Qué es lo que va a poder hacer el hombre, al fin? Es una curiosa especie, ¿sabes? la especie humana. Totalmente inerte frente al universo, y con ello una fuerza tal de expansión... Con que llenar el universo. Se nace sin ninguna facultad de adaptación a nada, más desnudo, más débil que ningún insecto, puesto que los insectos saben enseguida algo; y luego, poco a poco comienza una ambición a despertarse en ese hombre, una ambición desmesurada... ¿No es extraordinario? Ahora bien, es preciso que sea libre, es preciso que sea él mismo, por entero. ¡Oh! cuando se ponga a ensayar... Cuando comience realmente a ensayar su poder... ¿Duermes?

Yo no dormía, escuchaba las palabras de Becker y las lágrimas que mi pasado furor había hecho brotar de mis ojos, no se habían agotado. Pero habían vuelto a correr, aunque apaciblemente, porque ahora el amor y la esperanza las causaban. Sin embargo, me impedían responder a Becker, que repitió:

—¿Duermes?... ¡Pero si estás llorando! Teodoro, ¿por qué lloras?

Entonces, con la voz quebrada, le dije:

—Becker, quisiera preguntarte: esta especie humana de que hablas...

—¿Qué?

—¿Hay entonces que amarla? ¿Hay que amar a los hombres? ¿Tú los amas?

—¡Hum! —refunfuñó Becker.

Lanzó otra risotada y luego dijo en tono soñador:

—Si le hubieses preguntado eso a mi pobre Linden, te habría respondido: «No exageremos nada...». Le oigo desde aquí. ¡Pobre Linden! Estaría contento esta noche.

—Becker ¿amas a los hombres?

—Bueno —dijo Becker—. Amo... el futuro que hay en ellos. ¿Es esto amar a los hombres? ¿Qué te parece?

No sé ya lo que iba a responder cuando el ruido de las voces en el salón se acreció de pronto. Becker corrió a la puerta. Oí, dominando el tumulto, la voz de Siffrelin.

—¡Haces falta, Becker! Estamos redactando una proclama para mañana.

Creo que después me dormí. Luego fui a reunirme con ellos, alrededor de sus papeles. Se discutía la fecha de las elecciones. No sé cómo, de repente, el sol ha surgido allí, iluminando el tapete verde, los dorados de las paredes y del techo, las caras lívidas. Eso fue el domingo 19, un domingo radiante que ha calmado los nervios, echado todo el mundo a la calle, ya no para combatir, o ver combatir, sino para pasearse. He pasado la mañana en la Imprenta Nacional, con Moreau. Por la tarde, al cruzar la plaza del Hôtel-de-Ville, miraba sorprendido todas aquellas gentes pacíficas, las mujeres del brazo de sus maridos, los niños. Contemplaban las barricadas, los rayos del sol sobre el bronce de los cañones, sobre los carteles frescos aún. Yo estaba borracho de sueño y de asombro. Tenía prisa por ver a María Rosa, y pensaba: «Esta noche, quizá, o mañana. O muy pronto, cuando el Comité haya terminado su labor y París esté liberado y el mundo entero también y sea dueño de todo su destino...». Entonces, en espera de ver a María Rosa, la imaginaba cerca de mí y le comunicaba las noticias: «Sabrá usted —decía— que según parece, esta mañana todavía estaba Thiers en el Quai d'Orsay. ¿Por qué no le han detenido, sí, por qué? ¡Ah! Tal vez ha sido un error no haberse entendido con Langlois. En todo caso, habría que hablar con los alcaldes y con los diputados. No somos todavía lo bastante fuertes. Estamos demasiado solos. Y, sin embargo, París es nosotros, pero no lo saben aún, y nosotros mismos no estamos bastante persuadidos de ello». Todas estas frases resonaban en mi cabeza. Me oía pronunciarlas, oía voces nocturnas repetir las a través de la humareda y entre un alboroto incesante. Luego, llamaba a María Rosa. Y la decía: «Ahora ya no tengo más que a usted y es preciso que esté usted siempre aquí. Si hay todavía baile, esta noche, en el Hôtel-de-Ville me acompañará usted, ¿verdad? Bailaremos juntos. El año último estuve también en el baile, pero fue con Máximo. Sí, era ciertamente hace un año, en el otro carnaval, y no en el Hôtel-de-Ville, sino en la Opera. ¿Ha oído usted hablar del baile de la Opera? Era otra clase de baile. Hay que reconocer que en un año las modas pueden cambiar totalmente. Hay trajes diferentes, otros placeres, otro lenguaje. Ese baile antiguo del que le hablo, se celebraba bajo el Imperio. Máximo llevaba su uniforme de ayudante de campo. Le han matado, María Rosa, y bruscamente ha habido este cambio de moda. Yo, sobrevivo. Debo subsistir, sobrevivir aún, y usted, usted debe seguirme a todas partes». Y después, he entrado en la sala del Comité, vieja ahora y ajada y llena de voces cada vez más roncadas y monótonas. Por la noche nos han traído unos embutidos. Luego, hacia las ocho, hemos recibido la delegación de diputados y alcaldes. Es evidente que no quieren admitirnos. Desconfían

hasta de los obreros: Tolain, de la Internacional, nos desprecia. No comprenden lo que nosotros queremos.

—Tenemos un mandato —explica Becker—. Lo hemos recibido de la guardia nacional, es decir del pueblo en armas y que no ha sido desarmado. Es posible que Francia haya sido desarmada. Nosotros, no. Nuestro deber es impedir un nuevo golpe de Estado, un nuevo junio del 48. Conocemos a esa gente de la Asamblea: todo eso, es Luis-Felipe, es Bonaparte. Ya no lo queremos más.

De todas aquellas palabras recuerdo sobre todo la cara de Milliére, sus ojos de perro triste, su bigote caído, y su redingote azul, ceñido hasta la barbilla. Estaba cerca de mí y hablaba con un aire de dulzura y de amargura. A todo cuanto decíamos, él respondía:

—Tened cuidado...

Movía la cabeza:

—Precisamente, vais hacia un golpe de Estado como el de junio del 48... Soy un viejo revolucionario, como sabéis. Pero os lo advierto: no ha llegado todavía la hora de la revolución social.

Entonces, uno de sus colegas, dijo altivo:

—¿Es entonces la revolución social la que ellos quieren hacer? Pues les auguro un bonito éxito.

—No, no, la federación...

—París ciudad libre.

—¡Pues, sí! —dijo Becker con tranquilidad, y yo le apoyé—. Queremos la revolución social, exactamente.

—¿Sois, por tanto —dijo un adjunto, con la mano sobre su chaleco— unos materialistas, unos individualistas, unos partidarios de esa doctrina que coloca la República por encima del sufragio universal?

—¿Cómo dice? —gritó Becker, a quien aquel batiburrillo filosófico picaba en lo vivo.

—Veamos, precise usted, ¿cuál es su programa? ¿Un consejo municipal elegido? ¿Y después?

—La condonación de los alquileres en suspenso.

—¡Oh! ¡Oh!

—La prórroga de los vencimientos.

—¿Y qué más?

—Intenten comprender —dijo un diputado con bonachonería, no sé ya si era Lockroy o Clemenceau—. Vamos a consultar con nuestros colegas. Son, como nosotros, hombres de buena voluntad, amigos del pueblo. No piden más



que oírles. Pero es preciso que propongan ustedes un programa que puedan decentemente presentar al gobierno.

—¿Tienen ustedes o no confianza en nosotros? Vamos, ustedes nos conocen. Conocen a nuestros colegas, Luis Blanc, Edgar Quinet, Schoelcher...

—Carnot...

—Floquet...

—Y a nosotros —respondió Siffrelín— nadie nos conoce. Ya nos lo han dicho bastantes veces.

—¡Quisiéramos ayudarles hasta tal punto! —suspiró un alcalde.

—¡Y evitar la guerra civil! —añadió otro.

—¿Qué dice Luis Blanc?

—Envíenle una delegación. Está en la alcaldía del II.º Pónganse de acuerdo con él como con nosotros.

Llevé a Becker aparte:

—¿Estamos solos decididamente, verdad?

—Pues bien —me respondió—, lo que hemos de intentar, lo intentaremos solos. Ya veremos.

Aquella noche, volví a casa a acostarme. Hacia la una, estaba en mi sobradillo, al lado de la casa Quiche desierta. Y en el aire del patio, he respirado, un poco tembloroso y agrio aún, un hálito primaveral que me ha llenado bruscamente de recuerdos. He tendido mis manos hacia la techumbre de tejas. Un torrente de sentimientos nuevos ha refluído contra los recuerdos, se ha llevado mi juventud, los besos de Clemencia y de Adelaida, su talle remolineante, ha agitado todo esto en un desbordamiento de angustia y de júbilo. Luego, a la luz del cabo de vela he encontrado en el espejo mi rostro flaco y amarillento, he curvado los hombros, me he preguntado si mi cuerpo desfalleciente iba a poder soportar todo lo que me esperaba todavía de potente y de desconocido. Latían mis sienes. Me he sentado y he escrito una parte de estas notas. Por último, me he acostado y he dormido con un sueño agitado en el que las palabras y los gestos de los hombres reaparecían para mezclarse sin cesar a los esfuerzos de mis ensueños.

22 MARZO — La reacción se organiza. Se congrega en el centro, alrededor de la Bolsa, dispuesta a dejarse matar en los escalones de la Bolsa. Hoy, desde un balcón del ministerio de Justicia, he asistido a la gran ofensiva. Becker, a mi lado, comentaba el acontecimiento:

—¡Es hermosa la valentía! —me dijo—. Hay que admirarla allí donde se encuentre. Ves, Teodoro, esas gentes están resueltas a defender su bolsillo

hasta la muerte. Han abandonado sus cuartos —o sus sótanos—. Han bajado a la calle. La mayoría no tienen armas: no poseen como patrimonio más que su convicción y su heroísmo. Y todavía, que los que tienen carruajes y cajas de caudales procuren defenderlos, es hermoso ciertamente, pero es también natural. ¡Piensa cuánto más sublimes son todavía los que, ahí dentro, no tienen nada que defender y no se mueven más que por amor al orden y por desprecio a la plebe! Piensa que ahí dentro hay modestos empleados, muertos de hambre, pobres diablos cuya existencia es grotescamente mediocre, ayudas de cámara. ¡Piensa en el magnífico desinterés de los ayudas de cámara! Están con el señor conde. Piensan, sienten como él, participan de corazón en su lujo y en su poderío. Son de su partido. Todo esto, es el partido del orden. Nosotros somos unos bandidos. No tenemos ninguna moral, saqueamos las cajas, violamos las mujeres. Somos unos materialistas y unos gozadores. Ellos, van a morir por un ideal.

La calle de la Paix retumbaba de clamores. Gritaban: «¡Viva el orden! ¡Viva el sufragio universal! ¡Viva la Asamblea Nacional!». Las tiendas de moda y las joyerías estaban sólidamente defendidas por barricadas, pero encima, en las ventanas, joyeros y modistas aclamaban a los manifestantes y agitaban sus pañuelos. La manifestación llegaba al extremo de la calle que podíamos entrever y permanecía allí, moviendo bastones y sombreros. Había también algunas damas, que se desgañifaban, sosteniendo sus faldas con una mano y levantando la otra con un leve gesto marcial como cantineras de opereta. Nuestros federados estaban agrupados ante la columna Vendôme, sobre la cual flotaba la bandera roja y esperaban, en descansan armas. Uno de los nuestros gritó a Bergeret, que los mandaba:

—¡Da las órdenes!

Los otros permanecían en la calle de la Paix, aullando y agitándose. Un gran diablo, de redingote, barría el empedrado con una enorme bandera tricolor. Avanzó hasta los cañones que defendían la plaza y gritó:

—¡No tienen carga! ¡Son de cartón!

De pronto, se oyeron, en la calle de la Paix, disparos. La multitud reflujo sobre la plaza:

—¡Disparan contra mujeres! ¡Con ametralladoras! ¡Asesinos!

Bergeret se adelantó, hizo que redoblase el tambor. Sus hombres, con las bayonetas vibrando al sol, se pusieron en marcha, invadieron la calle de la Paix. Oímos nuevos redobles de tambor, gritos, luego una salva de disparos. Al pie de la columna, ante la verja, apareció, absurdo y olvidado, con el ojo

en el aire, el anteojo del astrónomo que, en otro tiempo, por unos céntimos, mostraba la luna. Becker me dijo:

—Lo más triste es ver la juventud burguesa mezclarse con esos canallas. ¿No sabes que las grandes escuelas se han declarado en contra del Comité? ¿No te lo predije? Si Julio de Renaud no hubiera sido eliminado por los prusianos, estaría ahí, hirviendo de entusiasmo. ¡Ah! Mientras no se hablaba más que del pueblo y no se trataba más que de conquistar libertades civiles, el derecho a escribir en los diarios, la igualdad ante la ley, ¿qué sé yo cuántas cosas más?, todo iba bien. Era generoso y de buen tono combatir en las filas del pueblo. Ahora, no se trata ya del pueblo, sino del proletariado. Pues bien, esas gentes son hipócritas: no se declaran como clase, no se declaran enemigos del proletariado, burgueses y defensores de los privilegios burgueses. Quieren seguir combatiendo por un ideal, el orden, la moral, la patria...

Se alzó de hombros.

—¡La patria! Sí, son patriotas y sólo sueñan con peleas cuando es el Emperador quien hace la guerra. ¡No lo son ya cuando la hace Gambetta! ¡Pardiez!

Los gritos se alejaban. La plaza y el extremo de la calle de la Paix estaban vacíos. No quedaba sobre el empedrado más que algunos bastones y un gran cadáver, con la nariz contra el suelo, y su sombrero en la mano.

—Mira —prosiguió Becker—. ¿Quién será ese? ¿Un honrado negociante, un miembro del jockey, un frecuentador de los bulevares hombre de bien? ¿Un hijo de familia arruinado por su usurero? ¿O el usurero de ese hijo de familia? ¿Un abastecedor del ejército? ¿Un espadachín? ¿Un agente de cambio? ¿O el cochero de un dependiente de agente de cambio? ¿Uno de esos taimados que se rozan con lo más selecto y juegan al alza? ¿O uno de esos señores del *Fígaro*, que tienen tanto ingenio, el buen ingenio francés antiguo, claro y chispeante, que sabe colocar al talento en su lugar, y a los pensadores y a todo lo que esto arrastra, pero siempre en la brecha ¡para defender la familia, los caballos de carreras y la alegre música francesa? Ves, era quizá un volteriano, pero ¡por Dios! ¡no hay que tocar a los curas! ¡Ni a los guardias municipales! ¡Ni a la renta francesa! Se bromea, pero nada de burlas. ¡Eh! Tú has tenido tu breve minuto de heroísmo... ¡Cómo, con la sonrisa en los labios, la rosa entre los dientes, el corazón elevado, has muerto a la francesa! Todo a la francesa, la renta, las buenas y viejas canciones... Con tu sombrero sobre la oreja, y tu junquillo en la mano, has venido a hacerles ver cómo las gasta un caballero francés ¿eh? ¿Qué son esos golfos que se permiten...? Aquí estamos

en nuestra casa. Somos personas honradas. La plaza Vendôme es nuestra. Y la Bolsa, y los burdeles de alrededor. Somos franceses de rancio abolengo. Representamos la galantería, el liberalismo, las artes de adorno y la fe de nuestros padres. ¡Hagan juego! ¡Honor a las damas! ¡Adelante los fanfarrones y viva la juerga! Y luego, véase: un guardia nacional ha disparado contra el montón. ¡Pan! Tenías deudas sin duda, una querida que te abofeteaba... Todo eso está arreglado. ¿Y ese guardia nacional, quién era? Un bandido, seguramente. Pero ¿qué más? ¡Bah! Un vidriero, un tornero de metales, un cincelador, un amasador de yeso. Será quizá el amo mañana. Esto te sorprende, ¿eh? Es el mundo al revés. Tú lo has dicho: van a trastocar el mundo. En griego eso se llama hacer metafísica. Pero olvidaba que tú no sabes griego, imbécil. Porque a pesar de tus ínfulas de gran señor...

Moreau y Varlin se unieron a nosotros en el balcón, interrumpiendo aquella oración fúnebre.

—Hay que terminar —dijo Varlin—, enviar batallones al centro y a todas las alcaldías. ¿Saben ustedes que Versalles está negociando con Bismarck el regreso de los prisioneros? ¡Y Bismarck no pide nada mejor! ¡Cómo, mi querido colega! ¡Pero si todos mis campos de concentración van a abrirse para ustedes!

—¡Vamos a ver de nuevo los espectros, los militaristas, todos los mamelucos del 2 de diciembre!

Pronto llegaron refuerzos, y en las dos salidas de la plaza Vendôme comenzaban a levantar barricadas.

—Vuelvo al *Diario Oficial* y a la Imprenta —me dijo Moreau—. ¿A qué hora podrás sustituirme?

—Me reuniré contigo en el *Diario* después de comer. Pasaré allí la noche.

Aproveché aquel descanso para ir a ver a María Rosa. Bajé por la calle de Rivoli, donde levantaban barricadas, y encontré una patrulla que me escoltó hasta la altura de Saint-Germain-l'Auxerrois. Ante la alcaldía, unos soldados de infantería acampaban, con sus fusiles en pabellón. Algunos curiosos se mezclaban a sus grupos, y volvían lentamente la espalda cuando un oficial les gritaba que circularsen. Hacia las cinco llegué a la Bastilla y bajé por el barrio. Declinaba el día. En la calle de Aligre, una vieja sentada en el umbral de su portal, zurcía calcetines. Cuando pasé a su lado, la oí que contaba los puntos a media voz. Levantó los ojos hacia mí, sin verme y continuó de nuevo su murmullo. Ante el taller de Siffrelín, que seguía vacío, pero a través de cuyos cristales rojeantes se deslizaba un último rayo de sol, la jorobadita jugaba a la rayuela con otras niñas. En la lejanía, sonaba un clarín. Permanecí inmóvil

escuchándolo, con el corazón sobrecogido. «Es una noche de revolución — pensé—. Una hermosa noche de revolución». La jorobadita llevaba un delantal a cuadros. Me reconoció, vino a agarrarse a mis piernas, echó mi cara hacia atrás, y me ofreció su cara de ángel, en donde no había vibrado aún un solo pensamiento. Únicamente el hambre había ahondado sus mejillas, poniendo un cerco en sus ojos, pero aquella hambre no tenía conciencia de sí misma, no era una preocupación ni un pensamiento: la pobre niña se había encontrado naciendo en un mundo donde se pasa hambre, simplemente, como si hubiera nacido en una manada de perros vagabundos o de lobos angustiados. Le dije:

—Mala, mala... Fea, fea...

Me miró sonriendo, pues sabía que se habla así a todos los niños y que esos términos significan guapa o rica.

—Loca —proseguí—, loca de haber venido aquí... Mala, mala... Mala contra ti misma... Anda, desgraciadita, tontuela...

Luego la levanté del suelo y la besé largamente, varias veces, mientras los saltos de sus compañeros resonaban en la acera, de casucha en casucha, del infierno al paraíso. El clarín lejano volvió a sonar, y de pronto vi aparecer a María Rosa.

—En una noche de revolución —dije en voz alta— se bebe. ¿Tiene usted vino en su casa, María Rosa?

—No mucho —me contestó—. Iré a ver. ¿No quiere usted entrar?

—No —dije desabrochando mi cinturón y sentándome en el borde de la ventana, con las piernas colgando—. Quiero quedarme aquí, en la calle. ¡Hay aquí tanta calma y es tan hermosa la noche!

Los chiquillos vinieron a tocar mis botas. Luego reanudaron sus juegos. María Rosa volvió con una botella y un vaso. Era vino tinto; llenó el vaso, que vacié de un trago. Luego la miré riendo. Ella rió también mostrando sus dientes muy blancos. Olvidé la pena que había sentido viendo a la jorobadita, y ya no vi más que a María Rosa, erguida en el crepúsculo, con el rostro bañado en claridad bajo sus espesos cabellos negros. La fatiga que abrumaba mi cuerpo se convirtió enseguida en un deseo violento que me ciñó los riñones, contrajo mis mandíbulas. Creí respirar en el aire un olor a granja, a granja y a montaña; y tendiendo la mano la hundí en el pelo de María Rosa como en la hierba. Ella se acercó a mí, siempre sonriente, y me dijo:

—Bueno, ciudadano Teodoro, ¿en qué piensas?

—Pienso que eres bella, María Rosa. Ven, más cerca de mí todavía.

—Los niños... —dijo ella, bajando los ojos y señalándome los con un leve gesto de sus labios.

—¡Bah! ¿Qué importa? ¡Vamos, es la revolución! ¡Es la revolución para todo el mundo! ¿Te molestará que te bese delante de ellos, aquí, en plena calle?

Me dio una leve palmada sobre la mejilla:

—Es que no quiero que me beses ni delante de ellos, ni delante de nadie. Ni en la calle, ni en otro sitio. ¡Qué ocurrencia!

—¡Me gustaría tanto!

—¡Ah! ¿sí? —dijo inclinando la cabeza a un lado y examinándose. El resultado de aquel examen fue esta pregunta cruel:

—¿Cuándo vas a afeitarte?

—Después de las elecciones —respondí solemnemente—. Cuando haya entregado mis poderes a la Comuna.

Nos echamos a reír de nuevo. Y yo observé:

—Me hace un efecto raro tutearte. Es un extraño placer tutear por primera vez a un amigo... Y —añadí en voz baja— a una mujer a la que se ama. ¿Oyes lo que te digo? A una mujer a la que se ama.

—Ya lo he oído —dijo ella apartando los ojos y volviendo enseguida a fijarlos en mí.

Los chiquillos volaron al extremo de la calle. Cogí a María Rosa por el hombro y la estreché contra mí. Permaneció firme y recta, y dejó una de sus manos en mi mano libre. Vi extenderse sobre su rostro una expresión de dulzura parecida a esos vahos luminosos que difunden los collados un poco antes de ponerse el sol. Su voz sorda murmuró:

—¿Es entonces verdad que me ama usted un poco?

—¿Por qué dice usted un poco?

—No sé... Estas son palabras demasiado serias.

—¿Y no quiere usted emplear palabras demasiado serias?

—Pues verá... Si dice usted que me ama, me parece que dice usted cualquier cosa. Esto no tiene sentido. Pero si dice usted que me ama un poco, estoy dispuesta a creerle... Y a escucharle.

—¿Y por qué ya no me tutea?

—Porque cuando le tuteo, ya no le reconozco... Será preciso...

—¿Será preciso qué?

—Que esto llegue poco a poco, que me acostumbre poco a poco a este Teodoro al que voy a tutear.

—¿Y va usted a acostumbrarse a amarle?

—Sí, pero eso me produce pena.

—¿Qué le produce pena?

—Abandonar al otro, al que...

—¿Al que?...

—Al que no pensaba nunca tutear algún día y al que no creí amar.

—¿Y aún creyendo que no le amaba, le amaba también?

—De otra manera sin duda, puesto que yo no lo sabía.

—¿Y esos dos Teodoros son muy diferentes el uno del otro? Y el que está cerca de usted en este momento, María Rosa, ¿cuál es? Y usted, ¿va usted a no ser ya la misma, María Rosa?

A todas aquellas preguntas y a otras que siguieron presurosas ella no respondía más que con un silencio obscuro. Y luego volvía a hablar a tientas y sonriendo con aire confuso. Y finalmente:

—Teodoro, es muy curioso el saber que se ama... Y atreverse a decírselo, y sobre todo repetírselo. ¡Dios mío! Me ha sucedido el pensar que podía amar a algún hombre y este hombre era siempre usted... Sí, en fin, era siempre usted... Pero el pensamiento se iba como había venido y yo seguía siendo la misma María Rosa. Ahora...

—Ahora va usted a pensar constantemente, sin un segundo de tregua, que me ama. ¿Es cierto, María Rosa? ¿Es posible?

—¿Y usted?

—Y yo voy a pensar que la amo, voy a pensarlo a todas las horas del día y de la noche.

Una misma agitación nos empujó el uno hacia el otro. Vi de nuevo los labios enternecidos y la mirada que se me habían ofrecido en el cenador de la Barrera del Trono, pero sin la humildad y la tristeza de entonces. Una nueva llama caldeaba este beso, y apenas lo hube recogido sobre los labios quise avivarlo con un fuego tan libre y tan fuerte como él. Cogí la botella del borde de la ventana, cerca de mí, y bebí precipitadamente un segundo vaso de vino tinto. Quedaba todavía un poco en el fondo de la botella. Se lo hice beber a María Rosa.

—Así —la dije riendo— no seré yo el único en sentir el vino, y tú volverás a besarme.

—¡Cuántas veces quieras! —exclamó ella.

Salté al suelo desde la ventana y me mantuve en pie junto a ella, con la mano sobre su hombro y el corazón henchido de una voraz alegría.

—¡Sabrás —la grité— que va a haber igualdad entre los hombres! ¿Lo sabías, María Rosa? Y ha terminado la guerra, y los prusianos van a

marcharse, los versalleses serán vencidos, París va a ser libre, y a mí nada me ata, nada me retiene. Llega la primavera: será la más bella primavera que la tierra haya conocido nunca. Comienza mi verdadera juventud, mi juventud libre, y ¡tengo derecho a gritar todo lo que pienso a la faz del mundo entero! ¡Ah, si Máximo viviese aún! ¡Sería yo entonces el rey de la vida: pero quizá era necesario que él muriese para que estuviera más solo aún y más orgulloso! ¡y más locamente enamorado de ti, María Rosa! Somos el uno del otro de ahora en adelante, estamos ligados el uno al otro, entregados el uno al otro para toda una larga existencia desconocida, en un mundo extraordinario...

—¡Ah! —murmuró ella— jamás hubiera yo creído que un día me dirías todo esto. Y, sin embargo yo esperaba el momento en que me lo dijese, esperaba sin atreverme a creerlo...

—Adiós, María Rosa. Voy a reunirme con tu padre en el Hôtel-de-Ville, y luego pasaré la noche en el *Diario Oficial*.

—Te llevaré allí algo de comer y de beber. ¿Hacia medianoche, quieres? Buenas noches, Teodoro.

Me arranqué de sus brazos y mis labios la gritaban desde lejos, silenciosamente:

—¡Amor mío!

28 MARZO — Ha sido proclamada la Comuna en el Hôtel-de-Ville. «¡Un hermoso día de germinal!», me decía Siffrelín en la tribuna. Lloraba. Becker, muy pálido, movía la cabeza. A nuestra espalda una amplia colgadura roja caía del techo, cubriendo la fachada, ocultando la estatua de Enrique IV. La casa era realmente nuestra. Unos gallardetes rojos, con franjas de oro, flotaban sobre nuestras cabezas. Me sentía allí como en el teatro. Ante nosotros, la plaza centelleaba de bayonetas, apretadas unas contra otras, todas tintineantes, de estandartes mostrando en gruesas cifras negras los números de los batallones, de banderas rojas y tricolores, rematadas por el gorro frigio. Todo aquello cantaba la *Marsellesa* y el *Canto de la Partida*, y repetía la primera, incansablemente. Los pequeños quepis cuadrados, doblados, aplastados, danzaban en el aire. Mezclados a los soldados, unos burgueses agitaban, ellos también, sus sombreros de copa, e incluso, algunos, quepis. Las mujeres no eran las menos fanáticas. Se desgañitaban gritando: «¡Viva la Comuna!», y parecían querer saltar en el aire, por encima de los quepis y las bayonetas. Cerca de nosotros contemplaba yo a los nuevos dueños de París, con sus fajas rojas: Félix Pyat, de pelo majestuoso, y mirada soberbia; Jourde con su honrada barba negra, partida en dos; Valles, con el entrecejo fruncido, la nariz corta y agresiva; Flourens, rubio y marcial; Delescluze, blanco, de



pecho hundido, aspirando el aire con avidez, con la boca estirada, en tensión. Él también, como Siffrelin, tosía desde su detención en Vincennes. Pero Siffrelin se había rehecho y erguía de nuevo su torso, mientras que yo veía el cuerpo flaco de Delescluze, agitado por estremecimientos. También estaba allí papá Beslay, encorbatado hasta la barbilla, con su agraciado rostro de gran burgués de solera; Vermorel, con su gracioso bigotillo de estudiante; Raúl Rigault, solemne e implacable, y al sol, el extraño espejo de los lentes de Ferré, y aquella mirada insistente, firme sobre la nariz aguileña, en un rostro todo barba y cabellos. Habían dejado un sillón vacío: el sitio de Blanqui.

Luego hubo el desfile de las tropas encabezado por Brunel, entre el estruendo de los clarines y los tambores, mientras el cañón retumbaba sobre el Sena: en todas las ventanas y en los tejados de la plaza revoloteaban los pañuelos. Al pie de la tribuna, unos buenos ciudadanos de redingote, barba cuidada, con la flor de oro en el ojal, unas señoras con sombrero aclamaban a la Comuna con todas sus fuerzas, alzando frenéticamente sus caras hacia nosotros, hacia el cielo donde se perdían la torre del Hôtel-de-Ville, sus campanas y sus banderas. Una *Marsellesa* más enorme, más resonante que las otras llenó el espacio y pareció fijarse en él, una *Marsellesa* de bronce, lanzada por unos pechos potentes y profundos y que exhalaban no sonos, sino fuego.

## II

A PARTIR DE ESE DÍA HE DEJADO DE REDACTAR MI diario, hasta el punto de que tengo que reanudar mi relato al azar de mis recuerdos. Mi papel político podía, por lo demás, terminar en eso. Pero aunque declaró que cedía sus poderes a la Comuna, se sabe que el Comité Central siguió celebrando sesiones e interviniendo en los asuntos. Ello originó numerosos conflictos en los cuales no tomé ninguna parte. Y cuando lo renovaron por medio de unas elecciones parciales, no me presenté. Continué agregado al servicio del *Diario Oficial* y de la Imprenta Nacional. Luego, cuando la guerra civil comenzó a llegar a su punto culminante, pasé con Moreau al Control de informaciones generales. Llevaba un uniforme medio de paisano, medio de militar, bastante extravagante y del que me sentía orgulloso: un fieltro con pluma de gallo, mi guerrera de guardia nacional y unos pantalones de caza con botas altas. En mis momentos de ocio, iba yo al picadero de un cuartel a tomar lecciones de equitación. En cuanto a Becker se había hecho trasladar al Estado Mayor de Dombrowski.

Fue un feo día aquel en que estalló la guerra civil, cuando las primeras granadas cayeron sobre el cuartel de Courbevoie y en la avenida de Neuilly. ¡El bombardeo recomenzaba! Se reconocía la voz del Monte Valérien, se iba a hablar nuevamente de salidas... Había que volver a acostumbrarse a sentirse bloqueado, cercado, ahogado. Había que levantar las barricadas otra vez. Pero en esta ocasión se acabaría con aquello: aquel día seguí a la multitud, las mujeres, todo el movimiento irresistible que marchó a la Puerta Maillot y a las Ternes, arrastró hasta allí unos cañones, arrojando allí también toda la desesperación y todo el frenesí de cincuenta mil cabezas. Las mujeres, recordando vagamente ciertas cosas de hacía cien años gritaban: «¡A Versalles!» y con el brazo tendido, los labios apretados, tenían aspecto de arpías. No fuimos muy lejos. Y por la noche, notábase en la multitud una cólera agotada y tétrica. Lo peor fue que durante los días siguientes, hubo que habituarse de nuevo no sólo a la obsesión de las salidas sino también a su fracaso. La primera resultó desastrosa: es la que costó la vida a Flourens y a Duval.

Y, sin embargo, una sombría y magnífica esperanza no cesaba de mantenerse en mí. Flotaba en un estado mezcla de sueño y de vagabundeo que no se alteraba ni bajo las granadas ni en el despacho que ocupaba yo en el ministerio de la Guerra. Había perdido conciencia por completo de las distancias que separaban el día y la noche. La ventana de aquel despacho daba sobre la plazoleta en donde acababan de construir Santa Clotilde. Esta, muy nueva, muy juvenil, erguía su aparición a través del follaje, todavía con claros, como una insólita catedral de campo, la catedral de la pradera, el templo de un culto extraño y rústico. Desde en medio de la agitación incesante en que yo vivía, ruidos guerreros, discusiones contradictorias, el enloquecimiento, la pasión, yo alzaba los ojos hacia aquella blanca imagen y pensaba en María Rosa.

María Rosa no estaba lejos. Era enfermera en la ambulancia de veinticinco camas que habían instalado en la alcaldía del VII.º, adonde iba a visitarla a veces. Allí también había mucha agitación y la misma confusión día y noche. Pero a cualquier hora que fuese a aquel sitio, María Rosa se me aparecía idéntica a sí misma, dulce, tranquila, con algo de impasible y de reconcentrado que me recordaba la inocencia infantil de su sobrinita. Mostraba para hablar a los heridos y obedecer a los médicos, comprendiendo enseguida lo que convenía a los primeros y lo que ordenaban los segundos, una seguridad muy sencilla y natural, como si no hubiese hecho en su vida otro oficio. Había momentos de aglomeración. Llevaban heridos en demasía, sobre camillas. Juraban y aullaban. Los médicos les negaban el ingreso: ya no había sitio. Pero los camaradas hirsutos, con las mujeres despelujadas que les acompañaban, protestaban, suplicaban. Habían recorrido ya varias ambulancias y varios hospitales. Las mujeres cogían la mano de los heridos, les secaban la frente y la boca. Surgía María Rosa, proponiendo una solución. Se había descubierto un colchón suplementario, un rincón en un despacho que no se utilizaba. El desorden se apaciguaba. Después, había que calmar a las mujeres, despedirlas con buenas palabras. Y yo descubría todas las buenas palabras que María Rosa sabía y que habían, hasta entonces, dormido en ella, bajo la guardia de su silenciosa sonrisa.

Un día encontré a Luisa Michel<sup>[9]</sup>, llegada para visitar la ambulancia lo mismo que visitaba todas las ambulancias de la Comuna, aportando a los heridos la confortación de su cara huesuda y de su amplia sonrisa, inalterablemente ebria de porvenir. Tenía los cabellos cortos bajo su fieltro de guerrillera, descubriendo su amplia frente. Llevaba una falda de tela basta y borceguíes de soldado. Contemplé aquella criatura cuyo corazón era tan

monstruoso como su aspecto, mientras besaba a María Rosa, y luego a las enfermeras con faja roja, que no eran sino unas monjas a las que habían obligado a quitarse sus hábitos y sus tocas.

—¿Y qué, ciudadanas —les dijo Luisa— os dan mucho trabajo vuestros heridos? ¿O son juiciosos?

Las pobres mujeres tuvieron unas sonrisas bonachonas y asustadas. Luisa corrió a las camas con pasión, se inclinó sobre los heridos, formuló preguntas. Pasó en un torbellino de delirio y de compasión, y al marcharse, nos lanzó:

—Tengo noticias de Versalles. Están desalentados. Todos sus boletines no contienen más que mentiras. La Comuna ha sido proclamada en Narbonne y en Toulouse. ¿Lo sabíais? ¡Sí, en Narbonne también! ¿Cómo decís? ¿Que en Lyon se acabó? ¿Qué sabéis de eso? ¿Se acabó? ¿Qué quiere decir eso de *se acabó*?

Por dos veces llevé a María Rosa al teatro: una al Francés donde daban una representación extraordinaria a beneficio de los heridos; y otra a un concierto en la Opera, donde, entre los principales trozos, Michot había cantado la *Marsellesa*, la *Badinguette* y el *Bonhomme*. Al salir de la representación, nos paseamos por los bulevares. En las terrazas de los cafés voceaban los diarios, el *Vengeur* y el *Affranchi*. Tenía yo la cabeza llena de música y no sentía ni el cansancio ni el sueño. Pregunté a María Rosa:

—¿A qué hora tienes que volver a la ambulancia?

—A las seis —me dijo.

—Tenemos toda una noche por delante. ¿Quieres dormir?

No tenía ella ganas de dormir. Se vivían entonces unas horas tan maravillosas y unas noches tan cálidas que hubiera sido una locura dormir.

—Cuando todo esto haya acabado —proseguí— no sabremos ya dormir.

—¿Y cómo puede acabar todo esto? —me preguntó.

—Cuando la guerra civil haya terminado, hayamos aplastado Versalles y la federación de Comunas libres sea un hecho. Entonces, volveremos a dormir.

—Pero...

—¿Qué temes, María Rosa?

—¡Las noticias de provincia son tan malas! No bastará con dejar que París viva libremente: será preciso que, por todas partes, la vida sea libre también. ¿Digo tal vez una tontería?

—No, querida —le dije—. Eso no es una tontería. Pero no hay que pensar tan allá. Hay que luchar, todos los días, a todas horas, y decirse que es imposible que no salga algo de todo esto.

Ahora, cuando escribo estos recuerdos y el mundo está en paz —¡pero qué paz!— digamos mejor que el mundo ya no está en guerra y que sólo los vencidos luchan aún por el único hecho de ser los vencidos, yo me pregunto si se podrá nunca comprender lo que era vivir en aquel París ¡sitiado y bombardeado y para el que vivir constituía una operación obscura, gratuita, absurda y milagrosa! Ya no preguntaban nada, no se interrogaban sobre ningún principio, todos estaban entregados por completo a la tragedia y a los remolinos del día actual. Solamente, al cabo de cada uno de esos días parecía que una aurora prodigiosa iba a surgir sin causa y nada más que porque aquel día había sido sangriento y formidable: una aurora que, de pronto, iluminaría el universo. Surgiría al extremo de las avenidas en ruinas, en la Porte Maillot, en la linde del Bois de Boulogne o en el horizonte del Sena, en ese lugar infinito tan certeramente denominado el despuntar del día. Estábamos separados del resto del mundo, y, sin embargo, todo el destino del mundo se jugaba con nosotros. Y cuanto más abandonados nos sentíamos, más nos hundíamos en nuestro ardor por combatir y esperar. Sentíamos la victoria tanto más cercana cuanto más imposible se iba haciendo.

¡Ah, cómo vivíamos! ¡Qué seriedad en nuestros actos! ¡Qué locura de velocidad, qué despliegue de energía en toda nuestra máquina administrativa y guerrera! ¡Qué cordialidad brutal y dramática en las relaciones entre los hombres, las órdenes, los reproches, las invectivas, las palabras! ¡Y qué gran arrebató en nuestros esparcimientos, como el que yo gozaba entonces, aquella noche en blanco después de otras dos también en blanco, del brazo de María Rosa! Unas llamas bailaban ante mis ojos: ¿era el reflejo de la Opera en donde acabábamos de saciarnos de música, o el de los cielos fulgurantes de granadas y de incendios, que eran, día y noche, nuestros cielos, que iluminaban nuestras velas y nuestros ensueños? Apreté la mano de María Rosa, subí a lo largo de la muñeca, por la manga de su abrigo ligero. Bruscamente la dije:

—¿Cuándo nos casamos?

Ella se alzó de hombros. La miré sorprendido:

—¿Es que no quieres?

—Es cierto —contestó—. Ahora podríamos casarnos. Nada nos lo impide.

Comprendía la amargura que había en su voz, y murmuré con mucha dulzura:

—Y tú piensas, ¿verdad?, que puesto que podemos hacerlo ahora, no merece ya la pena. Cuando no podíamos hacerlo, yo quería que nos casáramos. Lo quería y sabes muy bien que era sincero, y te juro que lo

hubiéramos hecho. Pero no porque nada nos lo impida ya, vamos a dejar de hacerlo.

—¡Oh! —exclamó ella, apartando mi brazo— todo eso es demasiado complicado. ¿Por qué has hablado de ello? ¿Es que me amas? ¡Esto es lo único que importa! Yo...

—¿Que si te amo, María Rosa? ¿Cómo puedes...?

Bordeábamos los muros de la Magdalena, y no había más que algunas raras sombras a nuestro alrededor. La cogí del talle y le dije:

—María Rosa, te amo y quiero que seas mía, mi mujer para siempre. Amémonos, María Rosa. El mundo se derrumba o bien el mundo se salva... Es preciso que nosotros, durante este tiempo, nos amemos para derrumbarnos o para salvarnos con él, pero los dos juntos, tú y yo, María Rosa...

La estreché contra mí con todas mis fuerzas, le mordí los labios. Ella desfallecía. Seguía diciéndola:

—¿Adonde? ¿Adonde quieres venir? ¿A tu casa, a la mía, a cualquier sitio en París? Tenemos la noche para nosotros hasta las cinco. ¿Quieres venir a mi cuarto, allí donde he vivido toda mi juventud, cuando estaba tan solo, tan ajeno a todo? Tú no has venido nunca allí. No conoces mi lámpara y lo que yo veía desde mi ventana y que me consolaba un poco. Esa habitación es todo mi pasado. Tú vas a arrojarlo de ahí, a asentar allí tu presencia; y en lo sucesivo, no habrá más que ella en mi cuarto.

La conducía por la calle Royale hacia la Concordia. Caminábamos enlazados, yo decía locuras y ella me escuchaba mirándome con sus ojos tranquilos; pero yo notaba que su cuerpo vibraba en la espera y se lanzaba hacia mi amor. Nos detuvimos junto a la Concordia, más pálida que nunca con sus enormes estatuas muertas, cubiertas de crespones negros. Franqueamos, sobre puentes de tablas y entre montones de piedras, la enorme fortificación que estaban construyendo en la esquina de la calle de Saint-Florentin. Luego, seguimos los soportales de la calle de Rivoli, que se nos apareció, ella también, inmensa y desierta, cruzada, a lo lejos, por el rebrillar de una patrulla a caballo. Nos echamos casi a correr. Yo profería palabras desatinadas. Todo lo que la noche, el tiempo y la angustia podían forjar de más vasto y más libre, se lo ofrecía a María Rosa, se lo contaba, se lo prometía, haciendo de ello la substancia misma de mi deseo. Henchía con ella la memoria que la quedaría en lo sucesivo de aquella noche incomparable y se encarnaría en su carne y se mezclaría a su sangre para la eternidad.

Cuando llegábamos a la calle Vieille-du-Temple, vimos, delante del Hôtel-de-Ville, unos grupos que gesticulaban. Cruzamos la calle para

mezclarnos a ellos. Habían ocurrido violentos incidentes en la Comuna, entre Pyat y Vermorel. Se discutía. Unos se mostraban partidarios de Pyat y otros de Vermorel. «¡Hay espías hasta en la propia Comuna! —gritó un energúmeno, levantando un brazo descarnado—. ¿Qué hace el Comité de Salvación Pública?». Luego, se difundió la noticia de que cincuenta federados habían sido asesinados por sorpresa, hacia el lado de Issy, y veinte cañones arrebatados. «¡No, cinco!», gritó uno.

—¿Y Dombrowski? —aulló el energúmeno—. ¿Dónde está Dombrowski? ¿A qué se espera para fusilarle?

—¡Vamos, ven! —le dijo una mujer tirándole de la manga.

—Todo esto es muy malo —me dijo María Rosa en voz baja.

—Todo esto no importa —la respondí con fogosidad—. Lo que vaya a suceder sigue siendo imprevisible. Los acontecimientos son inexplicables. El mundo es eternamente nuevo.

—Como nuestro amor —murmuró ella inclinándose sobre mis labios, a los que seguían afluyendo palabras desordenadas.

Volvimos atrás. La noche se abrió ante nosotros, la calle desierta, el aire aromado. De pronto, me dio el capricho de ver otra vez la calle del Hôtel-de-Ville en donde había transcurrido mi niñez y adonde no me habían vuelto a conducir mis pasos. Arrastré hasta allí a María Rosa. Pasamos por delante del cuartel Lobau, las empinadas gradas de Saint-Gervais; luego nos apresó la judería, humilde, reluciente, tenebrosa. En el local de la pequeña manufactura de barnices había una zapatería, con las ventanas cerradas. Quizá era del zapatero de enfrente, mi antiguo amigo, el Cuervo, que se habría instalado allí y de zapatero de cuchitril era ahora zapatero con tienda, realizando así un sueño prodigioso. Nuestras pisadas resonaban en la calleja sinuosa. Su curva nos llevó, en aquel envés de la decoración, ante la sorpresa del hotel de Sens que se extendía hasta un muro desnudo. Y apareció ante nosotros el Sena, los malecones de la isla de Saint-Louis, la noche inmensa, acribillada de estrellas.

—Creo que no había yo venido nunca por aquí —murmuró María Rosa.

—Es un extraño país —la dije—. Yo he nacido aquí. Lo he conocido muy bien en otro tiempo. ¡Bah! —añadí sacudiendo los hombros.

—¿Por qué dices: Bah?

—Porque... Porque te amo. Escúchame bien: cuando yo vivía en este país, era un chiquillo y tú una chiquilla en tu país. Sin duda estábamos ya destinados el uno para el otro. Así casan a los príncipes, en la cuna, pero nosotros no éramos príncipes. No éramos nada. Ahora es cuando somos algo, tú María Rosa y yo el hombre que te ama. No existe ya el pasado. Ven,

huyamos de este lugar pantanoso. Estamos perdiendo las más bellas horas de nuestra vida.

María Rosa miraba a su alrededor y yo contemplaba su perfil atento. Nos acercamos al pretil y permanecimos allí unos instantes inclinados sobre el Sena que corría, denso y grasiento, espejeante bajo la luz sorda de la noche. Encima de nuestras cabezas una farola apagada relucía con el solo brillo del vidrio de su globo. Reinaba un silencio lejano que llegaba hasta nosotros desde el fondo de mi pasado. Me estremecí de terror y asiendo la mano de María Rosa, repetí:

—Huyamos... Ven, ven de prisa...

La arrastré y sin detenernos ya en los grupos del Hôtel-de-Ville, llegamos a la calle Vieille-du-Temple. Allí también volví a encontrarme yo mismo, en el vacío del patio, denso de antiguas historias: pero no quise tampoco reconocirme. El olor del barniz, el balsámico de alquimia que me había perseguido desde mi nacimiento, flotaba en el aire. Hice ademán de apartarlo. Y estrechando a María Rosa por el talle, la llevé a mi sobradillo. Y encendí la vela. Fue ella la que me dijo:

—Entonces ¿aquí es donde vives y donde has vivido?

—Sí —contesté—, aquí es, pero ¿qué importa? No quiero ya saber más que una cosa: aquí es donde vamos a amarnos. Entra, siéntate, María Rosa, mira, mira por todas partes. Eres tú ahora la que vives aquí. Estoy en tu casa.

Se sentó en el borde de la cama. Yo, de rodillas ante ella, abracé sus piernas y puse mi cabeza sobre su regazo. Ella acariciaba tímidamente mis cabellos, mis ojos, mis mejillas. Sus dedos eran ligeros como una brisa que no sabe adónde va.

—Hace calor —murmuró ella.

—¿Quieres que abra la ventana?

—Sí... Y que apagues la luz.

—Ya no te veré —dije alzando los ojos hacia su rostro tranquilo y su mirada húmeda que me pareció tan pura y tan sorprendida—. Ya no te veré y quiero verte.

—Si está abierta la ventana, me verás lo suficiente.

Me levanté y fui a abrir la ventana. Pero para no romper el hilo repetí:

—¿Me amas, María Rosa? ¿Me amas, María Rosa? Yo te adoro.

Luego, soplé la vela y me volví. María Rosa no fue ya más que una sombra en el fondo de mi habitación, pero una sombra en que parecía que se hubiera concentrado toda la fuerza de la noche y del verano. Miré su cara desde muy cerca, respiré su aliento, mis labios rozaron la pelusa de sus



mejillas, la comisura de sus labios, paseé mis besos sobre su cuello duro, sus ojos húmedos, su lengua estremecida. Y estrechándola en mis brazos, la balanceé como un cuerpo con el cual va uno a precipitarse en el infinito. La tendí sobre el lecho. Retorcí entre mis dedos la tormenta de sus cabellos, mis manos palparon todo su cuerpo, adivinando el calor de aquel cuerpo a través del calor de sus ropas; y era ya una voluptuosidad extraordinaria arrugar el raso del corpiño, la tela de la falda y de las prendas interiores, hacer saltar botones y lazadas, desatar las cintas enredadas del corsé, llegar al fin, con la punta del dedo ansioso, a trozos de carne viva que se escapaban enseguida o que se entregaban con el estremecimiento magnético de un gato acariciado. Nuestras mejillas, entre tanto, estaban adheridas, el sudor de nuestras frentes se mezclaba, y nuestras bocas entreabiertas respiraban muy cerca una de otra. Murmuré:

—¿Qué es este perfume que exhalas, el perfume de tu cuerpo, de ti? Sólo tú hueles así... Quítate todo esto...

Jadeaba yo, arrojando en medio del cuarto su corpiño, como un pájaro blanco, sus medias, su falda. Por la ventana, el hálito de la noche entraba para acariciarnos riendo. Pronto estuvimos desnudos, abrazados, en el fondo de la habitación de mi juventud; y nos olvidamos de la hora que debía adueñarse nuevamente de nosotros, del cañón y del fuego que nos cercaban por todas partes. El tiempo y la muerte quedaron anulados.

Así como el paseante impaciente, a medida que se eleva en la montaña, descubre un aspecto cada vez más amplio del paisaje que conoce, pero sobre todo tiende todos los resortes de su imaginación hacia el que descubrirá en la otra vertiente, cuando haya llegado al final de su carrera y será entonces recompensado por una luz nueva y por una comarca radiante toda de felicidad, así avanzaba yo a través de los prestigios de aquella noche, esperando de la carne de María Rosa, de sus suspiros, de sus besos, de sus confesiones, una revelación cada vez más deslumbrante. Y tan pronto aquella revelación no hacía más que confirmarme lo que yo había entrevisto ya de la belleza de su cuerpo y de su alma, como era, por el contrario, una sorpresa que me trastornaba por completo, una beatitud que no hubiera yo creído que pudiese existir entre las cosas terrenales y que me parecía no tener ninguna relación con nada concebible. «¡Esto es demasiado!, gemía yo entonces. Yo no sabía... no podía saber que un día ibas a estar así tan cerca de mí, que enlazarías mi cuello, que me dirías lo que acabas de decirme, María Rosa... Mi niña adorada, amor mío...». No podía yo saber que su carne poseía aquella flexibilidad, aquella plenitud, aquel encanto, aquella potencia que

exaspera el deseo y le hace presentir, más allá incluso de su satisfacción, un despertar más ardiente aún, en una mañana más pura y floreciente. Porque hay, en las noches de amor, unas pequeñas noches que se recortan como playas a las cuales suceden unas mañanas multiplicadas y rejuvenecidas, y, luego, unas extrañas veladas lánguidas ¡y mil eternidades minúsculas en el seno de la eternidad! Y esas pequeñas eternidades parecen más largas, más ricas, más infinitas que la propia eternidad que ellas abren y ahondan. Hay, no sólo horas, sino también estaciones que transcurren vertiginosamente, verdes primaveras deslizándose a lo largo de las piernas que se buscan, otoños de oro prontos a caer, inviernos estremecidos en que se hunde uno bajo la sábana como para encontrar allí, durante largos meses, la protección de un entumecimiento tan delicioso como la muerte. Y veranos delirantes y meses de mayo ocultándose entre las rosas y el rocío de aquel mes de mayo, escogido por nuestro amor para estallar. Hay así meses y semanas, fiestas de Pascua y de Navidad, vidas humanas, generaciones, siglos que rompen la copa y traspasan el firmamento de una sola noche de amor. Y es una cosa insondable pensar cómo semejante milagro un hombre y una mujer lo pueden realizar con la sola complicidad de sus abrazos y de sus caricias.

La claridad nocturna modelaba vagamente el rostro de María Rosa, enmarcado por sus cabellos, y del que las metamorfosis del placer hacían una cosa expirante y desconocida. Aquella cabeza misteriosa rodaba bajo mis besos y pronunciaba palabras que hubiera yo querido fijar a fin de examinar largamente todo lo que contenían de inesperado. María Rosa entera se me aparecía surgida de un elemento lejano. Flotaba debajo de mí, a merced del viento nocturno, y sus ojos, su olor, sus suspiros, todo lo suyo se revelaba a mí como se revelaba a ella misma: nos aportaban un mensaje. Ella también, a través de las palabras que le arrancaban, murmuraba como yo: «¡Ah! Yo no sabía... no había imaginado nunca que fuese así... Que tú estarías aquí, que un día yo también estaría... Que existiera esta noche...». En los momentos que seguían al apaciguamiento del deseo, al recobrar el sentido, decíamos: «Y, sin embargo, es cierto... Es realmente cierto... ¿Eres tú quién está aquí, verdad? Sí, eres tú...». Un sueño de unos segundos se apoderaba de uno de nosotros, que, bruscamente se estremecía: «Me he dormido, ¿sabes? Sí, acabo de dormir, creí que estaba en otra parte. Y, de pronto, he sentido que tú estabas aquí... ¿Qué hora es?». Entonces eran las tres y media. O las cuatro menos diez. Una eternidad había expirado: otra volvía a empezar. Nos separábamos de la orilla en que nuestro calor común nos había retenido: un solo gesto descubría toda otra zona por donde vagar lentamente, a pasos

prudentes y con miradas que se arriesgan y que de pronto caen sobre una presa preciosa. Yo avanzaba la mano, y desde un rincón de carne del que me parecía haber agotado todos los secretos, pasaba a aquel talle flexible, a aquella cadera incomparable, donde encontraba tanto frescor, una obediencia tan emocionante... Y yo decía: «Ven... Sí, aquí, de este modo... No te he estrechado bastante contra mí. No te he hecho sentir todavía hasta qué punto te amo». Recomenzábamos a reconocernos. «¿Eres tú?, me decía ella. Y yo ¿qué soy para ti? ¿Soy tu amante? ¿Somos amantes? ¿Es cierto entonces...?». Yo la decía: «Eres mi mujer. —Mujer o amante, ¿qué quiere esto decir?—. Nada, no quiere decir nada. No hay más que una palabra que quiere decir algo. —¿El amor, verdad? —Sí, el amor».

Ella repetía: «El amor...». Y sus brazos se apretaban en torno de mi cuello, mis labios se adherían a aquella carne en tensión y que el menor movimiento hacía más perfumada y más deseable. «Muévete —la decía. Mueve este brazo, esta pierna, ven más cerca de mí todavía. Es extraordinario sentirte vivir». Posaba mi mejilla sobre su seno y oía latir su corazón. «¡Sigue, oh, sigue así!», decía ella. Imaginábamos eventualidades extravagantes: «¿Y si nos durmiéramos los dos, juntos, para no despertarnos nunca más?». Recordábamos detalles insignificantes de nuestro pasado. «Aquel día —murmuraba ella— en que viniste a casa, hace mucho tiempo... Mi padre había salido, estábamos solos en el comedor... Tú no quisiste quedarte...». Y después, cuando todas las circunstancias de aquel día habían sido evocadas: «Sí, pues bien ¿me amabas ya en aquel momento? —Sin duda —la decía yo— puesto que en este momento nos amamos. —Pero hubiéramos podido amarnos entonces, sin llegar por eso adonde hemos llegado hoy. —Entonces, no hubiera sido el amor. —Hay, sin embargo, gentes que se aman sin realizar nunca su amor. —Deja a esas pobres gentes en paz. Nosotros hemos realizado nuestro amor. Por consiguiente nos hemos amado siempre. —¿Hasta cuando no lo sabíamos? —Hasta cuando no lo sabíamos, hasta cuando no nos conocíamos, Puesto que esta noche estamos el uno en brazos del otro, es que cuando yo te decía: ¡buenos días, María Rosa! Te amaba, te amaba... O bien es que entonces no existíamos, ni tú ni yo y que un fantasma decía a otro fantasma: ¡buenos días, María Rosa! Pero prefiero pensar que existíamos y que nos amábamos. —Yo también prefiero pensarlo».

El alba penetraba insensiblemente en la habitación. Una súbita sensación de frescor un poco húmedo nos sobrecogió: fui a cerrar la ventana. El rostro de María Rosa era más claro y yo reconocía el sitio de los objetos en mi

cuarto y el trazo de los muebles desgastados. Al hombro desnudo de María Rosa se unían el brazo y a aquel brazo la mano que había yo visto cuando estaba de pie y vestida. Pero en aquel retorno a la realidad familiar ella se hacía más amada para mí y yo experimentaba hacia ella como un sentimiento de confiada gratitud por todo el cambio de costumbres de que me había hecho don. Sabía ya que en lo sucesivo podía habituarme a su amor, hacerla participar en mi existencia ordinaria, en mi decorado cotidiano, y que, sin embargo, no cesaría yo de encontrar en ello inagotables sorpresas. Murmuré:

—María Rosa...

Ella musitó mi nombre y se estrechó contra mí. Proseguí tiernamente:

—María Rosa, eres tú... Eres tú la que estabas ahí hace un rato. Eres tú la que estabas conmigo, anoche y también esta mañana. No has cambiado, no ha cambiado nada. Serás siempre tú. Y cuando yo no sepa ya que eres tú, serás tú, sin embargo.

—¿Estás seguro de que soy yo misma, realmente? ¿Me reconoces?

—Te pierdo y te vuelvo a encontrar: eres siempre María Rosa. Sí, te reconozco. Y resulta tan maravilloso volver a encontrarte como perderte.

—Cada vez que me pierdas, no olvides volver a encontrarme...

Su voz... Volvía yo a encontrar también su voz, cuyo timbre ronco se había, durante la noche, borrado, sofocado como para llegar a ser la voz misma de la noche. Veía de nuevo también su mirada tranquila, segura, un poco fría. Y la sonrisa muy juvenil que contrastaba con aquella mirada. Y volvía yo a ver, finalmente, su vestido, colocado sobre una silla, con una manga arrugada, y la otra colgando. Fue entonces cuando dieron las cinco en un reloj vecino. Después sonaron unas lejanas detonaciones.

—El cañón —murmuró ella.

Fui a la ventana, agucé el oído, intentando descubrir de dónde venía el sonido.

—Parece venir —dije— otra vez del lado de Issy.

Volví al lecho. Contemplé el rostro de María Rosa, los dos brazos tendidos a lo largo del cuerpo, la mirada dilecta. En aquella mirada vi formarse unas lágrimas.

—La noche ha terminado —dijo ella.

—La bella noche...

Ella repitió:

—Sí, la bella noche.

Seque suavemente sus ojos y luego empecé a vestirme. Entre tanto, el cañón retumbaba. Repetí a mi vez en todos los tonos:

—La bella, bella noche... Sí, la bella noche, María Rosa... Mi bella María Rosa...

—¿Habrán otras noches tan bellas? —me preguntó.

—¿Por qué no iba a haberlas ya? ¡Vamos a ser felices, María Rosa!

—¿Será posible?

—¿Es que las personas que se aman no son felices?

—¿Es que las permiten ser felices?

—Confieso que las coyunturas no son muy favorables —dije, torciendo el gesto.

—No bromees —me reprochó ella.

Estaba ya vestido. Ella se levantó a su vez, permaneció un momento, en el borde de la cama, desnuda por completo... Me arrodillé ante ella.

—Habrán otras noches bellas —la dije—. ¿Habrán días bellos? Esto ya no lo sé. Pero si nos quedan todavía algunas noches, si no nos quedan más que algunas noches, pues bien, considerémonos felices. Quizá no estemos hechos más que para la noche.

Respiré sobre su cuerpo el último perfume de la noche. Sellé su cuerpo con un último beso. La mañana dejaba unos reflejos sobre sus rodillas bruñidas; unas venillas azules circulaban bajo el tejido ambarino de los muslos. Me levanté:

—¿Quieres que te espere abajo mientras te arreglas? Estaré en el patio.

Bajé y volví a ver en el frescor de la mañana la jaula acristalada de Barbuchet, el cobertizo, la cuadra silenciosa, las ventanas del piso vacío, la pálida diosa del frontón. El portero, en mangas de camisa, abrió la puerta de su cuchitril.

—Parece que hay un buen fregado en Vanves —me dijo.

Y como María Rosa aparecía, sonrojada, le dije:

—Esta es mi mujer, ciudadano.

Nos presentó sus cumplidos y nos ofreció café. Tocaban a llamada en la calle. Entró un vecino. Era un soldado de avanzadilla, de las tropas de Eudes, con su sombrero garibaldino de pluma de gallo, su guerrera verde oscura, su pantalón a lo zuavo, y sus polainas de cuero blanco.

—No hemos perdido ni una trinchera —nos dijo—. ¡Y sin embargo, no escatiman las granadas, vive Dios!

—¿Vuelves allí? —preguntó el portero.

—No hay más remedio —dijo el vecino—. Hay bastantes defecciones. Dicen que el 144 no funciona ya.

Salimos, María Rosa y yo, cogidos del brazo. El cielo estaba coloreado de llamas verdes. En el aire pasaban tibias bocanadas; sentíase como un hambre de felicidad.

—El día será hermoso —murmuré apretando a María Rosa contra mí.

La dejé en su hospital después de largos besos y marché al ministerio. Entré en el despacho de Rossel, que acababa de ser nombrado comisario en Guerra. Delgado, ceñido en un dormán ribeteado de astracán, con la mirada profunda detrás de los lentes, el bigote caído, los labios secos, me miró sin decir nada, y luego siguió leyendo un diario que tenía en la mano.

—Buenos días, ciudadano comisario —dije.

Movió la cabeza.

—¿Son los diarios de Versalles? —pregunté—. ¿Ya están allí?

Recorrí las actas de la Asamblea, una petición de proyecto de ley haciendo comparecer ante los tribunales a los materialistas y a los ateos, y las declaraciones de Francisque Sarcey en *La Bandera Tricolor*. El innoble personaje se consolaba de su destierro junto a los prusianos, «buenas gentes calumniadas». Iba a verles a sus puestos avanzados, le deleitaba su hombría de bien, escuchaba con arrobos su *ia* (sí). «No se puede imaginar la de cosas que contenía ese *ia*. Parecía decir: Sí, pobre francés, estamos ahí, no temas nada; ya no te meterán en la cárcel; tendrás derecho a ir y venir; no te verás reducido a leer los camelos de Jules Valles o las bromas sangrientas del vodelista Rochefort; estás aquí en un país libre, *ia*, en una tierra amiga, *ia*, bajo la protección de las bayonetas bávaras, *ia*... No pude dejar de repetir a mi vez aquel *ia*, intentando captar la pronunciación. Él se quitó la pipa de la boca: ¡Ah! Francés, siempre alegre —dijo—. ¡*Ia!* ¡*Ia!* Y nos echamos a reír uno enfrente de otro». Estallé de risa a mi vez y le di el artículo a Rossel. Lo leyó y apretó las mandíbulas. Y como Becker entraba, le dije:

—Ten, tú también debes leer esto.

—Buenos días, Louis-Nathanael —dijo Becker estrechando la mano de Rossel, que sonrió levemente—. ¿Qué es esto? ¿Algo de Dumas hijo? ¡Ah, no! De Sarcey. Buena literatura... Teodoro, he pasado la noche en Neuilly, estoy rendido. ¿Va a venir Vermersch?

Rossel levantó los ojos y murmuró:

—Preferiría encontrarle en otra parte que aquí.

—Iremos a buscarle a mediodía y comeremos juntos —decidió Becker.

Pasé a mi despacho. Becker me siguió:

—Teo —me dijo—, tal vez se vea algo nuevo.

—¡Bah!

—Tengo en este momento ciertas ideas... Ya hablaremos de ello. ¿Qué tienes? ¿Por qué te ríes?

—¡Becker! —le grité—. ¡Becker, soy feliz!

—¿Es la prosa de Sarcey la que te ha puesto en ese estado?

—¿Qué —dije—, no es una buena página de prosa francesa? ¿Una buena página de prosa patriótica que se podría dar a leer en las escuelas? ¡Oh, Becker! Sí, esto es hermoso, esto también es hermoso. ¡Era preciso que se escribieran cosas parecidas! Era preciso, indispensable. Es necesario que Versalles exista y todo cuanto allí se dice, todo lo que allí se escribe. ¡Te aseguro que todo esto es soberbio! ¡Oh, Becker, estoy demasiado contento!

Por la noche, hacia las nueve, María Rosa, tal como habíamos convenido, vino a buscarme a mi despacho. Estaba solo, cerré la puerta y la cogí en mis brazos.

—¡Qué día más largo! —la dije—. ¡Por fin, eres tú!

Estaba destrozada de fatiga, con los ojos dilatados y los labios blandos. La hice tenderse sobre un canapé, semicubierto de papeles, y puse una pantalla ante una lámpara que la hería los ojos.

—¡He tenido tanto trabajo! —me dijo con voz entrecortada—. Es atroz... Un desdichado a quien han amputado las piernas... Una cantinera que tenía un balazo en la ingle y que ha estado aullando... Según parece Vaugirard y Montrouge no disparan ya o no disparan lo suficiente, no lo sé. En todo caso, Issy ya no está protegido... ¡Oh, Teodoro! ¿Cuándo acabará todo esto? He sido valiente todo el día, ¿sabes?, pero esta noche ya no puedo más... —Y añadió—: Y además tengo que volver allí, donde pasaré la noche, dormiré en un rincón.

—¿A qué hora tienes que volver? ¿No puedes quedarte un momento aquí? Y además —continuó—, además quisiera ver a tu padre... Decirle...

Ella se sonrojó y replicó:

—Pues entonces, vamos allí enseguida. Debe estar en el Hôtel-de-Ville.

En los corredores eludí una pandilla vociferante de miembros del Comité de Salvación Pública. Se lanzaban nombres a la cabeza: «¡Wetzel! ¡La Cecilia!». Gritaban: «¡Dimisión!». Dos muchachas se abrieron paso entre aquel alboroto y fueron a llamar en la puerta de Rossel. La más joven, que parecía todavía una niña, se tocaba con una capucha de indiana; la otra llevaba sombrero. Entreví, a la luz de un quinqué, dos ojos claros muy grandes, bastante separados uno de otro, una mirada magnífica. Se abrió la puerta y apareció Rossel.

—¿Qué pasa? —preguntó con su voz fría—. Un momento —dijo a las muchachas. E hizo entrar a los componentes del Comité de Salvación Pública.

El Hôtel-de-Ville no estaba menos agitado. Uniformes de todas clases se apiñaban en los corredores. Había sobre todo zuavos, con el fez sobre la nuca y la cara negra de pólvora. Un clarín, en el patio, tocaba, por diversión, la extinción de luces, repitiéndola de una manera cada vez más lenta y más lúgubre. Acabamos por encontrar al tío Siffrelín, en una escalera. Nos condujo al salón del Trono.

—Aquí estaremos tranquilos para hablar —nos dijo.

—Se adapta usted a todo, tío Siffrelín —respondí riendo.

La sala estaba ocupada por la compañía de los Lascars que allí dormía, fumaba y cocinaba. Unos fusiles en pabellón relucían en la sombra. Algunos soldados estaban tumbados, vestidos, sobre jergones. A través del humo de los hornillos, colocados a lo largo de las ventanas, se distinguían los brillos de los dorados del artesanado. Un olor a figón se me agarró a la garganta. No quiero hablar del alboroto y de los gritos. En medio de aquel desorden, me alcé hasta el oído del tío Siffrelín, y a voces le dije:

—Tío Siffrelín, ya sabe usted que amo a María Rosa y que quiero que sea mi compañera.

Se acarició su vieja barba y tuvo una sonrisa que le hizo guiñar los ojos:

—Bueno ¿y qué? —dijo cogiendo a su hija de la barbilla.

—¡Y ya sabe usted que me ama, tío Siffrelín!

—Bueno —repitió él—, ¿quieres a este muchacho, María Rosa? Está bien: es de los nuestros. Sí, es realmente de los nuestros.

—Hasta el fondo del corazón, tío Siffrelín.

—¿Para cuándo la boda?

—Es que —murmuré— ella no quiere boda.

—¡Vamos! —exclamó—. ¡Una boda en plena revolución! Es una ocasión que no debe desperdiciarse. ¡Va a casaros la Comuna, el pueblo mismo, el pueblo soberano!

Nos largó un breve discurso en aquel tono, y llamó a Becker que pasaba y que vino a felicitarnos. Sin embargo, el rostro del filósofo se mostró preocupado.

—Becker —le dijo Siffrelín palmeándole—, hay que organizar esto en la alcaldía del XII.º ¡Una hermosa boda, Becker! Pero ¿qué te pasa?

—Tío Siffrelín —preguntó Becker— ¿qué se dice de Rossel en el Comité Central?

Siffrelín se rascó la cabeza.



Volvimos por la orilla izquierda a través de la noche. Unos ómnibus transportaban víveres hacia Montrouge. Los seguían unos carromatos de artillería. Los conductores entonaban *El Canto de la Partida* y sus voces se mezclaban al ruido de las ruedas. Dejé una vez más a María Rosa en su hospital y fui a descansar un poco sobre el canapé de mi despacho. Hacia el amanecer me despertó Moreau.

—Toma —me dijo, tendiéndome un papel—. Hay que llevar esto a Dombrowski.

Este tenía su cuartel general en una casa de Neuilly, cerca de la barricada Peyronnet. Había allí también una ambulancia volante donde encontré de nuevo a Luisa Michel, vestida de hombre, con túnica y pantalón, el fusil en bandolera, y unas pistolas en el cinturón.

—Es una moza valiente y arrogante —me dijo con voz pastosa un herido, tendido de espaldas, con los ojos perdidos en una cara alterada de borracho.

Las balas caían por entre las ramas y los nuevos follajes del parque haciendo un ruido de granizo, metálico y ligero. Era una hermosa mañana: se respiraba a pleno pulmón las madresevas, las vincapervincas y las lilas.

—Aquí estamos en el campo —me dijo Dombrowski con su acento polaco.

Era pequeño, con la cara arrugada, la perilla y el cabello amarillentos. Le acompañé hasta una trinchera desde la cual se descubrían invernaderos destrozados, todo un montón de chatarra y de cristales rotos, donde aparecían matas de geranios, cactus, un pilón de agua estancada, enrojecida de sangre. Delante de la trinchera, al lado de una bandera roja habían plantado estandartes masónicos, adornados con el templo de oro, el nivel y el compás. Algunos combatientes llevaban, sobre su chaquetón, el cordón azul, bordado de insignias.

—Hay aquí dos logias —me explicó Dombrowski—: *La Estrella Polar* y *La Rosa del Perfecto Silencio*.

Sobre uno de los estandartes, había otro blanco, en el que leí en voz alta: «Amáos los unos a los otros».

—Sí —murmuró Luisa que se reunió con nosotros.

—Mirad eso —continuó Dombrowski, señalándonos con orgullo un diablo grandullón de guerrera roja, cubierta de cordones. Decididamente, Dombrowski no dejaba de mostrarse sensible ante el aspecto pintoresco de sus tropas. Contempló de nuevo el estandarte blanco y a su vez leyó la inscripción en voz alta.

Volvimos hacia el cuartel general. Silbó una bala cerca de nosotros. Pero el aire era tan límpido y tan suave que costaba trabajo convencerse de que aquello fuese una bala y no un pájaro extraordinariamente rápido, un espíritu alado, una flecha del amor. Al volverme, miré una última vez el cielo virginal y, dirigiendo mi mirada lo más lejos posible, imaginé unos paseos idílicos, tan extraordinarios como el amor de María Rosa que llevaba yo en lo más recóndito de mi corazón. Fue entonces cuando Luisa me miró con sus grandes ojos fijos y se puso a hablar de los esqueletos descubiertos en Picpus y en Saint-Laurent, de los instrumentos de tortura...

—Hay tantas cosas fantásticas —dijo ella bajando la voz—. El porvenir es fantástico ¿verdad?... Bueno, pues el pasado también... Pero fantásticamente atroz. ¡Ah! Es tan negro el pasado, tan negro...

—Pero...

—Pero tú, Dombrowski —dijo ella cogiendo al general del cuello—, tú ¿crees en todo eso, verdad? ¿Crees, verdad, que hay reclusas, sí, mujeres a las que encierran y que se vuelven locas?... ¿Es posible, verdad?

Dombrowski se apresuró a asentir. Creía que todo era posible. Había espanto en los ojos de Luisa, en su boca grande, amarga. Ella prosiguió:

—Todo esto es fácil de imaginar. ¿Por qué negarse a imaginarlo? Cuando pienso en lo que estaba detrás de mí, cuando me vuelvo, es la noche. Y en la noche se imagina uno lo peor. ¿Tú no? Yo no puedo retroceder: sé todo de lo que es capaz el hombre. Es atroz. Pero también sé imaginar todo de lo que es capaz cuando... Cuando Dios no se mezcla ya en ello —añadió en voz baja—. ¿Estabas allí, Dombrowski, el día en que tus amigos masones se reunieron en el Carrusel y marcharon a Versalles? Era muy hermoso. Yo veía aquello como una imagen de los tiempos futuros, cuando los sentidos sean más potentes, ¡cuando haya otros! Porque habrá otros, ¿verdad, Dombrowski?

Estábamos en el cuartel general. Dombrowski nos hizo entrar en un salón con los cristales rotos, los muebles destrozados, muebles ligeros: en la madera de sus armaduras, barnizada de tono claro y amorosamente acabados, me parecía que volvería a encontrar, si acercaba a ellos mi nariz, el olor de las ramas del parque en flor. La alfombra estaba manchada de barro y de sangre. Dombrowski se sentó ante una mesita Luis XV, apartó la botella y el paquete de tabaco, colocados allí, y se puso a escribir unas líneas a lápiz sobre un trozo de papel. Luego me lo tendió, diciéndome:

—Cinco mil hombres antes de tres días... ¿Se lo dirás, verdad? Ahora que no hay que tomarme por un espía. Yo les he propuesto continuar estas negociaciones hasta el final, para ver adonde llevaría esto. Pero si no tienen

confianza en mí, si creen que estoy representando una comedia, está bien, haré que nos vuelen. Y ya verán entonces.

Hablaba tranquilamente, con una voz suave e ingenua. Sabía yo que no le querían mucho, por ser extranjero. En el ministerio había yo oído a menudo a este o a aquel tomar su defensa. Pero él, no pensaba en defenderse. ¿Extranjero? Bueno, extranjero en todas partes. Y estaba allí, en Neuilly, como hubiera podido estar en otro sitio, tan libre, seguramente, como lo había sido en todas sus aventuras militares, en el Cáucaso o durante la sublevación polaca. ¡Tan libre como había podido serlo durante su cautiverio en Siberia! Experimentaba yo respecto a él un sentimiento de envidia. Pensé que si permanecía a su lado, no tendría ya, sin duda, ninguna dificultad mediocre que resolver. Iría y vendría yo, por la tierra, y siempre en medio del peligro, de un peligro puro y verdadero. Él se paseaba por el salón saqueado, con las manos en los bolsillos y unos ojos inocentes; luego, se acercó a la ventana. Había olvidado mi presencia.

Luisa Michel volvió a su hospital. Fui allí, a mi vez. Después de los frescos olores que acababa de respirar, se agarraron a mi garganta unos tufos atroces, olores a yodo, a ropa interior sucia, a capotas llenas de barro y de sangre. Aullaba un herido. En un rincón, sobre el suelo, había algunos cuerpos tendidos, cubiertos con una sábana.

—Esos son de esta noche —me dijo Luisa.

Me incliné y descubrí suavemente las caras. Había allí un muchacho muy joven, de barba rubia, con el cuello fino como el de una muchacha.

—Un húngaro —me dijo Luisa. Luego, lancé un grito: al lado del húngaro, había reconocido a Barbuchet.

—¡Barbuchet! —exclamé—. ¡Barbuchet! ¡Mi pobre Cuervo!

Estaba tendido allí, con su cabeza pequeña y peluda de buen hombre, sus mejillas demacradas, los rasgos contraídos en una mueca singular, el pelo gris, esparcido sobre la frente, la nuez saliente. Le habían quitado su chaquetón. Estaba en camisa, una gruesa camisa a cuadros.

—¿Le conocías? —me preguntó Luisa.

—Sí —dije— era un antiguo amigo, un antiguo camarada de mi juventud... Le llamaba yo el Cuervo. ¿No encuentras que se parecía a un cuervo viejo y desplumado? ¿Cómo ha muerto?

—Un trozo de metralla en el vientre. Se ha intentado operarle, y se ha quedado sobre la mesa. Ha sido rápido.

—¿Ha sufrido?

—Ha gritado lo suyo.

Volví a cubrir su rostro con la sábana. Estalló una terrible detonación. El herido que aullaba aulló todavía más fuerte.

—¡Vaya! —dijo Luisa—. ¡Oye esto! Vuelven a empezar.

### III

DURANTE VARIOS DÍAS HICE EL TRAYECTO, A CABALLO, o a pie, entre Neuilly, el Ministerio de la Guerra y el Hôtel-de-Ville, llevando noticias, transmitiendo órdenes, intentando en vano desenredar aquella madeja de hilos contradictorios. Rossel pensaba dimitir, Félix Pyat en hacer fusilar a Rossel. El Comité Central imponía sus caprichos a los jefes de las legiones. La Comuna y el Comité de Salvación Pública estaban en guerra declarada. Llegaban noticias esperanzadoras de provincia: Lyon se agitaba de nuevo y enviaba delegaciones a Thiers; se organizaban congresos en los departamentos. Pero aquellas esperanzas se disipaban enseguida. París volvía a decaer, entregado a sí mismo y a su frenesí. Acusaban a los generales: Dombrowski, La Cecilia, Eudes, Lisbonne. Estos recriminaban a los Comités. Tuve ocasión de ser enviado en misión al fuerte de Issy. Allí no había ya más que ruinas. No sé cómo volvía a encontrarme allí, removiendo los escombros como una rata, a mi amigo el portero, negro de pólvora, con una venda roja de sangre sobre la frente. Le comuniqué la muerte de Barbuchet: «Pronto me llegará el turno», me dijo.

Mientras el señor Thiers bombardeaba París, un anuncio recordaba el discurso indignado que había él pronunciado veinte años antes, con motivo del bombardeo de Palermo por su rey. «Todos os habéis estremecido de horror, señores, al enteraros de que durante cuarenta y ocho horas una gran ciudad ha sido bombardeada. ¿Por quién? ¿Era un enemigo extranjero el que ejercitaba los derechos de la guerra? No, señores, por su propio gobierno. ¿Y por qué? Porque esa ciudad infortunada pedía unos derechos». Mientras las murallas se derrumbaban alrededor de la plaza de La Estrella, como si el fuego saliera del Arco de Triunfo mismo, yo evocaba la cara del nuevo rey Bomba, pavoneándose en Versalles entre sus Estados Mayores y entregándose finalmente a ese arte estratégico con el cual había soñado a menudo en la paz ardiente del gabinete de trabajo. Y yo sentía, pensando en él, la curiosidad exasperante que me habían inspirado Napoleón y Eugenia y que me inspiraban, en suma, todos los que, en esta vida, se atreven a ocupar el primer plano en la escena. Pregunté a Becker, a cuyo lado recorría la avenida de los Campos Elíseos, cortada por las trincheras:

—¿Es un granuja, verdad?

—Eso se dice pronto.

—Pero en fin ¿qué piensa? ¿Adonde quiere llegar? Y cuando no era más que un pobre estudiante, ¿sabía que iba, en un momento dado, a bombardear París?

Le veía yo en su cuarto de estudiante. Quizá venían a visitarle allí unos jóvenes como él, y se querían, como Máximo y yo nos habíamos querido.

—Hay que examinar bien las cabezas de los hombres —dijo Becker muy suavemente—. Este es un marsellés con unos ojos vivos, una boca bien dibujada: esto forja médicos, notarios, adaptados enseguida a su profesión y que adquieren también enseguida un verbo agudo y tajante.

—También eso puede dar origen —dije— a *condottieri*, a aventureros.

—¡No, no! —exclamó Becker—. Los *condottieri*, los aventureros, pertenecen a otra especie. Los meridionales de que te hablo no buscan la gloria, ni el riesgo, sino la consideración. Son considerables, y siguen siéndolo cada vez más. La gloria y el riesgo llegan por añadidura, e incluso el poder y el dinero. No los desdeñan sin duda, ¡al contrario! Pero ante todo, lo que les importa es ser considerados. Por eso son capaces de todas las hazañas y de todos los crímenes, sin romanticismo, pero con seguridad, con ostentación, como buenos técnicos. Lo saben todo, lo conocen todo. Son aficionados a todo, tienen gusto y erudición, reúnen colecciones, se las arreglan enseguida para vivir en una opulencia sin poesía, pero cómoda y autoritaria. ¡Ay! Figuran meridionales en nuestras filas, pero no son Adolfo Thiers. Nuestros meridionales son vociferantes: sin autoridad ni sentido práctico. Melenudos. Nada de esa carátula bien asentada ni de esa mirada penetrante. Tenemos el foliculario, el rey de las cervecerías, el fracasado agriado. No tenemos el estudiante tenaz, que lo capta y lo comprende todo y al que no le choca superarse siempre.

—¡Becker! —exclamé—. ¡No puedes saber la admiración que siento por esa raza de hombres! Y tú también, pareces conocerles demasiado bien para no admirarlos.

—Un filósofo —me dijo Becker —se pasa la vida explicando la vida de los que hacen lo que es incapaz de hacer él mismo. ¡Eh, cuidado!...

Nos tiramos al suelo mientras una granada silbaba por encima de nuestras cabezas.

—Sin embargo —murmuré levantándome— ahora te dedicas a la acción.

—¡Bah! —dijo con una risotada—, una acción retardada, la única en la que podía yo alistarme. Recuerda que Maquiavelo cometió tonterías toda su

vida.

—¿Es que hacemos una tontería en este momento?

—Vamos allí donde nuestra estrella y nuestra meditación nos han impulsado. Y esto no es una tontería. No es más que una desgracia, una desgracia magnífica y necesaria. Pero ni tú ni yo, Teodoro, vamos a ello por afán de aventura o de riesgo o de poder o de dinero, o por esa necesidad de consideración que coincide hoy, en nuestra era burguesa, con el talento político. ¿Cómo decirlo? En el hombre de acción verdadero, ya Foutriquet, que es un meridional de talento, o Félix Pyat, que es el meridional de aventura y de cervecería, la figura se agranda con la acción. Cuando digo que se agranda, quiero decir, claro es, que aumenta. La nuestra no se mueve; permanece borrosa, indefinida, tal como nosotros la queremos mantener, nosotros que no hacemos más que vaciarla desde el interior. ¿Dónde está mi figura, Teodoro, dónde están mi verbo y mi gesto? ¿Cuál es su nombre? ¿Dónde estoy? ¿Apuesto a que te lo has preguntado a menudo? Pues bien, yo soy un filósofo. Y sin duda la revolución no gana nada con tener en sus filas un filósofo. Y yo ¿qué gano con ello? Hay, sin embargo, un acuerdo secreto entre ella y yo, un acuerdo fatal: pero ella y yo somos los únicos en saberlo.

Entonces, mientras las granadas retumbaban alrededor de La Estrella, miré a Becker con su alta silueta extravagante, sus ojos tristes, sus largos brazos solemnes y ridículos y me pregunté si yo no me asemejaba un poco a él.

—Me parece —dije— que todo lo que acabas de decir se podría aplicar a mí.

—¡Pardiez, ya lo sé! —dijo poniéndome una mano sobre el hombro—. Y por eso te quiero, pequeño Quiche.

—Veamos —prosiguió con un gruñido sarcástico— ¿qué hacemos aquí? ¿Qué hago yo? ¿Es que sirvo a una causa? No soy lo bastante lógico para eso. No sirvo tampoco a mi causa: mi vientre me hace pensar, pero no es lo bastante exigente para hacerme trepar por el mástil de la cucaña. No, hay entre nosotros suficientes lógicos y dogmáticos llegados para servir una causa; los suficientes logreros también que sueñan con servirse a sí mismos. Por desgracia para la causa tienen demasiada poca envergadura y la causa se queda en sus dimensiones. Y, sin embargo, no vayas a creer que es la afición al fracaso la que me ha hecho enrolarme. No me agradan ni el desastre ni la muerte. Sé que algún día la revolución estallará, sé que mi sacrificio no habrá sido inútil. Pero sé también que, por lo que respecta a hoy, está perdida.

—¿Perdida?

—Perdida.

Permanecemos silenciosos. El cielo estaba rojo ante nosotros.

—Entonces —continué con voz angustiada—, todos estos esfuerzos, estas esperanzas...

—Habrá que volver a empezar.

—Pero ¿y nosotros?

Hizo el gesto de segar el suelo, mientras sus labios imitaban el ruido de la guadaña.

—Pero —balbucí— hay revoluciones que han triunfado... Eran tan locas como la nuestra. Han hecho correr tanta sangre, han mostrado tanto desorden; y luego, sus comités, sus hombres han vencido, se han asentado...

Movió él la cabeza:

—Teodoro —me dijo—, no intento asentarme y no deseo otra cosa sino ver a Félix Pyat instituido como dictador vitalicio. No, he ido hacia el lado de la revolución pues sé que es por donde el hombre ¿cómo decirlo?, se dilatará. Desgraciadamente la tierra no está todavía lo bastante caldeada. Hay resistencias: de aquí, el estallido al cual vamos a asistir.

—¿Pero entonces, Becker?

—Pues bien, nosotros hemos entrado en todo esto obscuramente, ¿verdad? Nos quedaremos ahí sepultados en la obscuridad. Para nosotros no habrá cambiado nada. ¡Ah! Sin duda, hay revoluciones que triunfan. No las envidio. Es que han podido ser digeridas: entonces levantan estatuas a esos «sans-culottes» y a esos regicidas a quienes habían denigrado tanto. Sí, se conservan sus comités y sus instituciones; siguen funcionando. Todo esto entra en la historia. Nosotros...

Sonrió con una sonrisa profundamente amarga y prosiguió bajando el tono:

—Nosotros nos quedaremos a la puerta de la historia. No nos perdonarán. Porque perdonaron a Cromwell y a Danton. Pero nosotros... nuestro recuerdo, provocará confusión o asco. No dirán que hemos podido realizar actos heroicos o audaces, que hemos combatido con el valor de la desesperación. No dirán nada de nosotros, no querrán decir nada. Aníbal, Tamerlan, Napoleón, habrán podido aniquilar miles de vidas humanas: seguirán siendo unos seres sublimes, y nuestros vencedores vendrán piadosamente a volver a poner en pie la columna que vamos a derribar uno de estos días. Y apostrofarán al blasfemo. Mira, se pueden hacer revoluciones para instaurar la libertad, o permitir a un tirano que domine el mundo, o defender la Carta Magna, o bien —y esto no está mal ideado en absoluto—



imponer la virtud. Pero detrás de nosotros, se ve despuntar algo monstruoso y completamente inadmisibile: ¿no adivinas qué?

—Sigue.

—¡Oh! Es terrible lo que se ve despuntar detrás de nosotros. Es inhumano. Es... ¡Piensa un momento! La supresión de la propiedad. ¡Hum! Todavía podrían pasarnos quizá, en último caso, nuestro odio a los conquistadores, hasta nuestra irreligiosidad y nuestro ateísmo. En realidad, no nos lo pasan, porque saben lo que eso presagia. Quien no reverencia ni a Napoleón, ni a la patria, ni a la familia, ni al buen Dios, ¡oh, oh! es capaz... ¡chist! de desear la destrucción del capital. Sí, a ese, le ven venir: es capaz de todo. Ya verás, Teodoro, o mejor dicho no lo verás. Porque vamos a ser exterminados, y después... el olvido. La paz desértica de lo que no entra para nada en la historia. La paz que pesa sobre el acontecimiento inconcebible y sobre el escándalo. Ya todo el mundo nos ha abandonado con nuestra lepra, Luis Blanc nos ha traicionado, Garibaldi se ha negado cortésmente a dirigir la guardia nacional, Víctor Hugo se aparta de nosotros. Por lo tanto: ¿es que no somos unos malditos?

—Pero, sin embargo... —dije con obstinación.

—Sin embargo ¿qué?

—¡Si se triunfase!

—Jovencito Quiche —me dijo cogiéndome del brazo—, hay quizá algo que intentar. Aunque sea ya tarde... Aunque se hayan cometido demasiadas tonterías... Lo primero, habría que echar mano realmente a la Banca. Pero Jourde y el tío Beslay son unos memos. Tienen almas de contable. Si realmente el pueblo se apoderase de la Banca, el señor Trasnonain lanzaría por fin un grito de dolor. Garibaldi nos ha dicho: «Tened un jefe, un dictador». Es lo que nos falta. ¿Tienes el corazón sólido, Quiche?

Recordé de pronto las conversaciones que había yo sostenido con Máximo, nuestras esperanzas, los Guías Secretos, y sentí el vértigo del hombre solo, sobre la cuerda floja, a quien proponen que ejecute un acto decisivo. Becker, con el entrecejo fruncido, prosiguió:

—No veo más que uno solamente que pudiera ser el jefe. Pero, después, Quiche, no habría que vacilar en matarle.

—¿En matarle? —balbucí.

—Sí, le mataríamos, tú y yo. Es muy fácil, ¿sabes? matar un jefe. No es como matar un hombre.

—¿Y quién es él?

—Rossel.

Hubo un silencio. Becker continuó:

—Ven esta noche, a las ocho, al *Tío Duchéne*. ¿Puedes?

—Contaba con ver a María Rosa.

—Deja a María Rosa en paz. Tendrás mucho tiempo para verla. Por el momento hay que intentar algo. Estamos agotados, Teo. Ven, ¿sabes dónde está eso?

La redacción de *El Tío Duchéne* estaba en casa de Vermersch, en la calle del Sena; había yo estado allí una vez. Vermersch me dijo con orgullo:

—En esta habitación ha vivido Baudelaire.

A las ocho llamé en la puerta. Vermersch y Becker estaban allí, sentados sobre la cama, entre libros y papeles. Estaba también un hombre barbudo, de aspecto simpático, que se llamaba Vuillaume, un pintor cuyo nombre he olvidado y que formaba parte de la federación de artistas con los ciudadanos Courbet, Manet, Corot, Dalou y otros que se han hecho célebres después, cuyas obras, según parece, son recogidas en las ventas y los museos. Y, por último, un joven alto, amarillento, de mirada turbia, que fumaba trabajosamente una pipa de barro, con el hornillo al revés. Parecían estar esperando a alguien. El pintor peroraba. Vermersch le hizo callar y se puso a hablar a su vez. No he conocido nunca a nadie que hablase como Vermersch. Sus palabras parecían superarle. Su rostro permanecía impasible, con la mirada fría; pero las palabras estallaban, sarcásticas, centelleantes, más vivas que el pensamiento. Dividía las cuestiones diciendo: «Primer problema... Segundo problema...». Y cada cosa parecía clara y reducida a sus elementos. Luego, con una brusca carcajada proponía una conclusión inesperada y que no tenía nada que ver con las consideraciones precedentes. Y se encogía de hombros como dando a entender que, a fin de cuenta, no quedaba más que realizar alguna acción inconsecuente y grandiosa. Sus amigos le escuchaban sin parecer dar gran importancia a sus discursos. Becker silbaba.

El pintor y Vuillaume se marcharon pronto. El joven de la pipa al revés nos tendió una mano colorada y húmeda y salió a su vez. Vermersch siguió hablando, formulando las preguntas y las respuestas, planteándose a él mismo objeciones y reduciéndolo todo a la nada; luego imitó un discurso de Félix Pyat, y me retorcí de risa. Finalmente, oímos unos pasos precipitados que subían la escalera, y vi entrar a la mayor, a la más bella de las dos muchachas con quienes me crucé delante de la puerta de Rossel. Nos levantamos. La mirada magnífica nos recorrió sucesivamente, ardiente e interrogadora. ¡Qué bella muchacha! Erguida, elegante, podía estar en donde fuese sin perder nada de su derecha y de su elegancia.

—Mi hermano —dijo— no puede venir enseguida. Se reunirá con nosotros después de cenar.

Minutos más tarde, cuando estuvimos sentados ante la mesa con ella, alrededor de un conejo salteado, en el local de un vinatero de la vecindad, ella parecía tan desenvuelta como en una comida familiar, entre personas de su clase. Sin embargo, no inspiraba ninguna familiaridad. Su sencillez seguía siendo perfecta, sin abandono y sin afectación. Se había quitado el sombrero, colgándolo en una percha junto a nuestros quepis y fieltros, mostrando entonces unos hermosos cabellos castaño claro. Llamaba a Vermersch y a Becker por sus nombres, sin decir ni ciudadano ni señor y cuando supo el mío, me llamó Quiche, con toda naturalidad. Vermersch la llamaba ciudadana Rossel; Becker y yo, señorita. Antes de sentarnos a la mesa, tomamos un ajeno, en el mostrador: ella aceptó el vaso que la ofrecían y bebió la mitad.

—¿Conocéis a Lisé, verdad? —dijo ella—. Sí, Lisé, es como llamamos a mi hermano en casa. Ya sabéis que no se prodiga. Sin embargo —añadió con orgullo— yo puedo afirmar que no ignoro ni uno solo de sus pensamientos. Pues bien, tened confianza en él, habladle: está completamente decidido. ¿Con quiénes se puede contar?

Nombraron a Rigault, a Ferré, a algunos blanquistas.

—¿Y Delescluze?

—Con Delescluze también.

—Lisé no tiene ambición —continuó la joven—. Le garantizo yo. Únicamente está loco de desesperación, necesita derribar las puertas. Si le oyeseis cuando habla de Metz... ¡Cómo le atormentaba! ¿Sabéis que la conspiración estuvo a punto de triunfar? Las tropas se sublevaban contra Bazaine y salvaban la plaza. Todo había cambiado. El más hermoso ejército francés acudía en auxilio de París. Una locura fallida... Esta, hay que hacerla triunfar.

E insistió:

—No es por él, pobre... Él no quiere nada, no pide nada. Ya sé que Pyat le denomina Cesarion...

—¡Pyat! —dijo Becker asqueado.

—¡Pobre Lisé! —repitió la muchacha—. Él, tan puro... ¿Me creéis, verdad? Dime, Vermersch... ¿me creéis todos? ¿Puedo hablar delante de vosotros, puedo decirlo todo?

La miré con emoción. Vermersch no hablaba ya casi nada. Becker comía y bebía, con la cabeza en su plato, pero levantados los ojos hacia la joven cuyas lindas manos admiraba yo mientras movían con tan tranquila sencillez

los cubiertos de estaño, el cuchillo de mango de cuerno. Sus grandes ojos claros expresaban la inocencia más absoluta. Pensé en María Rosa, que tenía también ojos inocentes. Pero la inocencia de María Rosa podía ser afectada por la pena, por el dolor. María Rosa se haría una persona mayor: era ya una mujer. La hermana de Rossel permanecería inalterablemente tal como me aparecía aquel día. No podía perder aquella magnífica mirada sorprendida y confiada. No sé lo que Becker y Vermersch podían pensar de ella y de sus palabras. Sin duda los emocionaba, y hasta les cohibía un poco. Ella no le daba importancia. Les hablaba de su hermano como le parecía natural que se hablase de él. De cuando en cuando, yo la animaba como para hacerla ver que la comprendía. Pero comprendida o incomprendida, delante de nosotros o delante de quien fuese, de jueces, de enemigos, ella hubiera hablado de la misma manera.

—Cuando vino a París, entre vosotros, aceptó lo que le ofrecieron, no ha querido nunca situarse el primero. Si es delegado en el ministerio de la Guerra es porque lo han querido así... ¿Entonces?... Y si mañana se le pide más aún, aceptará. A mí, veis, no me extraña que le llamen. He creído siempre que le llamarían. Un día, siendo niños, lo dije al pastor que se encargaba de nuestra instrucción religiosa. Le dije: sé que Luis será llamado. Me contestaron que eso era orgullo. Pues bien, sea, me siento orgullosa de él. Pero hay que triunfar, ¿verdad, amigos? ¡Es preciso!

—¡Triunfaremos, señorita! —exclamé.

—En aquel tiempo —prosiguió ella— era ya el mismo: tan serio y reflexivo como ahora. Orientaba mis lecturas. Más adelante, cuando estaba en la Politécnica, me enviaba verdaderos cursos. Me ha enseñado filosofía, Leibniz, Descartes. Recuerdo una carta en la que me explicaba: «Desde Descartes, somos libres». Él siempre ha pensado que era libre. Por eso ha preferido desobedecer que renunciar, aunque fuese un verdadero soldado. En Metz ha puesto el espíritu por encima de la letra. Cuando se supo que Bazaine se había rendido con todo el ejército, mamá exclamó: «¡Mi hijo no ha rendido las armas!». Y era verdad: había huido...

Los bellos ojos flotaban en la sombra de aquella horrenda taberna; luego, se fijaron en mí y parecieron empañarse un instante.

—Os pido perdón —dijo ella como si recobrase su dominio—. Ya veis, cuando hablo de él, no puedo ya contenerme... ¡Pero es tan maravilloso! Cuando se le ve por primera vez estoy segura de que se nota que no es como todo el mundo. ¿Es que su aire reflexivo no os impresiona también a vosotros? Esto es, sobre todo, lo que me parece extraordinario, su mirada

tranquila, su boca *touched with pensiveness*, como dice un autor inglés... Sí, cuando leí esto en Quincey, pensé enseguida en él. Es una bella expresión ¿verdad? No la he olvidado nunca.

Se sonrojó un poco y enmudeció. La puerta se abrió dando entrada a un hombre rubicundo, con un dormán cubierto de cordones dorados y que arrastraba un enorme sable. Tenía el pelo blanco y rizado, pero la barba sólo griseaba y la cara parecía juvenil. Se acercó a nosotros, se inclinó ceremoniosamente ante la señorita Rossel, estrechó la mano de Vermersch y de Becker y se presentó a mí:

—Comandante Péchin.

—¿Has cenado, ciudadano comandante? —le preguntó Vermersch.

—Sí, ¡que me sirvan un café y coñac! ¿Qué, se conspira? Bella dama —añadió volviéndose hacia la joven— ¿cómo es que nuestro héroe no está aquí?

Era misterioso y solícito, con un no sé qué teatral que me atrajo enseguida. Se daba importancia y se la daba a todo cuanto le rodeaba. Sentí una vez más el pesar que venía a herir mi corazón tan a menudo: el de no compartir ya con Máximo aquel minuto que estaba yo viviendo. Luego me refugié junto a la imagen de María Rosa y pensé:

—¡Oh, voy a amarte mucho! Pronto estaremos liberados, seremos vencedores. ¡Todo esto es demasiado importante y preparado por gentes demasiado importantes también para no triunfar! La fuerza, la astucia, la esperanza, la belleza están con nosotros. Lo que ha sido planeado tan sabiamente debe realizarse. ¡Y entonces, nos amaremos, María Rosa! ¡Viviremos, María Rosa! Y te veré tan bella como esta muchacha que tengo enfrente, tan pura e inocente, pero más... ¿cómo diría yo?... más real, quizá. Sí, más real, y más humana.

Habíamos terminado de cenar y bebíamos coñac con el comandante Péchin. Pero la señorita Rossel, esta vez, rechazó nuestra invitación y no aceptó más que media taza de café.

—He visto a Rigault —dijo Péchin.

—¿Cuándo? ¿Hoy?

—Está conforme.

—Ya lo sabíamos —dijo Vermersch.

—¿Lo sabíais? —dijo Péchin sonriendo con aire incrédulo—. ¿Seguro? ¿Completamente seguro? Pero yo, hoy mismo, he tenido una larga conversación con él. Es un antiguo amigo, Rigault. Y un verdadero jacobino como yo. No es que —aclaró, dirigiéndose a la señorita Rossel con una

amable sonrisa—, no es que sienta una gran simpatía por el hermano de usted. Pero no se preocupe... De Rigault me encargo yo, le tengo cogido. Llegado el día, meterá en la Roquette a todas las gentes que puedan estorbarnos. Porque —prosiguió palmeando a Vermersch— es una buena cosa tener al *Tío Duchéne* de nuestra parte. ¡Una tirada de sesenta mil, caray! Yo, mi querido compañero, te traigo *L’Affranchi*, Pascal Grousset se adherirá al movimiento, estoy seguro...

—Lo que necesitamos sobre todo —dijo Becker— es tu batallón, para hacer la limpieza del Hôtel-de-Ville. Y luego, se proclamará la leva en masa. Los generales están de acuerdo. Veo a Dombrowski todos los días. Eudes y La Cecilia patalean de impaciencia. ¿Sabéis la última faena de Félix Pyat?

—¿El traslado de Wroblewski? —dijo Péchin con una risotada.

—Sí, eso ha armado un buen jaleo. Ha negado haber intervenido nunca en ello. Entonces le han mostrado la orden firmada por su propia mano. Se ha puesto lívido, ha intentado subirse a la parra, y luego ha salido dando un portazo.

—Lisé está fuera de sí —exclamó la señorita Rosel. —¡Reconoceréis que hay que terminar con eso!

—Está bien —dijo una voz clara. La alta silueta de Rossel se irguió junto a nosotros. Vestía de paisano, con el redingote ceñido en la cintura. Viendo aparecer su cara juvenil, de ojos hundidos, el bigotillo rubicundo, muy reciente y, sobre la frente estudiosa, su tupé de pelo suave, bien alisado, el rostro de la señorita Rossel se iluminó.

—Bien, Lisé, te esperábamos. Siéntate ahí. Han sido muy amables conmigo, pero no soy una gran política y creo que no he dicho más que tonterías.

—¿Qué has hecho con la pequeña? —preguntó Rossel sonriendo.

—¿Sara? Debe dormir en este momento. Quería acompañarme, pero la he mandado a la cama.

Rossel nos dio la mano, se sentó junto a nosotros y luego, frunciendo el entrecejo:

—Señores —dijo—, hace varios días que desempeño la delegación del ministerio de la Guerra, y no he podido hacer nada todavía. Nada. He querido, ante todo, reorganizar la artillería. El Comité Central de esa arma delibera y no acuerda nada. La requisita de caballos, la concentración de las armas, la persecución de los reacios, son otras tantas medidas que me parecía indispensable adoptar no bien llegué al ministerio. Tampoco en este sentido ha podido hacerse nada, nada, nada. Choco contra todo el mundo. Pyat envía

despachos a los generales. Se burlan de mí. Yo no me burlo. Quiero hacer algo. Sin lo cual ¿estaría yo aquí? Podría estar cómodamente en un campo de concentración con mis colegas del ejército de Bazaine. Ya, en Nevers, no soñaba más que con presentar mi dimisión. Pero, en fin, cuando el mundo queda cortado en dos, hay que estar forzosamente en algún lado, ¿no? Hay que incorporarse a su partido. He conocido republicanos, o que decían serlo: llegado el día no se les encuentra en ninguna parte. ¡Ah, eso es cómodo! Y luego, una vez pasada la borrasca, si hemos vencido, estarán con nosotros. Si hemos sucumbido, recogerán mi cadáver para hacerse una bandera con él. Yo no soy de los suyos. Soy de los que combaten.

—Pero nosotros no sucumbiremos, Lisé —murmuró su hermana.

—Hay que preverlo todo, Isabel, y estar dispuestos a todo, también.

—Tú no tienes más que veintiocho años —replicó ella—. A los veintiocho años no se sucumbe. No es posible.

Y añadió, muy bajo, como para él solo:

—David tenía treinta años cuando fue ungido en Hebrón.

Sacudió ella bruscamente la cabeza y Rossel se volvió hacia nosotros. Aquel aspecto helado que había yo visto siempre en él, se había fundido y se me aparecía ahora lleno de juventud y de encanto:

—Señores —prosiguió él—, me he alistado, sin vacilar, en el partido que no ha firmado la paz y que no cuenta en sus filas con generales culpables de capitulación. Ya veis, en los primeros días siguientes al armisticio, yo procuraba curarme del tratado de paz. ¿Te acuerdas, Bella? Te lo escribí. Curarme del tratado de paz... Vosotros también, París entero está enfermo de él. Péchin ¿se puede contar con su batallón?

—Mi querido camarada —respondió Péchin— no se trata más que de escoger el día. Pasado mañana, el Hôtel-de-Ville quedará desalojado. No hay reunión del Comité de Salvación Pública. Se podrá pillar a Pyat en su casa. ¡Resultará muy chusco!

Nos miró a todos, a la redonda, con aire encantado. Yo mismo me sentí muy satisfecho; pero Becker posó su mano huesuda sobre mi brazo, y extendiendo su otra mano, armada de la eterna pipa, declaró:

—A las once de la mañana, el ciudadano Quiche aquí presente puede llegar a galope tendido al Hôtel-de-Ville, hacer que toquen a llamada, reclamar para Dombrowski los Valientes y otros bribones que están allí mano sobre mano. Desfilan por la plaza, con el tambor al frente, y ahuecan el ala. Péchin llega a su vez. Las proclamas se prepararán por la noche, me encargo de ello.

Mi corazón latió con violencia. ¿Iban realmente las cosas a suceder así, como estaban proyectadas, con tanta sencillez y naturalidad? Indudablemente, porque no había nadie en quien tuviera yo más confianza que en Becker. Vermersch me inspiraba también confianza, con su bella cabeza de poeta, de pelo levantado sobre la frente, su bigote galo, su corbata anudada al descuido, su mirada metálica y aquella fabulosa facilidad de palabra. En cuanto a Péchin, parecía tan seguro de sí que embarcarlo con nosotros era embarcarse con la suerte. Prevenía todas las objeciones, lo sabía todo por anticipado, nada podía escapársele.

—Pasaré mañana por el ministerio —dijo él a Rossel levantándose.

Nos estrechó las manos cordialmente, con sus pesados hombros y sus ojos chispeantes, y salió. Con gran sorpresa mía, Rossel murmuró:

—No me agrada este hombre. Es demasiado vanidoso.

—Por eso realmente está con nosotros —dijo Becker con suavidad.

Isabel Rossel se estremeció:

—Becker, ¿crees que mi hermano está aquí también por vanidad? ¿Lo crees?

Rossel la detuvo con un gesto y sonrió.

—Ya hablaremos de eso —dijo.

Vermersch se aferró a la palabra vanidad. «Vanidad, vanidad...», repitió, bostezando. Nos miró a todos con sus ojos perspicaces, y se despidió a su vez para ir a escribir su diario. Nos quedamos solos, Becker y yo, con el hermano y la hermana. Estos reanudaron uno de aquellos diálogos en que se absorbían como si ya no existiera otra cosa a su alrededor:

—Pienso —dijo ella— en lo que me dijiste un día en Londres. «¿Sabes? Mi yo se me ha hecho indiferente». Y, en efecto, ibas y venías como una sombra. No, Lisé, no se te puede acusar de obrar para ti.

—¿Qué más quieren de mí? —murmuró él—. Cuando me han concedido la delegación en Guerra, me han hecho sufrir todo un examen. ¿Por qué es usted republicano? ¿Desde cuándo? ¿Se cree usted sincero? ¡Si supieran! Es cierto que no me intereso ya por mi yo. Pero ¿cómo hacer comprender esto a los otros? Habría que estar dentro de mí para ver hasta qué punto ese yo está desierto.

Se volvió hacia nosotros y prosiguió:

—Tendrían que haber seguido mi camino. Ya sabéis que, para un joven oficial, esta es la gran cuestión, no piensa más que en eso, sólo medita en eso: ser o no ser. Tener un yo o no tenerlo. Bonaparte o nada. Yo, he escogido nada. ¿Os extraña esto? Sin embargo, podéis estar seguros de ello: habéis



basado vuestra conspiración sobre alguien que no es nada. ¿Estáis tranquilos? Vamos, Dios conoce a su servidor.

—Yo también te conozco, Lisé —dijo Isabel cogiéndole una mano.

Él se desprendió suavemente e, inclinado hacia nosotros, con los ojos fijos, articuló lentamente:

—Voy a deciros algo que os probará mi absoluta sinceridad. Algo que pienso, y si lo pienso, es que soy sincero, lo cual he sido en contra de lo que se pueda pensar. Sí, ¿sabéis el gran secreto que he descubierto y que puedo proclamar? Pues que Bonaparte estaba loco.

Miré a Becker que sonreía con la mirada en el techo y la pipa en la boca.

—Estaba completamente loco —continuó Rossel—. Y entonces tomó el nombre de Napoleón I, se vistió de modo insensato, con un sombrero guiñolesco y quiso hacerse adorar por todo el universo. Wallenstein también estaba loco. Pero un loco que temblaba de miedo y que creía adivinar su destino en el curso de los astros. ¿Habéis leído a Schiller? Hay que estar loco para intervenir así en los asuntos de los hombres, imponerse a ellos, tomar parte en unos juegos tan terribles y repugnantes. ¡Repugnantes! Hay que ser un loco o un cobarde. Porque todos esos famosos capitanes, todos esos héroes son unos cobardes. Unos calenturientos. Unos medrosos. Unos pálidos histriones. ¿Sabéis lo que ocurre en este momento? ¿Sabéis lo que quiere decir, esta Comuna, esta guerra suprema? ¡Es el final de todos esos tunantes! Es el reinado de la igualdad: ¡todos los hombres desembarazados de su yo, y que son, al fin, hombres! ¡Individuos libres! Sí, esto parece contradictorio ¿verdad? Pero esto que os digo, es un hecho de experiencia, un hecho incomunicable. Desde que he renunciado a mi yo, desde que me dije allá, en la Politécnica, que no sería nunca Napoleón con su sombrero gigantesco y su macrocefalia, desde ese tiempo, ¡me siento más hombre! Escuchadme: esta mañana he visitado unos puestos avanzados. Miraba esas miserables tropas que me habéis dado o a las cuales me habéis dado, esas caras de borrachos, esos quepis encajados en unas pelambreras piojosas, esos pantalones en sacacorchos, esas blusas mugrientas, y esos enormes capotes que caen sobre los zapatos, con esos cinturones por encima de los costados y esos sables de opereta que se balancean sobre el empedrado... ¿Qué queréis? Yo no puedo olvidar que soy oficial, que he estudiado la ciencia militar, que me han enseñado la disciplina. Quizá fuese preferible ocuparse de otra cosa; es posible. Hacer música, por ejemplo. ¿Te acuerdas, Bella, cuando tocábamos a cuatro manos *La gruta de Fingal*? Es una bella obertura. Es cosa diferente de la ciencia militar. Lo cual no impide que esos miserables lleven uniformes

grotescos. Pero tienen razón en combatir. Yo los miraba y pensaba: «Sí, tienen razón en combatir. Luchan para que sus hijos sean menos enclenques, menos escrofulosos, menos viciosos que lo son ellos mismos». Puesto que tienen razón, heme aquí con ellos. Soy el instrumento —añadió levantándose, con los brazos tendidos.

—¿Qué? —exclamó Isabel mirándonos con sus ojos extasiados— ¿creéis todavía que éste sea un hombre malo?

—Ciudadano delegado —dijo Becker, mirando a su vez a los ojos de Rossel— ¿sabes lo que he dicho, hace un rato, a este pequeño Quiche, hablando de ti? Pues le he dicho: «Será nuestro jefe. Después, si es preciso, le mataremos».

—Comprendo —dijo Rossel tendiéndole la mano.

—Si es preciso... —repitió Becker.

Isabel apretó los puños y dijo muy bajo:

—No tendréis que matarle. E incluso sean quizá los otros quienes nos le matarán.

—¿Qué quieres decir? —la pregunté.

Rossel volvió a sentarse y cogió con sus manos las de su hermana.

—¡Mi mejor amiga —murmuró— cómo te atormentas!

Los grandes ojos claros se cerraron dolorosamente, y brotaron las lágrimas. Quiso ella soltar sus manos pero su hermano las retenía con firmeza, y las lágrimas corrieron hasta la comisura de la boca.

—Tengo a veces —balbució ella— presentimientos atroces. Es como cuando el 2.º de Ingenieros marchó a Montpellier. A partir de aquel momento, Lisé, el círculo familiar sólo pudo reagruparse con intermitencias. ¡Ah, cómo debe sufrir mamá en este momento! ¡Y la madrina! Tú querías casarte muy joven. Siempre lo estabas diciendo. ¿Es que, algún día, nos volveremos a encontrar todos, a reunirnos, y a ti casado con una muchacha bonita a la que yo amaré como ella te amará? Quizá vive por el mundo, en este momento, Lisé... ¡Hablan de matarte! *Dear boy!* Hay que perdonárselo: no saben lo que dicen.

Nos lanzó una mirada de soberano desprecio, y luego, como su hermano le había soltado las manos, cogió ella su pañuelo y se secó los ojos.

—Tienen razón, Bella —la dijo Rossel—. Tienen razón, ellos también. Si han dicho eso, es que no me conocen como tú. Pero ahora tienen confianza. ¿No es cierto, amigos míos? —añadió mirándonos—. Mira, nos estrechamos las manos. Diles que ya no les guardas rencor.

Ella tenía la diestra posada sobre sus ojos. Nos tendió su otra mano que estrechamos sucesivamente, Becker y yo. Luego, cogí de nuevo aquella mano fina que me tendía y la llevé a mis labios. Rossel se levantó:

—Pasado mañana —dijo.

—Sí, pasado mañana.

—A ti —me dijo— te volveré a ver en el ministerio. Decidiremos los últimos detalles.

Hizo pasar a su hermana delante, cogiéndola suavemente por el talle, y salieron. Le pregunté a Becker:

—¿Crees que dice la verdad?

—Él, lo cree —me respondió—. Pero nunca desconfiará uno bastante de sí mismo. Si aceptase yo jugar el juego, tendría un miedo terrible a ver surgir de repente mi yo, como una sombra, y te diría: «¡Dale!». En fin, es Rossel quien ha sido designado: ya veremos... ¡Pero imagina otro, no importa quién!

—¿No tienes, entonces, confianza en nadie? ¿En Vermersch, por ejemplo?

—¿Ese? ¡Ah! Prefiero a Rossel que, al menos, ha reflexionado. Pero Vermersch no reflexiona: piensa... O habla. Y estas dos operaciones no las realiza nunca a la vez. Tú no le conoces: es un poeta, escribe, está desesperado. Es el tipo de hombre más peligroso del mundo.

—¡Es muy seductor! —exclamé alzando las cejas.

—Todo eso, Teodoro, pertenece todavía al género Julio de Renaud. Unas gentes que se aburren, y con su tedio segregan una substancia desconocida, fabrican, según creen, lo impensable. Para ellos, la revolución es tan impensable como Dios.

—¿Entonces?

—¿Entonces? Primer problema... Segundo problema... Ultimo problema: la muerte. ¡Pum!

Y con sus largos brazos Becker simuló un formidable cataclismo.

Volví a la calle Vieille-du-Temple. Encontré allí a María Rosa a quien había yo dado una de las llaves de mi sobrado y que, en cuanto tenía unas horas de descanso, venía a buscarme allí. Estaba acostada y dormía. No me oyó entrar, pero cuando encendí la lámpara, abrió los ojos.

—¿Eres tú? —murmuró—. Estaba soñando. Una pesadilla: yo te esperaba, tú me buscabas por todas partes y no lográbamos reunirnos. Ven pronto junto a mí.

Bajo la luz de la lámpara ¡qué pálido y fatigado estaba su rostro! Me habló de su hospital, de la preocupación que le daban sus heridos. La dije:

—Acabo de ver a una muchacha muy bonita.

—¿De veras? —dijo con los ojos brillantes.

—Pero no tan bonita como tú.

—Te burlas... Yo no soy bonita, el mundo está lleno de chicas que lo son, ya lo sé. Las encuentro a todas horas...

Me eché a reír y la besé. Ella retrocedió y con aire inquieto:

—¿No irás a enamorarte de ella? ¿Quién es? ¿Cuál es su nombre?

—Isabel. Adoro este nombre. La llaman Bella en la intimidad. ¿No es encantador?

—¿Y es realmente tan bonita?

—Adorable.

Mientras decíamos aquellas naderías, gruesas gotas de lluvia comenzaron a crepitar afuera.

—¡Vaya! —murmuró ella—. Ahora llueve.

—Es un chaparrón.

Oía yo caer las gotas sobre el empedrado del patio, sobre la techumbre de tejas rosadas. Me dirigí a la ventana y levanté el visillo.

—¿Sigues pensando en Isabel? —me preguntó María Rosa.

Volví hacia el lecho y empecé a desnudarme, mientras le contaba la conspiración en la que yo participaba. A medida que hablaba mi corazón volvía a latir como durante la cena.

—¡Sería realmente extraordinario —exclamé—, sería extraordinario si saliera bien!

—¡Chist! —dijo ella.

—¿Qué? ¿Quién puede oírnos? La casa está desierta, todo es propiedad de las ratas. ¡Ah! Ahora podemos conspirar, podemos intentar conseguir lo que no se ha conseguido nunca. Pero no me abandones, María Rosa —añadí, arrodillándome ante la cama—. Tú y yo, siempre, ¿verdad? Siempre...

A la mañana siguiente había cesado la lluvia, el aire era deliciosamente fresco. Lo respiré sobre las mejillas de María Rosa, mientras que, con la ventana abierta de par en par, acabábamos de arreglarnos. Salimos juntos; la dejé en su hospital y entré en el ministerio.

Encontré de nuevo a Rossel, leyendo la prensa con su mirada tranquila. Me tendió la mano sin hablar. Unas cartas abiertas, otras cerradas todavía se amontonaban sobre su mesa. Me señaló aquella pila de papel con una mirada entristecida y murmuró:

—Todos quieren algo. ¡Es grotesco!

Recorrí algunas cartas. En la primera que cogí un loco enumeraba sus títulos, sus diplomas, sus condecoraciones y proponía un plan estratégico. En otras los firmantes solicitaban un empleo, un ascenso, un estanco, dinero. Había uno que enviaba versos a la gloria de Rossel; otro había compuesto un himno que sustituyese a la *Marsellesa: La Comunesa*.

*Allons, enfants de la Commune!*  
*Le jour de gloire est arrivé.*

(cambiando el *enfants de la Patrie* de la Marsellesa por *enfants de la Commune*).

—¡Toda esta enorme pedigüeñería! —suspiró Rossel, agitando los papeles que se dispersaron por el suelo—. No hace aún ocho días que estoy en el poder y mañana seré quizá fusilado; pero, pese a ello tienen que venir a contarme su historia, como se la contaban al diputado, al cura, al senador, a cualquiera con tal de que lleve galones. Mira —añadió cogiendo varias cartas al azar— una pintora que quiere hacer mi retrato. ¡Bastarán tres sesiones! Se trata realmente de esto. Cuando fui nombrado aquí, recibí tarjetas de felicitación de antiguos camaradas, de desconocidos e incluso de gente del barrio de Saint-Germain, sí, de gente mundana que hacía lo que se hace en casos parecidos, cuando un señor ha sido nombrado algo. ¡Dios del cielo! Un señor muy bien, sin duda, puesto que ha sido designado, un señor a quien tienen el honor de saludar respetuosamente... Sí, Quiche, cuando se enteran de que un señor ha sido elevado a las más altas funciones, se recibe una punzadita en el corazón, se aprueba... Se siente uno mismo un poco halagado... ¡Se le manda su tarjeta! Porque ¡en fin, es preciso que ese señor sepa que existe uno también! ¡Y que uno es también honorable! Y aquí tienes en lo que pasa uno el tiempo: ¡en leer todas estas basuras! ¡Y has podido creer por un momento que esto me divertiría! —exclamó poniéndose de pronto todo sofocado y echándome la mano al cuello—. ¡Valiente memo! ¿Tú también, quizá, quieres algo?

No me moví y le miré sonriendo. Se calmó, volvió a su mesa, se quitó los lentes y se restregó los ojos.

—Trabajemos —dijo—. ¿Sabes lo que acaban de anunciarme? Un soplón...

—¿El qué?

—Los jefes de legiones van a sublevarse.

—¿Contra quién?

—Contra mí.

—Hay que actuar con más rapidez que ellos.

—Mira —dijo levantándose y llevándome hacia la ventana—. Les espero.

Un pelotón de soldados permanecía en el patio, con el arma en su lugar de descanso. Rossel les contempló con una sonrisa amarga.

—¿Y qué? —dije.

—Cuando los jefes lleguen... Por desgracia no estamos preparados. No he avisado a Péchin. ¡Qué ocasión, sin embargo! No habiéramos tenido necesidad de esperar a mañana.

Aparecieron unas cabezas en las ventanas. El cielo estaba azul. Una oleada de música primaveral flotaba en el aire y me puse a canturrear. Luego mi corazón empezó a latir con violencia; volví a sentir en el vacío, la angustia que me sobrecogía cada vez que pensaba en la conspiración de la que formaba yo parte en lo sucesivo. Quise canturrear de nuevo. La mañana se anunciaba como debiendo ser muy larga y muy singular. Una veintena de hombres con cordones y galones penetraron entonces en el patio. Los sables resonaron sobre las piedras.

—¡Buenos días, señores! ¡Sois realmente audaces!

Levantaron ellos los ojos y se detuvieron. Rossel señaló el pelotón con el dedo.

—¿Queréis que os mande fusilar?

—Pero, ciudadano delegado —dijo uno de los jefes, con las manos en los bolsillos de su capote— no hay ningún motivo... Venimos a hablar de la organización de la guardia nacional... No veo en esto ninguna audacia.

—¡Bonita es vuestra organización!

—Estamos dispuestos a estudiar un nuevo proyecto... De acuerdo contigo, ciudadano delegado... Tenemos, nos parece, derecho a discutir...

Rossel se alzó de hombros.

—¡Haced que se vaya el pelotón! —gritó—. ¡Subid vosotros! Hoy no hay nada que hacer —me dijo—. Pero mañana será el gran día. ¿Estarás en el Hôtel-de-Ville como hemos quedado?

Los pasos de los oficiales resonaban en el corredor. Se abrió la puerta.

—Déjame con estos señores, Quiche. Vete a tus asuntos. ¿Hasta mañana, verdad?

Encontré en mi despacho un hombrecillo, muy ceñido en un redingote avellana, con un gorro de policía sobre la oreja.

—¿Quién es usted? —le dije.

Me miró de una manera extraña, familiar e hipócrita a la vez, y tragándose la mitad de las palabras, como si hubiese entre nosotros un secreto convenido:

—¿Ciudadano Quiche? —dijo—. No me conoce. Encargado por la prefectura de policía de una misión cerca de usted. El ciudadano Rigault le manda decir...

—Estoy dispuesto a ir a ver al ciudadano Rigault si tiene algo que decirme...

—El ciudadano Rigault está muy ocupado. Pero se halla al corriente.

—¿Al corriente de qué?

—Hace que vigilen al comandante Péchin. Es un agente de Versalles. ¡Ah! ¿lo ignoraba usted? Péchin, Chaudey, los jesuitas...

Hizo un leve gesto con la mano para darme a entender que todo aquello formaba la misma pandilla, y repitió, en tono gangoso:

—Péchin...

—Si Péchin es sospechoso, ¿por qué el ciudadano Rigault no le hace detener?

—No tardará en hacerlo. Pero ha querido advertirle a usted antes.

—¿Advertirme de qué?

—Ve usted a Péchin con demasiada frecuencia. El ciudadano Rigault le cree a usted sincero...

—No me conoce. ¿Y usted quién es? ¿Quién me garantiza que viene usted de parte del ciudadano Rigault?

El individuo sacó de su bolsillo un pase grasiento, firmado por el delegado en la Prefectura, Rigault, y luego añadió:

—Todo lo que usted nos diga sobre Péchin será bien acogido. Necesitamos informes.

—No le comprendo —dijo entonces— y le ruego que salga.

—Como usted quiera —dijo el hombre, que desapareció.

Me quedé estupefacto, luego quise alcanzar a aquel hombre, llamarle, hacer que le siguieran. Era demasiado tarde. Me puse a abrir maquinalmente el correo colocado sobre mi mesa, fumando cigarrillo tras cigarrillo. Entró Vuillaume y después Becker. Les conté lo que acababa de ocurrir, y se burlaron de mi asombro.

—Yo creí que Rigault estaba con nosotros —les dije muy bajo.

—Y lo está —replicó Vuillaume—, lo sé muy bien.

—Entonces, ¿de dónde sale este espía? ¿Qué quiere de nosotros?

—¿Por qué le has dejado escapar, imbécil?

Pasé el día en un estado de sonambulismo completo, dudando de todo y escrutando las caras. «Mañana —pensé—, mañana...». A la mañana siguiente, a la hora que me habían fijado, me presenté ante el Hôtel-de-Ville,

con una carta de Dombrowski y una orden de Rossel en el bolsillo, y fingiendo un gran azoramiento, pregunté a los primeros centinelas que encontré:

—¡Pronto, a ver, uno! ¡El ciudadano Delescluze! ¡El ciudadano Félix Pyat! ¡Es urgente! ¡De prisa!

Hubo un barullo en el patio, en las escaleras. Me empujaron hacia delante. Vi aparecer un oficial, cubierto de barro, con aire asqueado:

—¿Qué quieres? —me dijo.



## IV

ENTONCES EMPEZARON A DESARROLLARSE UNA SERIE DE SUCESOS INCOHERENTES, absolutamente inexplicables y en los cuales he pensado a menudo después. Me pregunto incluso si debo escribirlos, intentar darles una forma y una realidad y no dejar a otros el cuidado de contar la historia de la Comuna a su manera, conforme a lo que han podido ver y comprender por su lado. Sé que aquella mañana había tomado un ajenjo en ayunas con mi amigo el portero y que eso me había revuelto el estómago. Para recuperarme, había bebido después dos mazagranes. La cabeza seguía dándome vueltas un poco, y todo, a mi alrededor, me parecía remolinear en un sueño. Pero, en fin, sé también lo que había quedado decidido entre nosotros, con Rossel, con Vermersch, con Becker, con Péchin. Eran éstos seres de cuya existencia yo no dudaba, y no fantasmas. Sé que se había escogido aquella mañana porque Félix Pyat no debía estar en el Hôtel-de-Ville, y si yo solicité verle, fue por hacerme el tonto. Ahora bien, apenas hube pronunciado su nombre cuando el oficial cubierto de barro le llamó a gritos y el otro apareció.

—Ciudadano Pyat —balbucí—, ciudadano Pyat... El ministerio de la Guerra te dirige una llamada, una llamada decisiva... Todo cuanto pueda ser congregado aquí en hombres y municiones debe marchar a Neuilly... Tengo en el bolsillo las órdenes.

—¿Cómo? —dijo Pyat—. ¿De este modo? ¿Sin consejo previo? Esos oficiales se burlan de nosotros —añadió volviéndose hacia las cabezas que asomaron a su espalda.

Era alto, rígido, luciendo la roseta bordeada de oro en el ojal y con un marcado acento meridional, tronaba contra el poder militar y exigía comisarios en los ejércitos.

Un oficial cogió mis papeles, los examinó, se mesó la barba y dijo:

—Está bien. Voy a reunir a mis hombres de Belleville. Están un poco aspeados, pero puesto que el Polaco los reclama, se los llevaré. Yo nunca he flaqueado en la faena. Hay otros que no pueden decir lo mismo. Y tú —prosiguió, volviéndose hacia un hombrecillo seco, cubierto de galones de los pies a la cabeza— avisas a tus infantes. ¡Corneta! ¡Llamada!

Se oyó la llamada, mientras Pyat y sus compañeros se adentraban chillando en una sala cargada de dorados. Me encontré en la galería de cristales emplomados que daba a la plaza. Abrí una de aquellas ventanas: abajo, en el parque de artillería, reinaba un tumulto fantástico. Se agrupaban unos batallones, los oficiales se desgañifaban dando órdenes que nadie obedecía. Y entre todo aquello, una espantosa cacofonía de clarines.

De pronto, la plaza se vació. La galería en que estaba yo, estaba vacía también. Sólo sonaban unas voces, detrás de una puerta. Pasó un soldado lentamente, masticando algo. Llevaba una botella en la mano, y con la otra arrastraba su fusil. Miraba hacia delante, con vaguedad, como un sonámbulo, y me dijo: «¡Salud!», con una voz salida de las entrañas. Me asomé de nuevo a la plaza. Unos chiquillos jugaban entre los cañones. Uno de ellos se llamaba Polito. Los otros le interpelaban:

—¡Polito! ¡Eh, Polito!

Pensé, que dentro de un rato, vería surgir el batallón de Péchin y los de los otros comandantes cómplices. Les haría una seña con mi pañuelo. Cortarían las salidas de la plaza. Luego aparecería Rossel, con sus hombres. Penetrarían en el Hôtel-de-Ville, subirían la escalera. Yo iría a su encuentro. Los soldados entrarían en las salas. Se haría salir a los miembros de la Comuna, a los miembros del Comité de Salvación Pública, con la culata en los riñones. Desde lo alto de los baleones se proclamaría el nuevo gobierno, los nombres de sus componentes, el del general Rossel a la cabeza. El antepecho de la ventana se me clavaba en el vientre, yo arañaba la piedra con las uñas, mi frente estaba cubierta de sudor. Los chiquillos seguían jugando, como pájaros. Veía a Polito como si estuviese a su lado, su rostro color acelga, su risa idiota, su pelo sobre la frente que salía de un gorro rojo con borla amarilla. Llevaba un chaleco de zuavo, del que parecía muy orgulloso, y un pantalón a rayas negras, demasiado corto para él, que dejaba ver sus tobillos desnudos, metidos en unos enormes zapatones. «¡Con tal de que no le maten! —pensé—. ¡Un tiro se escapa tan de prisa!». Dieron las once, luego el cuarto.

Aparecieron unos mendigos, se sentaron al borde de la acera, sacaron unos mendrugos de pan de sus zurrones. «¡Esto pasa siempre! —me dije—. Cuando se prepara un acontecimiento, hay siempre esta morralla que surge de no se sabe dónde, con caras patibularias y gesticulantes. Ellos son los que matan. Ahí están: en su puesto. Todo marcha bien». Todo marchaba bien, en efecto, todo se preparaba para el acontecimiento. Dentro de un instante, las bayonetas relucirían en la plaza, Polito treparía a una farola agitando su gorro rojo y una *Marsellesa* formidable estallaría, como la que había resonado allí

el 28 de marzo. «Y hoy ¿a cuántos estamos? A 8 de mayo. Otra fecha histórica. Se hablará del 8 de mayo...». Así de *Marsellesa* en *Marsellesa*, de exaltación en exaltación se alcanzaría la cima de la historia, allí donde ya no hay que realizar ningún esfuerzo. Empecé a jadear, como si estuviera entre aquellos mendigos acuclillados abajo, sobre la tierra secular, y que, después de haber soportado todos los desastres, guerras, asedios, hambres, pestes, sublevaciones tras sublevaciones, delirios sobre delirios, iban a extraer todavía de sus pechos huecos, nuevos gritos, los últimos sin duda... Entre tanto, dio la media. Luego se oyó en la lejanía el retumbar del cañón. «¡Hombre! No se había oído hoy aún».

Bruscamente la antigua angustia me sobrecogió otra vez. ¿Qué hacía Péchin? ¿Por qué no llegaban los batallones? ¿Dónde estaba Rossel? El golpe había fallado quizá. Iban a detenerme y ya no volvería a ver a María Rosa. Y ella, ella se quedaría sola, al otro extremo de París. ¿Hacia quién se volvería su mirada buena y bella? Habrían detenido también a Rossel. Isabel, su hermana, no podría ya más que vagar, desesperada: acabaría por encontrar a María Rosa, y las dos no vivirían ya más que para acordarse de nosotros. Y nosotros, Rossel y yo, y los otros, ¿qué harían con nosotros? Quizás ellos conseguirían escapar, o tal vez yo no sabría nada de sus destinos diversos. Iban a detenerme allí, en aquella galería demasiado clara y demasiado sonora, e iría yo a terminar mi jomada en el fondo de una soledad insondable. Me invadió una angustia, parecida a la que invade al empleado en la primera mañana que pasa en un nuevo puesto, cuando no está aún familiarizado con el trabajo y no conoce todavía a sus jefes. Y éstos le parecen temibles, todo es extraño y largo, avanza él amedrentado por un desierto. Escuchaba yo detrás de la puerta la voz de los jefes, miraba la plaza vacía y que se caldeaba tranquilamente al sol del inquietante nuevo día, los juegos de los chiquillos, los gestos pesados de los mendigos, la luz sobre el bronce de los cañones, el enorme silencio del tiempo, verdaderamente visible y que él también me miraba. Entonces, a mi espalda, la galería se llenó de ruido. Se había abierto la puerta. Apareció Félix Pyat, seguido de otros miembros de la Comuna y de todo un Estado mayor vociferante. Allí estaba también Delescluze, que tosía hasta partirse el pecho. Gritaban:

—El control del Comité de Salvación Pública... Bajo el control del Comité...

—Rossel no aceptará nunca.

—¡Que dimita!

—La estación de Clamart, ¡ese es el punto estratégico!

—¡La dictadura, jamás!

Toda aquella gente pasó a mi lado sin verme. Sin imaginar que yo también tenía mi plan, que yo también representaba una salida en aquel montón de planes, de intereses, de ambiciones. Pero me sentí ahogado. Iban detrás unos soldados, con el macuto a la espalda, ataviados, la bayoneta calada y promoviendo, en aquella galería estrecha, un alboroto de todos los diablos. Su turba me arrastró entre un olor a pipa y a cebolla. No sé cómo me encontré, cuando daban las doce del día, inclinado sobre un pretil, al borde del Sena. Pasó un cañonero, gobernado por marinos hirsutos. Uno de ellos, sentado sobre el empalmetado, tenía cogida por el talle a una muchacha con chambra roja y que, con la boina blanca del marinero sobre la oreja, cantaba a voz en grito una romanza. Permanecí allí hasta que el cañonero y la romanza desaparecieron bajo los puentes. Luego me eché a correr hacia el ministerio de la Guerra.

Me encontré allí con un gran desorden. Rossel no estaba. Vociferaban en las antecámaras. Por fin entreví la silueta desgarbada de Becker y corrí a cogermelo a él.

—Pero ¿qué pasa? —le grité.

Me miró sorprendido, y retrocedí:

—Pero en fin —balbucí—, ¿no era esta mañana cuando...?

Se puso el dedo en los labios y me arrastró afuera.

—¿Dónde está Rossel? —dije entonces—. ¿Por qué Péchin no ha llegado? Me he pasado toda la mañana en el Hôtel-de-Ville.

Se encogió de hombros sin hablar.

—¡Quiero ver a Rossel! —grité.

Le arrastré a la tienda del vinatero donde habíamos cenado con la gente del *Tío Duchéne*. El local estaba vacío. Entre tanto, seguí lanzando preguntas a Becker. Al final me respondió:

—Está bien. Vamos a repetir todo esto de otro modo.

—¿De otro modo? —Apreté los puños—. En suma, ¿se han burlado de mí?

—¿De ti? ¿Por qué de ti?

—En fin, yo he hecho todo lo que me dijeron que hiciese. He cumplido la consigna. ¿Por qué los otros no han hecho lo mismo? ¿Dónde estabas tú, mientras tanto, pedazo de filósofo? ¿Y Rossel, con todos sus discursos sobre Bonaparte y Schiller? Pero ¿qué significa todo esto, dime, qué significa?

Becker lanzó su carcajada enorme y se puso a encender su pipa. Se la arranqué de las manos.

—Yo soy leal y cumplo —le grité.

—Vamos a comer —me respondió—. Después iremos a ver a Rossel. Y devuélveme la pipa.

—Pero ¿qué ha sucedido?

—No ha sucedido nada.

—Pero ¿por qué?

—Péchin ha muerto.

—¿Que ha muerto?

—Sí, le ha matado en Neuilly una granada.

—¿Y no podías habérmelo dicho enseguida?

—Es que no estoy seguro de ello.

Almorzamos en la tienda, rápidamente y bebimos mucho. Al final de la comida, yo estaba borracho. «Van a preparar otra conspiración —pensé con entusiasmo— y ésta tendrá éxito».

—¿Verdad, Becker?

—¿Eh?

—Va a empezarse de nuevo.

—¿Empezar el qué, si no se ha hecho nada?

—¡Ah, me sacas de quicio!

Tomé el café con varias copas de coñac, y entonces sentí un deseo terrible de pasar a ver a María Rosa en su hospital antes de ir al ministerio. Pero Becker me dijo:

—Corro a ver a Dombrowski. Y tú, lárgate de prisa a casa de Rossel.

—¿Y qué le digo?

—Lo que quieras.

—Es que yo quisiera ver a María Rosa.

—¡Cómo! —exclamó Becker—. No has cesado de machacarme los oídos con tus historias de conspiración, ¡y ahora quieres dejarlo todo para ir a ver a María Rosa! ¿Quieres ir enseguida a casa de Rossel?

—Bueno —contesté.

Y marché al ministerio. Al extremo de un corredor me pareció entrever la silueta del hombrecillo soplón que me había visitado la víspera. Pero me equivoqué. Pasó a mi lado un ordenanza. Le pregunté:

—¿Ha llegado el ciudadano delegado?

—Todavía no —me respondió.

Entré en mi despacho y encontré unas cartas sobre la mesa. Abrí una suspirando, la leí. Era la carta de una mujer cuyo marido había muerto y que pedía un socorro. Luego, leí otra, de un empleado de comercio que proponía

un plan para desviar el ejército de Condé y cortarlo de Versalles. Y me puse a abrir y a leer todas las cartas, metódica y furiosamente. Unas estaban escritas en papel cuadriculado, otras sobre magníficas hojas con membretes estampados. Encontré también versos, peticiones humildes sin ortografía, injurias, denuncias. ¿Por qué —preguntaban— hay mozos de café que, a pesar de su corta edad, no forman parte de la guardia nacional? ¿Por qué se soporta que el llamado Machault, ese holgazán, en vez de reunirse con sus compañeros de armas, se pase el día entero en casa de su prometida, una señorita Eulalia, en el 43 de la calle del Saint-Sauveur? ¿Y el fuego griego? ¿cuándo se iba a emplear por fin el fuego griego? Me zumbaban los oídos. Tiraba los sobres al cesto y amontonaba las cartas ante mí, desplegadas, colocándolas cuidadosamente, mientras que una desesperación estúpida estallaba en mí. Si en aquel momento uno de los hombres o una de las mujeres que me habían escrito aquellas cartas hubiera entrado, arrojándose a mis pies, suplicándome con lágrimas que acogiera su ruego, creo que le habría escupido a la cara.

De pronto me erguí como si saliese de un sueño: «Rossel tiene que estar ahí, ¡digan lo que digan!». Me precipité hacia su despacho. Estaba allí, en efecto, paseándose de un lado para otro, mientras que, sentados alrededor de la habitación, unos jefes de legiones discutían a grandes gritos. Un miembro de la Comuna, a quien yo no conocía, estaba allí también, en pie, junto a la ventana, con la roseta roja en el ojal.

—Ya lo sé —decía Rossel—, no cuento con la fuerza. Lo sé más que nunca —repitió mirándome—. ¿Cómo? ¿Qué decís? ¿Vuestras tropas...? Pues bien, mostradme vuestras tropas. Desde que estoy aquí, no las he visto todavía.

—¿Por qué no has intentado verlas? —gritó uno de los jefes.

—¿Por qué no has fijado tus condiciones cuando te encargaste de este puesto? —gritó otro.

—Os las fijo ahora. Vamos, quiero intentar por última vez salvarlo todo, por última vez... Dirigiré todos mis esfuerzos sobre Issy. Después, hablaremos. Traedme, mañana por la mañana a las once, a la plaza de la Concordia, doce mil hombres...

—¡Sea! —dijo uno de los jefes con voz de trueno y mirando a Rossel con expresión de odio—. Los tendrás... ¡Me marcho a reunir a mis hombres, voto a sanes!

—Vamos —dijo Rossel, sentándose con lasitud detrás de su mesa—. Hay que esperar todavía... —Y más bajo—: Otro día... Un día más. Esta vez es el

último plazo... Marchaos. Quiche, ya no te necesito. Señores, mañana, a las once, en la plaza de la Concordia.

Salí, desconcertado. Volví a mi despacho, pero apenas abrí la puerta, y cayeron mis ojos sobre las cartas, retrocedí con una náusea y cerré otra vez la puerta. Los corredores, las escaleras, el patio del ministerio hormigueaban de gentes muy atareadas. Sólo yo, no sabía adonde dirigir mis pasos. Al salir, entrevi, una vez más, al espía, bajo la bóveda. Era él realmente. Además, me esperaba, sonriente, con las manos a la espalda. Me precipité sobre él.

—¡Ah, ya le cogí! —dije.

—¿Cómo, que me ha cogido usted?

—Sí, va usted a decirme, al fin, quién es y qué quiere de mí.

—Yo no quiero nada de usted. Es el ciudadano Rigault quien...

—Bueno, ¿se le puede ir a ver al ciudadano Rigault?

—Ya le he dicho que está muy ocupado, pero si usted insiste...

—Insisto.

—¿Le gusta la Prefectura? Pues bien, sígame.

Se encasquetó su gorro de policía y se puso a silbar. Nos dirigimos hacia el bulevar Saint-Germain. Tomamos un «fiacre» que pasaba. Durante todo el trayecto, ni el soplón ni yo despegamos los labios.

En la Prefectura encontré más patios rebosantes de gentes, entre las cuales tuvimos que atravesar, sorteando los fusiles en pabellón y los hornillos donde humeaba la sopa, interminables escaleras, antecámaras en las que resonaban llamadas y juramentos.

—Espere aquí —me dijo el espía, señalándome una banqueta junto a una puerta. Al mismo tiempo hizo señas a un centinela para que no me perdiera de vista.

—Esté usted tranquilo —le dije—. Ya que he venido hasta aquí, no me escaparé...

Al cabo de un momento entreabrió la puerta y me llamó. Entré en una amplia pieza clara cuyas ventanas sin visillos daban al Sena. Había allí pupitres, mesas cubiertas de papeles, clasificadores desarticulados. En un rincón, estaban sentados juntos en un canapé, Raúl Rigault y Teófilo Ferré. Les reconocí enseguida, por haberlos visto a raíz de la proclamación de la Comuna. Ferré clavó en mí su mirada fría, que los lentes hacían espejear. Los lentes de Rigault tenían más calor, una especie de llama profesoral. Ferré tenía la cabeza erguida, y con su nariz aguileña y su enorme cabellera, evocaba un inmóvil rapaz nocturno. Rigault, por su parte, era apuesto, con la barba encrespada como una ola, el cordón de los lentes agitándose en el aire,

y una mirada judicial y satisfecha. El soplón permanecía de pie al lado de aquellos dos hombres, con las manos a la espalda, silbando ligeramente.

—Ciudadano Quiche... —comenzó Rigault. Se detuvo, puso las manos sobre sus rodillas separadas y me examinó con un gesto de curiosidad triunfante—. Ciudadano Quiche —prosiguió— ha participado usted en la revolución del 18 de marzo, formado parte del Comité Central, y ahora está usted agregado a un servicio del ministerio de la Guerra, lo cual le ha hecho tratar al ciudadano Rossel, así como a diversos jefes de batallones y a oficiales. Era usted antes empleado de su tío, un industrial de la calle Vieilledu-Temple. Luego ha estado usted a las órdenes de un hombre de negocios llamado Havelotte, que era además miembro del Cuerpo Legislativo y un firme sostén de Badinguet, reelegido ahora en la Asamblea Rural. ¿Quién me dice que no ha conservado usted ninguna relación con ese personaje?

—Ciudadano delegado —dije—, me parece usted lo bastante informado para que no tenga yo que revelarle nada. Si su indagatoria hasta ahora es exacta, ha debido enterarle de que yo no he conservado ninguna relación con el ciudadano Havelotte.

—Sí, pero me ha hecho saber que la tenía usted con Péchin.

—Yo no sabía que el comandante Péchin pudiera ser sospechoso para usted.

—Es un amigo de Chaudey, que disparó contra nosotros el 22 de enero.

—Lo ignoraba.

Raúl Rigault se levantó y se puso a pasear de un lado para otro, mientras Ferré seguía mirándome fijamente.

—No sabe usted nada —prosiguió Rigault—. Si yo le enviase a reunirse con Chaudey, en Pélagie, ¿qué diría usted? Yo le voy a enterar de algo, y es que no bien la Comuna se enfade, Chaudey será el primer fusilado. Hasta ahora hemos mostrado mansedumbre y circunspección. Bajo la Convención sucedía de otro modo y no se andaba por las ramas. Vive usted en un ambiente de militares, está usted infestado de ideas reaccionarias. ¿Qué sabe usted de Péchin? ¿Dónde está?

Empecé a hablar, a protestar de mi sinceridad. Me lancé en un discurso que se ahilaba cada vez más en zigzagueos imprevistos, hablé de mi juventud, de las circunstancias que me habían llevado a conocer a Havelotte, conté cómo había yo saludado la revolución que era una salida para mí, la posibilidad de arrancarme a unos contactos que me horrorizaban. Pero antes, ¿no tenía yo que ganarme la vida, allí donde me encontraba, del modo que podía? Havelotte había sido para mí el apoyo inmediato, la tabla de salvación.



¡Por fin! había llegado la Revolución, y yo la quería fuerte y total, y si la quería así, era porque iba a hacer a los hombres más libres y más felices. El resto no me importaba, la revolución podía seguir todos los caminos, adoptar el sistema que fuera. Necesitaba una policía, sin duda, tenía el derecho, tenía el deber de desconfiar. Mientras hablaba sentía yo el sudor correr sobre mi frente. Rigault seguía paseando de un lado para otro, y Ferré me contemplaba, inmóvil, con una pálida sonrisa lunar en sus labios, que eran delgados, entre la mata del bigote y de la barba. A su vez se levantó: vi que era bajito, una cabeza desmesurada sobre un cuerpo de enano.

—Todo eso —pronunció volviendo a sentarse— no nos dice dónde está Péchin.

—Ciudadanos —exclamé—, no lo sé. He visto a Péchin una vez en mi vida. He comido con él y con unos camaradas del *Tío Duchéne*, poetas, periodistas. Yo también, soy, era poeta. Creo que no hay ningún mal en ello. ¿Les hace reír? Nos vemos en la tienda de un vinatero de la orilla izquierda. ¿Y qué? No comprendo, no consigo comprender qué quieren ustedes de mí. No hay nada entre Péchin y yo. Y si todo el mundo fuese tan puro como yo, entonces la Comuna podría estar orgullosa de sus hijos.

—¿Qué quiere usted decir? —me preguntó Rigault, volviéndose bruscamente.

—Digo lo que se dice. ¿No se habla de eso? ¿No se trata de pureza? Hay que ser puro. Yo soy puro, nosotros somos puros. Hago lo que puedo, en mi rincón. ¿Qué más quieren ustedes? Además, según parece, Péchin ha muerto.

—¿Cómo lo sabe usted?

—No recuerdo. Un amigo me lo ha dicho hoy en el Hôtel-de-Ville.

—¿En el Hôtel-de-Ville?

Suspiré y luego, haciendo un esfuerzo sobre mí mismo, expliqué con la mayor calma posible, que había sido yo enviado allí por Rossel para pedir refuerzos, y que me encontré a un antiguo amigo, exmiembro como yo del Comité Central, el alsaciano Becker, hombre puro también y de cuyos sentimientos era imposible dudar.

—¡Está bien! —dije por fin—. ¿Qué quieren que les diga? Esperan ustedes algo de mí, quieren oírme pronunciar no sé qué frase preciosa que me perdiese o que perdería a algún otro cuyo nombre ignoro. Les juro que se equivocan. No puedo hablarles más que de cosas insignificantes, yo no puedo nada, no sé nada. ¿Hay que proclamarme a mí mismo también hébertista, o maratista, o lo que se les antoje a ustedes? Mi corazón entero pertenece a la

revolución, es todo cuanto puedo decirles. Pero esto no les interesa. ¿Entonces? ¿Qué más? ¿Qué quieren?

Me sentí atrozmente agitado, y ellos, ¡estaban tan seguros, tan tranquilos! Pero ¿por qué estaba yo agitado? Intenté dominarme. Una fuerza extraña e incoherente luchaba por escaparse de mí y hacerme realizar un gesto absurdo, que no podía prever.

Ferré dejó bruscamente de sonreír, abrió la boca y dijo:

—Péchin no ha muerto. Pero ha desaparecido, y usted sabe dónde está.

—¿Por qué cree usted que lo sé?

—Entonces, es Rossel quien lo sabe. Pregúnteselo.

—Pregúnteselo usted mismo. ¿Quién soy yo, para interrogar al delegado en el ministerio de la Guerra?

—Conoce usted a su hermana.

—¿Y qué? ¡Pero todo esto es insensato! —exclamé furioso—. Es insensato. Mientras pierde usted el tiempo interrogándome sobre naderías. ¡París está lleno de traidores y de espías!

—Los conozco a todos —dijo Rigault con un ademán de orgullo profesional—. A todos ¿lo oye? ¡No es usted quien va a enseñarme mi oficio! Lo practicaba ya antes de estar aquí. Ya, bajo el Imperio, todas mis fichas estaban preparadas. ¿Le soltamos? —dijo dirigiéndose a Ferré y señalándome con el hombro, desdeñosamente. Ferré asintió con la cabeza. El pequeño espía, alzando el dedo, me indicó la puerta.

—¡Ah! —dije asombrado—. ¿Esto es todo?

—Tal vez no —me dijo Rigault con un tono de voz singular—. Porque espero, en verdad, ciudadano Quiche, que si encuentra usted a Péchin, nos avisará.

Afuera hacía un calor húmedo, que me subió a la cara en grandes bocanadas. Volví a secarme la frente, sudorosa y eché a andar hacia delante, al azar. Me insultaba a mí mismo: «¡Imbécil! ¡Pánfilo! ¡Juan Lanás, sí, so Juan Lanás! ¿No habrá una bala para ti?». Me sentía furioso, avergonzado. Al pasar delante de una tienda, leí el rótulo: *Utensilios de carnicería. Bombas de ternero*. Solté la carcajada. «¡Bombas de ternero! ¿Qué será eso? He aquí lo que yo debería saber, lo que debería fabricar. Cosas concretas, reales. Todo el mundo conoce nombres de útiles con el modo de utilizarlos. Y yo, en otro tiempo, conocía la fabricación de los barnices, como mi padre, que era un hombre como todo el mundo, así lo creo al menos. Y luego, he salido de la regla, para no hacer ya ningún oficio. Porque era un poeta... ¡Imbécil, so imbécil!». Al torcer por una calle, el maravilloso ruido de seda de una rueda

de afilador me confirmó en mis pensamientos. ¡Feliz afilador! Gritaba: «¿Quién quiere que le afile su sable o su bayoneta?». Yo no tenía ya ni sable ni bayoneta que afilar. «¡Toma! —exclamé—. ¡Uno de estos días me haré matar sin haber combatido!».

Intenté recordar a mi padre. «¿Qué podía ser realmente mi padre? —pensé—. ¿Era verdaderamente como todo el mundo? ¿Qué haría hoy? ¿Dónde estaría? ¿Qué diría? Quizá la Comuna le hubiera desagradado... Habría cerrado su tienda y marchado a Versalles, él también. O bien se habría quedado, y seguiría fabricando barnices, leyendo los diarios, esperando los acontecimientos, siendo uno más. ¿Cómo era? Un buen hombre, quimérico y oscuro. Tenía quizá madera de héroe. ¿Quién sabe? Tal vez hubiera hecho afilar su bayoneta y se habría desplomado en mis brazos, detrás de una de las barricadas de Neuilly. Entonces yo le habría besado en la frente y tendido sobre el suelo, llorando... ¿Mi padre?... ¿Qué ha hecho de mí? ¿Qué hago yo en este momento? ¿Dónde estoy?».

Estaba en el bulevar Saint-Germain. Mis pasos me habían llevado en dirección al ministerio de la Guerra. Allí fui, con el corazón angustiado, el pensamiento vacilante, y un singular deseo de vomitar, al borde de los labios. Rossel no estaba allí. Pregunté si habían visto a Becker o a Vermersch. Vagué por los corredores, por el patio. Luego pensé, naturalmente, en María Rosa y corrí en busca de refugio junto a ella.

Una ambulancia dejaba heridos ante la puerta de la alcaldía. Colocaron en una camilla a un mocetón hirsuto, que aullaba levantando el brazo como para maldecirnos. Tuvieron que intervenir varios para impedir que saltara de su camilla, y yo eché una mano. María Rosa, muy pálida, apareció en la entrada.

—¡Soy yo! —la grité—. Te traen gente.

Había yo cogido las empuñaduras de atrás. La cabeza del herido gesticulaba y chillaba ante mis ojos. A lo largo de la camilla dos camaradas le mantenían los brazos y las piernas. Entramos así en el hospital y empezamos a subir una escalera interminable. «¡Dejadme en paz! —vociferaba el herido—. Sois unos canallas ¡vosotros sois, también, unos canallas! ¡No os necesito para reventar!». Luego, gemía: «¡Ay, por cien mil pares de demonios! ¡Ay! ¡Ay!».

María Rosa subía tranquilamente delante de nosotros. Cuando llegamos a lo alto de la escalera, el hombre cesó súbitamente de gemir. El borde de la camilla me oprimía el pecho. No tuve más que inclinarme para ver que el herido había muerto. Su rostro reposaba, inmóvil, lívido, entre una mata de cabellos con coágulos de sangre. Le besé en la frente. Olía mal.

—No merecía la pena haberse tomado tanto trabajo —dijo una voz.

Soltamos la camilla. María Rosa se volvió:

—Ahora, entradle aquí —dijo, señalándonos una puerta. ¡De prisa!

Detrás de nosotros traían otras camillas. Fui a reunirme con María Rosa y la dije:

—Dame algo que hacer. Ya no sirvo más que para acarrear los moribundos.

—¿Qué tienes? —me dijo—. ¿Fatigado?

—Fatigado, sí.

Murmuró muy bajo:

—¿Y Rossel? ¿Y vuestra historia?

Me alcé de hombros. Ella continuó:

—¿Falló?

—Eso creo, no lo sé. No sé nada.

—¿Sabes, al menos, que me quieres?

Y levantó hacia mí sus ojos sonrientes, sus ojos de niña; luego desapareció, pues la llamaban. Permanecí en el hospital hasta las nueve de la noche. Por último, llevé a María Rosa a cenar a casa del vinatero.

Quería ella volver junto a sus heridos lo antes posible, pero la retuve hasta las once. Vagamos por las calles sombrías y cálidas, cogidos de la cintura y hablando de amor. Al pasar por delante de Sainte-Clotilde se me ocurrió entrar.

Las tinieblas estaban traspasadas aquí y allá por la luz lechosa de las lámparas de petróleo, colgadas en los pilares. Pero el banco de fábrica y el púlpito estaban más iluminados. En el púlpito, una mujer tocada con una pañoleta roja, lanzaba clamores con grandes gestos de su brazo desnudo. Sentados en las sillas, los oyentes bebían de unas botellas y fumaban. Nos acomodamos al lado de un obrero con blusa azul y una gorra americana en la cabeza. Una mujer, medio dormida, se apoyaba sobre su hombro. Hacía fresco en aquella oscuridad, un frescor denso en el que el olor a tabaco se mezclaba con el del incienso. En el banco de fábrica, un enorme garibaldino con sombrero rojo de plumas de pavo real, guerrera roja y cinturón rojo también, parecía el cardenal de aquel extraño oficio. De cuando en cuando daba con su sable sobre el entarimado para reclamar silencio o apremiar al orador. Después de la mujer de la pañoleta roja, fue un joven el que ocupó el púlpito, un hombrecillo flaco y puntiagudo, pero cuya voz resonó bajo las bóvedas con una amplitud singular. Agucé el oído, porque se había puesto enseguida a decir cosas magníficas. Y la mujer que dormitaba sobre el hombro del obrero, levantó, ella también la cabeza. El joven hablaba

despacio, sin un gesto, con las manos en los bolsillos de un corto paletó con cuello de terciopelo. Decía que la humanidad estaba dividida entre blancos y rojos. Los blancos eran los devoradores de carne humana, y los rojos los comedores de pan.

—Las gentes honradas son rojas —gritó— y vosotros lo sois, la naturaleza lo es, Lamennais y Proudhon lo eran... Y Jesucristo —añadió volviéndose hacia el altar mayor en el cual se distinguían unas siluetas sentadas, con las piernas colgantes—. Jesucristo, si existiese, ¡estaría con nosotros!

Explicó después que los blancos no comían porque fuera necesario vivir: eran unos comilones para quienes existen unos Chabot<sup>[10]</sup> a los que condecoran porque han encontrado el arte de condimentar una trufa. Los blancos no se alojan en ningún sitio: viven en hoteles. Tienen desde lacayos hasta aplicadores de lavativas. No se visten porque las costumbres y la temperatura lo exijan: ¡se emperifollan, y ya se sabe cómo!

—Pero ¡fíjense en esa mascarada! ¡Díganme si no es una verdadera comedia, una eterna bajada de la Courtille! Pero he aquí que los rojos se deciden a poner orden en todo eso, a restablecer la verdad, a encontrar de nuevo lo que es necesario y exacto. ¡Eh, los rojos! ¡No tenéis más que cogeros de la mano y danzar en corro alrededor de lo que os molesta para ahogarlo!

Entonces habló de todo lo que molesta y que debe desaparecer, fatalmente, en un gran estallido de felicidad y de alivio. ¡No más cuarteles, ni soldados! Es el pueblo el que se hace ejército cuando sus fronteras están amenazadas —si hay todavía fronteras. ¡No más centros de beneficencia, ni huchas de caridad! El centro de beneficencia es la humanidad entera, y la hucha, está en casa de todos los ciudadanos. Habló de la igualdad. Habló del gozo que se elevaría en los aires cuando todo hombre percibiera que ya nada, absolutamente nada, le separaba de ningún otro hombre, ni de nada ya en el mundo; y cuando le preguntasen su nombre, él podría, en lugar de Richard de Tócame Roque, responder: ¡Pedro Naturaleza!

No hubo aplausos, sino un silencio estremecido en el que cada cual se sintió de pronto más orgulloso. El obrero, a mi lado, apretaba las mandíbulas y creí ver lágrimas en los ojos de su vecina. María Rosa me apretó el brazo. La miré con un impulso de confianza y de fervor. Había yo olvidado mis rencores de aquella tarde. Me incliné hacia ella y le musité al oído:

—¿Me amas, verdad? ¿Es a mí a quien amas, a mí realmente? ¿Qué soy yo? Tengo mucho orgullo, como sabes. Sí, a veces me doy asco a mí mismo.

Pero en realidad tengo un orgullo ilimitado, y quiero que me ames, con todo mi orgullo.

—Pero —dijo ella— cuando digo que te amo es a ti a quien amo. ¿Qué sería sin eso?

—Podrías amar el amor.

—¿Qué quieres decir?

—Eres joven, quieres vivir. Yo también he sido locamente joven y locamente enamorado. Pero no se trata ya de eso. Ahora, tenemos que conocernos, tú y yo, y que amarnos tú y yo.

Salimos de la iglesia, apretados uno contra otro, y continuando nuestras palabras. Bajo el pórtico, un impulso pasional nos precipitó en brazos el uno del otro, boca a boca. No podíamos ya separarnos. Yo pensaba: «No somos unos fantasmas. Somos seres de carne y hueso, nos vemos, nos sentimos, nos tocamos. Conozco a María Rosa, y ella me conoce, y eso está realizado, no hay que volver sobre ello. Si uno de nosotros muere... Pero sólo podremos morir juntos, y en el conocimiento pleno y entero el uno del otro».

—Moriremos juntos, ¿verdad, María Rosa? —dije en voz alta.

—Te lo prometo —me contestó ella.

La dejé con aquella seguridad. Al pasar por delante del ministerio de la Guerra, me dieron ganas de entrar, de saber lo que hacía Rossel, o lo que pensaba hacer. Pero pasé, y me dirigí hacia la calle Vieille-du-Temple. No estaba allí el portero. Me encontraba solo. Crucé el patio, bajé la cabeza ante el cobertizo del difunto Barbuchet, y subí a mi sobrado. Estaba abierta la ventana, el aire fresco y oloroso de la noche de mayo llenaba la habitación. Me asomé a la ventana y contemplé los cristales muertos del cuarto donde había muerto mi madre, de las habitaciones donde Adelaida y Clemencia habían vivido. Y recordando las miradas apasionadas de Clemencia, sus impulsos, sus cóleras, imaginé una novela en el curso de la cual la querida niña no había dejado de amarme. Y refugiada en Versalles, en medio de la chusma que la rodeaba, seguía pensando en mí y acababa, poco a poco, por decirse que era yo el que tenía razón, y que, a fin de cuentas, no era yo el bandido en que me convertían perpetuamente. Una piedad nostálgica la invadía el corazón cuando veía llegar los convoyes de comuneros prisioneros, ensangrentados, harapientos, hoscos, a los que las pelanduscas iban a vaciarles los ojos con la punta de sus sombrillas —¡Plaf! La punta se hunde, en un chorro de sangre; el prisionero, con las manos atadas a la espalda, aúlla como un perro; y la multitud de mirones, de «clubmen», de cronistas, de embajadores extranjeros, de apuestos oficiales afortunados se retuerce de risa.

¡Ah, condenada Valentina! ¡Condenada Olimpia! ¡Deliciosa Pamela! ¡No hay como ella para mostrar ese arrojo! Clemencia fruncía el entrecejo. Tal vez un día, tendría que reconocerme entre aquellos miserables: estaría yo allí, entre las mujeres de delantal y pañuelo a la cabeza, con las manos a la espalda, la cabeza hirsuta, y una herida horrible en el costado. Entonces Clemencia no podía soportar tal idea, se escapaba de Versalles, corría por las carreteras; y yo la veía aparecer en mi habitación, en aquella habitación llena de su recuerdo. Venía a mí, toda palpitante y amorosa, y en mi corazón estallaba un conflicto entre ella y María Rosa. «Es que —le decía yo a Clemencia— mientras tú no estabas aquí, he amado a una muchacha de la otra raza, y ahora somos, ella y yo, como las dos manos de un mismo cuerpo. Niña querida, esto es muy triste y muy angustioso. ¿Qué va a ser de nosotros?». Y entonces, cerré bruscamente la ventana y me encogí de hombros. ¡Tonterías! Todo era realmente como debía ser. Yo no debía amar más que a María Rosa en esta vida y en la otra, en su presencia y en mis sueños.

A la mañana siguiente, me desperté muy tarde. Corrí al ministerio. La calle de Saint Dominique estaba atestada de tropas en desorden. Apenas tuve tiempo de ver pasar a Rossel al galope, seguido de su Estado mayor. A mi alrededor gritaban que el fuerte de Issy había sido evacuado. En el patio del ministerio, vi a Isabel con guantes negros, fina, trastornada, y que iba de grupo en grupo. Se cogió de mi brazo.

—¿Qué sucede? —la dije—. ¿Su hermano ha tenido sus doce mil hombres, esta mañana, en la Concordia?

Tuvo ella una risa nerviosa.

—¡Siete mil! —me gritó—. ¡Apenas siete mil! ¡Y había que ver cómo estaban equipados! Le ruego que venga conmigo al Hôtel-de-Ville. Lisé está loco, quiere entregarse como prisionero, solicita un calabozo en Mazas. Hay que impedirselo. El Comité Central quiere sostenerle, pedir para él plenos poderes. ¿Dónde están vuestros amigos? ¿Siffrelín, Moreau? ¿Y qué hace Vermersch?

Me arrastró afuera. Llegamos al bulevar Saint-Germain con grandes dificultades, hasta tal punto era densa la multitud. En la esquina de una calle un anuncio blanco, muy reciente, rezaba:

*La bandera tricolor ondea sobre el fuerte de Issy, abandonado anoche por su guarnición. El Delegado de Guerra: **Rossel**.*

—Es terrible —murmuré.

—¡Rossel al paredón! —gritó una voz ronca en la multitud. Isabel mostró una palidez de yeso. La sostuve en mis brazos y seguimos nuestro camino.

Las horas siguientes permanecen, en mi memoria, entre las más tumultuosas y las más confusas que he vivido. Veo de nuevo a Isabel Rossel, con los ojos más asombrados que nunca, más inocentes en su rostro convulso. Presencio discusiones desatinadas. Oigo la voz de Delescluze, cortada por la tos como por un retumbar de trueno, sus llamadas, sus súplicas. Las noticias se entrecruzan: no ha sido tomado el fuerte, Mégi y Eudes están detenidos, Malón ha gritado a Pyat ¡que era el genio malo de la Comuna! Delescluze es elegido delegado de Guerra, Courbet pide que la Comuna se traslade a las Tullerías. ¿Dónde está Rossel? Van a juzgarle. Isabel se ha aferrado a mi brazo. Desde esta mañana no hemos comido, ella y yo, más que un poco de jamón y queso. Pero he bebido mucho. Transcurren las horas de la noche. La conspiración —dicen—, comienza a aclararse. ¿Qué conspiración? Sí, esta trama tenebrosa... Issy está infestado de chuanes. Péchin había penetrado allí, Péchin el hombre de Thiers. La traición surge por todas partes. Se la percibe, se la ve en aquellos corredores donde toda una multitud abigarrada y chillona se apretuja. De pronto, Isabel lanza un grito:

—¡Gérardin!

Un hombre se vuelve, nos hace señas con la mano y nos arrastra a una escalera bruscamente desierta. Una puerta se abre ante nosotros. Rossel está allí, lívido, la boca terrible bajo su bigote caído, la barbilla cubierta de pelos rojizos. Isabel tiembla con todo su cuerpo, me parece que va a desplomarse. Todo se hace milagrosamente fácil.

—No quiero marcharme —dice Rossel.

Pero camina a nuestro lado. Apresuramos el paso. Nos encontramos de nuevo en el patio del Hôtel-de-Ville. Un centinela, bajo la bóveda, presenta armas. Gérardin ha desaparecido. Pasa un «fiacre» por la calle de Rivoli, al que subimos, Rossel, su hermana y yo. Rossel está sentado, como un fardo, con la mirada vacía. Isabel le quita su quepis, arranca la granada de plata, tira el quepis por la ventanilla. Luego coge las manos de su hermano y le contempla apasionadamente. Pregunto:

—¿Adónde vamos?

Isabel me mira y murmura:

—Gracias... gracias... Dios le... ¡Oh, Lisé! —añade—. ¡Vas a ver nuevamente a Sara!... La pequeña...

Nos apeamos en el bulevar Saint-Michel, ante una casa en que Rossel y su hermana se han adentrado. Me quedo solo en la acera, entre la multitud, sin saber en qué día estamos, y si es la mañana o la tarde. Un momento después, habiéndome detenido en el puente Saint-Michel, he intentado leer la hora en



el cielo rojizo. El aire está lleno de detonaciones. Me he mezclado a unos grupos trastornados. Se desmentía la toma del fuerte de Issy. Se anunciaba que Delescluze había sido nombrado delegado de Guerra, que el Comité de Salvación Pública había recibido plenos poderes. Finalmente, me he encontrado una vez más ante los cañones del Hotel-de-Ville. Bruscamente, apoyado en uno de ellos, con las manos crispadas, he visto a Becker.

—¿Tú? ¿De dónde vienes? ¿Qué tienes? ¡Becker!... Ha levantado los ojos hacia mí. Su rostro estaba negro de pólvora, los ojos hundidos, la barba manchada. Con una voz completamente cambiada me ha dicho:

—¿Eres tú, Teodoro? Ya no puedo más. Estaba en Issy. No queda ni una piedra en su sitio. Es el final. Se han dedicado a la caza del hombre en los corredores del convento. La metralla... Había que verlo, Teodoro. Un artillero me ha arrastrado. No sé cómo hemos podido escapar. Me han hecho subir a un carronato que han podido salvar. ¡Ah! ¡qué lío! ¡qué lío!

Se agarró a mi hombro y le llevé al café más próximo, donde bebió casi un litro de vino.

—Voy a dormir —me dijo, tumbándose sobre la banqueta—. Ven a buscarme dentro de un rato. Estaré mejor. Comeremos juntos. Es el final, te repito. Habrá que hablar de otra cosa. Yo no me ocupo ya de esto... nunca más...

Agitó su largo brazo como para disipar una pesadilla y prosiguió:

—¿No me has visto nunca así, Teodoro? Déjame dormir. Vete a hacer lo que quieras y vuelve luego. Pero vuelve, ¿eh? Deja a María Rosa por una noche, y a Félix Pyat y a todos esos desdichados. Deja todo eso. Vuelve para despertarme. Comeremos, comeremos mucho, mucho. Y luego iremos a pasearnos, ¿quieres?

Me trasladé al Hôtel-de-Ville. Entré con otros en la gran sala en donde se había reunido el Comité central la primera vez. Delescluze estaba sentado detrás de la mesa, con tres o cuatro miembros de la Comuna. Entre la multitud divisé a Moreau. Me llamó:

—¡Ven por aquí, Quiche! El ciudadano Delescluze quiere vernos.

Me abrí paso hasta la mesa. Delescluze me estrechó la mano:

—Tenía usted la confianza de Rossel. Pues bien, cuento con usted en Guerra. Esté usted allí mañana a primera hora. Le daré unos despachos que hay que cursar.

Tenía los ojos brillantes de fiebre y hacía esfuerzos para enderezarse. Inclinado sobre el respaldo de su silla, un hombre grueso con un chaquetón

rojo fumaba un cigarro apestoso y le enviaba el humo a la cara, lo cual le hacía toser.

—Sí o no —pregunté—, ¿han tomado el fuerte?

Nadie me respondió. Repetí mi pregunta más alto, grité. Gritaban más fuerte que yo. Moreau me cogió del codo.

—Pues no, no lo han tomado.

—He visto a Becker que viene de allí, y dice que...

—Brunel ha vuelto allá. Sigue resistiendo.

—Mientras no se fusile a algunos traidores —dijo una voz— nada podrá marchar bien.

Al cabo de un momento fui a buscar a Becker al café. Roncaba, tendido cuan largo era sobre la banqueta, colgándole un brazo y la mano tocando el suelo. Me senté frente a él y pedí un ajeno. Unos soldados, con sus fusiles apoyados en el respaldo de sus sillas, jugaban a las cartas cerca del ventanal. Por último, Becker se despertó, se estiró y me dijo:

—Bueno. Vayamos a comer. ¿Tienes dinero encima? Hace dos días que no cobro mi paga. Y después, iremos a ver si el señor No-sé-ya-qué sigue en la plaza de los Vosgos.

—¿Qué me estás contando? ¿Duermes todavía, Becker?

—¿No te acuerdas? El amigo de Julio de Renaud... ¿Es realmente en la plaza de los Vosgos? Llevas la carta en el bolsillo.

—¡Ah! —exclamé, recordando en efecto la recomendación que me había hecho Julio de Renaud en su última carta—. Sí, sí, está bien... ¿Quieres que vayamos a ver a ese hombre? ¡Vaya una ocurrencia!

—Si no vamos allí esta noche, no iremos nunca —dijo él bostezando—. Julio de Renaud ha muerto, sí, ha muerto. ¡Como un imbécil! Pero antes de morir te recomendó sus versos. Relee su carta. Me has dicho que la llevabas siempre encima. Vamos a verle. Es interesante. ¿No te lo parece? Yo encuentro eso prodigiosamente interesante.

Saqué mi cartera del bolsillo.

—¡Eh! —dijo Becker con su acento más alsaciano, su acento ronco y burlón— apuesto a que tienes versos, tú también, ahí dentro... ¡Eh, eh!

—Te equivocas —respondí fríamente—. No tengo aquí más que cartas de Máximo de Rieuse. Y esta es, además, la famosa carta de Julio.

Le tendí la carta, pero él seguía burlándose:

—¡Eh, eh! Querido Teodoro... Me hiciste reír el otro día, ¿dónde era?... «¡Yo voy de buena fe!», decías, ¡y había que ver con qué gesto! Eres un inocente, Teodoro.

—Sí —le respondí con una seriedad que yo quería hacer muy impresionante—, sí, Becker. Cuando todo el mundo duerme, soy el único que está despierto. O bien cuando todo el mundo vela, yo... Pero ¿es que el mundo vela?

—¡Eso qué importa! —dijo él con su gran gesto que apartaba no sé qué pensamientos—. ¡Déjalo en paz! Veamos, ¿qué dice esta carta? ¿Puedo verla?

—Julio era tan amigo tuyo como mío.

—No te enfades. Veamos: *Mi querido Teodoro: te escribo desde el vivaque...* Muy bonito, muy militar... Te imaginas el vivaque, ¿verdad, Teodoro?, los fuegos encendidos, las tiendas, los fusiles en haces... ¡Un cuadro soberbio! Continuemos...

## V

HE AQUÍ LO QUE DECÍA LA CARTA DE JULIO DE RENAUD:

*«Mí querido Teodoro: te escribo desde el vivaque. El día de mañana será quizá decisivo. Tengo el corazón henchido de una angustia y de una curiosidad extraordinarias, y no puedo decirte la felicidad que siento al verme entre todas estas buenas gentes que son mis amigos, mis compañeros de armas, mis hermanos. Sé que estoy embarcado en una aventura prodigiosa que no puede tener otro resultado que liberar por fin a Francia de sus invasores. Pero al mismo tiempo un presentimiento irrefutable me asegura que perderé aquí la vida. Esta es, por tanto, quizá, o sin duda, la última carta mía que recibas. Me acuerdo de nuestras veladas en casa del tío Siffrelin, nuestros paseos por el Barrio, nuestras discusiones. A todos nuestros amigos, a Siffrelin, a Becker les darás mi más cordial adiós. Pero como eres poeta, tú también, es a ti a quien quiero dirigirme, y a ti a quien deseo recomendarte el destino de mis poesías. Si sales vivo de esta tormenta, te ruego que vayas a ver a un amigo mío a quien he dejado mis manuscritos y que te entiendas con él para su publicación. Se trata del señor conde de la Mortzau, que vive en la plaza de los Vosgos, n." 14. Quizá hayas oído su nombre, o quizá recuerdes que te he hablado de él algunas veces. Olivier de la Mortzau es un hombre de unos cuarenta años, que ha leído mucho, que ha viajado mucho y escrito apenas. Es muy poco conocido pese a algunos recuerdos de viaje, aparecidos en una revista, que son admirables y en los que no se ha fijado nadie. Está loco por la poesía y ha ejercido sobre mí una honda influencia. He aprendido mucho a su lado, aunque él vive en un absoluto retiro que rara vez me atrevía a perturbar. Se interesaba por mí y me demostraba amistad. Sabía que yo frecuentaba unos conspiradores y esto le divertía, por creer que esto me divertía*

*mucho a mí también. El punto débil de nuestra amistad era, en efecto, que él no imaginaba o no quería imaginar que tomase yo en serio todas las inquietudes que me agitaban y cuya confesión has escuchado tú tantas veces. Pero en el terreno de la poesía, y también en el de las mujeres, mostraba él una comprensión y una seriedad ilimitadas. Ve a verle, cuando yo ya no exista, y háblate de mí.*

*¡Ah, Teodoro! Todo el ardor que he podido derrochar en conocerme, en descubrirme, en recobrar-me, todo esto se va a disipar como humo. He vivido, y vivo horas asombrosas. Hubiera sido justo que al final de tantas búsquedas acabase por encontrar el puerto y detenerme en una forma de fe. La suerte no me ha dejado tiempo para ello. Me contento con la sensación de que muero por mi país y dejando algunas rimas que, quizá, durarán un poco en labios de las mujeres y de los jóvenes. Con esta esperanza os las confío al señor de la Mortzau y a ti. Adiós, Teodoro. ¡Ojalá puedas tú realizar una obra más larga que la mía y más acabada! Te abrazo de todo corazón».*

—¡Esto me parece bien! —exclamó Becker cuando hubiese terminado de leer la carta en voz alta—. No nos queda más que ir a comer y trasladarnos al 14 de la plaza de los Vosgos, a casa de ese personaje que nos acaban de describir.

—Pero Becker, ¿por qué esta noche? ¿Tienes realmente mucho empeño?

—¿No quieres que te acompañe?

—¡Sí! Ahora que...

—¿No quieres ejecutar las últimas voluntades de ese muchacho? ¡Vamos, es tu compañero en poesía! ¡Y la poesía es muy importante!

—Becker, no sé si te burlas o si...

El estampido de un cañonazo me interrumpió y Becker, tendiendo el dedo, murmuró:

—¿Crees que sea éste el momento de burlarse?

Fuimos a cenar, y luego nos dirigimos hacia la plaza de los Vosgos. Los soportales estaban desiertos y tenebrosos. Logramos con mucha dificultad encontrar el número 14. Un portero asustado, con una linterna en la mano, vino a abrirnos.

—¿El señor de la Mortzau?

El hombre empezó a balbucear. Nuestros uniformes le daban, evidentemente, mucho miedo.

—Sí —dijo por fin— aquí es... Es el único de los inquilinos que se haya quedado aquí... ¿Qué quieren de él, señores... ciudadanos?

—No tema usted —le dijo Becker—. Venimos a hablarle de un amigo suyo, muerto por los prusianos. ¿Podemos verle?

—Es en el segundo... Voy a alumbrarles.

Nos recibió un hombre de elevada estatura, con una mano en el bolsillo de su bata, y en la otra un quinqué de petróleo. No se mostró nada sorprendido de vernos, y nos examinó con una sonrisa apacible. Nos presentamos como amigos de Julio de Renaud. Nos dijo: «Sígueme», nos volvió la espalda y le seguimos por un largo pasillo, tapizado de libros, pasando por una amplia habitación sombría. Finalmente, dejó su lámpara en un gabinete rodeado de cortinas, y nos invitó a sentarnos. Tenía los cabellos grises, una frente muy despejada, la cara flaca y afeitada. Su actitud parecía llena de calma o la simulaba. Se arrellanó en un sillón abullonado, encendió una larga pipa alemana y esperó a que uno de nosotros dos tomase la palabra. Le mostré la carta de Julio de Renaud. La leyó con toda atención, sonrió de nuevo y murmuró:

—En efecto, señores, no he querido nunca tomar a lo trágico ciertas preocupaciones de nuestro desgraciado amigo. Yo no deseaba más que una cosa, y es que hiciera bellos versos...

Le interrumpí enseguida:

—¿Y cree usted, caballero, que se pueden hacer bellos versos sin esas preocupaciones que usted estima superfluas?

Se alzó de hombros.

—Todo está en saber de qué preocupaciones se trata. No desprecio en modo alguno la pasión... ¡Muy por el contrario! ¿Qué noticias hay esta noche? —prosiguió—. ¿Siguen combatiendo en Issy?

—El fuerte ha sido tomado.

Preguntó algunos informes detallados, con mucha atención e interés, y como si quisiera mostrarse cortés con nosotros y con nuestra causa. Luego se levantó y dirigiéndose hacia un rincón oscuro de la estancia, abrió un mueblecito y sacó de él un grueso rollo de papeles.

—Aquí está —dijo— lo que queda de Julio de Renaud.

Nos inclinamos junto a la lámpara, para que nuestros ojos vieran una letra nerviosa, retorcida, un poco infantil.

—Conocía algunos de estos poemas —dije en tono muy bajo—. Pero el conjunto debe ser espléndido. ¿De qué tratan sobre todo?

—Del ruiseñor —respondió el señor de la Mortzau con su voz tranquila, levemente burlona—. Es una verdadera obsesión. Se trata siempre del ruiseñor. A veces aparecen otros temas, otros objetos, flores, mujeres: y al cabo de algunos versos se comprende que, bajo esas máscaras, se trata nuevamente del ruiseñor.

—Es muy extraño —murmuró Becker.

—¿Verdad? —replicó el señor de la Mortzau—. Y este ruiseñor no es una simple palabra, como se ve tantas veces en las poesías: es algo muy misterioso, tan misterioso como el propio ruiseñor, ese pajarillo negro que vive en los bosques, que canta por la noche y cuya existencia es tan real y tan vigorosa. ¿De dónde había obtenido nuestro amigo ese conocimiento y ese amor al ruiseñor? No lo sé. Pero habla como si hubiera en ello un secreto delicioso y terriblemente apremiante. Como si fuese imposible que él desapareciera del mundo sin que el mundo supiese todo lo que quería hacer saber a propósito de ese prodigioso ruiseñor. El ruiseñor... ¡ah, ah! Ustedes también encuentran esto extraño. Y les parece, sin duda, que todas las preocupaciones de que hablábamos eran realmente inútiles para llegar al ruiseñor... ¿No?

—Salvo —dije— que sirvan para explicar esa necesidad de volver a encontrar el ruiseñor. De llegar al ruiseñor.

El señor de la Mortzau hizo un gesto dubitativo y guardó silencio.

—¡En fin, aquí está! —dijo posando la mano sobre los manuscritos—. Aquí está. ¿Qué quieren ustedes que hagamos con todo esto? Mañana, mi casa tal vez esté derruida por las granadas. O bien los amigos de ustedes, señores, van a saquearla, tirar todos estos papeles a la calle. En fin, los papeles están aquí. Ya veremos...

—Sí —dije— ya veremos.

—Ya veremos —prosiguió el señor de la Mortzau—, si mañana se siguen haciendo versos.

—¿Por qué no iban a hacerse ya?

—Los hombres —dijo el señor de la Mortzau— son malos y necios. Una vez que ha llegado uno a esta conclusión tan simple como desesperante no hay más que dejarse vivir y esperar. Y distraerse dentro del límite en que se nos permita.

—¡Cómo desprecia usted la poesía! —exclamé.

—¿Yo? —dijo levantando la cabeza—. Si es lo único que amo.

—La ama usted mal. No la ama lo suficiente. ¡No la ama en absoluto! ¡En absoluto!

Y grité muy fuerte. Frunció el entrecejo y se pasó la mano por su amplia frente.

—Señores —dijo con su tono imperturbable— yo no podría imaginar que pudiera uno consagrarse a la poesía fuera de un régimen social sometido al orden.

—¿Qué orden? —preguntó Becker.

—¡Oh, cualquiera! No discutiremos sobre eso. Yo sólo pido un mínimo.

—¿Y qué hace usted aquí? ¿Por qué no está usted en Versalles?

—No me agradan más que los viajes que he decidido yo mismo. No podrían forzarme a cambiar de sitio cuando no tengo ganas de hacerlo... Vamos, señores —prosiguió bruscamente— espero sus declaraciones. Quieren ustedes cambiar el mundo. Esto ha sido ya hecho a menudo para que me desinterese de ello. Todo es malo, conformes: pero suponiendo que ustedes triunfen, aparecerán otros males, otras formas de explotación, y esto por los siglos de los siglos. ¿Qué es su Proudhon? ¿Y ese otro, ese Marx? ¿Un economista, verdad?

—No —respondió Becker impetuosamente—, un filósofo.

—¿Qué filosofía enseña?

—La de la vida y la del hombre, contra los economistas.

Añadí:

—Pero aunque la vida consistiera en sustituir perpetuamente un esfuerzo hacia el bien por un bien que se ha convertido en mal, ¿habría por eso que abandonar el partido de la vida? Parece usted, señor, muy desdeñoso, y muy altivo. Nosotros somos más orgullosos todavía que usted. ¿No sabe usted que pensar revolucionariamente, es pensar aristocráticamente? Sí, es pensar lo mejor.

—Quizá —dijo encogiéndose de hombros—. Pero les costará trabajo hacerme admitir que sea aristocrático enternecerse sin cesar con los débiles, los oprimidos, las pobres gentes, los negros... Ya sé que es el espíritu del siglo. ¡Toda la literatura de hoy está en favor de la desdicha!

—Por la desdicha, exactamente —exclamó Becker extendiendo la mano como hacía siempre que iba a pronunciar un discurso—. Pero no se reducirá a eso. ¡Oh! ¿Qué es este amor a la desdicha? Ha de ir más allá todavía, le digo. Tiene usted razón, es una gran novedad, de un alcance incalculable. Los Antiguos no lo han conocido. Pero comunica a la propia desdicha... ¿sabe usted qué? Le comunica fuerza. La desdicha no es ya lo que se ignora desdeñosamente, porque es sucia... ¡Puah! Sino lo que se piensa, lo que se mira, lo que uno exalta, lo que obsesiona. Porque una vez que se ha visto la



desgracia, que se descubre su existencia, difundida por todas partes, ¿cómo olvidarla, cómo ver otra cosa? ¿Cómo no formularse preguntas lancinantes? ¿Y si los desdichados llegan a ser, algún día, los amos? ¿Si llegan a ser... felices? ¿Y los otros desdichados?», me dirá usted. No, no, no hablemos ya de los otros, puesto que la desgracia queda abolida. Digo locuras, ¿verdad? Espartaco estaba completamente loco. Hay que haber caído en el abismo más vertiginoso para atreverse a armar a la desgracia, para hacer como si pudiera sublevarse con éxito, llegar a ser el ama. ¿No lo ve usted? ¡Los esclavos llegando a ser los amos, en un tiempo en que la desgracia era apartada del pensamiento, no podía ni siquiera concebirse! Pero, a pesar de todo... ¿Si Espartaco acabase siendo el más fuerte? ¿Si Espartaco triunfase? ¿Si la locura hiciera su aparición en la mayor escena del mundo, con sus manos temblorosas y sus ojos enloquecidos? ¡Oh! Eso sería monstruoso, sin duda, algo así como una conmoción en los reinos de la naturaleza, la esencia saliendo de sí misma, la nada convirtiéndose en el ser. Imagínese los monos... los monos que, un buen día, se hartan de ser monos y de imitar al hombre y que quieren a toda costa, convertirse en felices pájaros cantores. En ruiseñores, como nuestro amigo. Imagínese... Pero no se cansa uno de imaginar. ¿Usted no, señor? No, usted sueña, no imagina. No es lo mismo. ¿Porque usted sueña, verdad? ¿Qué otra cosa podría hacer? Sí, usted sueña... Vamos a dejarle y discúlpenos.

El señor de la Mortzau se levantó, nos hizo una gran reverencia, y le vi más alto de lo que me pareció al principio y de una opacidad que nada podía alterar. Su boca estoica hizo una leve mueca, y respondió:

—Sí, señores, yo sueño, no creo más que en mis sueños, no amo más que mis sueños. No sé si se sitúan en el pasado, como podrían ustedes reprochármelo, o en el porvenir, como podrían desear. Pero me ayudan a vivir el presente y me acompañan. Pueden ustedes burlarse de mí, pero me siento sumamente satisfecho de la simpatía que me demuestran y del favor que me aportan. Fuera de ellos me parecen todas las cosas no sólo insípidas sino horribles. Si me abandonasen, me saltaría la tapa de los sesos. Si no estuvieran a mi lado ¿creen ustedes que soportaría yo todo esto?

Apartó una cortina, abrió la ventana, nos mostró la noche surcada de relámpagos y de incendios.

—¡Esto es la locura! —dijo pareciendo salir de su calma. Y, en efecto, una expresión de asco insoportable pasó sobre su rostro—. Sí, eso es locura, inmundada y atroz locura. Y tienen ustedes razón: es también una locura que las especies intenten salir de ellas mismas.

- que los monos quieran ser otra cosa que lo que son. Esta locura, la han cometido desde tiempo inmemorial: ha producido los hombres, y no hemos vuelto a recobrarlos de ello. ¡Buenas noches, señores!

La alta lámpara nos alumbró hasta la puerta. Allí, el señor de la Mortzau recobró su aspecto apacible y nos tendió la mano.

—Algunos de esos hombres —le dije entonces—, algunos de esos hombres hacen, sin embargo, versos.

—Seguramente, los hacen con sus sueños.

Iba a responderle: «Con su vida», pero esto hubiera sido demasiado fácil y no habría significado gran cosa para el señor de la Mortzau; murmuré:

—¡Pobre Julio! Yo creo que había un gran caos en sus sueños. Pero ha hecho versos, ha hecho versos, ha hablado del ruiseñor...

—Servidor de ustedes —dijo interrumpiéndome.

- añadió—: Señores héroes...

Entonces di un paso hacia él, llevé la mano a la vuelta de su bata, y murmuré en tono suplicante:

—¡Oh, no, no!... Por favor... Nosotros no somos héroes...

—Entonces, son unos engañados, perdonenme. Pero en fin ¿no son ustedes quienes hacen la historia?

Y repitió en tono enfático:

—¡La historia!

—Señor de la Mortzau —dijo Becker— detestamos la historia tanto como usted. Nosotros también queremos acabar con ella, con esta historia de la historia. Para nosotros esto es la revolución: el final de la historia, el final... de la pesadilla.

Le seguía yo teniendo asido por la vuelta de su bata. Quería decirle algo, no sabía yo el qué que fuese convincente y obstinado. Pero él sonreía silenciosamente. Bajé la cabeza y le solté.

—Hasta la vista, señor —murmuré— si es que volvemos a vernos.

Se inclinó y su puerta se cerró de nuevo, suavemente.

—¿Nos volveremos a ver? —pregunté a Becker, mientras rascaba una cerilla para guiarnos en la gran escalera oscura. El portero que nos oyó bajar, vino a nuestro encuentro con su linterna. Proseguí:

—¿Nos volveremos a ver? ¿Veremos publicadas las poesías de Julio de Renaud? ¿Llegará una era de paz en que se lean versos? ¿Qué va a ocurrir ahora, Becker? Estamos perdidos ¿verdad?

—La última palabra que oí de labios de Rossel... —me dijo Becker. Le interrumpí bruscamente:

—¿Cuándo has visto a Rossel por última vez? Traidor ¿por qué me dejaste aburrirme esperando la otra mañana, en el Hôtel-de-Ville?

—¡Chist! —dijo Becker señalando al portero que nos abría la puerta, con su linterna en la mano. Y cuando estuvimos fuera, Becker continuó:

—La última palabra que oí de labios de Rossel, es que nuestra Comuna habrá sido solamente un combate de vanguardia. ¿Qué te importa lo que ha podido ocurrir o no ocurrir, Teodoro? El asunto está terminado. No sé si tú también has dicho tu canción: pero te aconsejo que dejes tus manuscritos, a tu vez, en manos del preopinante que acabamos de visitar. El papel de albacea testamentario le sienta a maravilla. ¡Eh, eh, Teodoro! ¿Qué cara vas a poner ante el pelotón de ejecución?

—No me gustan mucho tus bromas, Becker —respondí con una mueca.

—Vamos —prosiguió él—, ve a reunirse con María Rosa. ¡Aprovechate mientras sea tiempo todavía!

—Pero ¡es atroz todo lo que estás diciendo! —exclamé—. ¿Vas a acabar al fin?

—Pronto, sí, me lo temo.

—Está bien, veo que estás decidido a reírte: sólo el diablo podría impedírtelo. Lo más chusco de la historia es que serás fusilado antes que yo... Dime, Becker, ¿cómo crees tú que van a ocurrir las cosas? Y si nos libramos del tiroteo, si los burgueses vuelven a París, si todas estas casas —continué señalando el sombrío cuadrilátero de la plaza— si todas estas casas recobran su vida de antes... En fin ¡qué diré yo! si no llega el fin del mundo... Y si el mundo recomienza necia y pesadamente como antes, como siempre ¿qué podremos hacer tú y yo dentro de él? ¡Oh! Quiero imaginarlo, porque yo imagino y no sueño... Tú seguirás haciendo tu oficio de filósofo, y yo, Becker, ¿yo qué haré? Versos, ¿verdad? y luego un oficio también. Siffrelin me enseñará ebanistería y seré el marido de María Rosa. ¿Es que seguiremos conspirando, esperando la revolución? ¿Es que seremos de esas gentes a las que meten todo el tiempo en la cárcel? ¿O bien haremos nuestros oficios, necia y pesadamente, con un secreto hosco en el fondo del corazón? ¿Y en los ojos esa luz entrevista, ese reflejo de incendios?... A causa de ese reflejo seremos a pesar de todo hombres muy extraños, ¿verdad, Becker?, y no como los otros... Tendremos una manera de sufrir que no será la de todo el mundo, y asimismo cierta manera de permanecer insensibles a los sufrimientos, cierta

manera de trabajar y de envejecer... Las mujeres nos mirarán con una inmensa curiosidad, ¿no crees, Becker?

—¡Las mujeres! ¡Me revientas con las mujeres!

—¡Bah! Por ellas, sobre todo, vivimos, para que ellas nos miren vivir y piensen algo de nosotros. ¿No lo crees?

—A fe mía, no. Yo, pequeño Quiche, me siento vivir al margen del pensamiento de todo ser viviente.

—¡Ah! —suspiré—. ¡Qué suerte tienen los filósofos!

Me dejó en la esquina de la calle Vieille-du-Temple, y subí a mi sobrado con la esperanza de encontrar allí a María Rosa, en cuyo corazón sabía yo que vivía. Estaba allí, en efecto, acurrucada al fondo del lecho, y tan abrumada de fatiga que mi entrada no la despertó. Se agitó un poco bajo mis besos. Sólo al cabo de un momento abrió los ojos.

Tenía yo cogidas sus manos, unas bellas manos firmes y cálidas, manos de mujer, con las cuales, en mi memoria, comparé las manos de niña de mis primas, manos sensuales, pero delicadas, un poco inacabadas, un poco pérfidas, y hechas para ser olvidadas si quería uno vivir con el ardor y el orgullo que debía yo poner en lo sucesivo en mi vida. Las manos de María Rosa surgían fuera de la noche con todo el vigor de pájaros que se despiertan, y, conscientes de todo lo que osaban, respondiendo a mis presiones y anudándose a mi cuello. Vi, junto a mí, en la mesa, a la claridad de la lámpara un tazón, un vaso, un trozo de pan.

—¿Has comido? —pregunté.

—Sí, al volver, hace un rato; he calentado un poco de leche en el infiernillo y he mordisqueado un pedazo de jamón, que había quedado...

Volví a asir las manos de María Rosa entre las mías, y me pareció que apretaba todos aquellos objetos, la nata del tazón, el vaso tallado, el pan curruscante.

—Algún día —murmuré— comeremos frente a frente, en la misma mesa, ante una ventana abierta...

—Algún día... ¿Qué día?

Parecía a punto de volver a dormirse y se apretaba contra mí, con los ojos cerrados, mientras que sus labios dejaban escapar un murmullo de ternura, parecido al zumbido de una abeja. Luego, nuestras noches y nuestros días, volvieron a transcurrir, oscuros, desgarrados. Las granadas silbaban en el aire. Perdía a María Rosa para correr a sitios incoherentes, luego la volvía a encontrar, rendida de sueño y cubierta de la sangre de los heridos, para perderla de nuevo. Los despachos del ministerio de la Guerra resonaban con

el vocerío. Aparecía Delescluze, con su sombrero de copa, su gran redingote ceñido al talle, su bastón en la mano. Lanzaba palabras vehementes, cortadas por un acceso de tos. El telégrafo traía despachos inexorables y desesperantes. Enseguida redactaban una nueva proclama. Los entierros cruzaban por las calles; un carro fúnebre rojo, un ramo de siemprevivas rojas por encima, seguido de una mujer colérica y de algunos soldados, peludos y barbudos, con el cañón del fusil apuntando al suelo. En las puertas, en Jassy, en Vanves, ruinas medrosas se erguían, dejando al descubierto vigas en equilibrio, habitaciones con lienzos de pared cortados, como en el teatro, muebles heridos de muerte. Se experimentaba una sensación de embarazo, casi de vergüenza, viendo aquellas armaduras desnudas, aquellos trozos de madera bamboleantes, suspendidos sobre el vacío, aquellas ventanas con el labio partido. De pronto un lienzo de pared se derrumbaba entre una tromba de polvo y de cascote. Surgían unas llamas.

En aquel desorden yo me aferraba a una cara que pasaba, el viejo Siffrelín, Becker, Moreau, Vermersch, el portero, todos negros, ensangrentados, chillando. Oí el estruendo de la columna Vendôme cayendo sobre un lecho de fajinas y de estiércol, mientras que una *Marsellesa* más se elevaba en el aire, había que destrozar lo que se podía, con el canto de aquella *Marsellesa* interminable, que ella también, engañaba la esperanza. Sin duda era asimismo para engañar la esperanza o bien porque los hombres, y en especial, los franceses, hasta bajo las granadas, siguen siendo funcionarios en su alma y sienten una necesidad irresistible de regentar, de organizar, de administrar, de llenar papelotes: pero se inventaron concursos para oficiales, y formé parte de un jurado de exámenes, presidido por un mocetón rojo con lentes que según decían era profesor de la Universidad. Esto se efectuó en una sala de alcaldía. Unos oficiales, con sus cinturones rojos y sus galones, estaban sentados ante sus mesas, como colegiales. Habían sido citados, la multitud se atropellaba en los corredores, una comisión se reunía en la habitación contigua, gritaban números de orden, y apellidos, las gentes se equivocaban de puerta y blandían pases. Entre tanto, yo estaba sentado detrás del estrado con el profesor universitario y un cura exclaustado. Hicieron un dictado, y luego preguntamos a aquella pobre gente sobre la Historia de Francia y la literatura. Así pasaban los días en juegos burocráticos, que tendían a dar importancia, un carácter mecánico y ordinario a aquel universo insólito que querían instaurar. Yo pensaba: «Después de todo tienen razón en obrar así... Porque si se ve que celebramos exámenes, que nos ocupamos en cuestiones diarias, sin decir nada, quizá nos dejen en paz. Quizá nos dejen

añadir algunos días a nuestros días, y ganar así, poco a poco, la eternidad». Y seguí imaginando posibles existencias, del brazo de María Rosa, viajes más allá de las murallas, a extensas campiñas, a selvas de árboles vivos, en pie, sin mutilación, ¡con todas sus ramas y sus hojas al aire! Había que contentarse con las Tullerías: por ello sus árboles resultaban adorables en aquel mes de mayo locamente radiante. Aquel domingo, era 21, había allí concierto, por la tarde. Estaba yo sentado bajo los follajes, con María Rosa apretada contra mí. Llovían sobre nosotros flores de los castaños. Una sinfonía, tal como desde su nacimiento estaba acostumbrada a resonar por todas partes del mundo, entre las poblaciones cautivas como en el seno de las ciudades felices, hacía estallar sus cobres, sus regocijos idénticos y sus sollozos siempre iguales. A veces retumbaba una granada sobre la Concordia: la sinfonía continuaba. Iba a desarrollarse hasta su término. La escuchaban. Por ella habían sacado sus toaletas primaverales.

Cuando acabó el concierto y Padeloup se volvió para saludar como hacen los directores de orquesta, hubo aplausos y un gran frufú de faldas y un arrastre de sillas. Cogí a María Rosa del talle y nos paseamos por las avenidas. Aquella vez tenía yo la sensación de que había acabado todo realmente. Nos dirigimos hacia la terraza y mientras que, desde lo alto de la balaustrada, contemplábamos la Concordia destrozada, la enorme barricada de la calle de Saint-Florentin, las estatuas veladas de negro, los carrmatos donde estaban metidos los caballos de Marly, y muy al fondo, los resplandores del incendio sobre los cuales resaltaba el Arco de Triunfo, muy sólido con su puerta tapiada, murmuré muy bajo:

—Es la última fiesta.

María Rosa se apoyó en mi brazo con una lasitud infinita:

—Vamos a poder descansar —suspiró.

Sin habernos dicho nada, sabíamos los dos que no se ganaría la eternidad y que era aquel el día entre los días. Al finalizar el concierto, un oficial, subió al estrado y gritó: «Ciudadanos y ciudadanas, el señor Thiers había prometido entrar ayer en París. Y el señor Thiers no ha entrado. Os invito a venir aquí, el domingo próximo, a la misma hora...». Sabíamos que mentía. No habría ya ningún concierto. Se regocijaban de que el señor Thiers no hubiera entrado ayer, como al condenado a muerte le puede regocijar haber visto despuntar una nueva aurora sin que hayan entrado el fiscal y el sacerdote. ¿Entonces, qué? ¿Iba a transcurrir la vida en conciertos con aquella amenaza eternamente suspendida y que jamás, jamás se abatiría? No, había demasiada tibieza en el aire y una tristeza demasiado evidente para que aquel día tuviese un mañana.

Allí era donde había que detenerse, en la efusión de aquella música suprema y después del silencio fúnebre que la siguió, sólo turbado por los pasos de los paseantes en las avenidas. Nos olvidábamos del ruido de las detonaciones; no hubo otro más que el de nuestras pisadas —y más discreto aún el de nuestros corazones.

El día se hallaba todavía en todo su esplendor cuando nos separamos, María Rosa para ir a su ambulancia y yo a la Mulette donde tenía que recoger un informe de Dombrowski. Puse en mi adiós más fervor, más angustia que nunca. Sentía el sabor de la muerte en la boca y lo encontré también en los labios de María Rosa. Cuando llegué a los escombros de la Mulette, supe que Dombrowski no estaba en su cuartel general. Me situé en una trinchera para esperarle y conversé con algunos de los desdichados que estaban allí dentro, con la cabeza entre los hombros, y la mirada perversa. Luego, como el cañoneo pareció interrumpirse, salí del hoyo y caminé hacia delante.

Era un paisaje singular hacia el que me atraía mi capricho: explanadas lúgubres, chozos, montones de tierra y de escombros. Tropezaba en el suelo removido. Una hierba horrorosa y tenaz había crecido sobre él, aquí y allá, entre restos de vivaques, chatarra herrumbrosa, cenizas. El cielo se extendía, amplio y tibio, por encima de mi paseo. De pronto me vi solo, junto a un cañón destrozado. Allí arriba, sobre un baluarte, se erguía la silueta de un hombre con redingote que por su complexión, creí bruscamente reconocer. Me precipité hacia él: desapareció. Sí, era él sin duda: Péchin. Iba de paisano, pero reconocí su aspecto importante y satisfecho. Corrí. Reapareció él más lejos, me divisó, se metió la mano en el bolsillo. No me moví, al verle extender el brazo. Estalló una detonación. A mi vez, saqué mi pistola. Pero con una rapidez que no hubiera yo esperado de su corpulencia rodó hasta el fondo de una trinchera y desapareció de mi vista.

Corrí en su dirección. Me pareció encontrarme entonces hacia el lado de la puerta de Saint-Cloud. Retrocedí, mientras el sol empezaba a declinar. Ahora ya no sabía muy bien dónde me hallaba. Trepé por un talud e intenté orientarme. Ante mí se extendían baluartes abandonados, casas en ruinas; y de pronto me sobrecogió un estremecimiento de horror: un negro hormiguelo, unas bayonetas brillantes... ¡Los versalleses! ¡Estaban allí! Se deslizaban como ratas. Me eché a correr, volví a París. Después de las ruinas, vi de nuevo calles, con casas, casas verdaderas, altas, con las maderas cerradas. Quise gritar. Pero ¿quién iba a oírme en aquel barrio abandonado? No había allí, sin duda, más que fantasmas, o traidores, que se regocijarían con la entrada de los versalleses. Corrí de nuevo, divisé en la esquina de una plaza,

unos artilleros arrastrando un cañón. ¡Ah! aquellos eran los míos, hombres vivos que empujaban las ruedas de un bravo cañoncito. Les grité:

—¡Los versalleses han entrado!

Uno de ellos soltó su fusil, tiró su quepis y se echó a correr. Otro quiso retenerme por la manga:

—¿Qué dices?

—¡Los versalleses!

Y corrí otra vez, gritando con todas mis fuerzas:

—¡María Rosa! ¡Los versalleses! ¡María Rosa! ¡Becker!

Un poco más lejos, un hombre me cogió por la cintura. Llevaba un largo mandil azul. Era muy fuerte. En vano me revolví para soltarme. Me tenía apretado contra él y me lanzaba en la cara un aliento apestando a vino:

—¿Los versalleses? —gritaba—. ¿Dónde están?

Luego, algunas gentes corrieron a nuestro alrededor. Se abrieron unas ventanas. El hombre me soltó, recogió un fusil caído en el suelo y se puso a disparar contra las ventanas. Continué mi carrera y llegué a un puente. Desde el centro señalé en dirección al Point du Jour, todo rojo, y aullé:

—¡Han entrado! ¡Están ahí, en París!

La multitud se amontonaba a mi alrededor. Unos guardias nacionales, jadeantes, se unieron a nosotros.

—¡Es cierto! —dijo uno de ellos, un hombre de barba blanca que se parecía a Siffrelin—. ¡Los he visto! Hay un espía que les ha hecho señas con su pañuelo. ¡Los he visto, os repito! ¡Han entrado!

Miré todos los rostros en torno mío. Nadie decía una palabra. El viejo guardia nacional gritó con voz ronca:

—¡Viva la Comuna!

Veía yo, dominando el Sena, toda la silueta azulosa de París, los follajes estivales, los monumentos de cúspides gloriosas, soleadas, humeantes. Era imposible pensar que todo aquello, sería, pronto, atacado por la podredumbre. ¡Pero yo les había visto realmente a los hediondos! ¡Los había visto hormiguar, con el espinazo doblado bajo el morral, y sus bayonetas erizadas, deslizándose en la brecha! ¡Se acercaban! El viejo federado me dio en la espalda y me arrastró hacia la orilla izquierda. Una estafeta, con uniforme de jinete de la República, detuvo su caballo y se inclinó hacia nosotros:

—¿Es cierto lo que dicen?

—¡De prisa! —le dije—. ¡Corra al Hôtel-de-Ville! ¡Los versalleses están en París! —Unos guardias nacionales salían de las casas, con el fusil en la mano—. ¡A las barricadas! —gritó uno de ellos.



Pero un ruido nos sobresaltó. En la esquina de la calle todo un rebaño de federados apareció, desarmados, hirsutos, y gritando contra la traición. Un oficial, espada en mano, forcejeaba en medio de ellos. Fue desbordado. El torbellino pasó sobre nosotros, el oficial se quedó solo, hizo un gesto melodramático con su espada, como si quisiera amenazar al cielo; luego, permaneció avergonzado ante nosotros, con la mirada atónita, y la boca abierta:

—¡Son ellos, los traidores! —nos gritó—. ¡Traidores! ¡Cerdos! ¡Cobardes! Son unos cobardes, unos cobardes...

Repitió estas palabras torpemente y con gesto persuasivo. Por último se puso en marcha, con la espada en la mano.

—¿Adónde vas? —me dijo el viejo guardia nacional.

—Al ministerio de la Guerra. Voy a avisar a Delescluze. Estoy en esas oficinas.

—¡Ah! —dijo con admiración—. Voy contigo. Me llamo Bizerel. Sirvo en esas oficinas. ¿Quieres, di?

—¿El qué?

—Que vaya contigo.

—Como quieras, Bizerel.

Aquel diálogo absurdo me calmó. Con paso más tranquilo recorrimos el trayecto, conversando como si no ocurriese nada, salvo que mi compañero exclamaba de cuando en cuando:

—¡Bonito asunto!

Luego se volvía y silbaba a un perro invisible.

—Es curioso, creo todo el rato que llevo mi perro.

—¿Tienes un perro?

—Lo he conservado durante todo el asedio —me dijo con orgullo—. No se lo han comido y he encontrado siempre comida para él.

—¿Dónde está ahora?

—Con mi costilla. Antes de la guerra, cuando yo trabajaba, me seguía a la obra.

Eran las nueve de la noche cuando llegamos al ministerio. El delegado me hizo esperar en mi despacho, antes de recibirme. Yo vociferaba:

—¡Pero decidle que es importante! ¡Los versalleses están en París! Los he visto, y este hombre que está aquí, también. Cunde el pánico en Passy y en Grenelle...

Por fin apareció Delescluze, blanco, afónico, con un cigarro apagado en la comisura de la boca.

—¡Pero he visto a los versalleses, ciudadano delegado, los he visto!

—Pues bien —dijo Delescluze levantándose—, ¡se luchará en las calles! ¡Nos conocen! Estoy harto de estrategia y de militarismo. ¡Paso al pueblo! ¿Qué pasa? —dijo volviéndose.

Unos oficiales venían a buscar órdenes. La noticia se confirmaba. Alguien propuso que tocasen a general.

—Guardóos de hacerlo —exclamó Delescluze.

Se pusieron a discutir en voz baja, como si temieran que París, que no sabía nada aún, nos oyese.

—En fin ¿han entrado o no?

—¿Qué dice el Hôtel-de-Ville?

—Han recibido allí un despacho de Dombrowski.

—¡Pero eso es inconcebible! ¿Cómo los ha dejado entrar Dombrowski? Otro traidor, como Rossel.

—¿Por qué no ha avisado?

—¡Pero si lo ha hecho!

—Sobre todo no trastornar a la población.

—No hay que repetir el caso de la proclamación de Issy.

Decidieron enviarme de reconocimiento por el lado de la Muette. Partí. Bizerel me siguió pisándome los talones. Parecía resuelto a no separarse de mí nunca más.

—¿Tienes algo que comer en tu zurrón? —le pregunté.

Mientras tomábamos un bocado, le dije:

—Voy a detenerme un minuto en la alcaldía del VII.º Debo ver a alguien. ¿Me esperas?

—Bajo la bóveda. Pero date prisa, tenemos una misión.

Me precipité por las escaleras en busca de María Rosa. Apenas la informé de la situación, se quitó su bata de enfermera y la tiró lejos:

—Mi sitio ya no está aquí, Teodoro. Las buenas hermanas bastarán para la tarea. Se va a combatir en las calles. Allá voy.

—¡Cada uno en su barrio!, me ha dicho Delescluze hace un momento. Ve a buscar a tu padre. Ayudad a levantar una barricada en la calle Vieille-du-Temple o alrededor del Hôtel-de-Ville. En cualquier caso nos encontraremos mañana, o quizá esta misma noche. ¡Hasta la vista, María Rosa!

Me reuní con Bizerel que empezaba a impacientarse, y seguimos. Bizerel charlaba sin cesar. Me habló de su hija casada, de sus nietos. Le complacía tener que levantar barricadas, puesto que era albañil, y sabía de qué se trataba.

Bordeamos los malecones. Bizerel ya no decía nada, pero canturreaba la *Carmañola* en sordina. Cuando nos acercábamos a Passy, aminoramos el paso. Bizerel enmudeció. En la esquina de una calle me detuve bruscamente.

—Hay algo por aquí —dije en voz muy baja.

Vimos unas gentes tumbadas en la tierra, al sereno. Y jamás esta expresión había sido más exacta porque hacía una hermosa y serena noche. Mi pie resbaló en un charco. Me incliné: era sangre. Nos encontrábamos ante unos federados ejecutados. Al extremo de la calle, se movió una silueta. Di media vuelta. Bizerel tropezó cerca de mí en un cadáver, lanzó una imprecación. Di la vuelta a la esquina de la calle, salí corriendo, torcí otra calle, a lo largo del muro de un jardín. No volví la cabeza, pero sabía todo lo que había ocurrido a mi espalda. Bizerel se había dejado apresar, y no me sorprendió nada oír una detonación. Bizerel había muerto.

Seguí hacia delante. Recorría las calles desiertas, entre las hileras de elevadas ruinas de ojos hundidos. Luego, llegaron las calles habitadas: una ventana, de cuando en cuando, estaba iluminada por una claridad lívida y me dejaba pasar. Me adentraba entre las casas, sin correr, aunque andando muy de prisa, con la cabeza alzada como si leyese mi camino en la línea de los tejados. La noche hormigueaba de estrellas, cálidas estrellas que corrían a lo largo de los tejados y cuyo suave rumor me parecía oír. A veces, tropezaba contra una barricada, contra un monumento enorme, el Palacio de la Industria. ¿Cuánto tiempo duró aquella pesadilla? No lo sé, pero anduve con arrebatos, crucé los Campos Elíseos, terriblemente silenciosos, y bruscamente me encontré en los bulevares. Entonces me detuve: había llegado. Había encontrado gente, luces. El olor del ajeno, las risas, las canciones flotaban en las terrazas de los cafés claros. Las flores de los castaños iluminaban los follajes. El petróleo llameaba, e incluso, de trecho en trecho, una lengua de gas, clara y alegre. Las estrellas habían desaparecido. Estuve a punto de gritar: ¡Alerta! Pero nadie habría comprendido. Era posible que en las negras comarcas de donde yo venía la sangre hubiese corrido, misteriosamente. Aquí, la sangre no corría, pero hervía en las arterias. Estaba yo en París, en el corazón de la alegría de vivir. Unas muchachas de moños lisos y brillantes, muchachas esbeltas, mostraban sus piernas. ¡Ah, las muy bribonas! ¡Había que ver cómo el raso se ceñía a su pecho! Leían diarios, se pasaban, riendo, caricaturas vengadoras y que afirmaban la irreductible superioridad de París sobre sus adversarios. Unos oficiales, con la frente vendada o el brazo en cabestrillo, se abrían paso entre las mesas, con una seguridad de príncipes. Pasó un ómnibus; el restallar de su látigo, su viejo ruido de cristales se

alejaron en la noche. «¿Qué hago aquí?, pensé. No, no he llegado aún. No es esto lo que yo buscaba». Seguí caminando hacia delante. Y llegué por fin al Hôtel-de-Ville.

Allí encontré a Siffrelin que, no bien me vio, me cogió del brazo y me hizo sentar. Al parecer estaba yo pálido como la muerte. Además, apenas estuve sentado, sentí que mis piernas temblaban. Me rodearon. Vi igualmente el rostro de Becker inclinado sobre mí. Entonces hablé, conté lo que había visto.

—En Guerra, no quieren saber nada —proseguí—. El ciudadano Delescluze ha desmentido... Sin embargo...

Entró Dombrowski. Había recibido una pedrada en el pecho y no podía hablar apenas. Me dejaron, para abrumarle con reproches e invectivas.

—Está bien —decía él—, me toman por traidor... Vais a ver... Vais a ver... ¿Dónde está el Comité de Salvación Pública?

Se lo llevaron. El tumulto de voces era ensordecedor. Pregunté:

—¿Y María Rosa?

—En las barricadas —me respondió Siffrelin.

Miré a Siffrelin, a su barba más larga que nunca, a su rostro terroso. Parecía una fiera polar. Me habló de su otra hija, Fernanda, que estaba también en las barricadas de su barrio.

—¿Y el marido?

—Está con ella.

Le veía resoplar, luego arquear el pecho, como desafiando ya a la muerte. Llevaba un fusil en bandolera y su cinturón estaba lleno de cartuchos. Me dijo que debía yo también coger un fusil y balas.

Bajamos a la calle de Rivoli, donde una barricada aumentaba lentamente, entre un tumulto de sombras hormigueantes, y un ruido sordo de picos y de chatarra. Encontré allí a María Rosa, arqueada sobre una pala, sacando adoquines. Unas mujeres, a la claridad de linternas, cosían sacos terreros. Unos chiquillos amasaban mortero. Se pasaba botellas de mano en mano. Pocas palabras, pero de cuando en cuando un trozo de estribillo que se repetía a coro y luego cesaba. Llegó un camión, transportando un barril de pólvora, cartucheras, fusiles. Tuve mi parte en la distribución. Luego, sin decir nada, cogí el pico de manos de María Rosa y me puse a trabajar.

Eran las tres de la madrugada.

Al amanecer, se oyó recomenzar el bombardeo. Y bruscamente, estalló el toque de alarma. Siffrelin había llevado a María Rosa a dormir en el Hôtel-de-Ville. Fui a buscarles. Desde el balcón vimos unas tropas acudir a la plaza, y

formarse cantando la *Marsellesa*. Tocaron a general. Los artilleros emplazaron los cañones. Todo un equipo de obreros albañiles se ocupó de la barricada que habíamos comenzado durante la noche y que resultaba enorme. De nuevo apareció Dombrowski en medio de un pelotón de federados que le injuriaban. Él gritó:

—¡Quiero ver al Comité de Salvación Pública!

Le dicen:

—¿Otra vez?

Con la cabeza hacia delante, el rostro crispado, se defiende, ahora, de haber querido huir. Siffrelín se abre paso entre la multitud, posa su pesada mano sobre el hombro de Dombrowski, se lo lleva.

—Cálmate, comandante —le dice—. No, no, tú no has querido huir, ya lo sabemos...

Yo también, quisiera acercarme a Dombrowski, calmarle, estrechar su mano, abrazarle. Tengo necesidad de un compañero. Becker ha desaparecido. No veo ya más que la cara dolorosa de Dombrowski, sus ojos obsesionados, su perilla amarillenta que tiembla como una barba postiza y que debería caerse porque no concuerda con esta fisonomía, ocupada toda por un pensamiento sombrío y definitivo. ¿Adónde le han llevado? Sé que me necesita. Me ha mirado, ¡me llama! Por fin, aquí está Becker.

—¡Becker! ¿Dónde está Dombrowski?

—Se ha marchado.

—¿Adónde? Quisiera irme con él.

—Ven —me responde Becker, simplemente. Le grito:

—¡Hay que encontrar a Dombrowski! ¡De prisa, de prisa!

Bajamos. Nos dicen que Dombrowski ha marchado en dirección a las Halles, solo, sin armas. El toque de alarma suena desde todas partes. Las tiendas están cerradas. Tengo hambre. La correa de mi fusil me desgarró el hombro. ¿Quién ha visto a Dombrowski? Estaba ahí, hace un rato, en una barricada del barrio de Saint-Denis: él mismo ha clavado la bandera roja en los adoquines, y luego ha seguido su marcha hacia el barrio de Montmartre. Era él realmente, le han reconocido. Llevaba su uniforme de comandante. Pero sin quepis ni espada. Iba hablando solo.

En la plazuela de la Trinidad, vivaqueaban. Ahí, hemos almorzado al mediodía. Unas mujeres han servido sopa en escudillas. Algunas eran bastante bonitas, alegres y endiabladamente coquetas. ¡Pardiez! Era el barrio de las chicas guapas. Unas nubecillas bogaban por el cielo y el remate de las casas se perdía en una bruma salpicada de oro. Yo escuchaba deleitado el

acento lánguido de todos aquellos hombres y mujeres que nos rodeaban, afanándose con nosotros. Parecíame que jamás hasta entonces había yo oído el acento parisién.

—Resulta agradable esto —dije a Becker, que me miró con ojos asombrados.

Luego hemos trabajado en una barricada, en la plaza Blanche, hasta la noche. Han traído de las casas vecinas mantas y colchones. Pero yo estaba tan cansado que no he podido dormir. Había llegado más allá del sueño. Una linterna, colgada de un poste, agujereaba la obscuridad, como un ojo grande. Oía la voz de los centinelas: «¡Pasen de largo!». Y entonces me sentía protegido: aquel transeúnte no hallaría mi cuerpo, pisándonos antes de marcharse, gigantesco, saltando sobre las barricadas, a reunirse con los versalleses en las alturas de Montmartre conquistadas. No, pasaría de largo y tendríamos una nueva noche de descanso.

¿Nuestra noche? ¿Qué noche? ¿Desde hacía cuántas tardes y cuántas noches habían entrado los versalleses? No encontraba la cuenta de ello. ¡Bah! ¿Qué cambio había ocurrido en todo aquello? En otro tiempo estaban en Asnières y luego en Clichy. Ahora, estaban en Montmartre. De todas maneras yo me sentía bien al abrigo, sobre mi colchón, detrás de mi barricada. Bien agazapado contra aquel muro, rodeado de valientes compañeros, velado por una bella noche de mayo. Esta se inclinaba sobre mí y me hablaba como una mujer. «¡Otra vez las mujeres!», diría Becker. Pero Becker no dice ya nada. No ha dicho nada en todo el día. Ya no le reconozco, y ahora duerme. ¿Adónde se han ido entonces su filosofía, sus discursos, sus risotadas? Duerme, ya no sé quién es, si es un filósofo, o un loco, si es un ser vivo, completo, logrado, mi amigo o mi ángel. Pero me alegra que esté aquí. Y me alegra todavía más que no diga nada, que duerma, que me deje soñar en paz. ¿Soñar en qué? En las mujeres seguramente, congregadas todas en el perfume de la noche de mayo. Así son los hombres, raza singular: pueden encontrarse en el peligro más inminente, en tensión por el dudoso triunfo de una santa causa, pueden saber que están en vísperas de perderlo todo, su causa y su vida, —pues bien, ¡tienen todavía que pensar en las mujeres! Como si al día siguiente fuesen a entrar en una casa tranquila, levantar una suntuosa cortina, y avanzando hacia una joven sonriente, besarle la mano con ternura y desenvoltura a la vez, y poco a poco, por medio de una conversación apasionada, arrancarla su secreto supremo... ¡Pasen de largo! Ha habido la última esperanza, el último esfuerzo y la última fiesta y el último día; y he aquí la última noche, una espantosa velada fúnebre. Pero el hombre oye aún la

voz trastornadora de las mujeres, y todo su ser se estremece, aunque sepa que se acabó y que no hay eternidad.

—¿Te acuerdas de Noemí Havelotte? —me decía la noche. Noemí ¿sabes? ¡Era tan alegre! Tenía unos ojos, un poco bobalicones, pero eran ojos de mujer, húmedos y color de cielo. Y aquel vestido que llevaba, en el baile... Aquel tul, aquella gasa, aquella guirnalda de rosas... Has tenido todo esto, tan ligero, en tus brazos, y has besado los labios frescos de tus primas, cuando venían a sentarse a tu cabecera. Has hecho perfectamente bien... Has tenido toda la razón, pequeño macho... Hombrecillo mortal... Y luego te sentías lleno de fuerza y de orgullo, como una manzana que rojea sobre su rama y se hincha: cuando el diente se hincó en ella, sentirá que es una carne prieta y succulenta y que sucumbe después de haber hecho lo que ha podido. ¡Ah! Tú eres el diente y eres el fruto, eres el hierro y eres el corazón. Eres... ¿Quién eres? Un condenado a muerte, y que así lo ha querido... ¿Crees que Noemí y Clemencia y Adelaida te llorarán? ¿Sabes con qué vehemencia te desapruaban? Eres rechazado, refutado, incomprendido. Ellas dicen: «Pero en fin ¿cómo ha podido Teodoro?... El que... Creíamos que Teodoro era un muchacho juicioso... ¡Era tan encantador! Le teníamos por otra cosa...». Todo el mundo dice eso de ti. Nadie sabe quién eres. Había que hacer, que ser como todo el mundo, y tú has obedecido a unas fatalidades inconcebibles, inadmisibles. De modo que lo que eres, nadie lo acepta. Hacen una mueca, vuelven la cabeza, se tapan los ojos. En este momento, mientras tú estás detrás de tu barricada, y sueñas y te consuelas con la noche de mayo, ¡como si la noche de mayo existiera! Se habla de ti: esto causa un estrépito vertiginoso, y se dicen de ti cosas en las que no te reconoces, cosas que no te conciernen. ¡Porque había en ti un deseo tal de ser visto, comprendido, estimado! Hombrecillo vanidoso... Querías que dijese cosas que te concernieran al fin. Y para eso, tenías necesidad de las mujeres. Porque tu vanidad era tan grande y tan sutil y derivaba hacia un orgullo tan sabio, que no te satisfacía nada poder decir: yo. Lo que necesitabas, es que la voz de todas las mujeres te dijera: tú.

Entonces habrías existido, y tu vida, tu miseria, tu singularidad, tus caprichos voluntarios y fatídicos, tus compromisos, tus decisiones, y tu presencia final detrás de esta barricada hubieran estado justificados. Pero sabes muy bien que esto no es nunca lo que el mundo justifica, ni el mundo ni las mujeres: sino una apariencia por la cual, en secreto y de una manera encubierta, empleas tú astucias y seducciones. Las mujeres ¿han amado tu vida? No, sino tu mano, que no es más que una artimaña, o tu mirada, o cierta

afabilidad muy calculada y que tú sabías utilizar con el instinto de un animal pletórico. Han amado en ti una especie de ardilla. Y, sin embargo, te ha ayudado un poco a vivir eso de sentirte ardilla y de brincar de rama en rama, en la selva de la juventud y de las primeras petulancias. ¿Te ríes? Está bien, todavía es tiempo. Hay un tiempo para reír... Y un tiempo para dejar caer sus brazos vacíos y sus manos, sus manos astutas al extremo de cuyos dedos todos los arroyos primaverales, han acabado de correr.

—Hay algo que está ardiendo allí lejos.

—El ministerio de Hacienda.

—¿Tú crees? ¿Quién te lo ha dicho?

—Ha sido...

Y aquí un apellido como Roucardin o Foucardin. El apellido de un hombre que va a morir conmigo. Las voces tranquilas continúan. Esas voces... Corren en la noche como plata fundida. Escucho con una atención repentina como si, antes de abandonar la compañía de esas voces, iba a saber por ellas un secreto indispensable.

—Hice una petición para mi padre. Quería hacerlo ingresar en la magistratura de la Comuna. Lo habría hecho muy bien de comisario de policía... Te das cuenta ¿eh?

—Antes de la Exposición, un mozo panadero hacía semanas de treinta y cinco francos. Y un franco por las hornadas suplementarias... En estos últimos tiempos, podías reunir treinta y ocho o cuarenta francos a la semana.

—Yo trabajaba en sombrerería, y ganaba cuatro francos setenta y cinco al día. Cuando llegó la Comuna, me dije...

Y yo ¿qué me dije yo cuando llegó la Comuna? Doy vueltas sobre mi colchón, me estiro con ganas de estrechar algo contra mi cuerpo perecedero. Algo que sea mío. Mi frivolidad, por ejemplo. Ya que me he puesto de parte de la Comuna por frivolidad, cuando la Comuna ha llegado... Sí, por frivolidad. Impulsado hacia delante, con un gesto ligero, por todas esas mujeres que se han negado a seguirme, que he dejado huir, pero que me habían dedicado algunas de sus más alentadoras caricias... ¡Ja, ja! Otros se dejan matar por unos principios. Yo lo haré por la gloria. Porque la gloria es eso, estos pensamientos de mujeres que nos sirven de cortejo en la muerte, en compañía de esos hombres que ganaban cuatro francos setenta y cinco al día... ¡Es también muy frívolo esto de hacerse matar por cuatro francos setenta y cinco! ¿No quieres dejarme mis cuatro francos setenta y cinco? ¿No? ¿Quieres quitármelos? ¿Y mi pellejo con ellos? Pues bien, ven, coge mi piel, cógelo todo. Cierra uno los ojos, se ven ojos de mujeres, estrellados, que



se desbordan, que se sitúan en el cielo, se oye una última risa, como un chal. ¡Y buenas noches!

¿Esto es todo? No es nunca todo. Nunca se acaba con este corazón humano que, incluso, que, sobre todo, en el momento en que va a cesar de latir, presenta su más fantástica reclamación. No, no era todo. Sólo ahora es cuando va eso a ser todo, sólo ahora cuando, henchido de felicidad, exaltado, impulsado por mis conquistas y mis presas, tenso hacia mí mismo, al fin, ¡oh, libre como jamás ninguna criatura del mar y del aire se ha sentido libre, me enderezo, con el brazo rodeando el talle del verdadero amor, no ya las mujeres, sino el amor! ¡El amor! El que he escogido en el fondo de mí, como la parte más auténtica de mí mismo. No ya la parte de mí que yo quería que vieses, sutil, engañosa, pasajera. Sino esta bella muchacha en mí, a la que llamo María Rosa y que no sé ya si es una bella muchacha ni si tiene talento, pero que es mi belleza y mi inteligencia. Esa con la que he cambiado las palabras capitales. Ya no sé en qué lengua. En no sé qué lugar, pero en el fondo del instante y de la noche. En el fondo de la tierra quizá, como hacen dos muertos, uno al lado del otro, sintiendo todas sus dos vidas enteras revivir en ellos, repentinas y presentes. ¡Oh! Se ponen a hablar monstruosamente, y yo sé todo lo que dicen. Después de haber vivido semejante milagro, se puede morir de nuevo.

Extiendo el brazo. Muerta como yo y como yo viva, María Rosa está al otro extremo de París, y la toco. Van a matarnos, María Rosa, o más bien, yo que detesto la muerte, soy quien va a lanzarse sobre la muerte, cuando la mañana levante la muerte del otro lado de esta barricada, sí, María Rosa, soy yo quien voy a arrojarme sobre ella con tu amor henchido en mí como una ola. Presente, ausente, estás ahí, hija de mi vida, amado cuerpo de mujer. Y a ti no te pregunto lo que hayas pensado de mí durante nuestra existencia, ni si te he gustado, ni si me has comprendido, ni si me has amado. Tú no eres mi gloria ¿y qué me importa mi gloria? Ni qué me importa todo, ¡si tú eres todo, tú, tú, amor mío! ¿Podría yo estar celoso de ti? ¿Podría yo sufrir por ti? ¡Estúpidas preguntas! Se las formula uno respecto a las mujeres, y resulta muy divertido. ¡Pero mi amor! ¿Me ha amado mi amor? Esta sola pregunta me hace soltar la carcajada. ¿Y qué puede importarme morir y que no quede nada de mí, si he tenido mi amor y si mi amor muere conmigo?

Esta vez, es todo. Es realmente todo. Mi amor está en mí y yo hago todo lo que debía hacer, todo. He seguido mi camino, mi amor me inspiraba, e iba yo al azar de mí mismo, siguiendo todos los meandros de mi camino, captando alguna claridad a mi paso, para llegar aquí, donde acaba el camino.

¿Acaba? ¡Palabra inexacta! ¿Es acabar el poder decir: es todo? Hay en mí una alegría formidable y tranquila. Absorbe todos los comienzos, todos los impulsos, todas las esperanzas. ¿Hay, pues, alegría en lo que acaba? Esta es la suma enorme de todo lo que comienza. No, mi camino no se acaba: me ha conducido. Y una vez más puedo decir: es todo.

—¿Duermes, Becker? ¡Eh, Becker!

Sigue durmiendo. Una larga osamenta de filósofo está tendida junto a mí y duerme como si no hubiese ni esencia, ni accidentes, ni categorías. Duerme con el sueño común, no tiene quizá ni siquiera un sueño suyo, sino un sueño inconsistente que comparte con una vaca o una rata, un sueño que se eleva apenas por encima de la tierra desnuda porque la hemos desempedrado. ¡Eh, Becker! ¿Te has marchado ya? ¿Nos hemos separado ya? ¿Volveremos a encontrarnos alguna vez? ¡Tenía yo aún tantas cosas que decirte! Que preguntarte, sobre todo. Porque en verdad no he sabido casi nada de ti, y quisiera al menos saber... Saber al menos quién eras. Y ahora es demasiado tarde, puesto que duermes. Y nada más. No habrás sido más que una figura pasajera en una existencia que va a cortarse, una palabra de una frase. ¿Sólo esto? ¡Pero responde!... No, duerme a tus anchas. Ocupa tu última noche en dormir: esto es de gran filósofo. Es digno de un sabio de la antigüedad. Encuentro esto muy bien, muy histórico. Duerme, amigo mío.

¿Por qué no duermo yo? ¡Bah! Pensar en todo lo que pienso es como dormir. Pensar en todo, salvo en la muerte. No es un muerto el que muere en mí. Sino un vivo, el muy vivo y muy afortunado amante de María Rosa. Quiero declarármelo a mí mismo y repetírmelo: si estoy aquí, no es por los hermosos ojos de la muerte. No, no, no. No estoy vencido, no estoy desesperado, no he querido morir. He hecho solamente lo que debía y no por obligación. ¿Por deber? ¡Qué horror! Esta sola palabra me indigna, me deja helado. ¡Puah! Horror, horror... No, he hecho... lo que hacía. He amado a María Rosa: y esto no era un deber. Era amor. Y he amado... todo lo que me ha traído aquí. He permanecido a este lado, entre los blancos caminos que se abrían en la selva. Entre todas las calles innumerables que se cruzaban en París... la gran ciudad... ¡que arde! Yo también ardo. No muero.

Las estrellas centellean en lo más alto de la noche cálida. Una de ellas, sobre todo, palpita como si fuese a desmayarse. ¡Pero persiste la estrella valiente! Unos durmientes rezongan a mi alrededor. Hablan otra vez, se agitan, comienzan de nuevo a desadoquinar: toe, toe. Como si alguien jugase con unos guijarros, en una playa nocturna, alguien triste y abandonado y que se dijera: «¿Qué hago aquí completamente solo?».

¿Y yo? Está bien, he jugado mi juego, y no el de otro. He abatido todas mis cartas. Hubiese podido hacer trampas, intentar coger las cartas del vecino, o simplemente pedir de nuevo las bazas. Estaría del otro lado ahora, como los otros, ¡como otro cualquiera! El señor Havelotte me quería y su mujer también ¡palabra! El tío y la tía eran gentes honradas, ¿quién pretendería lo contrario? Me hubiera casado con una de mis primas, Clemencia o Adelaida, qué más daba, y gozado de queridas... No tendrían nada que reprocharme. ¿Qué ha sucedido entonces, sí, qué ha sucedido? ¿Por qué me he quedado aquí cuando comenzó este famoso asedio? Se han marchado todos, han cerrado las puertas, han levantado muros, enormes muros de piedra, y Teodoro se ha quedado detrás, durmiendo, contemplando las estrellas. Los otros, también, allí lejos, duermen, contemplan las mismas estrellas. ¿No crees? Sí, sí, vamos, no hay razón... Las mismas estrellas... No, las mismas no... No, no...

Pero ¿y si me hubiera ido con los otros? ¿Con Noemí Havelotte, y mis lindas primas, y todas las mujeres que están al otro lado de las trincheras? Estaría entre todas ellas, acariciando la cadena de mi reloj, y ellas podrían preguntarme: «Querido Teo ¿qué hora es? ¡Oh, querido Teo!». Y les contestaría: «La hora de ir a almorzar o de ir al baile... Tal vez las doce de la noche...». Y todo estaría infinitamente tranquilo a nuestro alrededor, vendrían otras horas, habría nuevos estremecimientos en los follajes... Esto sí que sería quizá morir.

—¡Pasen de largo!

¡Pasad de largo, Noemí! ¡Pasad de largo todos vosotros, todos, todos! ¡Ah, qué prodigioso orgullo tenía esta noche en reserva para mí, tumbado aquí, a ras del suelo! ¡Qué orgullo! Pasan todos de largo, lejos de mí, yacente sobre la tierra, desenredando la madeja de mis pensamientos supremos. La noche gravita sobre mí, y también esta gran muralla que han levantado, no, que he construido con mis manos utilizando los adoquines de la ciudad. Esta gran muralla detrás de la cual va a derrumbarse mi vida entera. ¿Adónde iré a caer después? Me incorporo sobre mi colchón. Becker gruñe. ¡No, no, duerme, animal! No te preocupes: busco solamente el sitio en donde voy a caer. ¿Ahí, en la esquina de esa acera? ¿Sobre ese saco? ¿Sobre esa rueda de ómnibus? ¿Voy a caer hacia atrás, verdad, y mi cabeza chocará contra la rueda? Y luego nadie se inclinará sobre mí. ¡Estarán todos hartos ocupados! ¡Se acabó Teodoro Quiche, tanto peor para él! No se trata de éste. No, señores, no es en absoluto Teodoro Quiche el que tenéis que contemplar aquí, sino una especie de inventor, sí, el inventor de una nueva clase de vela de

armas en la que no se piensa en la muerte. Es un gran invento éste, señores, y que merece que se fijen en él un instante. Reflexionen, en efecto, díganse que... ¿Cómo? ¿hay alguien que tiene ya que formular observaciones? Dentro de un momento, se lo ruego. Después que me haya explicado. Quiero ante todo explicarme. Luego hablarán ustedes. Si es que estoy aquí todavía, para escucharles... Vamos a ver ¿esto es una vela de armas, verdad? ¿Es así como se llama? Estamos de acuerdo. Y yo soy un inventor. Comprenden ustedes: un inventor. Y por mucho que ustedes hagan o digan, son siempre los inventores quienes tienen razón. Lo sé muy bien. Conozco a los inventores. Están todos aquí con sus inventos. Y ya podéis disparar contra ellos, eso no les hace mella. Las balas les traspasan y no les sucede nada. Es como en los enamorados. Las balas...

Ahora silbó una bala auténtica. Pasó por encima de mí, y, sin embargo, la noche no había terminado. La noche blanqueaba apenas, y ya las balas silbaban. De nuevo resonaron las voces, empañadas y siniestras como las campanas matutinas. Becker se desperezó y fue él quien me dijo a su vez:

—¿Duermes?

—¿Yo? No he cerrado los ojos en toda la noche. Eres tú quien no has cesado de roncar.

—¡Qué bromista! No puedes siquiera levantar los párpados. Y, sin embargo, empieza esto a caldearse.

Todo el mundo se levantaba, empuñando el fusil. Me levanté a mi vez, trepé sobre unos sacos y arriesgué una mirada hacia el otro lado de la barricada. Entre una niebla espesa vi aparecer una silueta. Me eché el fusil a la cara y disparé. La silueta alzó un brazo anguloso, vaciló, se desplomó. Bajé desde lo alto de los sacos y miré a mi alrededor, como aturdido. Tenía la boca pastosa. Se me acercó una mujer.

—He ido a hacer una requisa en los vinateros de al lado —me dijo—. Toma, bebe.

Me tendió una botella y bebí. Aquel vino tenía un sabor áspero que yo no conocía. Pregunté:

—¿Qué es esto?

—Tinto.

—¿Tinto?

—¡Pues claro que sí! Vamos, bebe, esto te entonará.

Volví a la barricada y me puse a disparar. Bruscamente un nombre acababa de penetrar en mi cabeza vacía: Thiers. Y un odio espantoso crispaba mis manos, mi ojo, mi hombro sobre el cañón de mi fusil. Quería matar al

horrible viejecillo, disparaba contra él. Más allá de la nube que no cesaba de adensarse ante mí, sentí que Thiers se erguía con su vientre, sus piernas cortas, su cuello postizo, su grotesco tupé, sus lentes. A medida que todos aquellos atributos caían, uno tras otro, oía yo sus risotadas, y los lentes reaparecían sobre su nariz de polichinela, su tupé volvía a crecer sobre su cráneo, su cuello postizo me hacía burla. Yo disparaba rabiosamente. Ahora había salido el sol. El día era muy claro. Por encima de la nube se percibían las ventanas y los tejados de las casas. Detrás de nosotros, en el umbral de una puerta, una vieja cojitranca, con su toca torcida sobre sus cabellos grises, se había sentado ante un organillo y, con risas desdentadas e insultos, se había puesto a tocar un vals ligero. El ruido seco de las detonaciones parecía alcanzar el vals, destrozarle los riñones; luego el vals se reanudaba, agrio y saltarín.

—¿Qué tal? —dijo Becker, a mi lado.

Disparaba tranquilamente, con regularidad, como un gran mecanismo bien montado. Entre dos disparos, se reía con su risotada alsaciana: «Psché...». El vals seguía desplegando detrás de nosotros su ligero hipar. Pero un rumor enorme lo interrumpió de súbito. Todo un batallón de mujeres armadas, desembocando del extremo de la calle, acudía a nuestra barricada, enarbolando a su frente una bandera roja. Llevaban los más diversos uniformes, el sombrero de cintas y la falda redonda de las cantineras, o la casaca de guardia nacional. Algunas no vestían más que un pantalón y una camisola: se veían sus senos; sus brazos desnudos blandían el fusil. La vieja dejó su música y renqueando con esfuerzo, rojo su rostro, y con ojos enloquecidos se mezcló a aquella tropa. Ahora, bailaba. Se abrieron unas ventanas en las fachadas de las casas y resonaron aclamaciones.

—¡Eh! —gritó alguien—. ¡Habría que resguardar todas esas ventanas!

—Vayamos a ver —dije. Y entré en una de las casas, subí la escalera, llamé en una puerta. Una mujer, con el pelo suelto sobre la espalda, vino a abrirme. La habitación en donde me introdujo estaba en penumbra, a causa del colchón que había colocado delante de la ventana. Un hombre, vestido con una blusa de lana gris con charreteras rojas sobre los hombros, acechaba la calle desde detrás del colchón. De cuando en cuando, apuntaba su fusil y disparaba. Al fondo de la habitación, contra la pared desnuda, una vieja estaba arrodillada; dos niños se apretaban en sus brazos.

—Vengo a ayudarte —dije al hombre.

Y colocándome detrás del colchón, apunté a mi vez hacia la masa de versalleses que se agitaban entre el humo a cincuenta metros de la barricada.

La mujer del pelo sobre la espalda nos daba las balas. Trozos de cristales crujían bajo mis zapatones.

Al cabo de un momento, se produjo un remolino debajo de nosotros, entre los defensores de la barricada. Los gritos de las mujeres sonaron más agudos. La bandera roja cayó. Oí la voz de Becker:

—¡Teodoro, Teodoro! ¡Baja!

Aparté el colchón y grité:

—¿Qué pasa?

—¡Baja! ¡Van a cercarnos!

La vieja, en el fondo de la habitación, empezó a gemir. Uno de los niños se tiró al suelo, tembloroso, gritando.

—¡No nos dejéis! —aulló la vieja.

—¡Quietos! —dijo el hombre de la blusa volviéndose. Silbó una bala. Me dirigí hacia la puerta y bajé.

—Se acabó —me dijo Becker cogiéndome del brazo—. Van a cercar la barricada. Hay que escapar por la derecha.

—En el cementerio de Montparnasse están fusilando en masa —dijo una mujer pálida cerca de mí; y asiendo su fusil se echó a correr con todas sus fuerzas. Nos lanzamos por un dédalo de calles donde yo no reconocía nada. Las balas y las granadas caían a nuestro alrededor. ¿Por qué seguíamos aquella calle en lugar de otra? ¿Quién disparaba? ¿Contra quién tirábamos nosotros? Entrevi casas de un piso, con su jardincillo delante, muros cubiertos de glicina, un cerro en cuesta, con su seca tierra toda revuelta, y a lo largo del cerro, un arroyuelo sucio que iba a perderse entre escombros. Tropecé contra un gran muro negruzco, con lumbreras desde donde disparaban. ¡Media vuelta! Becker corría a unos pasos delante de mí. Un joven en harapos, con la colilla pegada a los labios y los ojos febriles, nos detuvo bruscamente con un gran gesto sacerdotal.

—¡Formación en la calle Myrrha! —nos dijo.

—¿Eh?

—¡Allí, a la vuelta, hay una buena barricada! ¡Formación!

Puso sus manos negras ante su boca y aulló:

—¡Formación allí!

Nos encontramos en efecto detrás de una barricada de adoquines defendida por un cañón que cargaban con piedras y asfalto. Ardía una casa, y las llamas crepitantes iluminaban la escena con largos resplandores negros. Cogí bruscamente a Becker por su cinturón:

—¡Mira!

En la esquina de la barricada, contra el muro de una casita baja de ventanas tuertas, acababa yo de divisar, curvado en dos detrás de la placa de una ametralladora, a Dombrowski. Hacía girar la manivela chirriante, con un gesto regular; y sus mandíbulas apretadas, sus ojos ensombrecidos expresaban un pensamiento ausente y desesperado. Sentí que me invadía una loca exaltación. Miraba a Dombrowski, no me atrevía ni a llamarle ni a ponerle la mano sobre el hombro. Comprendí que no había que molestarle, sino dejarle vomitar toda su metralla. Me acerqué a él, contemplé su perfil tenso, y la perilla amarilla, fijada en el mentón y que temblaba de cuando en cuando. Becker se tendió sobre los adoquines, al lado de él, apuntó su fusil y disparó. Cogí una bala, armé mi fusil. Entonces, estalló una detonación. Me bajé instintivamente y me sentí envuelto en una nube de pólvora. Cuando levanté los ojos vi a Becker cerca de mí, no va tendido sobre el vientre, en la postura del tirador, sino caído de espaldas entre los adoquines, con los brazos abiertos, y la frente ensangrentada. Dombrowski estaba desplomado sobre su ametralladora, con la cabeza y los brazos colgantes... Como si comprendiera que acababa de conseguir un buen blanco, el cañón de los versalleses enmudeció, y hubo un silencio que me pareció que duraba una eternidad.

—¡Cerdos! —dije con voz ronca—. Han matado a Dombrowski.

—Y éste —musitó con mucha dulzura una mujer cogiéndome la mano— ¿era tu compañero?

Apreté aquella manita dura y asentí con la cabeza. Pero no era posible que Becker hubiese muerto. Así. el mundo iba a quedarse sin pensamiento. ¿Quién, en lo sucesivo, cerca de mí, me explicaría todo lo que nasa? Ya no pasaría nunca nada. Ya. desde hacía unas horas, lo recordé muy bien. Becker habíase callado. Estaba ya muerto, sin duda. No tenía va nada qué decir.

—Ya no hay nada qué decir —declaré en voz alta.

La gente se inclinaba alrededor de los dos muertos, les ponían la mano sobre el corazón, les alzaban los brazos, que volvían a caer. Estaban realmente muertos. Me rodeaban. Levanté la cabeza y miré lentamente a mi alrededor. Reconocí algunas de las mujeres que habían venido a reunirse con nosotros, en la esquina de la plaza Blanche. La que me había cogido la mano seguía sin soltármela. Entre las caras de mujeres, había también de hombres que se inclinaban con todas sus pelambreras y sus ojos empañados de lágrimas, estriados de sangre. Uno de ellos guiñó un ojo, se rascó la garganta y con su voz sombría y ronca por el tabaco, dejó caer estas palabras:

—¡Ah! Es doloroso...

Hinchó los carrillos y añadió con su acento ordinario:

—Dombrowski... Ha muerto como un buen hombre... Y tu compañero también...

—Hay que enterrarlos juntos.

—Te los vamos a entregar —me dijo otra mujer—. Tú te los llevarás.

Esta llevaba un sombrero con crespones de luto, un vestido de burguesa, negro, con adornos y lazos. Todo ello envuelto en un chal de lana roja. La miré con estupor. Ella prosiguió:

—Ahora encontraremos una camilla. Te los llevarás a los dos.

Sus ojos irradiaban compasión. Era joven, con un rostro pálido, unas mejillas ovaladas, un poco sonrosadas. Entre el labio superior y la mejilla, en un trocito de piel muy blanco, tenía un lunar.

—Jonfosse ha ido a buscar una camilla —murmuró el hombre de la voz ronca—. La llevaremos tres o cuatro. ¿Vas a venir tú, Pixou?

Se había reanudado el cañoneo. Pero las caras enternecidas seguían alineadas a mi alrededor. Luego el círculo se apartó. Vi, apretadas una contra otra sobre una camilla sus dos cabezas surgiendo de una sábana roja, a mis dos muertos. Cuatro hombres sostenían los varales.

—Id al Hôtel-de-Ville —dijo una mujer—. Diréis que es Dombrowski y otro buen compañero, que han perecido por la República.

—Vete —me dijeron las otras mujeres empujándome ligeramente—. Llévatelos.

Me puse en marcha. Mi fusil, al extremo de mi brazo, se arrastraba sobre el empedrado.

—¡Eh, Jonfosse! —dijo uno de los portadores, a mi espalda— ¿pasamos por la calzada?

—Sí, y luego por el bulevar Sebastopol.

—No aprietes el paso, Cambalusier.

Así me enteraba de los nombres de mis compañeros. No los he olvidado: Jonfosse, Cambalusier. Al cuarto le llamaban Víctor. Uno de ellos, cuando pronunciaba el nombre de Jonfosse, me parecía, por su acento popular que decía: «Jean-Fesse»<sup>[11]</sup>.

—Oye, Jean-Fesse...

Y repetía yo esto interiormente como un idiota. Luego me volvía y miraba a los cuatro portadores, con sus caras hirsutas; y la mirada triste y feroz de Jonfosse a quien el nombre de «Jean-Fesse» le iba tan bien, porque tenía las piernas cortas, era gordo, con su chaquetón desabrochado sobre un vientre prominente. Llevaba lentes que resbalaban sobre su naricilla de dogo. Mis



miradas se fijaban, por último, en los dos cadáveres. Y continuaba mi camino, y mientras andaba iba pensando:

—Bueno, ya han encontrado a Dombrowski. ¿Qué dices ahora a esto, mi gran Becker? Le hemos encontrado, ¿verdad?, y lo llevamos a la Comuna. Dicen que era un traidor. Bueno, pues ahí está...

El estruendo de las detonaciones no cesaba. Las gentes con que nos cruzábamos preguntaban:

—¿Se sostienen en Montmartre?

Y, luego, nos daban noticias: Wrobleski había asumido el mando de la defensa, en la orilla izquierda; se combatía en la *Croix-Rouge*, en la calzada del Maine. Por aquellos lugares que cruzábamos había aún tranquilidad y se construían apresuradamente barricadas que se abrían a nuestro paso. Jonfosse gritaba solemne:

—¡Paso a los héroes! ¡Dejad paso al general Dombrowski, muerto como un valiente por el pueblo!

Los combatientes se descubrían o presentaban armas.

—¡Dombrowski! —decían—. Han matado a Dombrowski.

—¡Le vengaremos!

—¿Le vengarán? —pensaba yo—. ¿Qué quieren decir? ¿Es que no saben que van a morir todos, ellos también?

- pasábamos. Las persianas estaban cerradas por todas partes. El cielo se coloreaba con luces extravagantes. Nos seguían unos chiquillos, descalzos, con un pesado fusil al hombro. A medida que avanzábamos aspiraba yo el aire como hace el caballo, según dicen, cuando vuelve a su patria o a su cuadra, no sé bien: hay una comparación que hacen todo el tiempo a este respecto y que daba vueltas y más vueltas en mi cabeza. Y pensaba:

—Bueno, es esto, esto por completo, volvemos a París, a mi pequeño París todo encogido, ahí donde tengo mi cuarto, mi Hôtel-de-Ville, mi barrio de SaintAntoine, y María Rosa. Voy a ver de nuevo a María Rosa y a llevarla algo... Ten, María Rosa, no te había hecho todavía mi regalo de boda... Te traigo dos muertos. Ahí tienes a nuestro gran Becker... De todos mis amigos ya sólo me quedaba éste. Y ahora, es definitivo: ya no tengo en el mundo más que nosotros dos, tú y yo. ¡Ah, pobre de mí!...

- repetía:

—Pobre de mí...

Tenía el cerebro vacío, y repetía absurdas interjecciones, con un rictus que me contraía toda la cara. No lloraba, pero aquel rictus era más doloroso que el llanto. Caminaba lo más de prisa posible. Los otros me gritaban:

—¡No corras, por favor! ¡No podemos seguirte!

De cuando en cuando, yo sustituía a alguno en los varales de la camilla. Entonces, estaba muy cerca de mis dos cadáveres, podía mirarlos. Dombrowski mostraba una carita muy blanca, de un tono lechoso. La sangre se había coagulado sobre su frente. Parecía sonreír entre su bigote y su perilla amarillentos. ¡Qué negro parecía el rostro de Becker comparado con el suyo! Y con una expresión de maldad, sí, de maldad. Se hubiera podido decir: el buen Dombrowski, Becker el malo. Y estaría muy bien dicho. En ciertos baches de nuestro caminar las dos cabezas chocaban; y me parecía sentir un golpe sobre mi propia frente. Como si mi frente fuese a abrirse y a dejar salir oleadas de sangre. ¡Ah! Era cierto que Becker tenía un aspecto de maldad, con su barba que había crecido por todos lados, sus mandíbulas salientes, sus mejillas descarnadas; y cuando alguien empezó a decir que había incendios por todo París, creí ver una llamita bailar encima de su boca. Volví a murmurar:

—Becker, te lo ruego... Levántate... Aparta esa sábana roja y levántate... ¡Vamos, tú no has muerto!

Becker no se movía. Y entonces yo insistía:

—Es una broma muy fea, Becker, y ya ha durado bastante. Te lo aseguro...

Así llegamos al Hôtel-de-Ville. Los corredores, las salas, todo estaba lleno de heridos y de moribundos. ¡Qué alboroto! Pero nuestro cortejo causó sensación. Murmuraban: «Dombrowski...». Y las frentes se descubrían. Colocaron los dos muertos en una reducida habitación, sobre una mesa, con una vela delante. Permanecí allí un rato, velándolos. Llegó un oficial, que sabía dibujar y que se instaló a su cabecera con su lápiz y su álbum de bolsillo. De cuando en cuando para captar mejor un detalle, se inclinaba sobre sus modelos. Jonfosse, Pixou, Víctor y Cambalusier me dieron un golpecito en la espalda y se marcharon, con gesto de azoramiento.

—Volvemos al trabajo —dijo Jonfosse, ajustando sus lentes.

—Por aquí, vais a tenerlo —les dije.

—No, no, volvemos a nuestro barrio.

Me dediqué a la busca de María Rosa y de Siffrelin. Fui hasta mi sobrado de la calle Vieille-du-Temple. Volví a ver el patio, el tejadillo. «También

vosotros —les dije— vais a abandonarme». En una barricada de la calle de Rivoli quisieron detenerme para acarrear adoquines.

—Estoy de servicio en el Hôtel-de-Ville.

—No hay servicio que valga, ciudadano. Trae adoquines.

—Estoy buscando a mi mujer.

—Ya la encontrarás después. Toma, aquí tienes una pala.

Tuve a la fuerza que trabajar en la barricada. Me sentía derrengado, mis manos se desgarraban con los adoquines, yo no podía más. Pero seguí trabajando mecánicamente en la barricada, sacando los adoquines, transportándolos hasta el montón en donde caían con un ruido fúnebre. Bruscamente sentí que mi cara chorreaba. Era el sudor, eran también las lágrimas. Pensé en Becker, tendido al lado del general, en aquel cuartito, allí arriba, con su vela. Una mano cayó sobre mi hombro:

—¿Qué te pasa?

No miré siquiera al hombre que me hablaba. Seguí empujando la pala con fuertes y rabiosos empujones del pie, y murmuré:

—Nada... Han matado a un amigo... Y además busco a mi mujer... La necesito... No sé dónde está.

—Vete a buscarla.

Solté la pala y me marché, sin mirar al hombre. Si me hubiese gritado que volviese, habría vuelto. Sequé mis ojos empañados, y caminé hacia delante. Tenía hambre y sed, no sabía la hora que podía ser. Las cuatro o las cinco de la tarde, sin duda. Unas nubes negras cubrían el cielo, por el lado del Hôtel-de-Ville. Entre la multitud tropecé de pronto con Jonfosse. Me dijo:

—Se me han perdido los otros. ¡Bah! No hay más que quedarse juntos. He encontrado un fusil. ¿Tienes todavía el tuyo?

Le miré atontado, luego me rebusqué. ¿Mi fusil? ¡Ah! Lo llevaba en bandolera. Murmuré:

—¿No tienes hambre?

Me arrastró a un cafetín, donde pudimos encontrar vino y un trozo de pan.

—¿Tienes dinero?

Pagó él. Luego le pregunté en qué trabajaba en tiempo normal. Me tenía sin cuidado pero sentía yo la necesidad de hablar. Era dorador.

—Y Cambalusier también —añadió—. Los otros dos no sé qué hacen con exactitud. Torneros de bronce, o algo así... ¡Ah! —prosiguió— me molesta haberlos perdido, sí, me molesta. Hubiera yo querido luchar en mi barrio.

—Ya no puedes elegir —le dije—. Estamos aquí, y habrá que quedarse aquí.

Él fue quien me dijo la hora que era: las cinco. Y las últimas noticias, la llegada de los versalleses al centro, la toma de la Trinité, de la calle Royale, el incendio de las Tullerías. Le interrumpí:

—Busco a mi mujer. Debe estar por aquí. Se llama María Rosa. Ven... O si no, volvamos al Hôtel-de-Ville, tal vez la encontraremos. Es mi mujer ¿comprendes?

No la encontré hasta por la noche, en los malecones, donde, con su padre y toda una multitud silenciosa, había ido a ver cómo ardía París. Dirigí la mirada hacia las Tullerías. No se sabía quién había dado la orden del incendio. Cuchicheaban: «Es Rigault... O es Eudes... Han hecho bien». Yo sabía que era el hombre rojo, el que aparecía, las vísperas de una catástrofe, en el gabinetito misterioso donde Máximo y yo nos escondimos un día. Pero no sólo ardían las Tullerías: había también incendios en la Legión de Honor, el Tribunal de Cuentas, el Consejo de Estado. Llamas enormes se hinchaban en el cielo negro, y el Sena arrastraba sus reflejos. De cuando en cuando, se elevaba un griterío de la multitud, como si fuera un bello cohete, en unos fuegos artificiales. Los chiquillos, sobre todo, se divertían. Se deslizaban entre las piernas y les daban azotes en el trasero. ¡Fuera, sapos! Al volverme, con ojos deslumbrados, veía la fachada del Hôtel-de-Ville, toda clara, y en la calle de Rivoli, alrededor de las barricadas, las luces de las antorchas, de las linternas, de los vivaques. Al volverme, así de repente, vi a María Rosa. Se apretaba contra su padre que la tenía cogida del hombro. Iba él destocado, con el pelo al viento. Grité:

—¡María Rosa! ¡Tío Siffrelin!

Entonces María Rosa alzó la cara. Vi la barba y los cabellos blancos de Siffrelin agitarse. Hendí la multitud y caí en sus brazos.

—¡Teodoro! Pero ¿dónde estabas? ¿Qué has hecho? Pareces un muerto. Me acuciaban a preguntas. Les dije:

—No, no he muerto, no he muerto... Yo no... Todavía no...

Y señalando con la cabeza las ventanas iluminadas del Hôtel-de-Ville:

—Son los otros, allí arriba... ¿Los habéis visto?

Se lo conté. Dombrowski, Becker... Ahora, sentía yo cólera, una cólera que me sofocaba, que hacía temblar mis manos. También Siffrelin y María Rosa sufrían. El puño de Siffrelin me destrozaba el hombro. María Rosa me miraba con ojos alucinados. Yo no veía ya en su rostro más que la llama de sus pupilas y su boca sangrante. Nunca me había parecido tan orgullosa. Apretaba su pañoleta sobre sus senos y me interrogaba con su voz sorda, casi populachera. La apreté el brazo, la muñeca. Así su mano sólida y endurecida.

Se estrechó contra mí: ella también me había perdido y encontrado de nuevo, como yo la había perdido y ahora encontrado otra vez.

—He pensado en ti toda la noche —la dije en voz baja—. Toda la noche sin un momento de interrupción, porque no he dormido.

—¿Has comido al menos?

—Es difícil abastecerse —dijo Siffrelin—. Los tenderos no se prestan ya a las requisas. Cuando les firman vales, os los tiran a la cabeza. Os dicen: «¿Creen ustedes que las gentes de Versalles van a reconocer estos pedazos de papel?». Están ya seguros de nuestro asunto.

—Y nosotros también.

—¿Qué piensas de esto?

—Entonces, ¿es cierto? —gritó María Rosa—. ¿Es cierto? ¿Vamos a morir?

No sabía yo si había éxtasis o espanto en su mirada. La cogí del talle y le musité al oído:

—Mientras tenga yo este cuerpo bajo mi mano, no me preguntaré si vamos a morir o no.

—¿Es cierto que vamos a morir? —repitió ella.

—Eso no nos importa —dije en voz alta, teniéndola siempre cogida del talle. Incliné la cabeza hacia mí sonriendo. Y ahora vi la felicidad en su sonrisa, aquella especie de complacencia casi canallesca que hay en las muchachas enamoradas, cuando miran a su hombre, y se confían a él, y le entregan toda su carne y todo su destino.

—¡Mira! —la dije—. Así es cómo me gustas.

—Tú también —dijo ella— me gustas...

Siffrelin nos interrumpió:

—Hijos míos, habrá que encontrar algo de comer. Y de beber. Y donde dormir.

Exclamamos:

—¿Dormir?

—Sí, aunque sólo sean unas horas. Vamos al Hôtel-de-Ville.

Nos encaminamos hacia la gran fachada rojeante.

—Te acompaño —me dijo María Rosa.

Me esperó en el corredor mientras entraba yo en el despacho del delegado. Estaba detrás de su mesa, rodeado de varios oficiales y firmaba unos papeles. Los surcos que estiraban su rostro, a cada lado de la boca larga y amarga, se hundían en una carne amarillenta, flaca, horrorosa de ver. Entraban y salían gentes. Se hablaba en voz baja.

—Miren —dijo al verme, señalándome—, él se ocupará de esto... Haced que evacúen el Hôtel-Dieu<sup>[12]</sup>. Hay allí cerca de ochocientos enfermos que van a morir bombardeados. Hágalos transportar a Nôtre-Dame. Aquí tiene este oficio. Pasemos a otra cosa. ¿Dónde está Brunel?

Llevé a María Rosa al Hôtel-Dieu, y buscamos al director con la orden de Delescluze. En el camino, observé:

—Decididamente, no me libraré de muertos y de moribundos.

Al menos, en el Hôtel-Dieu pude encontrar algo de comer y de beber. Me hicieron café y bebí un litro entero de vino. Luego, comenzamos la tarea. Vuelvo a ver en mi memoria, unas hileras de salas alumbradas con velas, los lechos blancos, los heridos que gritaban. La mayoría querían quedarse allí. ¡Peor para ellos si toda la casona volaba! Estaban ya hartos, no querían que los revolvisen más. Entonces las monjas con sus cinturones carmesíes, intentaban convencerlos: ¡respondían con blasfemias y groserías! Las camillas se amontonaban en el patio, bajo el cielo rojo. El bombardeo había iniciado su estrépito. «Y además —decían los heridos— ¿es que vamos a estar más seguros en Nôtre-Dame? Condenada tienda de misas...». Y el desfile comenzaba hacia el atrio y la «gran tienda de misas» donde, a la luz de las antorchas, había que poner un poco de orden, porque habían prendido fuego a las sillas, durante el día. Admiré la serenidad de María Rosa, el aire autoritario que adoptaba en cuanto se trataba de manejar a los enfermos, de transportarlos de aquí para allá, de calmarlos, de gritarles que se callasen. Aportaba a todo ello una naturalidad que me imponía, sabía lo que debía decirse; y yo me preguntaba dónde podía encontrar todas las palabras que pronunciaba entonces, aquellas familiaridades, aquellas decisiones... Y yo, la seguía, entre las camillas blancas que, ante una orden suya, se pusieron en marcha. Había allí una viejecita, toda temblorosa, cuya cama habían instalado contra una columna, en un rincón tranquilo desde el cual podía ella ver un rosetón, estatuas, un montón de cosas interesantes. Durante un momento, soñé con ser aquella vieja y pasar allí los días y las horas siguientes, bien al abrigo en aquel extraño claroscuro, mientras la tormenta estallase afuera.

—Qué, abuela, va usted a estar muy bien ahí... ¿No? Vamos, no tenga miedo.

Era más de medianoche, y habíamos vuelto con María Rosa, al patio del Hôtel-Dieu, con el ciudadano director y varios médicos, cuando Siffrelin reapareció.

—¿Es así cómo has dormido? —le preguntó su hija.

—¡Ah! —exclamó él—, ya habrá tiempo de dormir. Van a evacuar el Hôtel-de-Ville y a trasladarse hacia la alcaldía del XI.º

—¿Sí?

—Sí. La Comuna abandona su casa, así como el Comité de Salvación Pública y toda la fornitura. ¡Todo marcha! Se combatirá en el barrio.

Y añadió:

—Se llevan a Dombrowski y a Becker.

—¿Adónde?

—Al Père-Lachaise. ¿Habéis acabado vuestro jaleo?

—Quedan todavía una hora o dos.

—Voy a ver qué sucede —nos dijo— y vuelvo.

Al cabo de un rato reapareció.

—Ya está —dijo—. Comienza el entierro.

—¡Ah, y yo aquí! —exclamé.

—No te necesito ya —me dijo el director—. Mis buenas gentes serán pronto evacuadas. Puedes largarte.

La plaza del Hôtel-de-Ville estaba ahora silenciosa y desierta. Ni un cañón, nadie. Solamente, ante la puerta, se agitaban unas sombras. Nos acercamos. Allí también vi aparecer camillas, más heridos que gritaban, pedían de beber, o gemían con una gran respiración jadeante que le desgarraba a uno la garganta. Había allí también un camión, ante el portal, del cual descargaban bombonas de petróleo.

—¡Como para hacer un ponche! —dijo una voz melancólica, cerca de mí.

Se formaron unos grupos. Discutían. Luego, apareció la camilla de Becker y la de Dombrowski, con su paño rojo que barría el suelo. Todo el mundo se descubrió. Seguían unos federados, portando antorchas. El cortejo se dirigió hacia la calle de Saint-Antoine. Fuimos detrás. Alguien vino a unirse a nosotros, corriendo: reconocí a Vermorel. Más lejos, otros nos siguieron pisándonos los talones. El ruido del cañoneo nos perseguía.

—¿Has visto —dije a María Rosa— la belleza de sus rostros?

—Sí —respondió ella temblando—, he entrevisto la cara de Becker...

Aminoramos el paso. Siffrelin nos adelantó. Hablaba con Vermorel. Cogí del brazo a María Rosa y la dije:

—¡Cómo tiembles!

—Apriétame contra ti —me respondió—, apriétame como has hecho antes.

La estreché contra mí, y me invadió un hondo deseo, aquel deseo salvaje que me inspiraba ella a menudo desde que la conocía. Desaté el pañuelo a

cuadros que cubría su cabeza y toqué sus cabellos, como se toca paja o hierba, sus cabellos negros, espesos y retorcidos. Echó hacia atrás la cabeza con una sonrisa; luego la cogí del talle y me enardecía sentir sus caderas que se movían a cada uno de sus pasos.

—Te deseo —la dije en voz baja.

Me señaló con la barbilla los cadáveres que transportaban delante de nosotros; y murmuró:

—¿No volveremos a verlos nunca más?

—Nunca más —respondí.

—¿El pobre Becker?

—Ha muerto.

—Dime, Teodoro, tú que eres tan instruido... Después de morir...

—Corazón mío —le dije con dulzura— cuando hayas dejado de latir, no habrá ya nada más.

—¿Nada más? ¿Nada absolutamente? Pero entonces —continuó con un gestecillo infantil—, entonces ¿qué? Teodoro y María Rosa... ¿Qué será de ellos? ¿No se conocerán ya? ¿No se amarán ya? ¡Oh! Dímelo, tú debes saberlo...

—Sé lo que ha sido, María Rosa y que fue bastante extraordinario. Teodoro y María Rosa se han conocido y se han amado. Han realizado eso, ellos, pese al mundo entero. Sí, han hecho eso espontáneamente, los muy picaros... Porque lo han querido. Y esto es lo que ahora importa. Ahora, es el milagro. Escucha: yo he hecho eso. Te he amado. Después de un largo camino. Y ahora todo París arde, detrás de nosotros, poco a poco. He roto todo lo que me retenía en otras cosas: hay una barrera de fuego entre el resto y nosotros. Nosotros caminamos con el mismo paso, apretados el uno contra el otro. ¿Qué más quieres buscar?

—¿No hay más que buscar? Yo no soy más que una niña, Teodoro, no somos del mismo mundo...

—No éramos del mismo mundo, eso es cierto. Pero ¿sé yo acaso de qué mundo era? Pues bien, nosotros hemos ido al encuentro uno de otro, tú y yo. ¿Quieres que te diga que tenemos dos almas inmortales? ¿Lo quieres de verdad? Sería una mentira lamentable, María Rosa. Yo soy muy instruido, sí, mi niña querida, mucho más instruido que tú, eso es cierto. Pero, ya ves, no creo que tengamos dos almas inmortales. Lo que puedo decirte es que ahora tenemos dos almas, acaban de nacer apenas, una bajo la pañoleta de la hija de Siffrelín, y la mía en el cuerpo de... de no sé siquiera quién. ¡Y se aprietan la una contra la otra, entre las llamas!



Delirante, mis dientes castañeteaban, mis manos apretaban febrilmente el cuerpo de María Rosa contra el mío. Parecíame que corríamos a toda velocidad, persiguiendo al cortejo fúnebre que corría también delante de nosotros, a lo largo de la calle de Saint-Antoine. Apareció la Bastilla, hormigueante de bayonetas y de clamores. Muchas antorchas acudieron de todas partes a unirse a las antorchas que encuadraban los cadáveres de Dombrowski y de Becker. Gritaban: «¡Paso!». Se formó un gran cortejo, y al pie de la columna, que surgía, revestida de rojo, de una masa de coronas de siemprevivas y de banderas, colocamos la gran camilla. Un hombre, erguido cerca de mí, sobre el pedestal, con los brazos en cruz y una antorcha encendida en cada mano, aulló:

—¡Viva la República universal!

El grito se elevó en el cielo llameante. Me pareció que, allí arriba, el ángel de la Libertad lo repetía a los cuatro vientos. Luego, nos vimos rodeados, María Rosa y yo, de un círculo de rostros alucinados, pelos enmarañados de los hombres, caras compasivas de las mujeres, como cuando Becker y Dombrowski yacían a mis pies, detrás de la barricada Myrrha. Y como entonces, todas aquellas miradas caldeaban mi corazón. Contemplaban a María Rosa y parecía que la encontraban bella y que admitían que nos amásemos.

—¿Qué pasa allá lejos? —preguntó una voz—. ¿Es cierto que la Comuna se ha marchado del Hôtel-de-Ville?

—Todo arde; todo arde, ¡todo, todo, todo! —musitó una vieja temblorosa.

—¡Oíd ese estruendo! —dijo otra vieja—. Bombardean por todas partes.

—No quedará nada de París.

Desde lo alto del pedestal miraba yo los últimos parisienses. Creí reconocer en toda aquella multitud los rostros peculiares de cada barrio, la gente de Ménilmontant y la de Vaugirard, los de Popincourt y los de la Villette, los artesanos sin tienda del Marais, los ópticos de la calle Pastourelle, y, bajo sus uniformes en harapos, cada oficio, los tipógrafos, los rotulistas, los canteros, los toneleros, los zapateros remendones, las obreras de flores artificiales, los mozos de pastelería y los amasadores de pan, los mendigos de las Halles, los merodeadores de las orillas del río, los vagabundos de los puentes y hasta los traperos del camino de la Révolte. Habría yo podido sin equivocarme, poner la mano en el hombro de éste y decirle: «Tú eres de la orilla izquierda. Y tú, compadre, tienes tu tenducho de encuadernador detrás del Panteón. Hay un buen fregado por tu casa, ¿eh? Pero, por aquí, dominamos todavía...». Seguía teniendo a María Rosa bien apretada contra

mí, con mi brazo alrededor de su talle, y mi mano sobre su cadera. Y después mis ojos cayeron sobre el rostro de Becker, rojo bajo la luz de las antorchas e inmóvil, con los párpados bajados. Empecé a hablar con él, como en los antiguos tiempos:

—¡Eh, Becker!... ¿Qué? ¿Qué dices? ¿Vermersch? Dices: «Está desesperado». Y tú no estás desesperado, ¿verdad? No te desespera el estar muerto... Sí, sí, han erigido la desesperación como principio, sufren de ser hombres y entonces quieren, por tedio, por desesperación, actuar. Actuar: matar, morir. Es muy curioso: le invade a uno una sensación, la angustia, el miedo, la desesperación se la separa del resto; se la coloca muy en alto, muy lejos y se la sufre sin comprender. Tal es su metafísica. Resumo un poco de prisa, pero lo hago para recordarte dónde nos habíamos quedado. Bien. Pero tu metafísica, la tuya propia, venía del vientre, ¿verdad? De la vida, de la vida viviente. De la alegría. Sí, ¿por qué la alegría no iba a ser tan verdadera como la angustia, el miedo y la desesperación? ¿Y que el horror de ser un hombre? La alegría de ser un hombre, la alegría de llegar a ser un hombre y de realizarse en la vida. No en la muerte, seguramente. ¿Qué dices? Mi alegría... Hablas de mi alegría, de la de Teodoro... Dices que está cerca de mí, ¿verdad? Ahí, muy cerca de mí, mi alegría en la tierra, colgada de mi brazo como un gran cesto de cerezas. María Rosa, ¿verdad? La que he elegido porque nada me destinaba a ella, nada... nada más que mi deseo de alegría. Y entonces los tiempos se han realizado, ¿verdad, Becker? ¡Voy a morir de alegría! La metralla, el fuego que van a llevarme ¿no han sido suscitados por la alegría, toda esta alegría a nuestro alrededor, como un mar que arde?... ¡Oh, Becker! Sigue hablando, dime, dime...

—Teodoro —murmuró María Rosa con su voz ronca— eres tú quien tiembla ahora.

—Tiemblo de amor —la respondí—. ¿Seremos de nuevo el uno del otro, una vez más, la última?

Sentía yo su pierna, su muslo duro contra mí. Continué:

—¿Habría todavía un lecho para nosotros en este horno?

Siffrelin surgió bruscamente:

—¡Vamos, pequeños! Vamos a defender nuestra casa.

Nos encaminamos, atravesando la multitud, hacia el barrio:

—Eso es —dije—. Vamos a nuestra casa. Habrá allí seguramente un lecho, en nuestra casa, entre nuestras cuatro paredes, muy al fondo del barrio.

—¿Quieres dormir? —preguntó Siffrelin, agitando su barba.

Moví la cabeza como denegando. Dormir, no, no era eso. Sino tener a aquella mujer en mis brazos, una última vez, tenderme sobre ella, boca a boca, detrás de una pared, antes de que la pared se derrumbe y que el fuego nos envuelva. Siffrelin caminaba delante de nosotros. María Rosa y yo le seguíamos, aferrados el uno al otro, como una pareja de beodos, tropezando a cada paso. Y así fue como llegamos a la calle de Aligre.

## VI

DETRÁS DE LOS CRISTALES, EN EL TALLER ABANDONADO, vi a la jorobadita que jugaba con otras niñas. Y en el comedor, estaban todos reunidos, como en otro tiempo, Fernanda, el cerrajero, el carpintero de los aretes en las orejas y el viejo «fuerista» del bigote galo, el que cantaba romanzas. Ahora ya no cantaba, su cara estaba negra de pólvora; llevaba una venda ensangrentada sobre la frente, pero percibí en sus ojos un reflejo del cielo de las Islas Afortunadas. Luego, aquel reflejo se extinguió. No sé ya lo que ocurrió. Estaba yo en el cuarto de María Rosa; de cuando en cuando, el reflejo pasaba ante mí, como un relámpago. Me desplomé sobre el lecho, y María Rosa desataba los cordones de mis zapatos, y luego, me acariciaba la frente. Me había yo prometido estrecharla en mis brazos, pero no tenía ya fuerza para moverme. Me veía caminando detrás de las camillas, detrás de todo un desfile de muertos y de moribundos. Seguía los largos corredores del Hôtel-Dieu: el corredor Blanqui, el corredor Barbés... Pero aquellos nombres recién pintados se borraban. «Los santos van a volver», decía una de las monjas, con cinturón rojo. Y se volvían a poner en marcha detrás de las camillas. Luego todo se hundió en el naufragio y el caos.

Cuando me desperté, estaba todo a oscuras. ¿Era todavía la misma noche o la siguiente? Llamé a María Rosa. La casa estaba desierta. En la calle construían una barricada. Encontré allí a los míos, a María Rosa, muy limpia y que había cambiado de vestido para la última batalla. Tronaba el cañón. «Ese, es el nuestro», decían. Nuestros cañones, emplazados en Bicêtre, en el Père-Lachaise, en las Buttes-Chaumont, bombardeaban desde aquellos lugares la mitad de París. Los cañones versalleses respondían desde el Panteón, el Trocadero y Montmartre. Delescluze y la Comuna se habían refugiado en la alcaldía del XI.º. La Bastilla era todavía nuestra. Pero ¿cuánto tiempo se sostendría? Entre tanto, la jorobadita jugaba con otras chiquillas enclenques, unas sombras de niñas, entre los adoquines, los sacos terreros, los toneles, los gaviones. El cielo estaba rojo. La chiquillería gritaba y reía. Siffrelin me dijo:

—Hay también el Granero de Abundancia al que han prendido fuego.

—Muy bien —le dije—. No hay más que prender fuego en todas partes.

Me parecía muy cómica aquella idea de prender fuego en todas partes. Y me eché a reír con una risa idiota, inextinguible, que me llenó los ojos de lágrimas. Para disimular empujé una carretilla de adoquines y fui a descargarla sobre la barricada. Pero seguía teniendo ganas de reír. La jorobadita vino a guarecerse entre mis piernas. La levanté del suelo y la pregunté:

—¿A qué juegas?

—A un juego —me respondió. Debía ser un juego extraordinario, porque sus pobres mejillas estaban sonrosadas y jadeaba de haber corrido tanto. Su bella mirada animada eludía mis ojos; y se sofocaba de risa, mientras que a mis pies sus camaradas impacientes esperaban a que las dejase reanudar su juego.

—Vete, corre —dije, dejándola en el suelo. Liberada, volvió ella a reír. Toda la pandilla se esparció por el jardín encantado de adoquines y sacos. A ratos entraban en el taller del tío Siffrelin y se las veía, detrás de los cristales, ebrias de aquel espacio abandonado, convertido en su imperio. Allí dentro, su afán era ver quién gritaba más fuerte. La jorobadita lo pasaba en grande.

No recuerdo ya muy bien cómo transcurrió la noche. A partir de aquel momento no quedan en mi memoria más que imágenes incoherentes. Rememoro momentos repentinos, de una emoción intensa, por ejemplo, el momento en que supimos que el enemigo avanzaba hacia la Bastilla, que había tomado una barricada en la calle Castex. ¡Se acercaba el enemigo! Iba yo a ver de nuevo unos pantalones rojos frente a mí, entre la humareda, ¡y a disparar contra el montón! María Rosa había encontrado un fusil de chispa: sentada sobre unos adoquines se hacía explicar el manejo del arma por un chiquillo.

—¡Se acercan! —le dije.

Levantó los ojos y me contempló con su mirada bondadosa, hosca y triste. Me senté junto a ella y le acaricié el hombro.

—Es muy bonito —continué diciéndola— este vestido que te has puesto hoy.

—Es un vestidillo de verano —me respondió sonriendo—. ¿No estamos en la hermosa estación del año?

Y prosiguió, con coquetería:

—Si no hubiera todo esto y viviésemos juntos, ¿te habría gustado que llevase yo vestidos bonitos?

—Sí, María Rosa, y te hubiera comprado los más bonitos.

—¿Tú crees que hubiésemos sido felices? ¿Que hubiésemos formado un buen matrimonio?

—Lo creo.

—¡Ah! —suspiró ella—. Es preferible que nos hayamos quedado en esto. Había demasiadas diferencias entre nosotros.

—No, María Rosa. No, María Rosa. No había diferencias, y podríamos vivir largo tiempo, mucho, durante días y años.

—Te hubieras cansado de mí.

—No, mi pequeña María Rosa, mi pequeña María Rosa...

Y como ella mostrara un gesto infinitamente triste, quise hacerla reír:

—Eres tú la que se habría cansado de mí, al verme ocupado en una serie de tonterías pretenciosas, te habría parecido demasiado tontamente complicado para ti...

—¡Oh! —dijo ella alzándose de hombros.

—¿Sabes —continué tímidamente— que... yo hacía versos?

—Sí, como Julio de Renaud.

—Eso es —dije. Y proseguí soñadoramente—: Pues bien, si hubieses amado a Julio de Renaud habría él querido a todo precio que comprendieras sus versos, que penetrases su secreto... ¡Oh! Resultaría eso muy, muy difícil... Hubiera sido preciso comulgar, elevarse, elevarse... Era un imbécil, María Rosa. Mira, yo te habría leído mis versos y los hubieras comprendido. Y además ¡poco importa! Los he dejado allí, en la calle Vieille-du-Temple. Quizá estén ahora ardiendo.

Apretados el uno contra el otro, como dos niños nosotros también teníamos al fondo un París chorreando petróleo y que llameaba. Recordé cómo en una calle incendiada había visto volar papeles con el viento cargado de chispas, toda una bandada de papeles. Mis versos, sin duda, bogarían así en aquel infierno. Así la mano de María Rosa. Cariño mío... Mi mujer, mi esposa... Las llamas llegaban hasta nuestros pies, todo el fondo del universo rojeaba. Luego, una enorme nube negra empujaba las llamas. Las tinieblas se extendían, atravesadas de pronto, por la estruendosa explosión estrellada de una granada. Y las llamas crepitantes reaparecían. Repetí, con el corazón palpitante:

—Se acercan...

¡Ah, si hubiera sido posible que no llegasen nunca... que permanecieran eternamente en el camino!... Estábamos escondidos en el fondo del callejón sin salida, María Rosa y yo. Tenía yo cogida su mano. Sentía miedo. Sin embargo, había combatido ya. Sabía lo que era ver los pantalones rojos surgir

entre el humo, al otro lado de la barricada. Pero entonces tenía espacio detrás de mí: ahora, íbamos a ser triturados. Ellos llegaban con el fuego, a la velocidad del fuego. Y nosotros, María Rosa, yo... ¡Mi pobre pequeña!

Veo también la plaza ante la alcaldía del distrito XI.º, la estatua reidora de Voltaire, y dos furgones llegados milagrosamente de la Casa de la Moneda con las nuevas piezas que la Comuna había hecho acuñar. Recibí mi última paga abonada con aquellas piezas.

—¡No se irá muy lejos con eso! —decían bromeando.

En uno de los despachos de la alcaldía, Delescluze, amarillo, derrumbado, garrapateaba todavía unos papeles. A su alrededor, había un griterío ensordecedor. Traían heridos en camillas. Sobre la pared, se extendía una proclama: «La Comuna ha hecho un pacto con la muerte...». Y luego, bruscamente, vuelvo a ver la calle Aligre, en plena batalla. ¡Ahora sí, están ahí! María Rosa, junto a mí, dispara como yo. No sé ya dónde están Siffrelin, el cerrajero, todos los otros; pero yo disparo y sé que María Rosa está junto a mí... Tengo en la boca el sabor agudo de la pólvora, que me emborracha. Me estallan los oídos. Por encima de nosotros, desde todas las ventanas, están disparando. Y bruscamente la niebla se desgarras y como al salir de un acceso de fiebre, veo lo que me rodea ¡veo! La jorobadita acaba de desplomarse sobre los adoquines como un juguete descompuesto, como un perro con la lengua colgante. Muestra un surco rojo, que le cruza la mejilla y la nariz. Y la cabeza hundida entre los hombros: es realmente una jorobadita. Fernanda, despechugada, con el pelo sobre la espalda, aullante, surge del fondo de una puerta, recoge a su hija, como un paquete y gira sobre sí misma. Quieren detenerla. Sostiene el cadáver menudo con los brazos extendidos, trepa sobre la barricada, se aferra a un tonel, hace caer unos adoquines bajo sus pies, se yergue en la humareda. Arroja el cadáver como una piedra y cae, a su vez, sobre las rodillas. Ya no son aullidos los que lanza, sino gañidos atroces. La veo por última vez, con la piel negra y seca a través de los desgarrones de su camisa blanca, el rostro convulso, el pelo todo revuelto. Finalmente, rueda por el otro lado de la barricada. Me he vuelto, chocando con el pecho de Siffrelin que se erguía a mi espalda, pálido de horror. Ha caído una teja cerca de mí, cerca del cerrajero al que he visto saltar, con la boca abierta en una mueca de odio, empuñando el fusil, y precipitarse sobre la barricada a su vez. Estallan nuevas detonaciones, un lienzo de muro se derrumba detrás de nosotros con estrépito; y siento sobre mi mejilla la bofetada de una llama.

He gritado:

—¡María Rosa!

Necesitaba a María Rosa. No la he encontrado sino más lejos, atrás, cuando retrocedíamos por las calles llenas de incendios. Tenía su fusil en la mano y caminaba, con los ojos agrandados por el delirio.

—¿Has visto? —la he dicho.

Un hombre alto y flaco de piernas arqueadas nos ha gritado:

—¡Nos queda todavía Belleville!

Es él quien me ha arrastrado, y he perdido de nuevo a María Rosa. Ha estallado una granada. He seguido solo mi camino. La lluvia ha hecho su aparición, una lluvia densa e injuriosa, pero que pronto cesó. He vagado por Ménilmontant, interrogando a los amigos que he encontrado. Habían visto a Siffrelín y a su hija en una barricada de la calle de Puebla. He buscado esa calle, me he perdido. Resbalaba en el barro. Pasaban unas siluetas, con el cuello levantado. Contaban que allá lejos, en las calles conquistadas, los versalleses mataban a todos los que encontraban, mujeres, niños. Allí he topado con un cortejo fantástico que subía por la calle de París. Los clarines interpretaban: *Y a la goutte á boire lá-hauí!* (algo así, literalmente, como: ¡Hay una copa que beber allí arriba!). Oficiales de la Comuna a caballo iban delante, con una cantinera a caballo también, con la pluma roja al viento y el puño sobre la cadera. ¿No era María Rosa la que veía surgir así, fabulosa y subiendo hacia los últimos reductos de París, hacia los últimos muros más allá de los cuales no había ya más que los cañones prusianos? Mi mirada se cruzó con la de la amazona, pero no se reconocieron. No era María Rosa. Era una de las «estrellas» de la Comuna, la princesa Dimitrieff quizá, o una muchacha de la Opera, o la diosa Razón. María Rosa no debía ser gloriosa más que para mí solo, para el secreto de nuestras noches y la realización de mi pobre aventura privada. No por ello dejé de sentir un estremecimiento de amor, viendo aquella bella cantinera que pasaba, magnífica, siempre con el puño sobre la cadera y blandiendo en el otro una pistola. Me detuve, sobrecogido y luego no pude por menos de ponerme en camino tras ella. Además, todo el cortejo llenaba la calle; un pillastre hirsuto me cogió del brazo y me mezclé a la turba. Entonces vi que encuadrábamos un grupo de prisioneros, curas, gendarmes y otros vestidos de paisano. Uno de ellos, cerca de mí llevaba un pantalón de pana azul claro, con una blusa entreabierta sobre un chaleco de lana roja. Eran rehenes.

—Ya hemos suprimido algunos a tiros, el otro día —me dijo mi compañero con voz aguardentosa—. El arzobispo...

—Y los paisanos que van ahí, ¿quiénes son? —le pregunté.

—Chivatos.



A nuestro paso, el populacho aullaba: «¡Mueran!». Su odio se dirigía sobre todo a los curas.

—¡So cerdos! —les gritaban las mujeres—. ¡Ya no besaréis más a nuestras hijas!

Miré al rehén de la blusa azul. Estaba fantásticamente pálido. Sus labios temblaban. Un federado le asestaba culatazos en las nalgas para hacerle avanzar. Un cura, con las manos esposadas, musitaba oraciones. Sobre su mejilla corría un salivazo. Algunos de aquellos miserables llevaban en la mano un paquete con sus prendas: no sabían adónde los conducían, tal vez los cambiaban de cárcel; a todo azar habían cogido todo cuanto les quedaba en el mundo. Yo tampoco sabía adónde los conducían. Pero sentía un gran deseo de saberlo. Tenía curiosidad por averiguar el final de aquel episodio. Olvidaba ya que París, forzado, se había rendido, que dentro de unas horas no quedaría ya piedra sobre piedra. Que el hombre que me agarraba del brazo tenía ya una silueta de ahorcado o de fusilado, y que yo no valía más que él. Pero yo continuaba, subía la pendiente, detrás de los clarines siniestros y de la bella cantinera. Bruscamente los clarines cesaron y los tambores redoblaron: eran terribles aquellos redobles fúnebres que removían las entrañas. Nadie gritaba ya. No se oía más que aquellos tambores que producían su música de salvajes, martilleante, obstinada, implacable.

—¿Está todavía muy lejos? —pregunté con voz sofocada.

Me respondieron:

—En la calle Haxo.

La calle Haxo se hallaba en lo más alto: parecía respirarse allí el aire de las cumbres. Había unas casas bajas de muros ocre, patios, cercados de madera cuyo verde despintado se mezclaba con el follaje. Nos adentramos como una manada de animales en un largo callejón oscuro. Al extremo de aquel corredor estalló la luz de un jardín. A través del follaje se veía alzarse, al fondo, un enorme muro negro. Tenía yo aferrado mi fusil. La cantinera caracoleaba a mi lado, conduciendo su caballo entre la multitud. Bajo el pecho de su cabalgadura las caras aullantes se volvían y enseñaban los dientes.

La lluvia había hecho surgir todos los olores de la tierra y de las hojas, y el cielo, sobre nuestras cabezas, era de un bello azul luminoso que, en el borde del muro, se matizaba de ópalo. Enfrente, de pie sobre la tierra mojada, se erguían los cincuenta rehenes. Una fosa llena de basuras los separaba de nuestros fusiles. Allí arriba, ante un pequeño campanario, desde un balcón de madera calada, parecido al balcón de una «villa» suiza, un hombre hablaba.

Reconocí a Varlin. Pero los aullidos eran tan fuertes que no se oía nada de lo que decía.

—¡Basta! —le gritó una voz terrible, cerca de mí—. ¡Nos has metido en el atolladero! ¡No tienes más que callarte!

Desapareció y yo contemplé los rehenes. Yo también quería disparar al montón. ¿Al montón? No, escogería. Escogería al más criminal. Al banquero, por ejemplo... ¿Al banquero? ¡Bah! Era demasiado fácil. Además ¿estaba allí? Pregunté:

—¿Está Jecker entre esos?

—No —me contestaron—. Ya le arreglaron las cuentas.

Entonces, un gendarme, o un policía. O un cura. Entre tanto, todos aquellos hombres nos miraban con una expresión de odio despreciativo. Iban a morir en el campo del honor, como héroes, como mártires asesinados por unos golfos; y sus almas subirían en derecha al paraíso de las gentes honradas. «¡Ejecutados sin juicio!», parecían decir los gendarmes. ¡Fuera de las normas! Es abominable. Nosotros, cuando detenemos a un culpable, todo sucede decentemente, y es un digno magistrado quien le condena. Pero aquí estamos en manos de los culpables. —Señor —añadían las miradas sublimes de los sacerdotes— perdónalos porque no saben lo que hacen.

—Contra un cura —me dije a mi vez—. Voy a disparar contra un cura.

Los gendarmes, los policías, los banqueros si los hubiera habido allí, el propio Adolfo Thiers, de haber estado entre ellos, decididamente era demasiado fácil escogerlos para la venganza. Era demasiado justo. Ellos defendían la caja, y yo era de los que habían querido echar mano a la caja. Eran los jefes, los tiranos, los verdugos. Ni siquiera combatían por el honor, ni por una idea, sino por la autoridad, su autoridad, su orden, su fuerza. Y en aquel momento éramos nosotros los fuertes. ¡Peor para ellos! Cuando dos lobos pelean y uno de ellos sucumbe ¿hay que glorificarle por ello? ¿Hay motivo para llevar con gran pompa su cadáver a la catedral de los lobos? Es un cadáver sanguinolento, desgarrado, aniquilado, y esto es todo. Las moscas le devoran: no hay nada admirable en eso. Un banquero posee todos los poderes. Si le place, por sus negocios, enviar cien mil hombres a hacerse matar en Méjico, los otros pueden atraparle en una esquina, no hay nada que objetar: le aplastarán contra el muro. Volví a ver la fisonomía de mi rehén de la blusa azul. Cerca de él, un gendarme, un cabo, sacaba el pecho como para que se viese bien la medalla militar que colgaba de éste. ¡Bah! Aquellos canallas podían dárselas de listos y adoptar grandes gestos: iban a volver al polvo, era muy sencillo. Tan sencillo que yo mismo desdeñaba tomar parte en

semejante tarea. Pero los curas me estaban reservados. Aunque sólo fuese uno de ellos... Era suficiente para mí. Me bastaba con el peso del cadáver de un sacerdote sobre mi conciencia para que se sintiera satisfecha por completo. Todos aquellos pensamientos que transcribo aquí, los despliego, los yuxtapongo; pero entonces se presentaban ante mí con una velocidad prodigiosa, y al mismo tiempo con una gran lucidez. Era como si hubiese yo pensado todo aquello sin saberlo, y que, instantáneamente, todo ello se proyectara ante mí y se me apareciese. Recordaba mi niñez, la impiedad de mi padre, la devoción de mi madre, mis cánticos en la primera comunión bajo las altas bóvedas, la melosa música del armonio en la salve nocturna; y luego, cómo mi educación vagamente piadosa se había hundido, dejando, sin embargo, en mí cierto temor supersticioso a las cosas de la religión. Con aquel temor había también que terminar. ¿No había yo escogido el rompimiento con todo, el arrancarme de todo y el no ser ya adicto más que a lo desconocido y a lo nuevo? ¿No había yo emprendido un largo camino? Pero por última vez lo que hubiera podido ser mi destino me llamaba, incitándome a retroceder, a no dudar ni a tratar ya de nada. «Déjate llevar — me decía mi destino frustrado—. Serás feliz y estimado. No pedirás nada, no te interrogarás siquiera a ti mismo, y tus noches no tendrán secretos. La inocencia, es lo que necesitas. Vivir como un inocente, casarte, ganar dinero. Y no preocuparte del resto. El resto sólo incumbe a Dios. ¿Quién eres tú para sondear los designios de Dios? Deja, pues...». Me encogí de hombros. ¿A mí? ¿Era a mí a quien se atrevía a dirigirse una tentación tan vil? ¡Fuego! ¡Fuego contra el sacerdote, fuego contra el hombre de Dios!... ¡Bah! ¿por qué? ¿Qué había hecho, el pobre hombre de Dios? «¿Qué ha hecho? — exclamé para mis adentros—. Ha hecho que existan hombres que creen. Y no bien se cree, ya no se puede amar».

¿Cómo? ¿Qué estás rezongando?... Pero si es indudable. ¿Crear? ¿Crear? ¿Obedecer? ¿Tenderse, con los ojos cerrados, los oídos deshechos, en la obediencia, en la complacencia, en la esclavitud? ¿Y si tengo hambre? ¿Y si la mujer que amo tiene hambre? ¿Y si mis hijos lloran de hambre? ¿Y si quiero gozar del olor de la primavera, sin sonrojo, sin angustia, sin terror? Entonces el querido hombre de Dios vendrá a decirme: «Cree. Dios es compasivo, aunque tú seas un vil pecador. Cree para que tus pecados te sean perdonados». ¿Mis pecados? «Sí, tus espantosos pecados. Porque es un pecado ser hombre». ¿Y es un pecado tener hambre? ¿Dime, sacerdote de mi corazón? Y dime también: ¿nada cambiará nunca? «Sí, en el cielo, después de la muerte. Pero ¿por quién te tomas tú, miserable pecador, criatura

presuntuosa?». Pues me tomo por alguien que se desposee de todos sus lazos, mal derviche, y de todos sus delirios, de todas sus locuras, y que no quiere creer, que quiere ignorar lo que pueda ser eso de creer, y que quiere ver lo que llegará a ser el mundo cuando el mundo no crea ya ¡y qué vida nueva, verdaderamente santa, pura y divina, alcanzará entonces!

Entre la masa de rehenes había yo al fin elegido mi víctima: un curita muy joven, el mejor de todos sin duda, el más dulce, el más inocente. ¡Cordero immaculado que quitáis los pecados del mundo, tened piedad de nosotros! Él nos miraba sin descaro, y sin desdén, pero con una misericordiosa melancolía; y sus labios musitaban rezos para nuestro perdón. Sabía que se salvaba, sabía que era un elegido y sus ojos, cruzándose con los míos, me suplicaban que apresurase su adorable suplicio. Vislumbré el ángel de grandes alas que había posado ya las manos sobre aquella dulce hostia y que se disponía a llevársela con él a la vida eterna. Un ángel bello y sonriente, seguro de sí y cuya frente era pura como la conciencia del hombre de bien. Tuve un momento de vacilación: ¿iba yo a disparar contra el sacerdote o contra el ángel? Contra el ángel sería quizá más definitivo... Pero el sacerdote, era tal vez más seguro. Además, yo también, tenía detrás un ángel, un ángel caído de alas negras, un demonio juvenil que levantó mis manos con las suyas, me hizo apuntar con mi fusil y me murmuró al oído: «¡Apunta al cura, hala! El ángel es cosa mía». Tenía una voz ronca y dolorosa. Era el demonio de las lágrimas. Estaba inclinado hacia mí, con su mejilla contra la mía; y vi entonces que era bello. De una belleza que, ciertamente, no todo el mundo podía comprender ni aprobar. Una belleza sin resignación, la belleza salvaje de la primavera, cuando estalla y se niega a volver bajo la tierra. O también la belleza que reviste el más grande dolor humano cuando se niega a desesperar. Apunté a la frente del sacerdote, entre los ojos, mientras el demonio triste me ayudaba a sostener el fusil. El rostro del sacerdote se echó un poco hacia atrás, sobre los pliegues de la vestidura de su ángel. Vacilé de nuevo. Mis ojos se empañaron. Me pareció que cerca de mí, lloraban también. Una mano dura bajaba el cañón de mi arma. Varlin, con la cara convulsa, me gritaba:

—¿Qué haces, Quiche? ¡Tú no, por Dios! Tú has sido del Comité Central. Tú no puedes, no debes... Están locos.

A nuestro alrededor estallaban detonaciones. Aullaban, reían. Algunos de los rehenes caían como muñecos de guiñol. Uno de los homicidas se acercó a nosotros y cogió a Varlin por el brazo:

—¿Eh, los de allá hacen tantos remilgos para fusilar a los nuestros?

Varlin agitó su faja roja. Se la arrancaron de las manos.

—¡Ya no hay Comuna que valga!

—Es como tu arzobispo: ¡le han agujereado el pellejo!

—Lárgate si no quieres que te hagan otro tanto.

Varlin me asió del brazo, me arrastró a la fuerza:

—Pequeño —me decía— pequeño...

Pocas ocasiones había yo tenido de verle de cerca hasta entonces; apenas le conocía. Pero me parecía ver que resucitaba en él la autoridad suave y fraternal de los amigos que había yo perdido. Unos minutos después me encontré junto a él y con algunos miembros de la Comuna, Vallés, creo, no sé ya quiénes más, en un cafetín, en la esquina de la calle del Borrego. Nuestros camaradas comían en el rincón de una mesa. La tabernera les servía sollozando. A cada disparo, se sobresaltaba. Me hicieron sentar y beber un vaso de vino. Entonces, dejé mi fusil, cogí el vaso en que había bebido y lo rompí contra el suelo, pisoteándolo rabiosamente. Luego volví a recostarme en el rincón de la mesa, con la cabeza en las manos, y a mi vez estallé en sollozos.

—Has hecho mal, Varlin —dijo uno de los miembros de la Comuna— has hecho mal en ir allá.

—No lo lamento —dijo Varlin señalándome—. He impedido que éste hiciera una tontería.

—Sí, pero dirán que los miembros de la Comuna estaban allí.

—¡Dirán tantas cosas! —suspiró Varlin.

Tenía un rostro agraciado, de facciones regulares, sereno. Le pregunté si sabía qué había sido de Siffrelin. No sabía nada. Luego se habló de Delescluze.

—A ese también —dijo Varlin— han estado a punto de desollarle. Son los mismos que mañana aclamarán a los versalleses y nos exterminarán.

—Delescluze —intervino otro—, yo estaba allí cuando murió. Cogió su bastón, su sombrero de copa, se abrochó su redingote, anudó su faja, y partió hacia la barricada del Château-d'Eau. Repetía todo el tiempo: «No quiero ya vivir».

—¿Y Vermorel?

—Muerto.

Las detonaciones y los gritos seguían llegando hasta nosotros. Y luego se oían de cuando en cuando retazos de valeses. Eran las músicas prusianas al otro lado de la fortificación.

Empezó a llover de nuevo. La tabernera cerró las maderas. A mi alrededor se hablaba en voz muy baja.

El día siguiente, sábado... Ha habido primero una gran niebla lívida, después ha aparecido el sol. Pero yo tenía frío hasta las entrañas. Y repetía, por temor a olvidarla y como si fuesen a pedírmela en el umbral de la muerte, nuestra última contraseña: *Bouchotte-Belleville... Belleville...* Sí, no olvidar sobre todo Belleville: nuestra última patria, la última ruina, todo lo que quedaba... ¡Belleville! Y miré a mi alrededor: ¿era aquello Belleville? ¿Nuestras casas, nuestras calles, nuestro jardín? Estaba encerrado en el Père-Lachaise.

Ante mí, en una avenida en cuesta, bordeada de sicómoros, unas siluetas empujaban un cañón. Sus pesados borceguíes resbalaban. Subí también. Cuando me volvía divisaba abajo el inmenso abismo humoso y rojo atravesado por las detonaciones. Yo no sabía ya si se combatía, ni dónde, ni tampoco por qué: pero algo largo y fúnebre estaba realizándose. Una boca devoradora iba a tragarme. Bruscamente me encontré solo y envuelto en una especie de silencio. Estaba en el recodo de una avenida sinuosa. El follaje me rodeaba por todas partes. Largos cipreses se recortaban sobre el cielo; y las tumbas, bajo el abrigo de los sauces llorones, se ofrecían a mis miradas en un desorden familiar y sentimental. Era un lugar muy romántico, con sus urnas, sus verjas, sus colgaduras de piedra, sus fustes partidos y sus flores pudriéndose. El sol jugaba en los vitrales de una capilla. Y al cerrar los ojos aspiré apasionadamente el olor del saúco. Un pájaro increíble empezó entonces a gorjear.

Empujé la puerta de una capilla, me senté al pie del altar, con mi fusil entre las manos y permanecí largo rato en aquel escondrijo, bajo la protección de los muertos. De cuando en cuando, a lo lejos, sonaban disparos. Yo no pensaba nada, no quería pensar nada. Seguía mascullando la contraseña, y luego, a veces, el nombre de María Rosa. ¿María Rosa? ¿Qué había sido de ella, desde que estaba yo entre los muertos? Ya había comenzado a olvidar lo que se debe a los vivos y qué hay que hacer para combatirlos o para amarlos. Sentí la tierra húmeda moverse a mi alrededor, y el pensamiento del amor, vaciado poco a poco de la bella carne viva de María Rosa, no podía ya mezclarse, para mí, más que a aquel mantillo que olía a hierba, a saúco, a boj negro y que traspasaban en todos sentidos unas osamentas prontas a deshacerse en polvo. El vértigo hacía girar todo en torno mío. «¿Qué hora es?», me pregunté. Podían ser las tres de la tarde. «Tengo todavía —pensé— una larga tarde por delante». ¿Una larga tarde? Para hacer ¿qué? Luego me dediqué a leer los nombres de los muertos en cuya casa estaba yo de visita. Toda aquella familia, todas aquellas fechas, todos aquellos patronímicos

dorados... Eugenio-Arturo-Benedicto... Juana-Victoria... Lucía-Adriana-María... María, María Rosa. María Rosa perdida...

Había que sacudir aquel estupor, intentar algo, combatir de nuevo. Combatir toda la vida. Sí, evidentemente, toda la vida. Una vez que hubiera acabado de combatir, habría acabado mi vida. Los otros habían realmente acabado la suya: Máximo, Becker, todos los que traté, hasta el propio Cuervo, todos aquellos de los que me hice cargo y que habían llegado a ser un poco de mí mismo. Y como se habían marchado de mí, yo podía a mi vez marcharme también de mí mismo. Ya no había nadie en mí. Esto es, morir. Morir para uno, como dicen algunos. Es decir, morir en los que uno ha amado. Morir al amor. Iba yo a morir en María Rosa. Me levanté como loco, cogí el fusil, y juro ahora que jamás he amado a María Rosa como en aquel momento de furor y de extravío. Jamás ha estado ella en mí como en aquel momento cuando con la cara barbuda, el pelo sobre los ojos, rechinando los dientes, salí de mi guarida. Brillaba el sol. Resonaban clamores detrás de aquel revoltijo de las tumbas y de los follajes; y he corrido hacia aquel lado gritando: «¿Quién vive?». Luego, he gritado de nuevo: «¡Belleville! ¡Y viva la Comuna!». Agazapados detrás de un enorme monumento funerario, unos federales disparaban sus últimas balas. Entre las tumbas, unos versalleses, dispersos en guerrilla, subían por la pendiente. Apunté, disparé. Luego, como seguían subiendo, nosotros subimos también, resguardándonos, aquí y allá, detrás de las capillas. Un versallés corrió de pronto hacia mí. Disparé: lanzó un grito salvaje y cayó. Abajo, entre una nube negra, París ardía; y yo sentí una absurda impresión de alivio: «¡Bah! —me dije—. Todo habrá acabado pronto. París va a quedar completamente incendiado; y aquí, basta con disparar contra cada versallés que se presente y matarle. ¿Y luego? Una vez París incendiado y muertos todos los versalleses, ¿qué sucederá? Todo acabará». Y entonces oí el ruido de una ametralladora.

—¡Hermosa bandada de *peladillas*! —murmuró un federado, cerca de mí.

—¿Quién dispara? —pregunté.

Se llevó la mano a la garganta y se desplomó sobre una losa sepulcral. Me tiré de bruces al suelo y busqué de dónde venía el tiro. Un fusil me apuntaba, desde detrás de un macizo de tejos. Oí una detonación y pensé: «¡Falló!». Luego apunté a una cara que acababa de surgir. Cerca de mí, el moribundo estaba con el estertor de la agonía.

Me levanté y proseguí mi subida. El crepitar de la ametralladora se había reanudado, monótono y angustioso. «Pero ¿qué es eso?», exclamé en tono irritado. Porque era realmente molesto aquel ruido. Luego, retumbó el cañón.

Seguía yo trepando, entre las tumbas y los árboles. De pronto, un federado tiró su quepis y su fusil y se puso a arrancar sus galones rojos:

—¡Esto se acabó! —me gritó—. Ahora ¡sálvese el que pueda!

Saltó por encima de una tumba, desapareció entre el follaje; y me dieron ganas de seguirle porque quizá él sabía adonde iba. Quizá conocía una salida. Al final, dejaba que la comedia siguiera su curso, sin él. Ya no desempeñaba su papel. Luego, cuando una granada acababa de estallar, me volví a tirar al suelo de bruces y cargué de nuevo maquinalmente mi fusil. Después, disparé. Aquí hay otra laguna en mi memoria. O tal vez sea que ya no puedo más y que llegado a este punto de mis recuerdos, una fuerza irresistible me impulsa a abreviar, a llegar a la última visión, la que ha quedado para siempre en mí como una imagen de la desesperación. ¿He visto realmente todo esto? ¿Soy yo quien lo la visto? ¿Fue en sueños? ¿O en el infierno? ¿No he conocido el infierno antes de mi muerte? ¿O van a explicarme alguna vez en qué especie de mundo he vivido? ¿Y qué hago en este momento? ¿Estoy relatando? ¿Deliro? Acaso todo esto no es más que una invención, la invención de un pobre visionario, que ha creído vivir todo esto, desde su sobrado de la calle Vieille-du-Temple. Porque es en sitios así, con una silla, una mesa, una cama y un rollo de papel escondido en un rincón, sobre una tabla, es en sitios así donde tiene uno visiones de este género. Sí, basta con una mesa, una silla... Una ventana dando al patio... Pasan las horas y empieza uno a imaginar toda clase de cosas extrañas y terribles. Imagina uno: María Rosa, el incendio de París, la batalla del Père-Lachaise. ¿Se hablará de ella como se habla de las otras batallas? Austerlitz, Waterloo... ¿Qué hacen, más adelante, de los lugares donde hubo tales batallas? ¿Se atreverán de nuevo a conservar el Père-Lachaise como un cementerio donde siguen enterrando a unas buenas gentes, muertos tontamente de su muerte, muertos en familia? ¿Y enterrados en familia? ¿Eugenio-Arturo-Benedicto, Juana-Victoria, los abuelos, los tíos, los sobrinos? Todo esto es una insensatez, todo es insensatez. Y de todo lo insensato que he visto, lo que voy a decir ahora es realmente lo más insensato que hubo. Además, a medida que yo retrocedía entre las tumbas, tiroteando, y que subía cada vez más a lo alto, presentía con mayor claridad que iba a ver algo inaudito y que era el final, sí, el final. Cuesta trabajo comprender lo que quiere decir esta palabra: el final. Pero yo sabía que iba a comprenderla. Era una consciencia monstruosa, angustiante la que se formaba en mí, la consciencia del final. El federado que había tirado su fusil, hacía poco, desgarrado sus galones, y presentado su renuncia, había partido antes del final. No lo vería sin duda. Pero yo sí debía verlo, debía llegar a él. Y



bruscamente, llegué. La tierra estaba revuelta en todos sentidos, arada, abierta, sembrada de grandes agujeros. Yo, acababa de surgir de una trinchera, como para alcanzar el nivel de la escena donde va a presenciarse un espectáculo extraordinario. Surgí así, entre el humo y en medio de un alboroto ensordecedor. Allá lejos, los cañones versalleses escupían toda su metralla, unos hombres negros se agitaban alrededor. Y erguidos contra un muro que vacilaba, mis últimos compañeros se amontonaban lanzando su grito supremo; y vi a Siffrelin, con su gran barba blanca desplegada, y cerca de él, a María Rosa, con la mano ante los ojos, los cabellos sueltos, y su talle que se doblaba. Yo también, me doblé en dos; un dolor repentino me azotó el hombro, y me desplomé en el barro.

## **TERCERA PARTE**

Cuando recobré el sentido, era de noche. Tenía la cara en el barro frío: moví un brazo y lancé un grito de dolor. Pude al fin levantarme, vacilante. Estaba herido en el hombro. Por encima de mí, se erguía la sombra de un centinela. Le vi echarse a la cara su fusil, y estalló una detonación seca. Me encorvé y permanecí inmóvil largo rato. Luego reanudé la marcha. El centinela había desaparecido. Quería yo ir hacia el lado de los muertos, pero caí en el fondo de una trinchera. Me levanté, vagué por una avenida, me encontré en la calle. En la esquina de la calle desierta, leí a la luz de la luna, la placa: «Calle del Repos» (descanso). Había allí una casa baja, con las maderas cerradas. Llamé. Una vieja me abrió. Se llama la tía Gaspard. Me lavó las manos y la cara, lavó también mi herida, me hizo acostar en una cama, la de su hijito, prisionero en Alemania. Luego se llevó mis ropas y mis borceguíes militares, para esconderlos, me dijo. En su artesa. Allí no las encontrarían. Y me trajo las de su hijito, dejándolas junto a mi cama. Afuera, estallaban las salvas. «¿Oyes las ejecuciones?», me dijo la tía Gaspard. Me dejé manejar como un sonámbulo. Apagó ella la vela y quedé a oscuras. Después de una noche interminable, reapareció la buena mujer, abrió un postigo, limpió de nuevo mi herida con alcohol, lo cual me hizo sufrir mucho. Luego se marchó y volvió a aparecer, con la cofia torcida, y un aire inquieto. Era una buena viejecilla de cabeza de gato. Me dijo que estaban haciendo pesquisas por toda la calle, que las gentes del barrio acompañaban a los soldados en sus registros, que debía yo huir. Me lavó de nuevo las manos, frotó con aceite las manchas negras que me habían dejado en el hombro los culatazos, y me vistió con las ropas de su hijo. Me estaban un poco anchas, pero ella me dijo que podían pasar. Permanecimos largo rato acechando detrás de la puerta, esperando a que la calle estuviera desierta. Luego, salí y marché hacia delante.

Todas las casas tenían las maderas cerradas. En la esquina de una calle, vi un montón de cadáveres, con las caras blancas, la boca abierta mostrando los dientes, lo cual les daba un gesto de cretinos. Sobre todo a los que no tenían los ojos cerrados, y que parecían ciegos, con la mirada vidriosa e inexpresiva. Grandes regueros negros, repugnantes, rayaban la acera. Pasé.

No tengo que relatar aquí los detalles de mi fuga. Hubiera estado perdido para siempre de no haber encontrado un coche ambulancia. Lo detuvo: un grueso Mayor con lentes, llevando el brazalete de la Cruz Roja, se apeó y me miró. Hablé, y no sé ya exactamente lo que le dije. Quise ir a ver a mi novia que vivía en la Bastilla, y una bala perdida me rozó el hombro. Necesitaba que me vendasen. Él me dijo:

—No veo ninguna señal en su chaquetón.

Me quedé callado. Él continuó:

—Quítese el chaquetón.

Hice ademán de quitármelo, pero el dolor contuvo mi brazo. El Mayor se encogió de hombros y me dijo:

—Suba.

Pasé dos horas en el hospital, y me curó con una especie de altivo asco aquel hombre grueso y silencioso. El tercer día, entró un oficial en el hospital, con un bastón en la mano.

—Tiene usted aquí varios sublevados —dijo al Mayor—. Puedo hacerle fusilar.

En los lechos, unas cabezas de heridos se agitaron. El Mayor y el oficial pasaron a una habitación contigua; se oyó una discusión. Entre tanto la sala se había llenado de tropa. Cerca de mí, un herido fue muerto a quemarropa en su lecho. Aparecieron otros oficiales e hicieron evacuar la sala. Reapareció el obeso Mayor, muy colorado. Mediado el día, me dijo:

—Estás curado: puedes largarte.

Él mismo me ayudó a vestirme. Una monja me deslizó una medalla en la mano y me encontré de nuevo en la calle.

Llegué hasta el Sena, a la altura del puente de Austerlitz. Había aún mucha claridad y se divisaban en la corriente largos regueros rojos. Mis ojos entornados intentaban encontrar su viejo París lejano, color acero. Me asomé al río, y respiré su olor denso y viscoso. Sentí por un momento el deseo de tirarme a él. Luego, reanudé mi camino. De cuando en cuando, me apretaba el hombro, en el sitio donde la herida estaba todavía abierta bajo el vendaje; y me venía bien sentir un poco de dolor. Una patrulla de versalleses me detuvo cerca del Jardín de Plantas.

Me hicieron pasar la noche en el fondo de una cueva, y a la mañana siguiente comparecí ante un tribunal prebostal. Un capitancito, con el cigarrillo en la boca, nos examinaba uno por uno, y con voz agrídulce, decía:

—El siguiente.

Entonces pasaban los que iban a ser fusilados afuera, en el jardín. De cuando en cuando, para variar, él decía:

—A éste se le puede reservar para el final.

Fui uno de los reservados para el final. Mientras resonaban las detonaciones en el jardín, me ataron los brazos a la espalda, y con otros indigentes de mi calaña, nos hicieron atravesar todo París. No es necesario relatar todas las vociferaciones de las arpías, de los tenderos y de los mirones, a nuestro paso. Fue un éxito magnífico. Cerca de mí, una muchacha alta, con el pelo suelto y los brazos apretados por las cuerdas, gemía:

—¡Os digo que era un bote de leche! ¡Vamos! No se echa petróleo en un bote de leche...

Y apelaba a mi testimonio. Los soldados que nos conducían se retorcían de risa.

Al pasar por una gran avenida cuyos bancos estaban ocupados por cadáveres, amontonados los unos sobre los otros, uno de los soldados me dijo:

—¡Cerdo! Tendremos que ser nosotros también los obligados a enterrar todo eso. ¡Debíais ser vosotros, so cerdos, los encargados de esa faena!

Los cadáveres estaban tendidos allí, en todos sentidos, con los brazos colgantes y las piernas separadas. Les habían quitado el calzado: se veían sus gruesos calcetines listados o sus pies descalzos y sucios. Unos perros flacos les olisqueaban con curiosidad. Las moscas zumbaban alrededor. Yo miraba todo aquello sin comprender; y las fachadas, agujereadas ellas también, parecían asombradas de vernos pasar. En una plaza, contra un muro desconchado lleno de anuncios, coronado por castaños en flor, un pelotón de ejecución se disponía a fusilar a tres hombres. Un grito, una detonación perforaron el aire. Los tres fusilados, con el torso en camisa retorcido en el humo, el rostro negro y aullante, se desplomaron. Dos oficiales contemplaban aquello fumando cigarrillos. Se volvieron a nuestro paso. Yo también les miraba; luego me empujaron por la espalda. Hubo más casas, el Sena y en la orilla un pescador de caña. Hacía mucho calor. El cielo estaba lánguidamente pegajoso.

Nos arrojaron a una cueva. Allí supe, por otro detenido, los fusilamientos en masa, las matanzas, las del cuartel Lobau, las del Luxemburgo, las de la torre Saint-Jacques. La muchacha apresada como incendiaria, agazapada junto a nosotros, decía frases incoherentes sobre su bote de leche. A la mañana siguiente, emprendimos el camino de Versalles. Formábamos una cadena interminable. Había mujeres, que gemían como bestias agotadas. Atadas las unas a las otras por los brazos, las que llevaban vestidos largos, no

podían arremangárselos y se enredaban en sus colas. Cuando pasábamos por delante de una mercería, ellas suplicaban a la tendera, en pie, en el umbral de su puerta, que las echase un par de medias de recambio, porque sus zapatos y sus medias estaban desgastadas y caminaban descalzas. La incendiaria seguía divagando. Viendo sus cabellos sueltos, pensé de pronto en otra clase de dolor distinto a mi dolor físico. Fue la primera vez desde el Pére-La-chaise en que pensé en María Rosa. Me pareció despertar de un largo embrutecimiento: fue atroz.

—¡Arrancadles las uñas! —gritó una loreta agitando su sombrilla a nuestro paso.

Creí sentir mis uñas desprenderse de mis dedos y que la herida de mi hombro volvía a sangrar. Era una linda chiquilla aquella loreta: llevaba un vestido ligero y su sombrilla atravesó mi mirada como un claro aletazo. A sus pies, yacía el abultado cadáver de un caballo. Aparté los ojos. Pasábamos a lo largo de fachadas calcinadas y semiderruidas, y había que dar un rodeo cuando encontrábamos los escombros de alguna de nuestras barricadas. A cada vaivén, las cuerdas me aserraban las muñecas. Tropezábamos. «¡Qué carotas tienen!», gritó un golfillo. Hay que confesar que resultábamos horrorosos a la vista, sobre todo las mujeres, despelujadas, negras, purulentas, con la mirada torva y la boca babeante. Recordé lo que me habían contado de los patriotas polacos y de los revolucionarios rusos, a los que el Zar envía a Siberia y cuya larga cadena camina por la nieve, cantando himnos. Tienen frío, pero el frío es limpio, el frío purifica. Pueden mirar sin náusea a la amiga sublime que los acompaña y cuyos ojos son ardientes y sus cabellos negros bajo la pañoleta de vivos colores. Son felices. ¡Cantan! Yo, partía sin amiga, mis pies tropezaban, nosotros no cantábamos. Éramos un rebaño de animales forzados, que no volverían nunca más a levantar la cabeza. Los soldados que nos conducían parecían incluso asqueados de odiarnos.

Llegamos a la Muette. Allí un magnífico general, erguido sobre un alazán, nos esperaba. Era un poco grueso, de cara congestionada, pelo blanco cortado en cepillo, bigote negro levantado en dos guías rizadas y que se asemejaba a sus alamares. Se entregó sobre nosotros a todas esas bromas que se han relatado después, como anécdotas, haciendo salir de las filas y fusilar allí mismo a los prisioneros de cabellos grises puesto que habían combatido seguramente en el 48 y eran, por consiguiente, reincidentes. Los arrojaban a la fosa. Veía yo doblarse las espaldas de los del pelotón y caer los miserables entre el humo, con el brazo ante los ojos, con ese gesto instintivo de los fusilados que había visto hacer a María Rosa, ¡oh, Dios mío!, allá lejos, ya no

sé cuándo... Entonces, el apuesto general desde lo alto de su caballo, se inclinaba galantemente ante las mujeres que lloraban:

—Señora, he estado a menudo en el teatro, confieso que no le faltan a usted disposiciones para el melodrama, pero su comedia me deja frío.

Y luego, era él quien adoptaba el tono teatral, y con una risotada mefistofélica, comenzaba un parlamento:

—¡Eh, gentes de Montmartre!...

Estremecidos todos detrás de él, al borde del camino, en el umbral de sus puertas, los refugiados de Versalles, los asiduos del bulevar, los escritores, los comerciantes, las mujeres de mundo esperaban el final del cortejo. Sólo cuando todo París hubiera exterminado sus últimos prisioneros y no quedasen ya más que los cadáveres con los sesos chorreantes, tan sólo entonces, siguiendo los pasos sangrientos del general marqués de Galliffet, honra de los ejércitos franceses, podría la burguesía francesa efectuar de nuevo su entrada en París.

Omito los días y las noches de Satory, la vida en la mugre, la miseria, los orines. Y el vagón del ganado que nos transportó hacia los pontones, aplastados unos contra otros, los enfermos contra los vivos, los locos y las locas contra los que resistían aún. Entre tanto yo me preguntaba qué era preferible: si pensar en María Rosa a fin de fundir mis males en un dolor más intenso todavía, o no pensar ya en nada y obligarme a no ser más que una cosa a fin de poder soportar la intolerable fatalidad de estar inmovilizado, doblegado, deshecho durante horas y horas, en una caja sin aire, y de sufrir, junto a mí, la presencia de aquella mujer convertida en loba que intenta encontrar un palmo de espacio para no ahogar a su rorro y darle de mamar de unos pechos vacíos. Volvía yo la cabeza para no ver a aquella criatura. Pero sus gritos taladraban mis oídos. Y como, en cuanto se gritaba, los gendarmes tenían orden de disparar por los agujeros de la pared, queríamos hacer callar al niño. Y su madre le suplicaba silencio, con palabras que nos desgarraban el corazón. Pero él, no era una cosa como yo, era un ser vivo, una pequeña consciencia obscura que padece, que grita, incapaz de no dar a conocer su existencia. Gritaba como un perrillo. Entonces las locas empezaban, ellas también, a aullar. Y los gendarmes golpeaban la pared y el cañón de un revólver surgía por un agujero. Se producía un remolino en nuestra masa como si el caparazón de acero fuera a estallar. Y salía el disparo, seco, y sobre la cara de la mujer más loca un hilillo de sangre corría y había que continuar el viaje con aquel horror suplementario.

Hace varios meses que estoy en Nou. He escrito todo esto en mi choza de adobe. El portero de la calle Vieille-du-Temple, mi antiguo amigo, que se ha librado de la represión, ha conseguido que me trajesen mis versos y el cuaderno en que había escrito mi diario durante el asedio; pero no sé nada de mi familia, ni de nadie. Releo mis versos, ya no escribo otros, salvo algunas chanzas para entretener a mis compañeros. Resulta muy divertido hacer dísticos contra nuestros guardianes o romanzas con músicas populares en las que se evocan los recuerdos y las esperanzas comunes. Es muy divertido. Y eso prueba que posee uno todavía un ingenio ágil, que capta la ridiculez de la gente y de las situaciones, que saca partido de las circunstancias y que es capaz de crear algo, allí donde no había nada. Una romanza, ahí va una romanza más: y esto hace reír a los compañeros, comprenden el sentido, la repiten guiñando un ojo. Por lo demás, nadie comprendería de qué se trata, a qué detalles familiares hace alusión. Es una romanza para los detenidos de la Isla Nou, en la otra punta del planeta. Sólo les concierne a ellos, de igual modo que es sólo para ellos, este azul fantástico del cielo, y esas colinas malvas, y esta tierra roja. Para ellos solos, esta selva, en cuyo lindero ellos se aventuran y en cuyas tinieblas los bejucos se extienden y se retuercen. Resulta extraño ver la fuerza de estos bejucos, cuando no es uno más que una sombra como yo, una sombra frágil, vestida apenas con una camisa y un pantalón, que se desliza descalza, y pasa soñolienta. Estos bejucos se cargan de flores de todos los matices, blancas, amarillas, grandes como astros, pesadas como frutos. Hay el bejuco de manzanas de oro, el bejuco fucsia que trepa hasta la copa de los árboles y cuelga allí guirnaldas de nieve, y el que produce una especie de pequeños tomates, púrpuras y relucientes, cuya piel muy tensa parece que va a reventar. De pronto se derrumba un árbol sobre la vegetación rumorosa, estalla en pedazos y unos insectos singulares se escapan de él para morir enseguida al contacto del aire. Zumban moscas vítreas. Toda la sombra tiembla y respira. Vuelvo a la playa. Me desplomo, extenuado, a la sombra de un mangle. Sobe un cerro emerge una alga marina, color morado. La ensenada centellea como un brillante. Aquí, estoy realmente muy lejos. No veo nada, no siento nada. El espacio y la luz son infinitos, y, sin embargo, no son nada para mí, no veo nada ni en ellos ni más allá. Se pone el sol: es un espectáculo majestuoso. Se exhibe sólo para mí. Y como si yo no estuviese allí. Sopla una brisa engañosa, y luego cesa. La noche fosforescente se extiende. Voy a arrastrarme hasta mi choza y a intentar dormir un poco. Sudaré sobre mi estera, sin poder cerrar mis ojos quemados, ni refrescar mi garganta jadeante. Y mañana veré de nuevo el cielo y el mar, toda la



inmensidad de la ensenada. Estoy muy bien aquí. Aquí me quedaré para siempre. No quiero volver nunca más al país de donde vengo. Porque éste resulta tan extraño y tan lejano que puedo esperar de él una sorpresa maravillosa; y esto es lo único que me permite vivir un poquito, arriesgarme a pensar que vivo un poquito, y como si hubiese una razón de vivir. Porque en el país de donde vengo, todo el mundo ha muerto. Pero éste, resulta tan extraño y tan lejano: puedo esperar aún volver a encontrar en él a María Rosa.

Este libro ha sido digitalizado desde su edición en papel para EPL. Si has pagado por él te han timado y si lo has bajado de alguna página en la que te saltan anuncios, no tiene nada que ver con epublibre. Si encuentras alguna errata, por favor visítanos y repórtala para que podamos seguir mejorando la edición. (Nota del editor digital).

# Notas

[1] Desgraciadamente, en el momento de imprimirse este libro, don Ramón acaba de fallecer con ejemplar entereza y dejándonos su rica e inmaculable — y eterna— juventud. <<

[2] La escena la cuento prolijamente en uno de los tomos de *Història de la meva vida i els meus fantasmes*. <<

[3] Muerto recientemente en México (noviembre de 1968). <<

[4] Luis-Augusto Blanqui, socialista y revolucionario francés, que pasó largos años en la cárcel y participó en la revolución de 1848 (1805-1881). N. del T.  
<<

[5] Retruécano (calembour) basado en las palabras «... *des trois*» (*de los tres*) y *détrois* (estrechos en geografía) que se pronuncian casi idénticamente en francés (N del T.). <<



[6] *Gugusse y Dodore*, clowns, algo así como un payaso y su agosto. Chourineur en el texto, se llama en *argot* al que asesina a cuchilladas. (N. del T.). <<

[7] Constantino, conde de Nigra. Diplomático italiano, delegado de Cavour, que fue embajador en París desde 1861 a 1876. M. en 1907. (N. del T.). <<

**[8] Antigo fusil del ejército francés, utilizado desde 1866 a 1874 y que llevaba el nombre de su inventor. (N. del T.). <<**

**[9] Luisa Michel (1830-1905), la famosa revolucionaria francesa, que participó en la Comuna y fue desterrada a Nueva Caledonia. (N. del T.).**  
<<

**[10] François Chabot, convencional, capuchino, vicario general de Blois, decapitado bajo el Terror (1756-1794). N. del T. <<**

[11] Algo así como «Juan-Nalga o Culo». (N. del T.). <<

**[12] Como es sabido, el hospital más antiguo de París, incendiado en 1772 y reconstruido en el mismo sitio. Luego un nuevo Hôtel-Dieu fue edificado de 1868 a 1878. (N. del T.). <<**